salvaria, si esto es de Fè: si vivo [illegible]eda con sola obligacion de con[illegible]ur, quando obliga à todos el precepto de la Confession.

¶ *Mira el alma, que la vista clara de Dios, y union perfecta con èl, se la han de dilatar las penas del Purgatorio, merecidas por sus culpas, y hace uno oracion de*

[illegible] la culpa, uno quan-

cas de nuevo à tu Eterno Padre, como yo la ofrezco, en descuento, y satisfaccion de mis pecados, y mayores en la hora de mi muerte de toda la angustia, y pena, que mis culpas merecen.

Acabada la Confesion, se llega el Sacerdote al Altar, como quien se ofrece con grande animo, y aficion *à* la muerte, y assi luego dice el *Introito*, è invoca, y llama à Dios en su ayuda, diciendo: *Kyrieleyson*, que quiere decir: *Señor, miseri-*

cerdote divertido en la conſa-
gracion, ò abſolucion, es baſtante
eſta intencion virtual, para que
conſagre, y abſuelva: que ſi eſtan-
do divertido (como acontece) no
la tuviera, ni conſagràra. ni ab-
ſolviera. Eſtos ſon los titulos mas
poderoſos que ay para ſer oidas
nueſtras peticiones de nueſtro Sr.
Jeſu Chriſto; en eſpecial, que
eſto es pedir para Chriſto, que
con lo que ſe dà al pobre en
el nombre de Chriſto, lo recibe
Chriſto: lo que dà el Eterno
Padre à un Chriſtiano, que lo

pide

ſuplico otra coſa, ſino ſolo lo que tu, Señor, quieres, y para quien tu quieres que yo te pida, y que tu ſabes me eſtà bien pedirte, en eſpecial la ſalvacion de mi alma, y la conſervacion, y augmento de tu Igleſia.

Con eſto nueſtras peticiones à Dios ſe hacen mas meritorias, y no podemos errar en lo que pedimos, y ſiempre ſe cumple nueſtra peticion, y cumplimos ſegura-mente con lo que tenemos obliga-cion de encomendar à Dios en nueſtr as Oraciones.

Suplicote humildemente à ti, Dios mio, en nombre de Jesu Christo mi Redemptor, para que por èl me concedas estas mis peticiones, y deseos, por ser tu quien eres, y por la vida, virtudes, y merecimientos suyos, y por ser yo hechura suya cumplas, Señor, la palabra, que tu, Palabra Eterna, è Hijo tuyo nos diò, que todo lo que en nombre suyo te pidamos, nos concederàs: Pidote humildemente en este nombre, me dès, que en todo haga tu santa voluntad, y busque tu Gloria: que alcance el fin para que me criasteis, que es amarte, loarte, y gozarte por todos los siglos de los siglos. Amen.

Si fuere Sacerdote, diga.

Tengo intencion de consagrar, absolver, baptizar, y exercer todos los ministerios Eclesiasticos toda mi vida, y segun la intencion de la Santa Madre Iglesia, y en mis sacrificios cumplir primero con lo que tengo obligacion.

Con esto, aunque estè el Sacerdo-

VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO CAVALLERO
D. QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES

Saavedra.

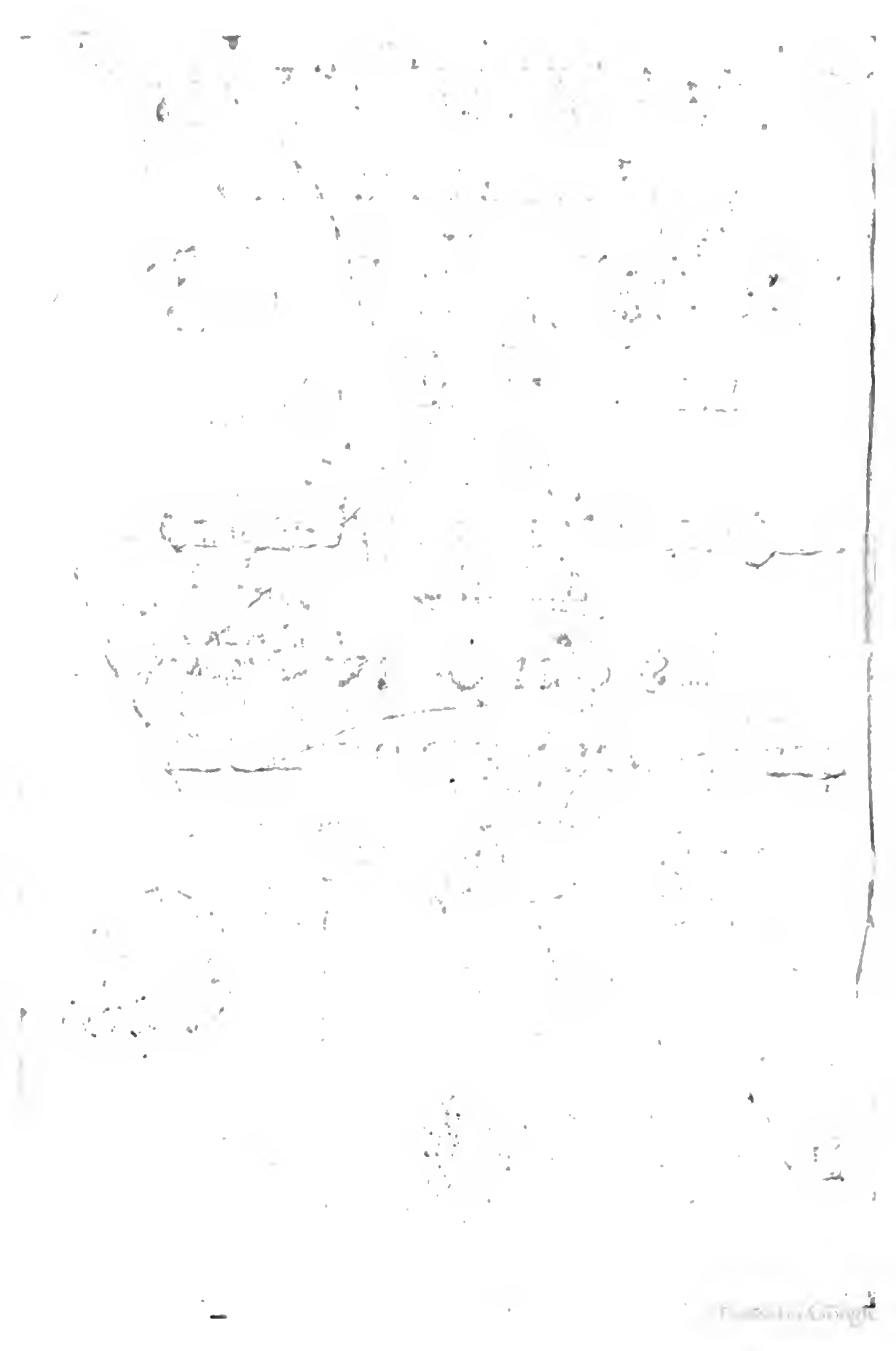
BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUELE

TOMO II.

DEDICADO AL MISMO D. QUIXOTE.

BIBL. DON PROF. ROM. IES V

Tarragona: En la Imprenta de JOSEPH BARBER, Año 1757.



LICENCIA DEL CONSEJO

DOn Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nueſtro Señor, y de Govierno del Conſejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon.

Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido licencia à Joſeph Barbèr, Impreſſor en la Ciudad de Tarragona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los Tomos de la *Vida, y Hechos del Ingenioſo Cavallero D. Quixote de la Mancha, compueſta por Miguel de Cervantes de Saavedra*, con tal de que la dicha reimpreſsion ſe haga en papel fino por los impreſſos, que ſirven de Originales, que eſtàn firmados, y rubricados de mi mano, y antes que ſe vendan, ſe traygan al Conſejo junto con ellos, y certificaciones del Corrector General de hallarſe conformes para que ſe taſſen los precios à que ſe han de vender; guardando en ſu Reimpreſsion lo diſpueſto por Leyes, y Pragmaticas de eſtos Reynos. Y para que conſte, doy eſta Certificacion en Madrid, à veinte y uno de Mayo de mil ſetecientos cinquenta y ſiete.

BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUELE

Don Juan de Peñuelas.

EEE

FEE DE ERRATAS.

HE visto el segundo Tomo de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesto por Don Miguèl Cervantes Saavedra, y corresponde al que le sirve de Original. Madrid, y Julio 20. de 1757.

Dr. D. Manuel Gonzalez Ollero,

Corrector General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla este Tomo segundo de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesta por Don Miguel de Servantes Saavedra, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su Original, à que me remito.

VIDA,

VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIXOTE
DE LA MANCHA
PARTE PRIMERA.
LIBRO QUARTO.

BIBLIOTECA NAZ ROMA VITTORIO EMANUELE

CAPITULO XXVIII.
QVE TRATA DE LA NUEVA, Y AGRADable aventura, que al Cura, y Barbero ſucediò en la miſma Sierra.

FElicissimos, y venturoſos fueron los tiempos donde ſe echò al Mundo el audaciſsimo Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues por haver tenido tan honroſa determinacion, como fuè el querer reſuſcitar, y bolver al Mun-

do la ya perdida, y casi muerta Orden de la Andante Cavalleria, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera Historia, sino de los cuentos, y episodios de ella, que en parte no son menos agradables, artificiosos, y verdaderos, que la misma Historia, la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que assi como el Cura comenzò à prevenirse para consolar à Cardenio, lo impidiò una voz, que llegò à sus oìdos, que con tristes acentos decia de esta manera:

Ay Dios, si serà posible, que he ya halla-

do

do lugar, que pueda ſervir de eſcondida ſepultura à la carga peſada de eſte cuerpo, que tan contra mi voluntad ſoſtengo! Sì ſerà, ſi la ſoledad que prometen eſtas ſierras no me miente. Ay deſdichada, y quan mas agradable compañia haràn eſtos riſcos, y malezas à mi intencion, pues me daràn lugar para que con quexas comunique mi deſgracia al Cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra, de quien ſe pueda eſperar conſejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males! Todas eſtas razones oyeron, y percibieron el Cura, y los que con èl eſtaban; y por parecerles, como ella era, que alli junto las decian, ſe levantaron à buſcar el dueño, y no huvieron andado veinte paſſos, quando detràs de un peñaſco vieron ſentado al pie de un freſno à un mozo, veſtido como Labrador, al qual, por tener inclinado el roſtro, à cauſa de que ſe lavaba los pies en el arroyo, que por alli corria, no ſe le pudieron vèr por entonces; y ellos llegaron con tanto ſilencio, que de èl no fueron ſentidos, ni èl eſtaba à otra coſa atento, que à labarſe los pies, que eran tales, que no parecian ſino dos pedazos de el blanco criſtàl, que entre las otras piedras del arroyo ſe havian nacido. Suſpendiòles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles, que no eſtaban hechos à piſar terrones, ni à andar tras el arado, y los bueyes, como moſtraba el habito de ſu dueño; y aſsi, vien-

do que no havian ſido ſentidos, el Cura, que iba delante, hizo ſeñas à los otros dos, que ſe agazapaſſen, ò eſcondieſſen detràs de unos pedazos de peña, que alli havia; aſsi lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el qual traìa pueſto un capotillo pardo de dos aldas, muy ceñido al cuerpo, con una tohalla blanca; traìa aſsimiſmo unos calzones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenia las polaynas levantadas haſta la mitad de la pierna, que ſin duda alguna de blanco alabaſtro parecia. Acabòſe de labar los hermoſos pies, y luego con un paño de tocar, que ſacò debaxo de la montera, ſe los limpiò; y al querer quitarſele, alzò el roſtro, y tuvieron lugar los que mirandole eſtaban de vèr una hermoſura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: Eſta, ya que no es Luſcinda, no es perſona humana, ſino divina. El mozo ſe quitò la montera, y ſacudiendo la cabeza à una, y à otra parte, ſe comenzaron à deſcoger, y deſparcir unos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con eſto conocieron, que el que parecia Labrador era muger, y delicada, y aùn la mas hermoſa, que haſta entonces los ojos de los dos havian viſto, y aùn los de Cardenio, ſino huvieran mirado, y conocido à Luſcinda, que deſpues afirmò, que ſola la belleza de Luſcinda podia contender con aquella. Los luengos, y rubios cabellos, no ſo-

lo

lo le cubrieron las eſpaldas, mas toda en torno la eſcondieron debaxo de ellos; que ſi nò eran los pies, ninguna otra coſa de ſu cuerpo ſe parecia: tales, y tantos eran. En eſto le ſirviò de peyne unas manos, que ſi los pies en el agua havian parecido pedazos de criſtàl, las manos en los cabellos ſemejaban pedazos de apretada nieve; todo lo qual en mas admiracion, y en mas deſeo de ſaber quien era ponia à los tres, que la miraban. Por eſto determinaron de moſtrarſe, y al movimiento que hicieron de ponerſe en pie, la hermoſa moza alzò la cabeza, y apartandoſe los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, mirò los que el ruido hacian; y apenas los huvo viſto, quando ſe levantò en pie, y ſin aguardar à calzarſe, ni à recoger los cabellos, aſiò con toda preſteza un bulto como de ropa, que junto à ſi tenia, y quiſo ponerſe en huìda, llena de turbacion, y ſobreſalto; mas no huvo dado dos paſſos, quando no pudiendo ſufrir los delicados pies la aſpereza de las piedras, diò conſigo en el ſuelo; lo qual viſto por los tres, ſalieron à ella, y el Cura fue el primero, que la dixo: Deteneos, ſeñora, quien quiera que ſeais, que los que aqui veis ſolo tienen intencion de ſerviros; no hay para què os pongais en tan impertinente huìda, porque ni vueſtros pies lo podràn ſufrir, ni noſotros conſentir. A todo eſto ella no reſpondiò palabra, atonita, y confuſa. Llegaron, pues, à ella, y aſien-

aſiendola por la mano el Cura, proſiguiò diciendo: Lo que vueſtro trage, ſeñora, nos niega, vueſtros cabellos nos deſcubre: ſeñales claras, que no deben de ſer de poco momento las cauſas, que han disfrazado vueſtra belleza en habito tan indigno, y traìdola à tanta ſoledad como es eſta, en la qual ha ſido ventura el hallaros, ſino para dàr remedio à vueſtros males, à lo menos para darles conſejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de ſerlo (mientras no acaba la vida) que rehuya de no eſcuchar ſiquiera el conſejo, que con buena intencion ſe le dà al que lo padece. Aſsi que, ſeñora mia, ò ſeñor mio, ò lo que vos quiſieredes ſer, perded el ſobreſalto, que vueſtra viſta os ha cauſado, y contadnos vueſtra buena, ò mala ſuerte, que en noſotros juntos, ò en cada uno, hallarèis quien os ayude à ſentir vueſtras deſgracias. En tanto que el Cura decia eſtas razones, eſtaba la disfrazada moza como embebecida, mirandolos à todos, ſin mover labio, ni decir palabra alguna; bien aſsi como ruſtico Aldeano, que de improviſo ſe le mueſtran coſas raras, y de èl jamàs viſtas. Mas bolviendo el Cura à decirle otras razones al meſmo efecto encaminadas, dando ella un profundo ſuſpiro, rompiò el ſilencio, y dixo: Pues que la ſoledad de eſtas ſierras no ha ſido parte para encubrirme, ni la ſoltura de mis deſcompueſtos cabellos no ha permitido, que ſea mentiroſa mi lengua,

en

en valde ſeria fingir yo de nuevo ahora lo que ſi ſe me creyeſſe, ſeria mas por cortesia, que por otra razon alguna. Preſupueſto eſto, digo, ſeñores, que os agradezco el ofrecimiento, que me haveis hecho, el qual me ha pueſto en obligacion de ſatisfaceros en todo lo que me haveis pedido, pueſto que temo, que la relacion que os hiciere de mis deſdichas, os ha de cauſar al par de la compaſsion, la peſadumbre, porque no haveis de hallar remedio para remediarlas, ni conſuelo para entretenerlas; pero con todo eſto, porque no ande vacilando mi honra en vueſtras intenciones, haviendome ya conocido por muger, y viendome moza, ſola, y en eſte trage (coſas todas juntas, y cada una de por sì, que puedan echar por tierra qualquier honeſto credito) os havrè de decir lo que quiſiera callar, ſi pudiera. Todo eſto dixo ſin parar la que tan hermoſa muger parecia, con tan ſuelta lengua, y con voz tan ſuave, que no menos les admirò ſu diſcion, que ſu hermoſura; y tornandole à hacer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplieſſe, ella, ſin hacerſe mas de rogar, calzandoſe con toda honeſtidad, y recogiendo ſus cabellos, ſe acomodò en el aſsiento de una piedra, y pueſtos los tres el rededor de ella, haciendoſe fuerza por detener algunas lagrimas, que à los ojos ſe la venian, con voz repoſada, y clara comenzò la hiſtoria de ſu vida de eſta manera.

En

En eſta Andalucìa hay un Lugar, de quien toma titulo un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes de Eſpaña. Eſte tiene dos hijos, el mayor heredero de ſu Eſtado, y al parecer de ſus buenas coſtumbres; y el menor no sè yo de què ſea heredero, ſino de las traìciones de Vellido, y de los embuſtes de Galalòn. De eſte ſeñor ſon vaſſallos mis padres, humildes de linage; pero tan ricos, que ſi los bienes de ſu naturaleza igualàran à los de ſu fortuna, ni ellos tuvieran mas que deſear, ni yo temiera verme en la deſdicha en que me veo, porque quizà nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haver nacido iluſtres; bien es verdad, que no ſon tan baxos, que puedan afrentarſe de ſu eſtado; ni tan altos, que à mi me quiten la imaginacion, que tengo, de que de ſu humildad nace mi deſgracia. Ellos en fin ſon Labradores, gente llana, ſin mezcla de alguna raza mal ſonante, y como ſuele decirſe, Chriſtianos viejos rancioſos; pero tan rancios, que ſu riqueza, y magnifico trato, les và poco à poco adquiriendo nombre de Hidalgos, y aùn de Cavalleros, pueſto que de la mayor riqueza, y nobleza, de que ellos ſe preciaban, era de tenerme à mi por hija; y aſsi por no tener otra, ni otro que los heredaſſe, como por ſer padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas, que padres jamàs regalaron. Era el eſpejo en que ſe miraban, el baculo de ſu vejèz, y el ſujeto à quien

quien encaminaban, midiendolos con el Cielo todos ſus deſeos, de los quales, por ſer ellos tan buenos, los mios no ſalian un punto; y del miſmo modo, que yo era ſeñora de ſus animos, aſsi lo era de ſu hacienda. Por mi ſe recibian, y deſpedian los criados: la razon, y cuenta de lo que ſe ſembraba, y cogia, paſſaba por mi mano: los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas; y finalmente de todo aquello, que un rico Labrador, como mi padre, puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la Mayordoma, y ſeñora, con tanta ſolicitud mia, y con tanto guſto ſuyo, que buenamente no acertarè à encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, deſpues de haver dado lo que convenia à los Mayorales, ò Capataces, y à otros jornaleros, los entretenia en exercicios, que ſon à las doncellas tan licitos, como neceſſarios, quales ſon los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y ſi alguna, por recrear el animo, eſtos exercicios dexaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ò à tocar un harpa; porque la experiencia me moſtraba, que la muſica compone los animos deſcompueſtos, y alivia los trabajos, que nacen del eſpiritu. Eſta, pues, era la vida que yo tenia en caſa de mis padres, la qual, ſi tan particularmente he contado, no ha ſido por obſtentacion, ni por dàr à entender que ſoy ri-

ca,

ca, ſino porque ſe advierta, quan ſin culpa me he venido de aquel buen eſtado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caſo, que paſſando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un Monaſterio pudiera compararſe, ſin ſer viſta, à mi parecer, de otra perſona alguna, que de los criados de caſa, porque los dias que iba à Miſſa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta, y recatada, que apenas veìan mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies: y con todo eſto, los del amor, ò los de la ocioſidad, por mejor decir, à quien los del lince no pueden igualarſe, me vieron, pueſtos en la ſolicitud de Don Fernando, que eſte es el nombre del hijo menor del Duque, que os he contado. No huvo bien nombrado à Don Fernando la que el cuento contaba, quando à Cardenio ſe le mudò el color del roſtro, y comenzò à traſudar con tan grande alteracion, que el Cura, y el Barbero, que miraron en ello, temieron, que le venìa aquel accidente de locura, que havian oìdo decir, que de quando en quando le venìa. Mas Cardenio no hizo otra coſa que traſudar, y eſtarſe quedo, mirando de hito en hito à la Labradora, imaginando quien ella era, la qual, ſin advertir en los movimientos de Cardenio, proſiguiò ſu hiſtoria, diciendo: Y no me huvieron bien viſto, quando, ſegun èl dixo deſpues, que-

dò

dò tan preſo de mis amores, quanto lo dieron bien à entender ſus demonſtraciones; mas por acabar preſto con el cuento (que no le tiene) de mis deſdichas, quiero paſſar en ſilencio las diligencias, que Don Fernando hizo para declararme ſu voluntad. Sobornò toda la gente de mi caſa; diò, y ofreciò dadivas, y mercedes à mis parientes. Los dias eran todos de fieſta, y regocijo en mi calle; las noches no dexaban dormir à nadie las muſicas; los villetes, que ſin ſaber como à mis manos venìan, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras, que promeſſas, y juramentos. Todo lo qual, no ſolo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como ſi fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras, que para reducirme à ſu voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario: no porque à mi me pareciеſſe mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuvieſſe à demasìas ſus ſolicitudes, porque me daba un no sè què de contento verme tan querida, y eſtimada de un tan principal Cavallero, y no me peſaba vèr en ſus papeles mis alabanzas: que en eſto, por feas que ſeamos las mugeres, me parece à mi, que ſiempre nos dà guſto el oìr, que nos llamen hermoſas; pero à todo eſto ſe oponia mi honeſtidad, y los conſejos continuos, que mis padres me daban, que ya muy al deſcubierto ſabìan la voluntad de Don Fernando; porque ya à èl no ſe le daba nada de que

todo

todo el mundo la ſupieſſe. Decianme mis padres, que en ſola mi virtud, y bondad dexaban, y depoſitaban ſu honra, y fama; y que conſideraſſe la deſigualdad que havia entre mi, y Don Fernando, y que por aqui echaria de vèr, que ſus penſamientos (aunque èl dixeſſe otra coſa) mas ſe encaminaban à ſu guſto, que à mi provecho; y que ſi yo quiſieſſe poner en alguna manera algun inconveniente, paraque èl ſe dexaſſe de ſu injuſta pretenſion, que ellos me caſarian luego con quien yo mas guſtaſſe, aſsi de los mas principales de nueſtro Lugar, como de todos los circumvecinos, pues todo ſe podia eſperar de ſu mucha hacienda, y de mi buena fama. Con eſtos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamàs quiſe reſponder à Don Fernando palabra, que le pudieſſe moſtrar, aunque de muy lexos, eſperanza de alcanzar ſu deſeo. Todos eſtos recatos mios, que èl debia de tener por deſdenes, debieron de ſer cauſa de avivar mas ſu laſcivo apetito (que eſte nombre quiero dàr à la voluntad que moſtraba) la qual, ſi ella fuera como debia, no la ſupierades voſotros ahora, porque huviera faltado la ocaſion de decirosla. Finalmente, Don Fernando ſupo, que mis padres andaban por darme eſtado, por quitarle à èl la eſperanza de poſſeerme, ò à lo menos porque yo tuvieſſe mas guardas para guardarme. Y eſta nueva, ò ſoſpecha fue cauſa para

que

que hicieſſe lo que ahora oìreis; y fue, que una noche, eſtando yo en mi apoſento con ſola la compañia de una doncella, que me ſervia, teniendo bien cerradas las puertas (por temor, que por deſcuydo mi honeſtidad no ſe vieſſe en peligro) ſin ſaber, ni imaginar como, en medio de eſtos recatos, y prevenciones, y en la ſoledad de eſte ſilencio, y encierro, me le hallè delante, cuya viſta me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudeciò la lengua; y aſsi no fuì poderoſa de dàr voces, ni aùn èl creo que me las dexàra dàr, porque luego ſe llegò à mi, y tomandome entre ſus brazos, (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme ſegun eſtaba turbada) comenzò à decirme tales razones, que no sè como es poſsible, que tenga tanta habilidad la mentira, que las ſepa componer de modo, que parezcan tan verdaderas. Hacìa el traydor, que ſus lagrimas acreditaſſen ſus palabras, y los ſuſpiros ſu intencion. Yo, pobrecilla, ſola entre los mios, mal exercitada en caſos ſemejantes, comencè, no sè en què modo, à tener por verdaderas tantas falſedades; pero no de ſuerte, que me movieſſen à compaſsion, menos que buenas ſus lagrimas, y ſuſpiros. Y aſsi, paſſandoleme aquel ſobreſalto primero, tornè algun tanto à cobrar mis perdidos eſpiritus, y con mas animo del que pensè que pudiera tener, le dixe: Si como eſtoy, ſeñor, entre tus brazos, eſtuviera

viera entre los de un Leon fiero, y el librarme de ellos se me asseguràra con que hiciera, ò dixera cosa, que fuera en perjuicio de mi honestidad, assi fuera posible hacerla, ò decirla, como es posible dexar de haver sido lo que fuì; assi que, si tù tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mi buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, si con hacerme fuerza quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclava; ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar, y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tù señor, y Cavallero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras hàn de poder engañarme, ni tus suspiros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, à su voluntad se ajustàra la mia, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo, que como quedàra con honra, aunque quedàra sin gusto, de grado te entregàra lo que tù, señor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mi alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. Si no reparas mas que en esso, bellissima Dorotèa (que este es el nombre de esta desdichada) dixo el desleal Cavallero, vès aqui te doy la mano de serlo tuyo,

y

y ſean teſtigos de eſta verdad los Cielos, à quien ninguna coſa ſe eſconde, y eſta Imagen de Nueſtra Señora, que aqui tienes. Quando Cardenio la oyò decir, que ſe llamaba Dorotèa, tornò de nuevo à ſus ſobreſaltos, y acabò de confirmar por verdadera à ſu primera opinion; pero no quiſo interrumpir el cuento, por vèr en què venìa à parar lo que èl ya caſi ſabia; ſolo dixo: Què, Dorotèa es tu nombre, ſeñora? Otra he oìdo yo decir del miſmo, que quizà corre parejas con tus deſdichas. Paſſa adelante, que tiempo vendrà en que te diga coſas, que te eſpanten, en el miſmo grado que te laſtimen. Reparò Dorotèa en las razones de Cardenio, y en ſu eſtraño, y deſaſtrado trage, y rogòle, que ſi alguna coſa de ſu deſgracia ſabìa, ſe la dixeſſe luego, porque ſi algo le havia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia para ſufrir qualquier deſaſtre que le ſobrevinieſſe, ſegura de que à ſu parecer ninguno podia llegar, que al que tenia acrecentaſſe un punto. No le perdiera yo, ſeñora, reſpondiò Cardenio, en decirte lo que pienſo, ſi fuera verdad lo que imagino, y haſta ahora no ſe pierde coyuntura, ni à tì te importa nada el ſaberlo. Sea lo que fuere, reſpondiò Dorotèa, lo que en mi cuento paſſa, fue, que tomando Don Fernando una Imagen, que en aquel apoſento eſtaba, la puſo por teſtigo de nueſtro deſpoſorio, y con palabras eficaciſsimas, y juramentos extraordinarios, me diò la palabra

bra de ser mi marido; puesto que antes que acàbasse de decirlas, le dixe, que mirasse bien lo que hacia, y que considerasse el enojo, que su padre havia de recibir de verle casado con una villana vassalla suya, que no le cegasse mi hermosura tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte à lo igual de lo que mi calidad pedia; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aqui he dicho le dixe, y otras muchas, de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que èl dexasse de seguir su intento, bien assi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo à esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dixe à mi misma: Sì, que no serè yo la primera, que por via de matrimonio haya subido de humilde à grande estado, ni serà Don Fernando el primero, à quien hermosura, ò ciega aficion (que es lo mas cierto) haya hecho tomar compañia desigual à su grandeza. Pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir à esta honra, que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad, que me muestra, de quanto dure el cumpliniento de su deseo, que en fin para con Dios serè su esposa; y si quiero

con

con deſdenes deſpedirle, en termino le veo, que no uſando el que debe, uſarà el de la fuerza, y vendrè à quedar deshonrada, y ſin diſculpa de la culpa, que me podrà dàr el que no ſupiere quan ſin ella he venido à eſte punto; porque què razones ſeràn baſtantes para perſuadir à mis padres, y à otros, que eſte Cavallero entrò en mi apoſento ſin conſentimiento mio? Todas eſtas demandas, y reſpueſtas rebolvì en un inſtante en la imaginacion; y ſobre todo, me comenzaron à hacer fuerza, y à inclinarme à lo que fue (ſin yo penſarlo) mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los teſtigos que ponia, las lagrimas que derramaba, y finalmente ſu diſpoſicion, y gentileza, que acompañada con tantas mueſtras de verdadero amor, pudieran rendir à otro tan libre, y recatado corazon como el mio. Llamè à mi criada para que en la tierra acompañaſſe à los teſtigos del Cielo: Tornò Don Fernando à reiterar, y confirmar ſus juramentos ante ella; añadiò à los primeros, nuevos Santos por teſtigos: Echòſe mil futuras maldiciones, ſi no cumplieſſe lo que me prometia: Bolviò à humedecer ſus ojos, y à acrecentar ſus ſuſpiros; apretòme mas entre ſus brazos, de los quales jamàs me havia dexado. Y con eſto, y con bolverſe à ſalir del apoſento mi doncella, yo dexè de ſerlo, y èl acabò de ſer traydor, y fementido. El dia que ſucediò à la noche de mi deſgracia, ſe venìa aùn no tan aprieſſa co-

mo yo pienſo que Don Fernando deſeaba ; porque deſpues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor guſto que puede venir , es apartarſe de donde le alcanzaron. Digo eſto, porque Don Fernando diò prieſſa por partirſe de mi , y por induſtria de mi doncella , que era la miſma que alli le havia traìdo,antes que amanecieſſe ſe viò en la calle. Y al deſpedirſe de mi (aunque no con tan ahinco , y vehemencia como quando vino) me dixo , que eſtuvieſſe ſegura de ſu fee, y de ſer firmes,y verdaderos ſus juramentos,y para mas confirmacion de ſu palabra, ſacò un rico anillo del dedo, y le puſo en el mio. En efecto èl ſe fue, y yo quedè , ni sè ſi triſte, ò alegre : eſto sè bien decir, que quedè confuſa, y penſativa, y caſi fuera de mi con el nuevo acaecimiento, y no tuve animo , ò no ſe me acordò de reñir à mi doncella,por la traycion cometida de encerrar à Don Fernando en mi miſmo apoſento , porque aùn no determinaba,ſi era bien,ò mal el que me havia ſucedido. Dixele , al partir , à Don Fernando , que por el miſmo camino de aquella podia verme otras noches , pues ya era ſuya, haſta quando èl quiſieſſe que aquel hecho ſe publicaſſe. Pero no vino otra alguna , ſino fue la ſiguiente ; ni yo pude verle en la calle , ni en la Igleſia en mas de un mes,q̃ en vano me cansè en ſolicitarlo,pueſto que ſupe que eſtaba en la Villa, y que los mas dias iba à caza, exercicio de que èl era muy aficionado. Eſtos dias, y eſtas horas,

bien

bien sè yo, que para mi fueron aziagos, y menguadas. Y bien sè, que comencè à dudar en ellos, y aùn à desfreer de la fee de Don Fernando; y sè tambien, que mi doncella oyò entonces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento antes no havia oìdo; y sè, que me fue forzoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la compostura de mi rostro, por no dàr ocasion à que mis padres me preguntassen, que de què andaba descontenta, y me obligassen à buscar mentiras que decirles; però todo esto se acabò en un punto, llegandose uno, donde se atropellaron respetos, y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdiò la paciencia, y salieron à plaza mis secretos pensamientos; y esto fue, porque de alli à pocos dias se dixo en el Lugar, como en una Ciudad alli cerca se havia casado Don Fernando con una doncella hermosissima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar à tan noble casamiento. Dixose, que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus despososorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyò Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa, que encoger los ombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli à poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas; mas no por esto dexò Dorotèa de seguir su cuento, diciendo: Llegò esta triste nueva à mis oìdos, y en lugar de helarseme el corazon

en oìrla, fue tanta la colera, y rabia que ſe encendiò en èl, que faltò poco para no ſalirme por las calles dando voces, publicando la alevosìa, y traycion que ſe me havia hecho; mas templòſe eſta furia por entonces con penſar deponer aquella miſma noche por obra lo que puſe, que fue ponerme en eſte habito, que me diò uno de los que llaman Zagales en caſa de los Labradores, que era criado de mi padre, al qual deſcubrì toda mi deſventura, y le roguè me acompañaſſe haſta la Ciudad, donde entendì que mi enemigo eſtaba. El, deſpues que huvo reprehendido mi atrevimienro, y afeado mi determinacion, viendome reſuelta en mi parecer, ſe ofreciò à tenerme en compañìa, como èl dixo, haſta el cabo de el mundo. Luego al momento encerrè en una almohada de linzo un veſtido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia ſuceder; y en el ſilencio de aquella noche, ſin dàr cuenta à mi traydora doncella, ſalì de mi caſa, acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puſe en camino de la Ciudad, à pie, llevada en vuelo del deſeo de llegar, ya que no à eſtorvar lo que tenia por hecho, à lo menos à decir à Don Fernando me dixeſſe con què alma lo havia hecho. Lleguè en dos dias y medio donde querìa, y entrando por la Ciudad, preguntè por la caſa de los padres de Luſcinda; y à el primero à quien hice la pregunta, me reſpondiò mas de lo que yo quiſiera oìr: Dixome

la

la casa, y todo lo que havia sucedido en el desposorio de su hija; cosa tan publica en la Ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Dixome, que la noche, que Don Fernando se desposò con Luscinda, despues de haver ella dado el sì de ser su esposa, la havia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo à desabrocharla el pecho para que la diesse el ayre, la hallò un papel, escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia, y declaraba, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio; que à lo que el hombre me dixo, era un Cavallero muy principal de la misma Ciudad; y que si havia dado el sì à Don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dixo, que contenia el papel, que daba à entender, que ella havia tenido intencion de matarse en acabandose de desposar, y daba alli las razones porquè se havia quitado la vida; todo lo qual dicen, que confirmò una daga, que la hallaron no sè en què parte de sus vestidos. Todo esto visto por Don Fernando, pareciendole, que Luscinda le havia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetiò à ella antes que de su desmayo bolviesse, y con la misma daga que la hallaron, la quiso dàr de puñaladas; y lo hiciera, si sus padres, y los que se hallaron presentes no se lo estorvàran. Dixeron mas, que luego se ausentò Don Fernando, y que Luscinda no havia buelto de su pa-

BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUELE

paraſiſmo haſta otro dia, que contò à ſus padres como ella era verdadera eſpoſa de aquel Cardenio, que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, ſegun decian, ſe hallò preſente à los deſpoſorios, y que en viendola deſpoſada (lo qual èl jamas pensò) ſe ſaliò de la Ciudad deſeſperado, dexandole primero eſcrita una carta, donde daba à entender el agravio, que Luſcinda le havia hecho, y de como èl ſe iba adonde gente no le vieſſe. Eſto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todos hablaban de ello; y mas hablaron quando ſupieron, que Luſcinda havia faltado de caſa de ſus padres, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio ſus padres, y no ſabian què medio ſe tomar para hallarla. Eſto, que ſupe, puſo en vando mis eſperanzas, y tuve por mejor de no haver hallado à Don Fernando, que no hallarle caſado, pareciendome, que aùn no eſtaba del todo cerrada la puerta à mi remedio, dandome yo à entender, que podria ſer que el Cielo huvieſſe pueſto aquel impedimento en el ſegundo matrimonio, por atraerle à conocer lo que al primero debia, y à caer en la cuenta de que era Chriſtiano, y que eſtaba mas obligado à ſu alma, que à los reſpetos humanos. Todas eſtas coſas rebolvia en mi fantasia, y me conſolaba, ſin tener conſuelo, fingiendo unas eſperanzas largas, y deſmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco. Eſtando, pues, en la Ciudad, ſin

ſaber

ſaber què hacerme, pues à Don Fernando no hallaba, llegò à mis oidos un publico pregon, donde ſe prometia grande hallazgo à quien me hallaſſe, dando las ſeñas de la edad, y del miſmo trage que traìa; y ohì decir, que ſe decia, que me havia ſacado de caſa de mis padres el mozo, que conmigo vino: coſa, que me llegò al alma, por vèr quan de caìda andaba mi credito, pues no baſtaba perderle con mi venida, ſino añadir el con quien, ſiendo ſujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos penſamientos. Al punto que ohì el pregon, me ſalì de la Ciudad con mi criado, que ya comenzaba à dàr mueſtras de titubear en la fee, que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entramos por lo eſpeſo de eſta montaña, con el miedo de no ſer hallados; pero como ſuele decirſe, que un mal llama à otro, y que el fin de una deſgracia ſuele ſer principio de otra mayor, aſsi me ſucediò à mi, porque mi buen criado, haſta entonces fiel, y ſeguro, aſsi como me viò en eſta ſoledad, incitado de ſu miſma bellaqueria, antes que de mi hermoſura, quiſo aprovecharſe de la ocaſion, que à ſu parecer eſtos yermos le ofrecian; y con poca verguenza, y menos temor de Dios, ni reſpeto mio, me requiriò de amores; y viendo, que yo con feas, y juſtas palabras reſpondia à las deſverguenzas de ſus propoſitos, dexò à parte los ruegos, de quien primero penſò aprovecharſe, y comenzò à uſar de la fuerza; pero el

juſto

juſto Cielo, que pocas, ò ningunas veces dexa de mirar, y favorecer à las juſtas intenciones, favoreciò las mias de manera, que con mis pocas fuerzas, y con poco trabajo, dì con èl por un derrumbadero, donde le dexè, ni sè ſi muerto, ò ſi vivo; y luego, con mas ligereza, que mi ſobreſalto, y canſancio pedian, me entrè por eſtas montañas, ſin llevar otro penſamiento, ni otro deſignio, que eſconderme en ellas, y huìr de mi padre, y de aquellos que de ſu parte me andaban buſcando. Con eſte deſeo, ha no sè quantos meſes, que entrè en ellas, donde hallè un Ganadero, que me llevò por ſu criado à un Lugar, que eſtà en las entrañas de eſta ſierra, al qual he ſervido de zagàl todo eſte tiempo, procurando eſtàr ſiempre en el campo, por encubrir eſtos cabellos, que ahora tan ſin penſarlo me han deſcubierto; pero toda mi induſtria, y toda mi ſolicitud, fue, y ha ſido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y naciò en èl miſmo mal penſamiento, que en mi criado; y como no ſiempre la fortuna con los trabajos dà los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco de donde deſpeñar, y deſpernar al amo, como le hallè para el criado; y aſsi tuvè por menor inconveniente dexarle, y eſconderme de nuevo entre eſtas aſperezas, que probar con èl mis fuerzas, ò mis diſculpas. Digo, pues, que me tornè à emboſcar, y à buſcar donde, ſin impedimento algu-

alguno, pudieſſe con ſuſpiros, y lagrimas rogar al Cielo ſe duela de mi deſventura, y me dè induſtria, y favor para ſalir de ella, ò para dexar la vida entre eſtas ſoledades, ſin que quede memoria de eſta triſte, que tan ſin culpa ſuya havrà dado materia para que de ella ſe hable, y murmure en la ſuya, y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata de la diſcordia de la hermoſa Dorotea, con otras coſas de mucho guſto, y paſſatiempo.

ESta es, ſeñores, la verdadera hiſtoria de mi tragedia; mirad, y juzgad ahora, ſi los ſuſpiros que eſcuchaſteis, las palabras que oìſteis, y las lagrimas que de mis ojos ſalian, tenian ocaſion baſtante para moſtrarſe en mayor abundancia; y conſiderada la calidad de mi deſgracia, vereis que ſerà en vano el conſuelo, pues es impoſsible el remedio de ella. Solo os ruego lo que con facilidad podreis, y debeis hacer, y es, que me aconſejeis donde podrè paſſar la vida, ſin que me acabe el temor, y ſobreſalto que tengo de ſer hallada de los que me buſcan: porque aunque sè que el mucho amor que mis padres me tienen, me aſſegura que ſerè de ellos bien recibida, es tanta la verguenza que me ocupa ſolo en imaginar, que no co-

como ellos penſaban tengo de parecer à ſu preſencia, que hallo por mejor medio deſterrarme para ſiempre de ſu viſta, que no verles el roſtro con el penſamiento que ellos mirarian el mio, ageno de la honeſtidad, que de mì ſe debian detener prometida. Callò en diciendo eſto, y el roſtro ſe le cubriò de un color, que moſtrò bien el claro ſentimiento, y verguenza del alma. En las ſuyas ſintieron los que eſcuchado la havian tanta laſtima, como admiracion de ſu deſgracia; y aunque luego quiſiera el Cura conſolarla, y aconſejarla, tomò la mano primero Cardenio, diciendo: En fin, ſeñora, que tù eres la hermoſa Dorotèa, la hija unica del rico Clenardo? Admirada quedò Dorotèa quando oyò el nombre de ſu padre, y de vèr quan de poco era el que le nombraba, porque yà ſe ha dicho de la mala manera que Cardenio eſtaba veſtido, y aſsi le dixo: Y quien ſois vos, hermano, que aſsi ſabeis el nombre de mi padre, porque yo haſta ahora (ſi mal no me acuerdo) en todo el diſcurſo del cuento de mi deſdicha no le he nombrado? Soy, reſpondiò Cardenio, aquel ſin ventura, que ſegun vos, ſeñora, haveis dicho, Luſcinda dixo, que era ſu eſpoſo; ſoy el deſdichado Cardenio, à quien el mal termino de aquel que à vos os ha pueſto en el que eſtais, me ha traìdo à que me veais qual me veis, roto, deſnudo, falto de todo humano conſuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo ſino

quan-

quando al Cielo ſe le antoja darmele por algun breve eſpacio. Yo, Dorotèa, ſoy el que me hallè preſente à las ſinrazones de Don Fernando, y el que aguardò à oìr el sì, que de ſer ſu eſpoſa pronunciò Luſcinda. Yo ſoy el que no tuvo animo para vèr en què paraba ſu deſmayo, ni lo que reſultaba del papel, que le fue hallado en el pecho, porque no tuvo el alma ſufrimiento para vèr tantas deſventuras juntas; y aſsi dexè la caſa, y la paciencia, y una carta, que dexè à un hueſped mio, à quien roguè, que en manos de Luſcinda la puſieſſe, y vineme à eſtas ſoledades con intencion de acabar en ellas la vida, que deſde aquel punto aborrecì, como mortal enemiga mia; mas no ha querido la ſuerte quitarmela, contentandoſe con quitarme el juicio, quizà por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros; pues ſiendo verdad, como lo creo que lo es, lo que aqui haveis contado, aùn podria ſer, que à entrambos nos tuvieſſe el Cielo guardado mejor ſuceſſo en nueſtros deſaſtres, que noſotros penſamos, porque preſupueſto, que Luſcinda no puede caſarſe con Don Fernando, por ſer mia, ni Don Fernando con ella, por ſer vueſtro, y haverlo ella tàn manifieſtamente declarado; bien podemos eſperar, que el Cielo nos reſtituya lo que es nueſtro, pues eſtà todavia en sèr, y no ſe ha enagenado, ni deshecho; y pues eſte conſuelo tenemos, nacido, no de muy remota eſ-

pe-

peranza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos à esperar mejor fortuna, que yo os juro por la fee de Cavallero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de Don Fernando; y que quando con razones no le pudiere atraer à que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad, que me concede el ser Cavallero, y poder con justo titulo desafiarle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexarè al Cielo, por acudir en la tierra à los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabò de admirar Dorotèa; y por no saber què gracias bolver à tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarselos, mas no lo consintiò Cardenio, y el Licenciado respondiò por entrambos, y aprobò el buen discurso de Cardenio; y sobre todo les rogò, aconsejò, y persuadiò à que se fuessen con èl à su Aldèa, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que alli se darìa orden como buscar à Don Fernando, ò como llevar à Dorotèa à sus padres, ò hacer lo que mas les pareciesse conveniente. Cardenio, y Dorotèa se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que à todo havia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena platica,

y

y ſe ofreciò con no menos voluntad, que el Cura, à todo aquello que fueſſe bueno para ſervirles. Contò aſsimiſmo con brevedad la cauſa que alli los havia traìdo, con la eſtrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban à ſu Eſcudero, que havia ido à buſcarle. Vinoſele à la memoria à Cardenio, como por ſueños, la pendencia, que con Don Quixote havia tenido, y contòla à los demàs; mas no ſupo decir, porquè cauſa fue ſu queſtion. En eſto oyeron voces, y conocieron, que el que las daba era Sancho Panza, que por no haverlos hallado en el lugar donde los dexò, los llamaba à voces. Salieronle al encuentro, y preguntandole por Don Quixote, les dixo, como le havia hallado deſnudo en camiſa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y ſuſpirando por ſu ſeñora Dulcinèa; y que pueſto que le havia dicho, que ella le mandaba que ſalieſſe de aquel Lugar, y ſe fueſſe al del Toboſo, donde le quedaba eſperando, havia reſpondido, que eſtaba determinado de no parecer ante ſu fermoſura, faſta que ovieſſe fecho fazañas, que le ficieſſen digno de ſu gracia; y que ſi aquello paſſaba adelante, corria peligro no venir à ſer Emperador, como eſtaba obligado, ni aùn Arzobiſpo, que era lo menos que podria ſer; por eſſo, que miraſſen lo que ſe havia de hacer para ſacarle de alli. El Licenciado le reſpondiò, que no tuvieſſe pena, que ellos le ſacarian de alli mal que le peſaſſe.

Con-

Contò luego à Cardenio, y à Dorotèa lo que tenian penſado para remedio de Don Quixote, à lo menos para llevarle à ſu caſa. A lo qual dixo Dorotèa, que ella haria la doncella meneſteroſa mejor que el Barbero, y mas, que tenia alli veſtidos con que hacerlo al natural; y que la dexaſſen el cargo de ſaber repreſentar todo aquello que fueſſe meneſter para llevar adelante ſu intento, porque ella havia leìdo muchos libros de Cavallerias, y ſabìa bien el eſtilo que tenian las doncellas cuitadas, quando pedian ſus dones à los Andantes Cavalleros. Pues no es meneſter mas, dixo el Cura, ſino que luego ſe ponga por obra, que ſin duda la buena ſuerte ſe mueſtra en favor mio, pues tan ſin penſarlo, à voſotros, ſeñores, ſe os ha comenzado à abrir puerta para vueſtro remedio, y à noſotros ſe nos ha facilitado la que haviamos meneſter. Sacò luego Dorotèa de ſu almohada una ſaya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra viſtoſa tela verde, y de una caxilla un collàr, y otras joyas, con que en un inſtante ſe adornò de manera, que una rica, y gran ſeñora parecia. Todo aquello, y mas, dixo, que havia ſacado de ſu caſa para lo que ſe ofrecieſſe, y que haſta entonces no ſe le havia ofrecido ocaſion de haverlo meneſter. A todos contentò en eſtremo ſu mucha gracia, donayre, y hermoſura, y confirmaron à Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belle-

za

za deſechaba ; pero el que mas ſe admirò fue Sancho Panza , por parecerle ; (como era aſsi verdad) que en todos los dias de ſu vida no havia viſto tan hermoſa criatura; y aſsi preguntò al Cura con grande ahinco , le dixeſſe quien era aquella tan fermoſa ſeñora ? y què era lo que buſcaba por aquellos andurriales ? Eſta hermoſa ſeñora , reſpondiò el Cura , Sancho hermano , es , como quien no dice nada , la heredera por linea recta de varon de el gran Reyno de Micomicon , la qual viene en buſca de vueſtro amo , à pedirle un don , el qual es , que le desfaga un tuerto,ò agravio,que un mal Gigante le tiene fecho ; y à la fama, que de buen Cavallero vueſtro amo tiene por todo lo deſcubierto de Ginèa,ha venido à buſcarle eſta Princeſa. Dichoſa buſcada , y dichoſo hallazgo, dixo à eſta ſazon Sancho Panza, y à mas ſi mi amo es tan venturoſo , que desfaga eſſe agravio , y endereece eſſe tuerto, matando à eſſe hi de puta de eſſe Gigante , que vueſtra merced dice , que sì matarà ſi èl le encuentra , ſi yà no fueſſe fantaſma , que contra las fantaſmas no tiene mi ſeñor poder alguno ; pero una coſa quiero ſuplicar à vueſtra merced , entre otras , ſeñor Licenciado , y es , que porque à mi amo no le tome gana de ſer Arzobiſpo (que es lo que yo temo) que vueſtra merced le aconſeje , que ſe caſe luego con eſta Princeſa , y aſsi quedarà impoſsibilitado de recibir Ordenes Arzobiſpales , y vendrà

con

con facilidad à ſu Imperio, y yo al fin de mis deſeos; que yo me he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me eſtà bien, que mi amo ſea Arzobiſpo, porque yo ſoy inutil para la Igleſia; pues ſoy caſado; y andarme ahora à traer Diſpenſaciones para poder tener renta por la Igleſia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, ſerìa nunca acabar; aſsi que, ſeñor, todo el toque eſtà en que mi amo ſe caſe luego con eſta ſeñora, que haſta ahora no sè ſu gracia, y aſsi no la llamo por ſu nombre. Llamaſe, reſpondiò el Cura, la Princeſa Micomicona, porque llamandoſe ſu Reyno Micomicon, claro eſtà, que ella ſe ha de llamar aſsi. No hay duda en eſſo, reſpondiò Sancho, que yo he viſto à muchos tomar el apellido, y alcurnia de el Lugar donde nacieron, llamandoſe Pedro de Alcalà, Juan de Ubeda, Diego de Valladolid; y eſto miſmo ſe debe de uſar allà en Guinèa, tomar las Reynas los nombres de ſus Reynos. Aſsi debe de ſer, dixo el Cura; y en lo de caſarſe vueſtro amo, yo harè en ello todos mis poderìos. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de ſu ſimplicidad, y de vèr quan encaxados tenia en la fantasìa los miſmos diſparates que ſu amo, pues ſin alguna duda ſe daba à entender, que havia de venir à ſer Emperador. Yà en eſto ſe havia pueſto Dorotèa ſobre la mula del Cura, y el Barbero ſe avia acomodado al roſtro la barba de la cola

del

del buey ; y dixeron à Sancho , que los guiaſſe adonde Don Quixote eſtaba , al qual advirtieron que no dixeſſe que conocia al Licenciado, ni al Barbero , porque en conocerlos conſiſtia todo el toque de venir à ſer Emperador ſu amo; pueſto , que ni el Cura , ni Cardenio quiſieron ir con ellos , porque no ſe le acordaſſe à Don Quixote la pendencia que con Cardenio havia tenido ; y el Cura , porque no era meneſter por entonces ſu preſencia , y aſsi los dexaron ir delante, y ellos los fueron ſiguiendo à pie poco à poco. No dexò de aviſar el Cura lo que havia de hacer Dorotèa , à lo que ella dixo , que deſcuidaſſen , que todo ſe haria ſin faltar un punto, como lo pedian, y pintaban los libros de Cavallerias. Tres quartos de legua havrian andado , quando deſcubrieron à Don Quixote entre unas intrincadas peñas, ya veſtido , aunque no armado ; y aſsi como Dorotèa le viò , y fue informada de Sancho , que aquel era Don Quixote, diò del azote à ſu palafrèn, ſiguiendola el bien barbado Barbero , y en llegando junto à èl , el Eſcudero ſe arrojò de la mula, y fue à tomar en los brazos à Dorotèa , la qual apeandoſe con grande deſemboltura , ſe fue à hincar de rodillas ante las de Don Quixote y aunque èl pugnaba por levantarla , ella ſin levantarſe le fablò con eſta guiſa : De aqui no me levantarè (ò valeroſo, y esforzado Cavallero) faſta que la vueſtra bondad , y cortesìa me otorgue un don , el

qual redundarà en honra, y prez de vueſtra perſona, y en pro de la mas deſconſolada, y agraviada doncella, que el Sol ha viſto; y ſi es que el valor de vueſtro fuerte brazo correſponde à la voz de vueſtra inmortal fama, obligado eſtais à favorecer à la ſin ventura, que de tan lueñas tierras viene al olor de vueſtro famoſo nombre, buſcandoos para remedio de ſus deſdichas. No os reſponderè palabra, fermoſa ſeñora, reſpondiò Don Quixote, ni oirè mas coſa de vueſtra facienda, faſta que os levanteis de la tierra. No me levantarè, ſeñor, reſpondiò la afligida doncella, ſi primero, por la vueſtra cortesìa no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, reſpondiò Don Quixote, como no ſe haya de cumplir en daño, ò mengua de mi Rey, de mi Patria, y de aquella, que de mi corazon, y libertad tiene la llave. No ſerà en daño, ni en mengua de los que decìs, mi buen ſeñor, replicò la doloroſa doncella; y eſtando en eſto, ſe llegò Sancho Panza al oìdo de ſu ſeñor, y muy paſito le dixo: Bien puede vueſtra merced, ſeñor, concederle el don que pide, que no es coſa de nada, ſolo es matar à un Gigantazo; y eſta que lo pide es la alta Princeſa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etyopia. Sea quien fuere, reſpondiò Don Quixote, que yo harè lo que ſoy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme à lo que profeſſado tengo; y bolviendoſe à la doncella, dixola: Vueſ-

tra

tra gran fermoſura ſe levante, que yo le otorgo el don, que pedirme quiſiere. Pues el que pido es, dixo la doncella, que la vueſtra magnanima perſona ſe venga luego conmigo donde yo le llevarè, y me prometa, que no ſe ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, haſta darme venganza de un traydor, que contra todo Derecho Divino, y Humano me tiene uſurpado mi Reyno. Digo, que aſsi lo otorgo, reſpondiò Don Quixote, y aſsi podeis, ſeñora, deſde hoy mas, deſechar la melancolìa, que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios, y fuerzas vueſtra deſmayada eſperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo vos os vereis preſto reſtituida en vueſtro Reyno, y ſentada en la ſilla de vueſtro antiguo, y grande Eſtado, à peſar, y à deſpecho de los follones, que contradecirlo quiſieren; y manos à la labor, que en la tardanza dicen que ſuele eſtàr el peligro. Lo meneſteroſa doncella pugnò con mucha porfia por beſarle las manos; mas Don Quixote, que en todo era comedido, y cortès Cavallero, jamàs lo conſintiò, antes la hizo levantar, y la abrazò con mucha corteſìa, y comedimiento, y mandò à Sancho, que requirieſſe las cinchas à Rocinante, y le armaſſe luego al punto. Sancho deſcolgò las armas, que como trofeo de un arbol eſtaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armò à ſu ſeñor, el qual viendoſe armado, dixo: Vamos de aqui en

el nombre de Dios, à favorecer eſta gran ſeñora. Eſtabaſe el Barbero aùn de rodillas, teniendo gran cuenta de diſsimular la riſa, y de que no ſe le cayeſſe la barba, con cuya caìda quizà quedàran todos ſin conſeguir ſu buena intencion, y viendo que ya el dòn eſtaba concedido, y con la diligencia que Don Quixote ſe aliſtaba para ir à cumplirle, ſe levantò, y tomò de la otra mano à ſu ſeñora, y entre los dos la ſubieron en la mula; luego ſubiò Don Quixote ſobre Rocinante, y el Barbero ſe acomodò en ſu cavalgadura, quedandoſe Sancho à pie, donde de nuevo ſe le renovò la pèrdida del rucio, con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con guſto por parecerle que yà ſu ſeñor eſtaba pueſto en camino, y muy à pique de ſer Emperador, porque ſin duda alguna penſaba, que ſe havia de caſar con aquella Princeſa, y ſer por lo menos Rey de Micomicon; ſolo le daba peſadumbre el penſar, que aquel Reyno era en tierra de Negros, y que la gente que por ſus vaſſallos le dieſſen, havian de ſer todos Negros; à lo qual hizo luego en ſu imaginacion un buen remedio, y dixoſe à sì miſmo: Què ſe me dà à mi que mis vaſſallos ſean Negros? havrà mas que cargar con ellos, y traerlos à Eſpaña, donde los podrè vender, y adonde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun Titulo, ò algun Oficio con que vivir deſcanſado todos los dias de mi vida? No ſino dormiros, y no tengais

in-

ingenio, ni habilidad para diſponer de las coſas, y para vender treinta, ò diez mil vaſſallos en dacame eſſas pajas. Por Dios que los he de volar chico con grande, ò como pudiere, y que por Negros que ſean, los he de bolver blancos, ò amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con eſto andaba tan ſolicito, y tan contento, que ſe le olvidaba la peſadumbre de caminar à pie. Todo eſto miraban de entre unas breñas Cardenio, y el Cura, y no ſabìan què hacerſe para juntarſe con ellos; pero el Cura, que era gran traciſta, imaginò luego lo que harìan para conſeguir lo que deſeaban; y fue, que con unas tixeras, que traìa en un eſtuche, quitò con mucha preſteza la barba à Cardenio, y viſtiòle un capotillo pardo, que èl traìa, y diòle un herreruelo negro, y èl ſe quedò en calzas, y en jubòn, y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que èl miſmo no ſe conociera, aunque à un eſpejo ſe mirara. Hecho eſto, pueſto que ya los otros havian paſſado adelante, en tanto que ellos ſe disfrazaron, con facilidad ſalieron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos paſſos de aquellos lugares no concedian, que anduvieſſen tanto los de à cavallo, como los de à pie: en efecto, ellos ſe puſieron en el llano à la ſalida de la ſierra; y aſsi como ſaliò de ella Don Quixote, y ſus camaradas, el Cura ſe le puſo à mirar muy de eſpacio, dando ſeñales de que le iba reconociendo; y al

cabo

cabo de haverle una buena pieza eſtado mirando, ſe fue à èl abiertos los brazos, y diciendo à voces: Para bien ſea hallado el eſpejo de la Cavalleria, el mi buen compatriota Don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza, el amparo, y remedio de los meneſterоſos, la quinta eſſencia de los Cavalleros Andantes; y diciendo eſto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda à Don Quixote, el qual eſpantado de lo que veia, y oìa decir, y hacer à aquel hombre, ſe le puſo à mirar con atencion, y al fin le conociò, y quedò como eſpantado de verle, y hizo grande fuerza por apearſe, mas el Cura no lo conſintiò, por lo qual Don Quixote decia: Dexeme vueſtra merced, ſeñor Licenciado, que no es razon que yo eſtè à cavallo, y una tan reverenda perſona como vueſtra merced eſtè à pie. Eſſo no conſentirè yo en ningun modo, dixo el Cura; eſtèſe la vueſtra grandeza à cavallo, pues eſtando à cavallo, acaba las mayores fazañas, y aventuras, que en nueſtra edad ſe han viſto, que à mi, aunque indigno Sacerdote, baſtaràme ſubir en las ancas de una de eſtas mulas de eſtos ſeñores, que con vueſtra merced caminan, ſi no lo han por enojo, y aùn harè cuenta, que voy cavallero ſobre el cavallo Pegaſo, ò ſobre la Cebra, ò Olfana, en que cavalgaba aquel famoſo Moro Muzaraque, que aùn haſta ahora yace encantado en la gran Cueſta Zulema, que diſta poco de la gran

Com-

Compluto. Aùn no caìa yo en tanto, mi ſeñor Licenciado, reſpondiò Don Quixote; y yo sè, que mi ſeñora la Princeſa ſerà ſervida, por mi amor, de mandar à ſu eſcudero dè à vueſtra merced la ſilla de ſu mula, que èl podrà acomodarſe en las ancas, ſi es que ella las ſufre. Sì ſufre, à lo que yo creo, reſpondiò la Princeſa; y tambien sè, que no ſerà meneſter mandarſelo al ſeñor mi eſcudero, que èl es tan cortès, y tan corteſano, que no conſentirà, que una perſona Eccleſiaſtica vaya à pie, pudiendo ir à cavallo. Aſsi es, reſpondiò el Barbero, y apeandoſe en un punto, combidò al Cura con la ſilla, y èl la tomò, ſin hacerſe mucho de rogar; y fue el mal, que al ſubir à las ancas el Barbero, la mula, que en efecto era de alquilèr (que para decir que era mala eſto baſta) alzò un poco los quartos traſſeros, y diò dos coces en el ayre, que à darlas en el pecho de Maeſſe Nicolàs, ò en la cabeza, èl diera al Diablo la venida por Don Quixote; con todo eſſo le ſobreſaltaron de manera, que cayò en el ſuelo, con tan poco cuydado de las barbas, que ſe le cayeron en el ſuelo, y como ſe viò ſin ellas, no tuvo otro remedio ſino acudir à cubrirſe el roſtro con ambas manos, y à quexarſe, que le havia derribado las muelas. Don Quixote como viò todo aquel mazo de barbas ſin quixadas, y ſin ſangre, lexos del roſtro del eſcudero caìdo, dixo: Vive Dios, que es gran milagro eſte, las barbas le ha derribado,

y

y arrancado del roſtro, como ſi las quitàran à poſta. El Cura, que viò el peligro que corria ſu invencion de ſer deſcubierta, acudiò luego à las barbas, y fueſſe con ellas adonde yacia Maeſſe Nicolàs, dando aùn voces todavia, y de un golpe, llegandole la cabeza à ſu pecho, ſe las puſo, murmurando ſobre èl unas palabras, que dixo que era cierto enſalmo apropriado para pegar barbas, como lo verian; y quando ſe las tuvo pueſtas, ſe apartò, y quedò el eſcudero tan bien barbado, y tan ſano como de antes; de que ſe admirò Don Quixote ſobre manera, y rogò al Cura, que quando tuvieſſe lugar le enſeñaſſe aquel enſalmo, que èl entendia, que ſu virtud, à mas de pegar barbas, ſe debia de eſtender, pues eſtaba claro, que de donde las barbas ſe quitaſſen, havia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y que pues todo lo ſanaba, à mas que barbas aprovechaba. Aſſi es, dixo el Cura, y prometiò de enſeñarſele en la primera ocaſion. Concertaronſe, que por entonces ſubieſſe el Cura, y à trechos ſe fueſſen los tres mudando, haſta que llegaſſen à la Venta, que eſtaria haſta dos leguas de alli. Pueſtos los tres à cavallo: es à ſaber, Don Quixote, la Princeſa, y el Cura; y los tres à pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Panza, Don Quixote dixo à la Doncella: Vueſtra grandeza, ſeñora mia, guie por donde mas guſto le diere. Y antes que ella reſpondieſſe, dixo el Licenciado: Azia què

Rey-

Reyno quiere guiar la vueſtra ſeñorìa ? Es por ventura àzia el de Micomicon ? que sì debe de ſer , ò yo sè poco de Reynos. Ella , que eſtaba bien en todo , entendiò , que havia de reſponder, que sì, y aſsi dixo : Sì ſeñor, àzia eſſe Reyno es mi camino. Si es aſsi , dixo el Cura , por la mitad de mi Pueblo hemos de paſſar , y de alli tomarà vueſtra merced la derrota de Cartagena , donde ſe podrà embarcar con la buena ventura ; y ſi hay viento proſpero, mar tranquilo, y ſin borraſca, en poco menos de nueve años ſe podrà eſtar à viſta de la gran Laguna Meona, digo Meotides , que eſtà poco mas de cien jornadas mas acà del Reyno de vueſtra grandeza. Vueſtra merced eſtà engañado , ſeñor mio , dixo ella , porque no hà dos años, que yo partì de èl , y en verdad , que nunca tuve buen tiempo, y con todo eſſo he llegado à vèr lo que tanto deſeaba , que es al ſeñor Don Quixote de la Mancha , cuyas nuevas llegaron à mis oìdos aſsi como puſe los pies en Eſpaña , y ellas me movieron à buſcarle para encomendarme en ſu corteſìa , y fiar mi juſticia de el valor de ſu invencible brazo. No mas , ceſſen mis alabanzas , dixo à eſta ſazon Don Quixote , porque ſoy enemigo de todo genero de adulacion ; y aunque eſta no lo ſea , todavia ofenden mis caſtas orejas ſemejantes platicas. Lo que yo sè decir , ſeñora mia , que ora tenga valor , ò no , el que tuviere , ò no tuviere , ſe ha de emplear en vueſ-

tro

tro ſervicio haſta perder la vida; y aſsi, dexando eſto para ſu tiempo, ruego al ſeñor Licenciado me diga, què es la cauſa que le ha traido por eſtas partes tan ſolo, tan ſin criados, y tan à la ligera, que me pone eſpanto? A eſſo reſponderè con brevedad, reſpondiò el Cura, porque ſabrà vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, que yo, y Maeſſe Nicolàs, nueſtro amigo, y nueſtro Barbero, ibamos à Sevilla à cobrar cierto dinero, que un pariente mio, que hà muchos años que paſsò à Indias, me havia embiado, y no tan pocos, que no paſſen de ſetenta mil peſos enſayados, que es otro que tal; y paſſando ayer por eſtos Lugares, nos ſalieron al encuentro quatro ſalteadores, y nos quitaron haſta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponerſelas poſtizas; y aùn à eſte mancebo, que aqui và (ſeñalando à Cardenio) le puſieron como de nuevo; y es lo bueno, que es publica fama por todos eſtos contornos, que los que nos ſaltearon ſon unos Galeotes, que dicen, que libertò caſi en eſte miſmo ſitio un hombre tan valiente, que à peſar del Comiſſario, y de las Guardas, los ſoltò à todos; y ſin duda alguna èl debia de eſtàr fuera de juicio, ò debe de ſer tan grande bellaco como ellos, ò algun hombre ſin alma, y ſin conciencia, pues quiſo ſoltar al lobo entre las ovejas, à la rapoſa entre las gallinas, y à la moſca entre la miel; quiſo defraudar la Juſticia, ir contra

ſu

ſu Rey, y Señor natural, pues fue contra ſus juſtos mandamientos. Quiſo, digo; quitar à las Galeras ſus pies, poner en alboroto à la Santa Hermandad, que havia muchos años que reposaba. Quiſo, finalmente, hacer un hecho por donde ſe pierda ſu alma, y no ſe gane ſu cuerpo. Haviales contado Sancho al Cura, y al Barbero la aventura de los Galeotes, que acabò ſu amo con tanta gloria ſuya; y por eſto cargaba la mano el Cura, refiriendola, por vèr lo que hacia, ò decia Don Quixote, al qual ſe le mudaba el color à cada palabra, y no oſſaba decir, que èl havia ſido el libertador de aquella buena gente. Eſtos, pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron: que Dios por ſu miſericordia ſe lo perdone al que no los dexò llevar al debido ſuplicio.

CAPI-

CAPITULO XXX.

Que trata del gracioſo artificio, y orden que ſe tuvo en ſacar à nueſtro enamorado Cavallero de la aſperiſſima penitencia en que ſe havia pueſto.

NO huvo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues mia fee, ſeñor Licenciado, el que hizo eſſa fazaña fue mi amo; y no porque yo no le dixe antes, y le avisè, que miraſſe lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban alli por grandiſsi-

mos

mos bellacos. Majadero, dixo à eſta ſazon Don Quixote, à los Cavalleros Andantes no les toca, ni tañe averiguar ſi los afligidos, encadenados, y opreſſos que encuentran por los caminos vàn de aquella manera, ò eſtàn en aquella anguſtia por ſus culpas, ò por ſus deſgracias, ſolo les toca ayudarles, como meneſteroſos, poniendo los ojos en ſus penas, y no en ſus bellaquerìas. Yo topè un roſario, y ſarta de gente mohina, y deſdichada, y hice con ellos lo que mi Religion me pide, y lo demàs allà ſe avenga; y à quien mal le ha parecido (ſalvo la ſanta dignidad del ſeñor Licenciado, y ſu honrada perſona) digo, que ſabe poco de achaque de Cavalleria, y que miente como hi de puta, y mal nacido; y eſto lo harè conocer con mi eſpada, donde mas largamente ſe contiene. Eſto dixo, afirmandoſe en los eſtrivos, y calandoſe el morriòn, porque la vacìa de Barbero, que à ſu cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, haſta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los Galeotes. Dorotèa (que era diſcreta, y de gran donayre) como quien ya ſabìa el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla de èl, ſino Sancho Panza, no quiſo ſer para menos; y viendole tan enojado, le dixo: Señor Cavallero, miembreſele à la vueſtra merced el don que me tiene prometido, y que conforme à èl no puede entremeterſe en otra aventura, por urgente que

ſea:

ſea: ſoſsiegue vueſtra merced el pecho, que ſi el ſeñor Licenciado ſupiera, que por eſte invicto brazo havian ſido librados los Galeotes, èl ſe diera tres puntos en la boca, y aùn ſe mordiera tres veces la lengua antes que haver dicho palabra, que en deſpecho de vueſtra merced redundàra. Eſſo juro yo bien, dixo el Cura, y aùn me huviera quitado un vigote. Yo callarè, ſeñora mia, dixo Don Quixote, y reprimirè la juſta colera que ya en mi pecho ſe havia levantado, y irè quieto, y pacifico, haſta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago de eſte buen deſeo, os ſuplico me digais, ſino ſe os hace de mal, qual es la vueſtra cuita, y quantas, quienes, y quales ſon las perſonas de quien os tengo de dàr debida, ſatisfecha, y entera venganza? Eſſo harè yo de gana, reſpondiò Dorotèa, ſi es que no os enfada oìr laſtimas, y deſgracias. No enfadarà, ſeñora mia, reſpondiò Don Quixore; à lo que reſpondiò Dorotèa: Pues ſi aſsi es, eſtènme vueſtras mercedes atentos. No huvo ella dicho eſto, quando Cardenio, y el Barbero ſe le puſieron al lado, deſeoſos de vèr como fingia ſu hiſtoria la diſcreta Dorotèa; y lo miſmo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella, como ſu amo. Y ella, deſpues de haverſe pueſto bien en la ſilla, y prevenidoſe con tosèr, y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzò à decir de eſta manera:

Primeramente quiero, que vueſtras mercedes ſepan,

ſepan, ſeñores mios, que à mi me llaman. . . . y detuvoſe aqui un poco, porque ſe le olvidò el nombre, que el Cura la havia pueſto; pero èl acudiò al remedio, porque entendiò en lo que reparaba, y dixo: No es maravilla, ſeñora mia, que la vueſtra grandeza ſe turbe, y empache, contando ſus deſventuras, que ellas ſuelen ſer tales, que muchas veces quitan la memoria à los que maltratan, de tal manera, que aùn de ſus miſmos nombres no ſe les acuerda, como han hecho con vueſtra gran ſeñoria, que ſe ha olvidado, que ſe llama la Princeſa Micomicona, legitima heredera del gran Reyno Micomicon; y con eſſe apuntamiento puede la vueſtra grandeza reducir ahora facilmente à ſu laſtimada memoria todo aquello, que contar quiſiere. Aſsi es la verdad, reſpondiò la doncella, y deſde aquì adelante creo, que no ſerà meneſter apuntarme nada, que yo ſaldrè à buen puerto con mi verdadera hiſtoria, la qual es: Que el Rey mi padre, que ſe llamaba Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en eſto, que llaman el arte Magica, y alcanzò por ſu ciencia, que mi madre, que ſe llamaba la Reyna Xaramilla, havia de morir primero que èl; y que de alli à poco tiempo èl tambien havia de paſſar de eſta vida, y yo havia de quedar huerfana de padre, y madre; pero decia èl, que no le fatigaba tanto eſto, quanto le ponia en confuſion ſaber por coſa muy cierta, que un deſcomunal Gigante, ſeñor de una grande In-

ſula,

ſula, que caſi alinda con nueſtro Reyno, llamado Pandafilando de la foſca Viſta: porque es coſa averiguada, que aunque tiene los ojos en ſu lugar, y derechos, ſiempre mira al revès, como ſi fueſſe vizco; y eſto lo hace èl de maligno, y por poner miedo, y eſpanto à los que mira. Digo que ſupo, que eſte Gigante, en ſabiendo mi horfandad, havia de paſſar con gran poderìo ſobre mi Reyno, y me lo havia de quitar todo, ſin dexarme una pequeña Aldèa donde me recogieſſe; pero que podia eſcuſar toda eſta ruìna, y deſgracia, ſi yo me quiſieſſe caſar con èl, mas à lo que èl entendia, jamàs penſaba que me vendria à mi voluntad de hacer tan deſigual caſamiento: y dixo en eſto la pura verdad, porque jamàs me ha paſſado por el penſamiento, no ſolo caſarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande, y deſaforado que fueſſe. Dixo tambien mi padre, que deſpues que èl fueſſe muerto, y vieſſe yo, que Pandafilando comenzaba à paſſar ſobre mi Reyno, que no aguardaſſe à ponerme en defenſa, porque ſeria deſtruirme, ſino que libremente le dexaſſe deſembarazado el Reyno, ſi querìa eſcuſar la muerte, y total deſtruicion de mis buenos, y leales vaſſallos, porque no havia de ſer poſsible defenderme de la endiablada fuerza del Gigante, ſino que luego, con algunos de los mios, me puſieſſe en camino de las Eſpañas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando un Cavallero

ro Andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo el Reyno, el qual se havia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ò Don Gigote. Don Quixote dirà, señora, dixo à esta sazon Sancho Panza, ò por otro nombre el Cavallero de la Triste Figura. Assi es la verdad, dixo Dorotèa: Dixo mas, que havia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro izquierdo, ò por alli junto, havia de tener un lunar pardo, con ciertos cabellos à manera cerdas. En oyendo esto Don Quixote, dixo à su escudero: Tèn aqui, Sancho hijo, ayudame à desnudar, que quiero vèr si soy el Cavallero que aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para què quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotèa? Para vèr si tengo esse lunar, que vuestro padre dixo, respondiò Don Quixote. No hay para què desnudarse, dixo Sancho, que yo sè que tiene vuestra merced un lunar de essas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Esso basta, dixo Dorotèa, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas; y que estè en el ombro, ò que estè en el espinazo importa poco, basta que haya lunar, y estè donde estuviere, pues todo es una misma carne; y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que èl es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama,

te, quisiesse casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin replica alguna por su legitima esposa, y le diesse la possessionde mi Reyno, junto con la de mi persona. Què te parece, Sancho amigo? (dixo à este punto Don Quixote) no oyes lo que passa? No te lo dixe yo? Mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Esso juro yo, dixo Sancho; para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandafilando: pues monta, que es mala la Reyna, assi se me buelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto diò dos zapatetas en el ayre, con muestras de grandissimo contento, y luego fue à tomar las riendas de la mula de Dorotea; y haciendola detener, se hincò de rodillas ante ella, suplicandola le diesse las manos para besarselas, en señal que la recibia por su Reyna, y señora. Quien no havia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotèa se las diò, y le prometiò de hacerle gran señor en su Reyno, quando el Cielo la hiciesse tanto bien, que se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradeciòselo Sancho con tales palabras, que renovò la risa en todos. Esta, señores, prosiguiò Dorotèa, es mi historia; solo resta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento saquè de mi Reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca, que tuvimos à vista del Puer-

to, y èl, y yo ſalimos en dos tablas à tierra, como por milagro, y aſsi es todo milagro, y miſterio el diſcurſo de mi vida, como lo haveis notado; y ſi en alguna coſa he andado demaſiada, y no tan acertada como debiera, echad la culpa à lo que el ſeñor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos, y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Eſſa no me quitaràn à mi, ò alta, y valeroſa ſeñora, dixo Don Quixote, quantos yo paſsàre en ſerviros, por grandes, y no viſtos que ſean; y aſsi, de nuevo confirmo el don, que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, haſta verme con el fiero enemigo vueſtro, à quien pienſo, con el ayùda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza ſobervia con los filos de eſta (no quiero decir buena) eſpada: merced à Ginès de Paſſamonte, que me llevò la mia. Eſto dixo entre dientes, y proſiguiò diciendo: Y deſpues de haverſela tajado, y pueſtoos en pacifica poſſeſsion de vueſtro Eſtado, quedarà à vueſtra volunrad hacer de vueſtra perſona lo que mas en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento en aquella, y no digo mas, no es poſsible, que yo arroſtre, ni por pienſo el caſarme, aunque fueſſe con el Ave Fenix. Pareciòle tan mal à Sancho, lo que ultimamente ſu amo dixo acerca de no querer caſarſe, que con grande enojo, alzan-

alzando lo voz dixo: Voto à mi, y juro à mi, que no tiene vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, cabal juicio; pues como es poſsible, que pone vueſtra merced en duda el caſarſe con tan alta Princeſa como aqueſta? Pienſa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo ſemejante aventura como la que ahora ſe le ofrece? Es por dicha mas hermoſa mi ſeñora Dulcinèa? No por cierto, ni aùn con la mitad; y aùn eſtoy por decir, que no llega à ſu zapato de la que eſtà preſente. Aſsi, noramala, alcanzarè yo el Condado que eſpero, ſi vueſtra merced ſe anda pedir cotufas en golfo: caſeſe, caſeſe luego, encomiendole yo à Satanàs, y tomeſe eſſe Reyno, que ſe le viene à las manos de vobis vobis, y en ſiendo Rey, hagame Marquès, ò Adelantado, y luego ſiquiera ſe lo lleve el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyò decir contra ſu ſeñora Dulcinèa, no lo pudo ſufrir, y alzando el lanzòn, ſin hablarle palabra à Sancho, y ſin decirle eſta boca es mia, le diò tales dos palos, que diò con èl en tierra; y ſino fuera porque Dorotèa le diò voces, que no le diera mas, ſin duda le quitàra alli la vida. Penſais, le dixo à cabo de rato, villano ruin, que ha de haver lugar ſiempre para ponerme la mano en la horcaxadura, y que todo ha de ſer errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo penſeis, bellaco, deſcomulgado, que ſin duda lo eſtàs, pues has pueſto la lengua en la ſin par Dulcinèa; y no

ſabeis

ſabeis vos, gañan, faquin, belitre, que ſi no fueſſe por el valor, que ella infunde en mi brazo, que no le tendrìa yo para matar una pulga? Decid, ſocarron de lengua viperina, y quien penſais que ha ganado eſte Reyno, y cortado la cabeza à eſte Gigante, y hechoos à vos Marquès (que todo eſto doy ya por hecho, y por coſa paſſada en coſa juzgada) ſino es el valor de Dulcinèa, tomando à mi brazo por inſtrumento de ſus hazañas? Ella pelèa en mi, y vence en mi, y yo vivo, y reſpiro en ella, y tengo vida, y sèr. O hi de puta, vellaco, y como ſois deſagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra à ſer ſeñor de Titulo, y correſpondeis à tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No eſtaba tan mal trecho Sancho, que no oyeſſe todo quanto ſu amo le decia: y levantandoſe con un poco de preſteza, ſe fue à poner detràs del palafrèn de Dorotèa; y deſde alli dixo à ſu amo: Digame, ſeñor, ſi vueſtra merced tiene determinado de no caſarſe con eſta gran Princeſſa, claro eſtà, que no ſerà el Reyno ſuyo; y no ſiendolo, què mercedes me puede hacer? Eſto es de lo que yo me quexo, caſeſe vueſtra merced una por una con eſta Reyna, ahora que la tenemos aqui como llovida del Cielo, y deſpues puede bolverſe con mi ſeñora Dulcinèa, q̃ Reyes deve de haver havido en el mundo, que hayan ſido amancebados. En lo de la hermoſura no me entrometo, que en verdad, ſi và à decirla, que

entram-

entrambas me parecen bien, pueſto que yo nunca he viſto à la ſeñora Dulcinèa. Còmo que no la has viſto, traydor, blasfemo, dixo D.Quixote? Pues no acabas de traerme ahora un recado de ſu parte? Digo, que no la he viſto tan deſpacio, dixo Sancho, que pueda haver notado particularmente ſu hermoſura, y ſus buenas partes punto por punto; pero aſsi à bulto me parece bien. Ahora te deſculpo, dixo Don Quixote, y perdoname el enojo, que te he dado, que los primeros movimientos no ſon en manos de los hombres. Ya yo lo veo, reſpondiò Sancho; y aſsi, en mi la gana del hablar ſiempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir, por una vez ſi quiera, lo que me viene à la lengua. Con todo eſſo dixo, Don Quixote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces và el cantaro à la fuente, y no te digo mas. Ahora bien, reſpondiò Sancho, Dios eſtà en el Cielo, que vè las trampas, y ſerà Juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ò vueſtra merced en obrarlo. No haya mas, dixo Dorotèa, corred, Sancho, y beſad la mano à vueſtro ſeñor, y pedidle perdon; y de aqui adelante andad mas atentado en vueſtras alabanzas, y vituperios, y no digais mal de aqueſſa ſeñora Toboſa, à quien yo no conozco ſino es para ſervirla; y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un Eſtado donde vivais como un Principe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidiò la mano à ſu ſeñor, y

èl

èl ſe la diò con repoſado continente ; y deſpues que ſe la huvo beſado , le echò la bendicion , y dixo à Sancho, que ſe adelantaſſen un poco, que tenia que preguntarle, y que departir con èl coſas de mucha importancia. Hizolo aſsi Sancho, y apartaronſe los dos algo adelante, dixole Don Quixote : Deſpues que veniſte no he tenido lugar , ni eſpacio para preguntarte muchas coſas de particularidad , acerca de la embaxada que llevaſte, y de la reſpueſta que traxiſte ; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo , y lugar , no me niegues tù la ventura , que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vueſtra merced lo que quiſiere , reſpondiò Sancho , que à todo darè tan buena ſalida , como tuve la entrada; pero ſuplico à vueſtra merced, ſeñor mio, que no ſea de aqui adelante tan vengativo. Porquè lo dices , Sancho , dixo Don Quixote ? Digolo , reſpondiò , porque eſtos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trabò el diablo la otra noche , que por lo que dixe contra mi ſeñora Dulcinèa , à quien amo, y reverencio como à una reliquia , aunque en ella no la haya, ſolo por ſer coſa de vueſtra merced. No tornes à eſſas platicas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dàn peſadumbre ; ya te perdonè entonces , y bien ſabes tù que ſuele decirſe , à pecado nuevo , penitencia nueva.

Mientras eſto paſſaba vieron venir por el camino

mino donde ellos iban à un hombre cavallero ſobre un jumento, y quando llegò cerca les parecia que era Gitano ; Pero Sancho Panza, que do quiera que veia aſnos, ſe le iban los ojos, y el alma, apenas huvo viſto el hombre, quando conociò que era Ginès de Paſſamonte, y por el hilo del Gitano ſacò el ovillo de ſu aſno, como era la verdad, pues era el rucio ſobre que Paſſamonte venìa ; el qual por no ſer conocido, y por vender el aſno, ſe havia pueſto en trage de Gitano, cuya lengua, y otras muchas ſabia hablar, como ſi fueran naturales ſuyas. Viòle Sancho, y conociòle ; y apenas le huvo viſto, y conocido, quando à grandes voces le dixo : Hà ladron Gineſillo, dexa mi prenda, ſuelta mi vida, no te empaches con mi deſcanſo, dexa mi aſno, dexa mi regalo, huye puto, auſentate ladron, y deſampara lo que no es tuyo. No fueran meneſter tantas palabras, ni baldones, porque à la primera ſaltò Ginès, y tomando un trote, que parecia carrera, en un punto ſe auſentò, y alexò de todos. Sancho llegò à ſu rucio, y abrazandole, le dixo : Còmo has eſtado, bien mio ? Rucio de mis ojos ? Compañero mio? Y con eſto le beſaba, y acariciaba, como ſi fuera perſona. El aſno callaba, y ſe dexaba beſar, y acariciar de Sancho, ſin reſponderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del rucio, eſpecialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eſſo anulaba

la

la poliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeciò. En tanto que los dos iban en estas platicas, dixo el Cura à Dorotèa, que havia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la brevedad de èl, y en la similitud que tuvo con los de los libros de Cavalleria. Ella dixo, que muchos ratos se havia entretenido en leerlos, pero que no sabìa donde eran las Provincias, ni Puertos de Mar, y que assi havia dicho à tiento, que se havia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendì assi, dixo el Cura, y por esso acudì luego à decir lo que dixe, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña vèr con quanta facilidad cree este desventurado Hidalgo todas estas invenciones, y mentiras, solo porque llevan el estilo, y modo de las necedades de sus libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no sè si queriendo inventarla, y fabricarla mentirosamente, huviera tan agudo ingenio, que pudiera dàr en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades, que este buen Hidalgo dice tocantes à su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonissimas razones, y muestra tener un entendimiento claro, y apacible en todo; de manera, que como no le toquen en sus Cavallerias, no havrà nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguiò Don Quixote con la suya, y dixo à Sancho: Echèmos,

Pan-

Panza amigo, pelillos à la mar en eſto de nueſtras pendencias, y dime ahora, ſin tener cuenta con enojo, ni rencòr alguno; donde, como, y quando hallaſte à Dulcinèa? Què hacia? Què la dixiſte? Què te reſpondiò? Què roſtro hizo quando leìa mi Carta? quien te la trasladò? y todo aquello que vieres, que en eſte caſo es digno de ſaberſe, de preguntarſe, y ſatisfacerſe, ſin que añadas, ò mientas por darme guſto, ni menos te acortes por no quitarmele. Señor, reſpondiò Sancho, ſi và à decir verdad, la carta no me la trasladò nadie, porque yo no llevè carta alguna. Aſsi es como tu dices, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la eſcrivì, le hallè en mi poder al cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grandiſsima pena, por no ſaber lo que havias tu de hacer quando te vieſſes ſin carta; y creì ſiempre, que te bolvieras deſde el lugar donde la echàras menos. Aſsi fuera, reſpondiò Sancho, ſi no la huviera yo tomado en la memoria, quando vueſtra merced me la leyò; de manera, que ſe la dixe à un Sacriſtàn, que me la trasladò del entendimiento tan punto por punto, que dixo, que en todos los dias de ſu vida, aunque havia leìdo muchas cartas de deſcomunion, no havia viſto, ni leìdo tan linda carta como aquella. Y teneisla todavia en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No ſeñor, reſpondiò Sancho; porque deſpues que la dì, como vì que no havia

de

de ſer de mas provecho, dì en olvidarla; y ſi algo ſe me acuerda, es aquello del *ſobajada*, digo del *ſoberana ſeñora*; y lo ultimo: *Vueſtro haſta la muerte*: *El Cavallero de la Triſte Figura*. Y en medio de eſtas dos coſas, le puſe mas de trecientas almas, vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los ſabroſos razonamientos, que paſſaron entre Don Quixote, y Sancho Panza ſu eſcudero, con otros admirables ſuceſſos.

TOdo eſſo no me deſcontenta; proſigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaſte, y què hacia aquella Reyna de la fermoſura? A buen ſeguro, que la hallaſte enſartando perlas, ò bordando alguna empreſſa con oro de cañutillo para eſte ſu cautivo Cavallero. No la hallè, reſpondiò Sancho, ſino ahechando dos anegas de trigo en un corral de ſu caſa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de ſus manos; y ſi miraſte, amigo, el trigo, era candeal, ò trechèl? No era ſino rubiòn, reſpondiò Sancho. Pues yo te aſſeguro, dixo Don Quixote, que ahechado por ſus manos, hizo pan candeal ſin duda alguna. Pero paſſa adelante: quando la diſte mi carta, besòla? puſoſela ſobre la cabeza? hizo

hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ò què hizo ? Quando yo ſe la iba à dàr, reſpondiò Sancho, ella eſtaba en la fuga del menèo de una buena parte de trigo, que tenia en la criva; y dixome: Poned amigo, eſſa carta ſobre aquel coſtàl, que no la puedo leer, haſta que acabe de acrivar todo lo que aqui eſtà. Diſcreta ſeñora! dixo Don Quixote: eſſo debiò de ſer por leerla de eſpacio, y recrearſe con ella. Adelante, Sancho; y en tanto que eſtaba en ſu meneſter, què coloquios paſsò contigo? què te preguntò de mi? y tù que la reſpondiſte? acaba, cuentamelo todo, no ſe te quede en el tintero una minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho; mas yo le dixe de la manera que vueſtra merced, por ſu ſervicio, quedaba haciendo penitencia, deſnudo de la cintura arriba, metido entre eſtas ſierras, como ſi fuera ſalvage, durmiendo en el ſuelo, ſin comer pan à manteles, ni ſin peynarſe la barba, llorando, y maldiciendo ſu fortuna. En decir, que maldecia mi fortuna, dixiſte mal, dixo Don Quixote, porque antes la bendigo, y bendicirè todos los dias de mi vida, por haverme hecho digno de merecer amar tan alta ſeñora como Dulcinèa del Toboſo. Tan alta es, reſpondiò Sancho, que à buena fee, que me lleva à mi mas de un coto. Pues còmo, Sancho, dixo Don Quixote, haſte medido tù con ella? Medìme en eſta manera, reſpondiò Sancho, que llegando à ayudar à poner

un

un coſtàl de trigo ſobre un jumento, llegamos tan juntos, que echè de vèr, que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicò Don Quixote, que no acompaña eſſa grandeza, y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negaràs, Sancho, una coſa: quando llegaſte junto à ella, no ſentiſte un olor ſabèo, una fagrancia aromatica, y un no sè què de bueno, que yo no acierto à darle nombre? Digo un tuho, ò tufo, como ſi eſtuvieras en la Tienda de algun curioſo Guantero? Lo que sè decir, dixo Sancho, es, que ſentì un olorcillo algo hombruno, y debia de ſer, que ella con el mucho exercicio eſtaba ſudada, y algo correoſa. No ſerìa eſſo, reſpondiò D. Quixote, ſino que tu debìas de eſtàr romadizado, ò te debiſte de oler à tì miſmo, porque yo sè lo bien que huele aquella roſa entre eſpinas, aquel lìrio del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ſer, reſpondiò Sancho, que muchas veces ſale de mi aquel olor, que entonces me pareciò, que ſalìa de ſu merced de la ſeñora Dulcinèa; pero no hay de què maravillarſe, que un diablo ſe parece à otro. Y bien, proſiguiò Don Quixote, he aqui, que acabò de limpiar ſu trigo, y de embiarle al molino, què hizo quando leyò la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyò, porque dixo, que no ſabìa leer, ni eſcrivir; antes la raſgò, y la hizo menudas piezas, diciendo, que no la queria dàr à leer à nadie, porque no ſe ſupieſ-

ſen

ſen en el Lugar ſus ſecretos, y que baſtaba lo que yo le havia dicho de palabra acerca del amor que vueſtra merced la tiene, y de la penitencia extraordinaria, que por ſu cauſa quedaba haciendo; y finalmente me dixo, que dixeſſe à vueſtra merced, que le beſaba las manos, y que alli quedaba con mas deſeos de verle, que de eſcrivirle; y que aſsi le ſuplicaba, y mandaba, que viſta la preſente, ſalieſſe de aquellos matorrales, y ſe dexaſſe de hacer diſparates, y ſe puſieſſe luego luego en camino del Toboſo, ſi otra coſa de mas importancia no le ſucedieſſe, porque tenia gran deſeo de vèr à vueſtra merced. Rióſe mucho quando la dixe como ſe llamaba vueſtra merced el Cavallero de la Triſte Figura. Preguntèla ſi havia ido allà el Vizcaìno de marras? Dixome, que sì, y que era un hombre muy de bien. Tambien la preguntè por los Galeotes; mas dixome, que no havia viſto haſta entonces alguno. Todo và bien haſta ahora, dixo Don Quixote; pero dime, què joya fue la que te diò al deſpedirte, por las nuevas que de mi llevaſte? Porque es uſada, y antigua coſtumbre entre los Cavalleros, y Damas Andantes, el dàr à los eſcuderos, doncellas, ò enanos, que les llevan nuevas de ſus damas, à ellos, ò à ellas, de ſus Andantes alguna rica joya en albricias, y en agradecimiento de ſu recado. Bien puede eſſo ſer aſsi, y yo la tengo por buena uſanza; pero eſſo debia de ſer en los tiempos paſſados,

dos, que ahora ſolo ſe debe de acoſtumbrar el dàr un pedazo de pan, y queſo, que eſto fue lo que me diò mi ſeñora Dulcinèa por las bardas del corral, quando de ella me deſpedì; y aùn por mas ſeñas era el queſo ovejuno. Es liberal en eſtremo, dixo Don Quixote, y ſi no te diò joya de oro, ſin duda debiò de ſer porque no la tendria alli à mano para dartela; pero buenas ſon mangas deſpues de Paſqua: yo la verè, y ſe ſatisfarà todo. Sabes de què eſtoy maravillado, Sancho? De que me parece, que fuiſte, y veniſte por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir, y venir deſde aqui al Toboſo, haviendo de aqui allà mas de trinta leguas, por lo qual me doy à entender, que aquel Sabio Nigromante, que tiene quenta con mis coſas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay, y le ha de haver, ſo pena, que yo no ſeria buen Cavallero Andante: Digo, que eſte tal te debiò de ayudar à caminar, ſin que tù lo ſintieſſes, que hay ſabio de eſtos, que coge à un Cavallero Andante durmiendo en ſu cama, y ſin ſaber como, ò en què manera, amanece otro dia mas de mil leguas, de donde anocheciò; y ſi no fueſſe por eſto, no ſe podian ſocorrer en ſus peligros los Cavalleros Andantes unos à otros, como ſe ſocorren à cada paſſo, que acaece eſtàr uno peleando en las ſierras de Armenia con algun Lendirago, ò con algun fiero Veſtiglo, ò con otro Cavallero, donde lleva lo peor de la bata-

batalla, y està ya à punto de muerte, y quando menos se cata, assoma por acullà encima de una nube, ò sobre un carro de fuego otro Cavallero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y à la noche se halla en su posada, cenando muy à su sabor, y suele haver de la una à la otra parte dos, ò tres mil leguas; y todo esto se hace por industria, y sabiduria de estos Sabios encantadores, que tienen cuidado de estos valerosos Cavalleros. Assi que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer, que en tan breve tiempo hayas ido, y venido desde este Lugar al del Toboso; pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debiò de llevar en bolandillas, sin que tù lo sintiesses. Assi seria, dixo Sancho, porque à buena fee, que andaba Rocinante como si fuera asno de Gitano con azogue en los oìdos. Y como sì, que llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aùn una legion de demonios, que es gente, que camina, y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto à parte, què te parece à tì que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda, que la vaya à vèr? Que aunque yo veo, que estoy obligado à cumplir su mandamiento, veome tambien imposibilitado del don, que he prometido à la Princesa, que con nosotros viene, y fuerzame la ley de Cavalleria à cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa, y

fatiga el deſeo de vèr à mi ſeñora ; por otra me incita , y llama la prometida fee , y la gloria, que he de alcanzar en eſta empreſſa; pero lo que pienſo hacer ſerà caminar aprieſſa, y llegar preſto donde eſtà eſte Gigante , y en llegando , le cortarè la cabeza , y pondrè à la Princeſa pacificamente en ſu Eſtado, y al punto darè la buelta à vèr à la luz , que mis ſentidos alumbra, à la qual darè tales diſculpas , que ella venga à tener por buena mi tardanza , pues verà, que todo redunda en aumento de ſu gloria , y fama; pues quanta yo he alcanzado , alcanzo, y alcanzarè por las armas en eſta vida , toda me viene de el favor,que ella me dà,y de ſer yo ſuyo.Ay, dixo Sancho,y como eſtà vueſtra merced laſtimado de eſſos caſos!Pues digame,ſeñor,pienſa vueſtra merced caminar eſte camino en valde,y dexar piſar, y perder un tan rico,y tan principal caſamiento como eſte, donde le dàn en dote un Reyno? que à buena verdad, que he oìdo decir, que tiene mas de veinte mil leguas de contorno , y que es abundantiſsimo de todas las coſas , que ſon neceſſarias para el ſuſtento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Caſtilla juntos. Calle por amor de Dios,y tenga verguenza de lo que ha dicho, y tome mi conſejo, y perdoneme , y caſeſe luego en el primer Lugar que haya Cura; y ſi no, ahì eſtà nueſtro Licenciado,q̃ lo harà de perlas. Y advierta, que ya tengo edad para dàr conſejos , y que eſte que le doy le viene

ne de molde, que mas vale paxaro en mano, que buytre volando; porque quien bien tiene, y mal eſcoge, por bien que ſe enoja, no ſe venga. Mira, Sancho, reſpondiò Don Quixote, ſi el conſejo que me dàs de que me caſe, es porque ſea luego Rey en matando al Gigante, y tenga comodo para hacerte mercedes, y darte lo prometido; hagote ſaber, que ſin caſarme podrè cumplir tu deſeo muy facilmente, porque yo ſacarè de adehala antes de entrar en la batalla: que ſaliendo vencedor de ella, ya que no me caſe, me han de dàr una parte del Reyno, para que la pueda dàr à quien yo quiſiere; y en dandomela, à quien quieres tù que la dè, ſino à tì? Eſſo eſtà claro, reſpondiò Sancho; pero mire vueſtra merced, que la eſcoga àzia la Marina, porque ſi no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis Negros vaſſallos, y hacer de ellos lo que ya he dicho. Y vueſtra merced no ſe cure de ir por ahora à vèr mi ſeñora Dulcinèa, ſino vayaſe à matar al Gigante, y concluyamos eſte nogoçio, que por Dios que ſe me aſsienta, que ha de ſer de mucha honra, y de mucho provecho. Digote, Sancho, dixo Don Quixote, que eſtàs en lo cierto, y que havrè de tomar tu conſejo en quanto el ir antes con la Princeſa, que à vèr à Dulcinèa. Y aviſote, que no digas nada à nadie, ni à los que con noſotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado; que pues Dulcinèa es tan recatada, que no quiere que ſepan

ſus penſamientos, no ſerà bien, que yo, ni otro por mi, los deſcubra. Pues ſi eſſo es aſsi, dixo Sancho, còmo hace vueſtra merced, que todos los que vence por ſu brazo ſe vayan à preſentar ante mi ſeñora Dulcinèa, ſiendo eſto como firma de ſu nombre, que la quiere bien, y que es ſu enamorado? Y ſiendo forzoſo, que los que fueren ſe han de ir à hincar de finojos ante ſu preſencia, y decir, que vàn de parte de vueſtra merced à darla la obediencia, còmo ſe pueden encubrir los penſamientos de entrambos? O què necio, y què ſimple que eres, dixo Don Quixote! Tu no vès, Sancho, que eſſo todo redunda en ſu mayor enſalzamiento? porque has de ſaber, que en eſte nueſtro eſtilo de Cavalleria, es gran honra tener una Dama muchos Cavalleros Andantes que la ſirvan, ſin que ſe eſtiendan à mas ſus penſamientos, que à ſervirla, por ſolo ſer ella quien es, ſin eſperar otro premio de ſus muchos, y buenos deſeos, ſino que ella ſe acontente de acetarlos por ſus Cavalleros. Con eſſa manera de amor, dixo Sancho, he oìdo yo predicar, que ſe ha de amar à nueſtro Señor, por sì ſolo, ſin que nos mueva eſperanza de Gloria, ò temor de pena; aunque yo le querìa amar, y ſervir por lo que pudieſſe. Valate el diablo por villano, dixo Don Quixote, y què de diſcreciones dices à las veces; no parece ſino que has eſtudiado. Pues à fee mia, que no sè leer, reſpondiò Sancho. En eſto les diò voces Maeſſe Nicolàs, que eſperaſſen

raſſen un poco, que querìan detenerſe à beber en una fuentecilla que alli eſtaba. Detuvoſe Don Quixote con no poco guſto de Sancho, que yà eſtaba canſado de mentir tanto, y temia no le cogieſſe ſu amo à palabras; porque pueſto que èl ſabìa que Dulcinèa era una Labradora del Toboſo, no la havia viſto en toda ſu vida. Haviaſe en eſte tiempo veſtido Cardenio los veſtidos, que Dorotèa traìa quando la hallaron (que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja à los que dexaba) apearonſe junto à la Fuente, y con lo que el Cura ſe acomodò en la venta, ſatisfacieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traìan. Eſtando en eſto, acertò à paſſar por alli un muchacho, que iba de camino, el qual poniendoſe à mirar con mucha atencion à los que en la Fuente eſtaban, de alli à poco arremetiò à Don Quixote, y abrazandole por las piernas, comenzò à llorar muy de propoſito, diciendo: Ay ſeñor mio, no me conoce vueſtra merced? Pues mireme bien, que yo ſoy aquel mozo Andrès, que quitò vueſtra merced de la encina donde eſtaba atado. Reconociòle Don Quixote, y aſiendole por la mano, ſe bolviò à los que alli eſtaban, y dixo: Porque vean vueſtras mercedes quan de importancia es haver Cavalleros Andantes en el mundo, que desfagan los tuertos, y agravios que en èl ſe hacen por los inſolentes, y malos hombres que en èl viven; ſepan vueſtras mercedes, que los dias paſ-

paſſados, paſſando yo por un boſque, ohì unos gritos, y unas voces muy laſtimoſas, como de perſona afligida, y meneſteroſa; acudì luego, llevado de mi obligacion, àcia la parte donde me pareciò que las lamentables voces ſonaban, y hallè atado à una encina à eſte muchacho, que ahora eſtà delante (de lo que me huelgo en el alma, porque ſerà teſtigo, que no me dexarà mentir en nada): Digo, que eſtaba atado à la encina, deſnudo del medio cuerpo arriba, y eſtabale abriendo à azotes con las riendas de una yegua un villano, que deſpues ſupe que era amo ſuyo; y aſsi como yo le vì, le preguntè la cauſa de tan atròz vapulamiento; reſpondiò el Zafio, que le azotaba, porque era ſu criado, y que ciertos deſcuidos que tenia nacìan mas de ladron, que de ſimple. A lo qual eſte niño dixo: Señor, no me azota ſino porque le pido mi ſalario. El amo replicò no sè què harengas, y diſculpas, las quales, aunque de mi fueron oìdas, no fueron admitidas. En reſolucion, yo le hice deſatar, y tomè juramento al villano de que le llevaria conſigo, y le pagaria un real ſobre otro, y aun ſahumados. No es la verdad todo eſto, hijo Andrès? No notaſte con quanto imperio ſe lo mandè, y con quanta humildad prometiò de hacer todo quanto yo le impuſe, y notifiquè, y quiſe? Reſponde, no te turbes, ni dudes en nada, dì lo que paſsò à eſtos ſeñores, porque ſe vea, y conſidere ſer del provecho que digo haver

ver Cavalleros Andantes por los caminos. Todo lo que vueſtra merced ha dicho es mucha verdad, reſpondiò el muchacho; pero el fin del negocio ſucediò muy al revès de lo que vueſtra merced ſe imagina. Còmo al revès, replicò Don Quixote? luego no te pagò el villano? No ſolo no me pagò, reſpondiò el muchacho, pero aſsi como vueſtra merced traſpuſo el boſque, y quedamos ſolos, me bolviò à atar à la meſma encina, y me diò de nuevo tantos azotes, que quedè hecho un San Bartholomè deſollado, y à cada azote que me daba me decia un donayre, y chufleta, acerca de hacer burla de vueſtra merced, que à no ſentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto èl me parò tal, que haſta ahora he eſtado curandome en un Hoſpital, del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vueſtra merced la culpa, porque ſi ſe fuera ſu camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni ſe entremetiera en negocios agenos, mi amo ſe contentàra con darme una, ò dos docenas de azotes, y luego me ſoltàra, y pagàra quanto me devia; mas como vueſtra merced le deshonrò tan ſin propoſito, y le dixo tantas villanìas, encendiòſele la colera, y como no la pudo vengar en vueſtra merced, quando ſe viò ſolo deſcargò ſobre mi el nublado, de modo, que me parece que no ſerè mas hombre en toda mi vida. El daño eſtuvo, dixo Don Quixote, en irme yo de alli, que no me havia

de

de ir hasta dexarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si èl vè que no le està bien guardarla. Pero ya te acuerdas Andrès, que yo jurè que si no te pagaba, que havia de ir à buscarle, y que le havia de hallar, aunque se escondiesse en el vientre de la Ballena. Assi es la verdad, dixo Andrès, pero no aprovechò nada. Ahora veràs si aprovecha, dixo Don Quixote; y diciendo esto se levantò muy apriessa, y mandò à Sancho, que enfrenasse à Rocinante, que estaba paciendo (en tanto que ellos comian.) Preguntòle Dorotèa, què era lo que hacer querìa? El respondiò, que querìa ir à buscar al villano, y castigarle de tan mal termino, y hacer pagar à Andrès hasta el ultimo maravedì, à despecho, y pesar de quantos villanos huviesse en el mundo. A lo que ella respondiò, que advirtiesse que no podia, conforme al dòn prometido, entremeterse en ninguna empressa, hasta acabar la suya; y que pues esto sabia èl mejor que otro alguno, que sossegasse el pecho hasta la buelta de su Reyno. Assi es verdad, respondiò Don Quixote, y es forzoso que Andrès tenga paciencia hasta la buelta, como vos, señora, decìs, que yo le torno à jurar, y à prometer de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado, y pagado. No me creo de essos juramentos, dixo Andrès, mas quisiera tener ahora con que llegar à Sevilla, que todas las venganzas

zas del mundo ; dème ſi tiene aì algo que coma, y lleve , y quedeſe con Dios ſu merced, y todos los Cavalleros Andantes, que tan bien andantes ſean ellos para conſigo , como lo han ſido para conmigo. Sacò de ſu repueſto Sancho un pedazo de pan, y otro de queſo, y dandoſelo al mozo , le dixo : Toma hermano Andrès, que à todos nos alcanza parte de vueſtra deſgracia. Pues que parte os alcanza à vos , preguntò Andrès? Eſta parte de queſo , y pan que os doy, reſpondiò Sancho , que Dios ſabe ſi me ha de hacer falta , ò no ; porque os hago ſaber , amigo, que los eſcuderos de los Cavalleros Andantes eſtamos ſujetos à mucha hambre, y à mala ventura, y aùn à otras coſas , que ſe ſienten mejor que ſe dicen. Andrès aſiò de ſu pan , y queſo; y viendo que nadie le daba otra coſa, baxò ſu cabeza, y tomò el camino en las manos , como ſuele decirſe; bien es verdad, que al partirſe dixo à Don Quixote : Por amor de Dios , ſeñor Cavallero Andante , que ſi otra vez me encontrare , aunque vea que me hacen pedazos , no me ſocorra, ni ayude, ſino dexeme con mi deſgracia, que no ſerà tanta , que no ſea mayor la que me vendrà de ſu ayuda de vueſtra merced , à quien Dios maldiga, y à todos quantos Cavalleros Andantes han nacido en el mundo. Ibaſe à levantar D. Quixote para caſtigarle ; mas èl ſe puſo à correr de modo, que ninguno ſe atreviò à ſeguirlo. Quedò corridiſsimo Don Quixote del cuento de Andrès,

drès, y fue meneſter que los demàs tuvieſſen mucha cuenta con no reirſe, por no acabarle de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que ſucediò en la Venta à toda la quadrilla de Don Quixote de la Mancha.

ACabòſe la buena comida, enſillaron luego, y ſin que les ſucedieſſe coſa digna de contar llegaron otro dia à la Venta (eſpanto, y aſſombro de Sancho Panza) y aunque el quiſiera no entrar en ella, no lo pudo huìr. La Ventera, Ventero, ſu hija, y Maritornes, que vieron venir à Don Quixote, y à Sancho les ſalieron à recibir con mueſtras de mucha alegria, y èl las recibiò con grave continente, y aplauſo, y dixoles, que le aderezaſſen otro mejor lecho, que la vez paſſada; à lo qual le reſpondiò la hueſpeda, que como la pagaſſe mejor que la otra vez, que ella ſe le darìa de Principes. Don Quixote dixo, que sì harìa; y aſsi le aderezaron una cama razonable en el miſmo camaranchòn de marras, y èl ſe acoſtò luego, porque venìa muy quebrantado, y falto de ſueño. No ſe huvo bien encerrado, quando la hueſpeda arremetiò al Barbero, y aſiendole de la barba, dixo: Para mi ſantiguada, que no ſe han de aprovechar mas de mi

mi rabo para ſu barba, y que me ha de bolver mi cola, que anda lo de mi marido por eſſos ſuelos que es verguenza, digo el peyne, que ſolìa yo colgar de mi buena cola. No ſe la querìa dàr el Barbero, aunque ella mas tiraba, haſta que el Licenciado le dixo que ſe la dieſſe, que ya no era meneſter mas uſar de aquella induſtria, ſino que ſe deſcubrieſſe, y moſtraſſe en ſu meſma forma, y dixeſſe à Don Quixote, que quando le deſpojaron los ladrones Galeotes ſe havia venido à aquella Venta huyendo; y que ſi preguntaſſe por el eſcudero de la Princeſa, le dirìan q̃ ella le havia embiado adelante à dar aviſo à los de ſu Reyno, como ella iba, y llevaba conſigo el libertador de todos. Con eſto diò de buena gana la cola à la Ventera el Barbero, y aſsimiſmo la bolvieron todos los aderentes que havia preſtado para la libertad de Don Quixote. Eſpantaronſe todos los de la Venta de la hermoſura de Dorotèa, y aun del bien talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezaſſen de comer de lo que en la Venta huvieſſe; y el hueſped, con eſperanza de mejor paga, con diligencia les aderezò una razonable comida; y à todo eſto dormia Don Quixote, y fueron de parecer de no deſpertarle, porque mas provecho le harìa por entonces el dormir, que el comer. Trataron ſobre comida, eſtando delante el Ventero, ſu muger, ſu hija, Maritornes, y todos los paſſageros, de la eſtraña locura de Don Quixote, y del

modo

modo que le havian hallado. La hueſpeda les contò lo que con èl, y con el Harriero les havia acontecido, mirando ſi acaſo eſtaba alli Sancho; y como no le vieſſe, contò todo lo de ſu manteamiento, de que no poco guſto recibieron. Y como el Cura dixeſſe, que los libros de Cavallerias, que Don Quixote havia leìdo, le havian buelto el juicio, dixo el Ventero: No sè yo como puede ſer eſſo, que en verdad, que à lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo aì dos, ò tres de ellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no ſolo à mi, ſino à otros muchos; porque quando es tiempo de la ſiega ſe recogen aqui la ſieſta muchos Segadores, y ſiempre hay alguno que ſabe leer, el qual coge uno de eſtos libros en las manos, y rodeamonos de èl mas de treinta, y eſtamosle eſcuchando con tanto guſto, que nos quita mil canas. A lo menos de mi sè decir, que quando oygo aquellos furibundos, y terribles golpes, que los Cavalleros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querìa eſtàr oyendolos noches, y dias. Y yo, ni mas, ni menos, dixo la Ventera, porque nunca tengo buen rato en mi caſa, ſino aquel que vos eſtais eſcuchando leer, que eſtais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces. Aſsi es la verdad, dixo Maritornes, y à buena fee que yo tambien guſto mucho de oìr aquellas coſas, que ſon muy lindas; y mas quando cuentan, que ſe

eſtà

està la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su Cavallero, y que les està una dueña haciendoles le guarda, muerta de embidia, y con mucho sobresalto. Digo, que todo esto es cosa de mieles. Y à vos què os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del Ventero. No sè, señor, en mi anima, respondiò ella, tambien yo lo escucho, y en verdad, que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oìrlo; pero no gusto yo de los golpes de q̃ mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los Cavalleros hacen quando estàn ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compassion q̃ les tengo. Luego bien la remediarades vos, señora doncella, dixo Dorotèa, si por vos lloràran? No sè lo que me hiciera, respondiò la moza; solo sè, que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus Cavalleros, Tygres, y Leones, y otras mil immundicias. Y Jesus, yo no sè què gente es aquella tan desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar à un hombre honrado, le dexan que se muera, ò que se buelva loco. Yo no sè para què es tanto melindre; si lo hacen de honradas, casense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la Ventera, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no esta bien à las doncellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondiò ella, no pude dexar de responderle. Ahora bien, dixo el Cura,

ra, traedme, señor huesped, aquessos libros, que los quiero vèr. Que me place, respondiò èl; y entrando en su aposento, sacò de èl una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abriendola, hallò en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primero libro que abriò, viò que era Don Cirongilio de Tracia, el otro de Felix Marte de Hircania, y el otro la Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Cordova, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Asi como el Cura leyò los dos titulos primeros, bolviò el rostro al Barbero, y dixo: Falta nos hace aqui ahora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hacen, respondiò el Barbero, que tambien yo sè llevarlos al corral, ò à la chimenèa, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mis libros, dixo el Ventero? No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Felix Marte. Pues por ventura, dixo el Ventero, mis libros son hereges, ò flematicos, que los quiere quemar? Cismaticos quereis decir, amigo, dixo el Barbero, que no flematicos. Asi es, replicò el Ventero; mas si alguno quiere quemar sea esse del gran Capitan, y de esse Diego Garcia, que antes dexarè quemar un hijo, que dexar quemar ninguno de esotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y estàn llenos de disparates, y devanèos; y este del gran Capitan es hisstoria

toria verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Cordova, el qual por sus muchas, y grandes hazañas mereciò ser llamado de todo el mundo gran Capitan: renombre famoso, y claro, y de el solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes fue un principal Cavallero, natural de la Ciudad de Truxillo en Estremadura, valentissimo Soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de un puente, detuvo à todo un innumerable Exercito, que no passasse por ella, è hizo otras tales cosas, que si como èl las quenta, y las escrive èl assimismo con la modestia de Cavallero, y de Coronista proprio, las escriviera otro libre, y desapassionado, pusieran en su olvido las de los Hectores Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho Ventero; mirad de què se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora havia vuestra merced de leer lo que yo leì de Felix Marte de Hircania, que de un revès solo partiò cinco Gigantes por la cintura, como si fueran hechos de havas, como los Fraylecitos, que hacen los niños, y otra vez arremetiò con un grandissimo, y poderosissimo Exercito, donde llevò mas de un millon, y seiscientos mil Soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desvaratò à todos como si fueran mandas de ovejas. Pues què me diràn del bueno

de

de Don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente, y animoso, como se verà en el libro donde cuenta, que navegando por un rio, le saliò de la mitad del agua una serpiente de fuego, y èl assi como la viò se arrojò sobre ella, y se puso ahorcajadas encima de sus escamosas espaldas, y le apretò con ambas manos la garganta, con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio, sino dexarse ir à lo hondo del rio, llevandose trás sì al Cavallero, que nunca la quiso soltar; y quando llegaron allà abaxo, se hallò en unos Palacios, y en unos Jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volviò en un Viejo anciano, que le dixo tantas de cosas, que no hay mas que oìr. Calle, señor, que si oyesse esto, se bolviera loco de placer. Dos higas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia de Paredes, que dice. Oyendo esto Dorotèa, dixo en voz baxa à Cardenio: Poco le falta à nuestro huesped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Assi me parece à mi, respondiò Cardenio, porque segun dà indicio, èl tiene por cierto, que todo lo que estos libros cuentan, passò ni mas, ni menos que lo escriben, y no le haràn creer otra cosa Frayles Descalzos. Mirad, hermano, tornò à decir el Cura, que no huvo en el mundo Felix Marte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros Cavalleros semejantes que los libros de cavallerias cuentan, porque todo es compostura,

y

y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decìs, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendolos vuestros Segadores; porque realmente os afirmo, y juro, que nunca tales Cavalleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en èl. A otro perro con esse hueso, respondiò el Ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato; no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced à entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen, sean disparates, y mentiras, estando impressos con licencia de los Señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente, que havian de dexar imprimir tanta mentira junta, tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio. Ya os he dicho amigo, replicò el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que haya juegos de Agedrèz, de Pelota, y de Trucos para entretener à algunos, que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar; assi se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haver alguno tan igoorante, que tenga por historia verdadera ninguno de estos libros; y si me fuera licito agora, y el Auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que

han de tener los libros de Cavallerias para ser buenos, que quizà fueran de provecho, y aùn de guſto para algunos; pero yo eſpero, que vendrà tiempo en que lo pueda comunicar con quien lo remedie: y en eſte entre tanto creed, ſeñor Ventero, lo que os he dicho, y tomad vueſtros libros, y allà os avenid con ſus verdades, ò mentiras, y buen provecho os hagan; y quiera Dios, que no cojeeis del pie que cojea vueſtro hueſped Don Quixote. Eſſo no, reſpondiò el Ventero, que no ſerè yo tan loco, que me haga Cavallero Andante, que bien veo que ahora no ſe uſa lo que ſe uſaba en aquel tiempo, quando ſe dice, que andaban por el mundo eſtos famoſos Cavalleros. A la mitad de eſta platica ſe hallò Sancho Panza preſente, y quedò confuſo, y penſativo de lo que havia oìdo decir, que ahora no ſe uſaban Cavalleros Andantes, y que todos los libros de Cavallerias eran necedades, y mentiras, y propuſo en ſu corazon de eſperar en lo que paraba aquel viage de ſu amo, y que ſi no ſalia con la felicidad que èl penſaba, determinaba de dexarle, y bolverſe con ſu muger, y ſus hijos à ſu acoſtumbrado trabajo. Llevabaſe la maleta, y los libros el Ventero, mas el Cura le dixo: Eſperàd, que quiero vèr que papeles ſon eſſos, que de tan buena letra eſtàn eſcritos; lacòlos el hueſped, y dandoſelos à leer, viò haſta obra de ocho pliegos, eſcritos de mano, y al principio tenian un titulo grande que decia:

Nove-

Novela del Curioso Impertinente; leyò el Cura para sì tres ò quatro renglones, y dixo: Cierto, que no me parece mal el titulo de esta Novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondiò el Ventero: Pues bien puede leerla su Reverencia, porque le hago saber, que à algunos huespedes que aqui le han leìdo, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dàr, pensando bolversela à quien aqui dexò esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles, que bien puede ser que buelva su dueño por aqui algun tiempo; y aunque sè que me han de hacer falta los libros, à fee que se los he de bolver, que aunque Ventero, todavia soy Christiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dixo el Cura; mas no con todo esso, si la Novela me contenta, me la haveis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondiò el Ventero. Mientras los dos esto hacian, havia tomado Cardenio la Novela, y comenzado à leer en ella; y pareciendole lo mismo que al Cura, le rogò que la leyesse de modo, que todos la oyessen. Sì leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir, que en leer. Harto reposo serà para mi, dixo Dorotèa, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aùn no tengo el espiritu tan sossegado, que me conceda dormir quando fuera razon. Pues de essa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizà tendrà

drà alguna coſa de guſto. Acudiò Maeſſe Nicolàs à rogarle lo miſmo, y Sancho tambien; lo qual viſto del Cura, y entendiendo que à todos daria guſto, y èl le recibiria, dixo: Pues ſi aſsi es, eſtènme todos atentos, que la Novela comienza de eſta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde ſe cuenta la Novela del curioſo Impertinente.

EN Florencia, Ciudad rica, y famoſa de Italia, en la Provincia que llaman Toſcana, vivian Anſelmo, y Lotario, dos Cavalleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y antonomaſia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: eran ſolteros, mozos de una miſma edad, y de unas miſmas coſtumbres, todo lo qual era baſtante cauſa à que los dos con reciproca amiſtad ſe correſpondieſſen; bien es verdad, que el Anſelmo era algo mas inclinado à los paſſatiempos amoroſos, que el Lotario, al qual llevaban tras sì los de la caza; pero quando ſe ofrecia, dexaba Anſelmo de acudir à ſus guſtos, por ſeguir los de Lotario, y Lotario dexaba los ſuyos, por acudir à los de Anſelmo, y de eſta manera andaban tan à una ſus voluntades, que no havia concertado relox, que anſi lo anduvieſſe. Andaba Anſelmo perdido de amores de una doncella prin-

principal, y hermosa de la misma Ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sì, que se determinò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia) de pedirla por esposa à sus padres; y assi lo puso en execucion, y el que llevò la embaxada fue Lotario, y el que concluyò el negocio tan à gusto de su amigo, que en breve tiempo se viò puesto en la possession que deseaba, y Camila tan contenta de haver alcanzado à Anselmo por esposo, que no cessaba de dar gracias al Cielo, y à Lotario, por cuyo medio tanto bien la havia venido. Los primeros dias, como todos los de la boda, suelen ser alegres: continuò Lotario, como solia, à la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejarle, y regocijarle con todo aquello, que à èl le fue posible: pero acabadas las bodas, y sossegada ya la frequencia de las visitas, y parabienes, comenzò Lotario à descuydarse con cuydado de las idas, en casa de Anselmo, por parecerle à èl (como es razon que parezca à todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera, que quando eran solteros; porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni debe ser sospechosa en nada, con todo esso, es tan delicada la honra de el casado, que parece, que se puede ofender aun de los mismos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remis-

sion

ſion de Lotario, y formò de èl quexas grandes, diciendole, que ſi èl ſupiera, que el caſarſe havia de ſer parte para no comunicarle, como ſolìa, que jamàs lo huviera hecho; y que ſi por la buena correſpondencia, que los dos tenian mientras èl fue ſoltero, havian alcanzado tan dulce nombre como el ſer llamados los dos amigos, que no permetieſſe, por querer hacer del circunſpecto, ſin otra ocaſion alguna, que tan famoſo, y tan agradable nombre ſe perdieſſe; y que aſsi le ſuplicaba, ſi era licito, que tal termino de hablar ſe uſaſſe entre ellos, que bolvieſſe à ſer ſeñor de ſu caſa, y à entrar, y ſalir en ella como de antes; aſſegurandole, que ſu eſpoſa Camila no tenia otro guſto, ni otra voluntad, que la que èl queria que tuvieſſe; y que por haver ſabido ella con quantas veras los dos ſe amaban, eſtaba confuſa de vèr en èl tanta eſquiveza. A todas eſtas, y à otras muchas razones, que Anſelmo dixo à Lotario, para perſuadirle bolvieſſe, como ſolìa, à ſu caſa, reſpondiò Lotario con tanta prudencia, diſcrecion, y aviſo, que Anſelmo quedò ſatisfecho de la buena intencion de ſu amigo, y quedaron de concierto, que dos dias en la ſemana, y las Fieſtas, fueſſe Lotario à comer con èl; y aunque eſto quedò aſsi concertado entre los dos, propuſo Lotario de no hacer mas de aquello que vieſſe que mas convenia à la honra de ſu amigo, cuyo credito eſtimaba en mas, que el ſuyo proprio.

Decia

Decia èl, y decia bien, que el casado, à quien el Cielo havia concedido muger hermosa, tanto cuydado havia de tener, què amigos llevaba à su casa, como en mirar con què amigas su muger conversaba; porque lo que no se hace, ni concierta en las Plazas, ni en los Templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones (cosas, que no todas veces las han de negar los maridos à sus mugeres) se concierta, y facilita en casa de la amiga, ò la parienta, de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario, que tenian necessidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiesse de los descuydos, que en su proceder hiciesse; porque suele acontecer, que con el mucho amor, que el marido à la muger tiene, ò no le advierte, ò no le dice, por no enojarla, que haga, ò dexe de hacer algunas cosas, que el hacerlas, ò no le serìa de honra, ù de vituperio, de lo qual, siendo del amigo advertido, facilmente pondria remedio en todo; pero donde se hallarà amigo tan discreto, tan leal, y verdadero como aqui Lotario le pide? No lo sè yo por cierto; solo Lotario era este, que con toda solicitud, y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del ir à su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso, y à los ojos vagabundos, y malicosos la entrada de un mozo rico, gentil-hombre, y bien nacido, y de las buenas partes, que èl pensaba

que

que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad, y valor podia poner freno à toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba, y entretenia en otras cosas, que èl daba à entender ser inexcusables; assi que en quexas del uno, y disculpas del otro, se passaban muchos ratos, y partes del dia. Sucediò pues, que uno, que los dos se andaban passeando por un prado fuera de la Ciudad, Anselmo dixo à Lotario las siguientes razones:

Pensabas, amigo Lotario, que à las mercedes, que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme con mano franca los bienes, assi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recibido, y sobre al que me hizo en darme à ti por amigo, y à Camila por muger propria: dos prendas, que las estimo, sino en el grado, que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo, con que los hombres suelen, y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sè de què dias à esta parte me fatiga, y aprieta un deseo tan estraño, y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mi mismo, y

me

me culpo, y me riño à ſolas, y procuro callarlo, y encubrirlo de mis proprios penſamientos, y aſsi me ha ſido poſsible ſalir con eſte ſecreto, como ſi de induſtria procurara decirlo à todo el mundo; y pues que en efecto èl ha de ſalir à plaza, quiero que ſea en la del archivo de tu ſecreto, confiado que con èl, y con la diligencia que pondràs, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me verè preſto libre de la anguſtia que me cauſa, y llegarà mi alegria por tu ſolicitud al grado, que ha llegado mi deſcontento por mi locura.

Suſpenſo tenian à Lotario las razones de Anſelmo, y no ſabia en que havia de parar tan larga prevencion, ò preambulo; y aunque iba reboluiendo en ſu imaginacion, què deſeo podria ſer aquel, que à ſu amigo tanto fatigaba, diò ſiempre muy lexos del blanco de la verdad; y por ſalir preſto de la agonìa, que le cauſaba aquella ſuſpenſion, le dixo, que hacia notorio agravio à ſu mucha amiſtad, en andar buſcando rodeos para decirle ſus mas encubiertos penſamientos, pues tenia cierto, que ſe podia prometer de èl, ò ya conſejos para entretenerlos, ò ya remedio para cumplirlos. Aſsi es la verdad, reſpondiò Anſelmo, y con eſſa confianza te hago ſaber, amigo Lotario, que el deſeo que me fatiga, es penſar, ſi Camila mi eſpoſa es tan buena, y tan perfecta como yo pienſo, y no puedo enterarme en eſta verdad, ſino es pro-

ban-

bandola, de manera que la prueba manifieſte los quilates de ſu bondad, como el fuego mueſtra los del oro; porque yo tengo para mi, (ò amigo!) que no es una muger mas buena, de quanto es, ò no ſolicitada; y que aquella ſola es fuerte, que no ſe dobla à las promeſas, à las dadivas, à las lagrimas, y à las continuas importunidades de los ſolicitos amantes; porque què hay que agradecer (decia èl) que una muger ſea buena, ſi nadie la dice que ſea mala? Què mucho que eſtè recogida, y temeroſa la que no la dàn ocaſion para que ſe ſuelte? Y la que ſabe que tiene marido, que en cogiendola en la primera deſemboltura, la ha de quitar la vida? Aſsique la que es buena por temor, ò por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella eſtima, en que tendrè à la ſolicitada, y perſeguida, que ſaliò con la corona del vencimiento. De modo, que por eſtas razones, y por otras muchas, que te pudiera decir, para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, deſeo que Camila mi eſpoſa, paſſe por eſtas dificultades, y ſe acriſole, y quilatee en el fuego de verſe requerida, y ſolicitada de quien tenga valor para poner en ella ſus deſeos; y ſi ella ſale, como creo que ſaldrà, con la palma de eſta batalla, tendrè yo por ſin igual mi ventura: podrè yo decir, que eſtà colmado el vacìo de mis deſeos. Dirè, que me cupo en ſuerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quien la hallarà? Y quando

eſto

esto suceda al revès de lo que pienso, con el gusto de vèr que acertè en mi opinion, llevarè sin pena la que de razon podrà causarme mi tan costosa experiencia. Y presupuesto, que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero (ò amigo Lotario!) que te dispongas à ser el instrumento, que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te darè lugar paraque lo hagas, sin faltarte todo aquello, que yo viere necessario para solicitar à una muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueveme, entre otras cosas, à fiar de ti esta tan ardua empressa, el vèr, que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento à todo trance, y rigor, sino à solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto; y assi no quedarè yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedarà escondida en la virtud de tu silencio, que bien sè que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte; assique, si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia, que mi deseo pide, y con la confianza, que nuestra amistad me assegura.

Estas fueron las razones que Anselmo dixo à Lotario, à todas las quales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas, que le

dixo,

dixo, no desplegò sus labios hasta que huvo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa, que jamas huviera visto, y que le causara admiracion, y espanto, le dixo: No me puedo persuadir (ò amigo Anselmo!) a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que à pensar que de veras las decias, no consintiera, que tan adelante passàras, porque con no escucharte, previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ò que no me conoces, ò que yo no te conozco, pero no, que bien sè, que eres Anselmo, y tù sabes, que yo soy Lotario: el daño està, en que yo pienso, que no eres el Anselmo que solìas; y tù debes de haver pensado, que tampoco yo soy el Lotario que debia ser; porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tù conoces; porque los buenos amigos han de probar à sus amigos, y valerse de ellos, como dixo un Poeta: *Usque ad aras*, que quiso decir, que no se havian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto sintiò un Gentil de la amistad, quanto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe, que por ninguna humana ha de perder la amistad Divina? Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pusiesse à parte los respetos del Cielo por acudir à los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento,

mento, si no por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tù ahora, Anselmo, qual de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure à complacerte, y à hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela à mi juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tù quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo à quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y tèn paciencia de no responderme, hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedarà para que tu me repliques, y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo, dì lo que quisieres. Y Lotario prosiguiò diciendo: Pareceme (ò Anselmo!) que tienes tu ahora el ingenio, como el que siempre tienen los Moros, à los quales no se les puede dàr à entender el error de su Secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones, que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en Articulos de Fè, sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones mathematicas, que

no

no ſe pueden negar, como quando dicen: Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien ſon iguales. Y quando eſto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, haſeles de moſtrar con las manos, y ponerſelo delante de los ojos; y aùn con todo eſto no baſta nadie con ellos à perſuadirles las verdades de mi Sacra Religion. Y eſte miſmo termino, y modo me convendrà uſar contigo; porque el deſeo, que en tì ha nacido, và tan deſcaminado, y tan fuera de todo aquello, que tenga zombra de razonable, que me parece, que ha de ſer tiempo gaſtado el que ocupare en darte à entender tu ſimplicidad, que por ahora no le quiero dàr otro nombre; y aùn eſtoy para dexarte en tu deſatino en pena de tu mal deſeo; mas no me dexa uſar de eſte rigor la amiſtad que te tengo, la qual no conſiente, que te dexe pueſto en tan manifieſto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anſelmo, tu no me has dicho, que tengo de ſolicitar à una retirada? perſuadir à una honeſta? ofrecer à una deſintereſſada? ſervir à una prudente? Si, que me lo has dicho. Pues ſi tu ſabes, que tienes muger retirada, honeſta, deſintereſſada, y prudente, què buſcas? Y ſi pienſas, que de todos mis aſſaltos ha de ſalir vencedora, como ſaldrà ſin duda, què mejores titulos pienſas darla deſpues, que los que ahora tiene? O què ſerà mas deſpues de lo que es ahora? O

es

es que tu no la tienes por la que dices, ò tu no ſabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices, para que quieres probarla? ſino como à mala, hacer de ella lo que mas te viniere en guſto; mas ſi es tan buena como crees, impertinente coſa ſerà hacer experiencia de la miſma verdad, pues deſpues de hecha, ſe ha de quedar con la eſtimacion, que primero tenia; aſsi que es razon concluyente, que el intentar las coſas, de las quales antes nos puede ſuceder daño, que provecho, es de juicios ſin diſcurſo, y temerarios, y mas quando ſe quieren intentar aquellas à que no ſon forzados, ni compelidos, y que de muy lexos traen deſcubierto, que el intentarlas es manifieſta locura. Las coſas dificultoſas ſe intentan por Dios, ò por el mundo, ò por entrambos à dos; las que ſe acometen por Dios, ſon las que acometieron los Santos, acometiendo à vivir vida de Angeles en cuerpos humanos; las que ſe acometen por reſpeto del mundo, ſon las de aquellos, que paſſan tanta infinidad de agua, tanta diverſidad de climas, tanta eſtrañeza de gente, por adquirir eſtos que llaman bienes de fortuna; y las que ſe intentan por Dios, y por el mundo juntamente, ſon aquellas de los valeroſos Soldados, que apenas vèn en el contrario muro abierto tanto eſpacio, quanto es el que pudo hacer una redonda bala de Artilleria, quando pueſto à parte todo temor, ſin hacer diſcurſo, ni advertir el manifieſto

nifieſto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deſeo de bolver por ſu Fè, por ſu Nacion, y por ſu Rey, ſe arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapueſtas muertes, que los eſperan. Eſtas coſas ſon las que ſuelen intentarſe, y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes, y peligros. Pero la que tu dices, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque pueſto que ſalgas con ella, como quieres, y deſeas, no has de quedar, ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que eſtàs ahora; y ſi no ſales, te has de vèr en la mayor miſeria que imaginar ſe pueda, porque no te ha de aprovechar penſar entonces, que no ſabe nadie la deſgracia que tè ha ſucedido, porque baſtarà para afligirte, y deshacerte que la ſepas tu miſmo. Y para confirmacion de eſta verdad, te quiero decir una eſtancia, que hizo el famoſo Poeta Luis Tanſilo en el fin de ſu primera parte de Lagrimas de las San Pedro, que dice aſsi:

Crece el dolor, y crece la verguenza
En Pedro, quando el dia ſe ha moſtrado,
Y aunque alli no vè à nadie, ſe averguenza
De sì miſmo, por vèr que havia pecado;
Que à un magnanimo pecho la verguenza
No ſolo hà de moverle el ſer mirado,

Que

Que de sì ſe averguenza quando yerra,
Si bien otro no vè, que Cielo, y Tierra.

Aſsi que, no eſcuſaràs con el ſecreto tu dolor, antes tendràs que llorar continuo, ſi no lagrimas de los ojos, lagrimas de ſangre del corazon, como las lloraba aquel ſimple Doctor, que nueſtro Poeta nos cuenta, que hizo la prueba de el vaſo, que con mejor diſcurſo ſe eſcusò de hacerla el prudente Reynaldos; que pueſto que aquella ſea ficcion Poetica, tiene en ſi encerrados ſecretos morales, dignos de ſer advertidos, entendidos, è imitados; quanto mas, que con lo que ahora pienſo decirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anſelmo, ſi el Cielo, ò la buena ſuerte te huviera hecho ſeñor, y legitimo poſſeedor de un finiſsimo diamante, de cuya bondad, y quilates eſtuvieſſen ſatisfechos quantos Lapidarios le vieſſen, y que todos à una voz, y de comun parecer dixeſſen, que llegaba en quilates, bondad, y fineza à quanto ſe podia eſtender la naturaleza de tal piedra, y tu miſmo lo creyeſſes aſsi, ſin ſaber otra coſa en contrario, ſeria juſto que te vinieſſe en deſeo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un Yunque, y un martillo, y alli à pura fuerza de golpes, y brazos, probar ſi es tan duro, y tan fino como dicen? Y mas ſi lo puſieſſes por obra, que pueſto caſo que la piedra hicieſſe reſiſtencia

à tan necia prueba, no por eſſo ſe le añadiria mas valor, ni mas fama; y ſi ſe rompieſſe, coſa que podria ſer, no ſe perdia todo? Si por cierto, dexando à ſu dueño en eſtimacion, de que todos le tengan por ſimple. Pues haz cuenta, Anſelmo amigo, que Camila es finiſsimo diamante, aſsi en tu eſtimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que ſe quiebre; pues aunque ſe quede con ſu entereza, no puede ſubir à mas valor del que ahora tiene; y ſi faltaſſe, y no reſiſtieſſe, conſidera deſde ahora qual quedarias ſin ella, y con quanta razon te podrias quexar de ti meſmo, por haver ſido cauſa de ſu perdicion, y la tuya. Mira, que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger caſta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres conſiſte en la opinion buena, que de ella ſe tiene; y pues la de tu eſpoſa es tal, que llega al extremo de bondad que ſabes, para què quieres poner eſta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no ſe le han de poner embarazos donde tropiece, y cayga, ſino quitarſelos, y deſpejarle el camino de qualquier inconveniente, para que ſin peſadumbre corra ligera à alcanzar la perfeccion que la falta, que conſiſte en ſer virtuoſa. Cuentan los Naturales, que el Arminio es un animalejo que tiene una piel blanquiſsima, y que quando quieren cazarle, los Cazadores uſan de eſte artificio; que ſabiendo

las

las partes por donde ſuele paſſar, y acudir, las atajan con lodo, y deſpues ojeandole, le encaminan àcia aquel lugar; y aſsi como el Arminio llega al lodo, ſe eſtà quedo, y ſe dexa prender, y cautivar, por no paſſar por el cieno, y perder, y enſuciar ſu blancura, que la eſtima en mas que la libertad, y la vida. La honeſta, y caſta muger es Arminio, y es mas que nieve blanca, y limpia la virtud de la honeſtidad; y el que quiſiere que no la pierda, antes la guarde, y conſerve, ha de uſar de otro eſtilo diferente, que con el Arminio ſe tiene, porque no le han de poner delante del cieno de los regalos, y ſervicios de los importunos amantes; porque quizà, y aun ſin quizà, no tiene tanta virtud, y fuerza natural, que pueda por ſi miſma atropellar, y paſſar por aquellos embarazos, y es neceſſario quitarſelos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza, que encierra en ſi la buena fama. Es aſsi miſmo la buena muger como eſpejo de criſtàl luciente, y claro; pero eſtà ſujeto à empañarſe, y obſcurecerſe con qualquier aliento que le toque. Haſe de uſar con la honeſta muger el eſtilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Haſe de guardar, y eſtimar la muger buena, como ſe guarda, y eſtima un hermoſo jardin, que eſtà lleno de flores, y roſas, cuyo dueño no conſiente, que nadie le paſſee, ni manoſee, baſta q̃ deſde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de ſu fragrancia, y her-

moſura. Finalmente quiero decirte unos Verſos, que ſe me han venido à la memoria, que los ohì en una Comedia moderna, que me parece que hacen al propoſito de lo que vamos tratando. Aconſejaba un prudente viejo à otro, padre de una doncella, que la recogieſſe, guardaſſe, y encerraſſe; y entre otras razones, le dixo eſtas:

Es de vidrio la muger,
Pero no ſe ha de probar
Si ſe puede, ò no quebrar,
Porque todo podria ſer.

Y es mas facil el quebrarſe;
Y no es cordura ponerſe
A peligro de romperſe
Lo que no puede ſoldarſe.

Y en eſta opinion eſtèn
Todos, y en razon la fundo,
Que ſi hay damas en el mundo,
Ay pluvias de oro tambien.

Quanto haſta aqui te he dicho, ò Anſelmo, ha ſido por lo que à ti te toca, y ahora es bien que ſe oyga algo de lo que à mi me conviene; y ſi fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto en donde te has entrado, y de donde quieres que yo te ſaque. Tu me tienes por

por amigo, y quieres quitarme la honra, (cosa que es contra toda amistad) y aùn no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite à ti. Que me la quieres quitar à mi, està claro, pues quando Camila vea, que yo la solicìto, como me pides, cierto està, que me ha de tener por hombre sin honra, y mal amigo, pues intento, y hago una cosa tan fuera de aquello, que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite à ti, no hay duda; porque viendo Camila, que yo la solicìto, ha de pensar, que yo he visto en ella alguna liviandad, que me diò atrevimiento à descubrirla mi mal deseo; y teniendose por deshonrada, te toca à ti, como à cosa suya, su misma deshonra; y de aqui nace lo que comunmente se platìca, que el marido de la muger adultera, puesto que èl no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido, y poco recato estorvar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo; y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera està en aquella desventura. Pero quierote decir la causa porquè con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque èl no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte,

ni

ni dado ocaſion para que ella lo ſea ; y no te canſes de oìrme, què todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios criò à nueſtro primero Padre en el Paraìſo Terrenal, dice la Divina Eſcritura, que infundiò Dios ſueño en Adàn; y que eſtando durmiendo , le ſacò una coſtilla de el lado ſinieſtro, de la qual formò à nueſtra Madre Eva ; y aſsi como Adàn deſpertò , y la mirò , dixo : Eſta es carne de mi carne , y hueſſo de mis hueſſos. Y dios Dixo : Por eſta dexarà el hombre à ſu padre, y madre, y ſeràn dos en una carne miſma ; y entonces fue inſtituido el Divino Sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que ſola la muerte puede deſatarlos ; y tiene tanta fuerza , y virtud eſte milagroſo Sacramento, que hace , que dos diferentes perſonas ſean una miſma carne ; y aùn hace mas en los buenos caſados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad ; y de aqui viene , que como la carne de la eſpoſa ſea una miſma con la de el eſpoſo, las manchas que en ella caen, ò los defectos que ſe procura , redundan en la carne de el marido , aunque èl no haya dado ocaſion para aquel daño ; porque aſsi como el dolor del pie , ò de qualquier miembro del cuerpo humano le ſiente todo el cuerpo, por ſer todo de una carne miſma , y la cabeza ſiente el daño del tobillo , ſin que ella ſe le haya cauſado; aſsi el marido es participante de la deſhonra de la muger , por ſer una miſma coſa en ella;

ella ; y como las honras, y deshonras del mundo ſean todas, y nazcan de carne, y ſangre, y las de la muger mala ſean de eſte genero, es forzoſo, que al marido le quepa parte de ellas, y ſea tenido por deshonrado, ſin que èl lo ſepa. Mira, pues (ò Anſelmo !) al peligro que te pones en querer turbar el ſoſsiego, en que tu buena eſpoſa vive. Mira por quan vana, è impertinente curioſidad quieres rebolver los humores que ahora eſtàn ſoſſegados en el pecho de tu caſta eſpoſa. Advierte, que lo que aventuras à ganar es poco, y que lo que perderàs ſerà tanto, que lo dexarè en ſu punto, porque me faltan palabras para encarecerlo; pero ſi todo quanto he dicho no baſta à moverte de tu mal propoſito, bien puedes buſcar otro inſtrumento de tu deſhonra, y deſventura, que yo no pienſo ſerlo, aunque por ello pierda tu amiſtad, que es la mayor pèrdida, que imaginar puedo. Callò en diciendo eſto el virtuoſo, y prudente Lotario, y Anſelmo quedò tan confuſo, y penſativo, que por un buen eſpacio no le pudo reſponder palabra ; pero en fin le dixo : Con la atencion que has viſto he eſcuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones he viſto la mucha diſcrecion que tienes, y el extremo de la verdadera amiſtad que alcanzas ; y aſsimiſmo veo, y confieſſo, que ſi no ſigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras

el

el mal. Presupuesto esto, has de considerar, que yo padezco ahora la enfermedad, que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yesso, carbon, y otras cosas peores, aun asqueroſas para mirarse, quanto mas para comerse; assi que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente, à solicitar à Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que à los primeros encuentros dè con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedarè contento, y tu havràs cumplido con lo que debes à nuestra amistad, no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra; y estàs obligado à hacer esto por una razon sola, y es, que estàndo yo, como estoy, determinado de poner en practica esta prueba, no has tu de consentir, que yo dè cuenta de mi desatino à otra persona, con que podria aventurar el honor, que tu procuras que no pierda; y quando el tuyo no estè en el punto que debe en la intencion de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco, ò nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza, que esperamos, le podràs decir la pura verdad de nuestro artificio, con que bolverà tu credito al sèr primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dàr aventurandote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante;

re; pues como ya he dicho, con ſolo que comiences darè por concluìda la cauſa. Viendo Lotario la reſoluta voluntad de Anſelmo, y no ſabiendo que mas exemplos traerle, ni què mas razones moſtrarle para que no la ſiguieſſe; y viendo que le amenazaba, que daria à otro cuenta de ſu mal deſeo, por evitar mayor mal, determinò de contentarle, y hacer lo que le pedia, con propoſito è intencion de guiar aquel negocio de modo, que ſin alterar los penſamientos de Camila, quedaſſe Anſelmo ſatisfecho; y aſsi le reſpondiò, que no comunicaſſe ſu penſamiento con otro alguno, que èl tomaba à ſu cargo aquella empreſſa, la qual comenzaria quando à èl le dieſſe mas guſto. Abrazòle Anſelmo tierna y amoroſamente, y agradeciòle ſu ofrecimiento como ſi alguna grande merced le huviera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que deſde otro dia ſiguiente ſe comenzaſſe la obra, que èl le daria lugar, y tiempo, como à ſus ſolas pudieſſe hablar à Camila; y aſsimiſmo le daria dineros, y joyas que darla, y que ofrecerla. Aconſejole que la dieſſe muſicas, que eſcrivieſſe verſos en ſu alabanza; y que quando èl no quiſieſſe tomar trabajo de hacerlos, èl miſmo los haria. A todo ſe ofreciò Lotario, bien con diferente intencion que Anſelmo penſaba; y con eſte acuerdo ſe bolvieron à caſa de Anſelmo, donde hallaron à Camila con anſia y cuidado, eſperando à ſu eſpoſo, porque

aquel

aquel dia tardaba en venir mas de lo acoſtumbrado. Fueſſe Lotario à ſu caſa, y Anſelmo quedò en la ſuya tan contento, como Lotario fuè penſativo, no ſabiendo què traza dàr para ſalir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensò el modo que tendria para engañar à Anſelmo, ſin ofender à Camila, y otro dia vino à comer con ſu amigo, y fuè bien recibido de Camila, la qual le recibia, y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que ſu eſpoſo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anſelmo dixo à Lotario, que ſe quedaſſe alli con Camila, en tanto que èl iba à un negocio forzoſo, que dentro de hora y media bolveria. Rogòle Camila, que no ſe fueſſe, y Lotario ſe ofreciò à hacerle compañia; mas nada aprovechò con Anſelmo, antes importunò à Lotario, que ſe quedaſſe, y le aguardaſſe, porque tenia que tratar con èl una coſa de mucha importancia. Dixo tambien à Camila, que no dexaſſe ſolo à Lotario, en tanto que èl bolvieſſe: en efecto, èl ſupo tan bien fingir la neceſsidad, ò necedad de ſu auſencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fueſſe Anſelmo, y quedaron ſolos à la meſa Camila, y Lotario, porque la demàs gente de caſa toda ſe havia ido à comer. Viòſe Lotario puesto en la eſtácada, que ſu amigo deſeaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con ſola ſu hermoſura à un eſquadron de Cavalleros armados;

dos; mirad si era razon que le temiera Lotario. Pero lo que hizo fuè, poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon à Camila del mal comedimiento, dixo, que queria reposar un poco, en tanto que Anselmo bolvia. Camila le respondiò que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y assi le rogò se entrasse à dormir en èl. No quiso Lotario, alli se quedò dormido hasta que bolviò Anselmo, el qual, como hallò à Camila en su aposento, y à Lotario durmiendo, creyò, que como se havia tardado tanto, ya havrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no viò la hora en que Lotario despertasse, para bolverse con èl fuera, y preguntarle de su ventura: todo sucediò como èl quiso. Lotario despertò, y luego salieron los dos de casa, y assi le preguntò lo que deseaba, y le respondiò Lotario, que no le havia parecido ser bien, que la primera vez se descubriesse del todo, y assi no havia hecho otra cosa, que alabar à Camila de hermosa, diciendola, que en toda la Ciudad no se trataba de otra cosa, que de su hermosura, y discrecion, y que este le havia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola à que otra vez le escuchasse con gusto, usando en esto del artificio, que el demonio usa quando quiere engañar à alguno, que està puesto en atalaya de mirar por sì, que se transforma en Angel de luz,

luz, siendolo èl de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si à los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentò mucho à Anselmo, y dixo, que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas, que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedió, pues, que se passaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra à Camila, respondia à Anselmo, que la hablaba, y jamàs podia sacar de ella una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dàr una señal de sombra de esperanza; antes decia, que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo havia de decir à su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila à las palabras, es menester vèr como resiste à las obras; yo os darè mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos, para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, à esto de traerse bien, y andar galanas; y si ella se resiste à esta tentacion, yo quedarè satisfecho, y no os darè mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que havia comenzado, que èl llevaria hasta el fin aquella empressa, puesto que entendia salir de ella cansado, y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos,

dos, y con ellos quatro mil confuſiones, porque no ſabia què decirſe para mentir de nuevo; pero en efecto determinò de decirle, que Camila eſtaba tan entera à las dadivas, y promeſas, como à las palabras; y que no havia para que cansarſe mas, porque todo el tiempo ſe gaſtaba en valde. Pero la ſuerte, que las coſas guiaba de otra manera, ordenò, que haviendo dexado Anſelmo ſolos à Lotario, y à Camila, como otras veces ſolìa, èl ſe encerrò en un apoſento, y por los agujeros de la cerradura eſtuvo mirando, y eſcuchando lo que los dos trataban; y viò, que en mas de media hora Lotario no hablò palabra à Camila, ni la hablàra ſi alli eſtuviera un ſiglo: y cayò en la cuenta, de que quanto ſu amigo le havia dicho de las reſpueſtas de Camila, todo era ficcion, y mentira; y para vèr ſi eſto era aſsi, ſaliò del apoſento, y llamando à Lotario à parte, le preguntò, què nuevas havia, y de què temple eſtaba Camila? Lotario le reſpondiò, que no penſaba mas darle puntada en aquel negocio, porque reſpondia tan aſpera, y deſabridamente, que no tendria animo para bolver à decirla coſa alguna. Ha! dixo Anſelmo, Lotario, Lotario, y quan mal correſpondes à lo que me debes, y à lo mucho que de ti confio! Ahora te he eſtado mirando por el lugar que concede la entrada de eſta llave, y he viſto, que no has dicho palabra à Camila: por donde me doy à entender, que aùn las primeras

ras le tienes por decir; y ſi eſto es aſsi, como ſin duda lo es, para què me engañas? O por què quieres quitarme con tu induſtria los medios, que yo podia hallar para conſeguir mi deſeo? No dixo mas Anſelmo, pero baſtò lo que havia dicho para dexar corrido, y confuſo à Lotario, el qual, caſi tomando por punto de honra el haver ſido hallado en mentira, jurò Anſelmo, que deſde aquel momento tomaba tan à ſu cargo el contentarle, y no mentirle, qual lo verìa, ſi con curioſidad lo eſpiaba; quanto mas, que no ſeria meneſter uſar de ninguna diligencia, porque la que el penſaba poner en ſatisfacerle, le quitaria de toda ſoſpecha. Creyòle Anſelmo, y para darle comodidad mas ſegura, y menos ſobreſaltada, determinò de hacer auſencia de ſu caſa por ocho dias, yendoſe à la de un amigo ſuyo, que eſtaba en una Aldèa no lexos de la Ciudad; con el qual amigo concertò, que le embiaſſe à llamar con muchas veras, para tener ocaſion con Camila de ſu partida. Deſdichado, y mal advertido de tì, Anſelmo, què es lo que haces? Què es lo que trazas? Què es lo que ordenas? Mira que haces contra ti miſmo, trazando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu eſpoſa Camila; quieta, y ſoſſegadamente la poſſees; nadie ſobreſalta tu guſto; ſus penſamientos no ſalen de las paredes de ſu caſa; tu eres ſu cielo en la tierra, el blanco de ſus deſeos, el cumplimiento de ſus guſtos, y la me-

dida

dida por donde mide ſu voluntad, ajuſtandola en todo con la tuya, y con la del Cielo. Pues ſi la mina de ſu honor, hermoſura, honeſtidad, y recogimiento, te dà, ſin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes deſear, para que quieres ahondar la tierra, y buſcar nuevas vetas de nuevo, y nunca viſto teſoro, poniendote à peligro que toda venga abaxo, pues en fin ſe ſuſtenta ſobre los dèbiles arrimos de ſu flaca naturaleza? Mira, que el que buſca lo impoſsible, es juſto que lo poſsible ſe le niegue: Como lo dixo mejor un Poeta, quando dixo:

Buſco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la priſion libertad,
En lo encerrado ſalida
Y en el traydor lealtad;
Pero mi ſuerte, de quien
Jamàs eſpero algun bien,
Con el Cielo ha eſtatuìdo,
Que pues lo impoſsible pido
Lo poſsible aun no me dèn.

Fueſſe otro dia Anſelmo à la Aldea, dexando dicho à Camila, que el tiempo que èl eſtuvieſſe auſente, vendria Lotario à mirar por ſu caſa, y à comer con ella, que tuvieſſe cuidado de tratarle como ſu miſma perſona. Afligiòſe Camila, como muger diſcreta, y honrada, de la or-

orden que ſu marido le dexaba, y dixole, que advirtieſſe, que no eſtaba bien, que nadie, èl auſente, ocupaſſe la ſilla de ſu meſa; y que ſi lo hacia por no tener confianza, que ella ſabria governar ſu caſa, que probaſſe por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuydados era baſtante. Anſelmo la replicò, que aquel era ſu guſto, y que no tenia mas que hacer, que baxar la cabeza, y obedecerle. Camila dixo, que anſi lo haria, aunque contra ſu voluntad. Partiòſe Anſelmo, y otro dia vino à ſu caſa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroſo, y honeſto acogimiento; la qual jamàs ſe puſo en parte donde Lotario la vieſſe à ſolas, porque ſiempre andaba rodeada de ſus criados, y criadas, eſpecialmente de una doncella ſuya, llamada Leonela, à quien ella mucho queria, por haverſe criado deſde niñas las dos juntas en caſa de los padres de Camila, y quando ſe casò con Anſelmo la traxo conſigo. En los tres dias primeros nunca Lotario la dixo nada, aunque pudiera quando ſe levantaban los manteles, y la gente ſe iba à comer con mucha prieſſa, porque aſsi lo tenia mandado Camila; y aùn tenia orden Leonela, que comieſſe primero que Camila, y que de ſu lado jamàs ſe quitaſſe; mas ella, que entre otras coſas de ſu guſto tenia puesto el penſamiento, y havia meneſter aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en ſus contentos, no cumplia todas veces el mandamien-

to

to de ſu ſeñora, antes los dexaba ſolos, como ſi aquello la huvieran mandado; mas la honeſta preſencia de Camila, la gravedad de ſu roſtro, la compoſtura de ſu perſona, era tanta, que ponia freno à la lengua de Lotario. Pero el provecho, que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo ſilencio en la lengua de Lotario, redundò mas en daño de los dos; porque ſi la lengua callaba, el penſamiento diſcurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad, y de hermoſura que Camila tenia, baſtantes à enamorar una eſtatua de marmol, no que un corazon de carne. Mirabala Lotario en el lugar, y eſpacio que havia de hablarla, y conſideraba quan digna era de ſer amada; y eſta conſideracion comenzò poco à poco à dàr aſſalto à los reſpetos, que Anſelmo tenia, y mil veces quiſo auſentarſe de la Ciudad, y irſe donde jamàs Anſelmo le vieſſe à èl, ni èl vieſſe à Camila; mas ya le hacia impedimento, y detenia el guſto que hallaba en mirarla. Haciaſe fuerza, y peleaba conſigo miſmo por deſechar, y no ſentir el contento, que le llevaba à mirar à Camila. Culpabaſe à ſolas de ſu deſatino; llamabaſe mal amigo, y mal Chriſtiano; hacia diſcurſos, y comparaciones entre èl, y Anſelmo, y todos paraban en decir, que mas havia ſido la locura, y confianza de Anſelmo, que ſu poca fidelidad, y que ſi aſsi tuviera diſculpa para con Dios, como para con los hombres, de

lo que penſaba hacer, que no temiera pena por ſu culpa. En efecto, la hermoſura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocaſion, que el ignorante marido le havia pueſto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y ſin mirar à otra coſa, qae aquella à que ſu guſto le inclinaba, al cabo de tres dias de la auſencia de Anſelmo, en los quales eſtuvo en continua batalla por reſiſtir à ſus deſeos, comenzò à requebrar à Camila con tanta turbacion, y con tan amoroſas razones, que Camila quedò ſuſpenſa, y no hizo otra coſa, que levantarſe de donde eſtaba, y entrarſe en ſu apoſento ſin reſponderle palabra alguna; mas no por eſta ſequedad ſe deſmayò en Lotario la eſperanza, que ſiempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas à Camila; la qual haviendo viſto en Lotario lo que jamàs pensàra, no ſabia què hacerſe; y pareciendole no ſer coſa ſegura, ni bien hecha darle ocaſion, ni lugar à que otra vez la hablaſſe, determinò de embiar aquella miſma noche, como en efecto lo hizo, à un criado ſuyo con un billete à Anſelmo, donde le eſcriviò eſtas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde ſe proſigne la Novela del Curioſo Impertinente.

ASſi como ſuele decirſe, que parece mal el Exercito ſin ſu General, y el Caſtillo ſin Caſ-

Caſtellano, digo yo, que parece muy peor la muger caſada, y moza ſin ſu marido, quando juſtiſſimas ocaſiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal ſin vos, y tan impoſsibilitada de no poder ſufrir eſta auſencia, que ſi preſto no venìs, me havrè de ir à entretener en caſa de mis padres, aunque dexe ſin guarda la vueſtra; porque la que me dexaſtes, ſi es que quedò con tal titulo, creo, que mira mas por ſu guſto, que por lo que à vos toca; y pues ſois diſcreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Eſta Carta recibiò Anſelmo, y entendiò por ella, que Lotario havia ya comenzado la empreſſa, y que Camila debia de haver reſpondido como èl deſeaba; y alegre ſobre manera de tales nuevas, reſpondiò à Camila de palabra, que no hicieſſe mudamiento de ſu caſa en modo ninguno, porque èl bolveria con mucha brevedad. Admirada quedò Camila de la reſpueſta de Anſelmo, que la puſo en mas confuſion que primero, porque ni ſe atrevia à eſtàr en ſu caſa, ni menos irſe à la de ſus padres, porque en la quedada corria peligro ſu honeſtidad, y en la ida iba contra el mandamiento de ſu eſpoſo; en fin, ſe reſolviò en lo que le eſtuvo peor, que fue en el quedarſe, con determinacion de no huìr la preſencia de Lotario, por no dàr que decir à ſus criados, y ya la peſaba de haver eſcrito lo que eſcriviò à ſu eſpoſo, temeroſa de que

no penſaſſe que Lotario havia viſto en ella alguna deſemboltura, que le huvieſſe movido à no guardarle el decòro, que debia; pero fiada en ſu bondad, ſe fiò en Dios, y en ſu buen penſamiento, con que penſaba reſiſtir, callando, à todo aquello, que Lotario decirla quiſieſſe, ſin dàr mas cuenta à ſu marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo; y aùn andaba buſcando manera como diſculpar à Lotario con Anſelmo, quando le preguntaſſe la ocaſion, que le havia movido à eſcrivirle aquel papel. Con eſtos penſamientos, mas honrados, que acertados, ni provechoſos, eſtuvo otro dia eſcuchando à Lotario, el qual cargò la mano de manera, que comenzò à titubear la firmeza de Camila, y ſu honeſtidad tuvo harto que hacer en acudir à los ojos paraque no dieſſen mueſtras de alguna amoroſa compaſsion, que las lagrimas, y las razones de Lotario en ſu pecho havian deſpertado. Todo eſto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, à èl le pareciò, que era meneſter en el eſpacio, y lugar, que daba la auſencia de Anſelmo, apretar el cerco à aquella fortaleza; y aſsi acometiò à ſu preſuncion con las alabanzas de ſu hermoſura; porque no hay coſa que mas preſto rinda, y allane las encaſtilladas torres de la vanidad de las hermoſas, que la miſma vanidad, pueſta en las lenguas de la adulacion. En efecto, èl, con toda diligencia minò la roca de ſu entereza con tales pretrechos, que aunque

que Camila fuera toda de bronce, viniera al ſuelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingiò Lotario, con tantos ſentimientos, con mueſtras de tantas veras, que diò al travès con el recato de Camila, y vino à triunfar de lo que menos ſe penſaba, y mas deſeaba. Rindiòſe Camila, Camila ſe rindiò; pero què mucho, ſi la amiſtad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos mueſtra, que ſolo ſe vence la paſsion amoroſa con huirla, y que nadie ſe ha de poner à brazos con tan poderoſo enemigo, porque es meneſter fuerzas Divinas para vencer las ſuyas humanas. Solo ſupo Leonela la flaqueza de ſu ſeñora, porque no ſe la pudieron encubrir los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiſo Lotario decir à Camila la pretenſion de Anſelmo, ni que èl le havia dado lugar para llegar à aquel punto, porque no tuvieſſe en menos ſu amor, y penſaſſe, que aſsi acaſo, y ſin penſar, y no de propoſito la havia ſolicitado. Bolviò de alli à pocos dias Anſelmo à ſu caſa, y no echò de vèr lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia, y mas eſtimaba. Fueſſe luego à vèr à Lotario, y hallòle en ſu caſa, abrazaronſe los dos, y el uno preguntò por las nuevas de ſu vida, ò de ſu muerte. Las nuevas que te podrè dàr, ò amigo Anſelmo, dixo Lotario, ſon, de que tienes una muger, que dignamente puede ſer exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que la he dicho ſe

las

las ha llevado el ayre; los ofrecimientos ſe han tenido en poco; las dadivas no ſe han admitido; de algunas lagrimas fingidas mias ſe ha hecho burla notable; en reſolucion, aſsi como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde aſsiſte la honeſtidad, y vive el comedimiento, el recato, y todas las virtudes, que pueden hacer loable, y bien afortunada à una honrada muger. Buelve à tomar tus dineros, amigo, que aqui los tengo, ſin haver tenido neceſsidad de tocar à ellos, que la entereza de Camila no ſe rinde à coſas tan baxas, como ſon dadivas, ni promeſſas. Contentate, Anſelmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues à pie enjuto has paſſado el mar de las dificultades, y ſoſpechas, que de las mugeres ſuelen, y pueden temerſe, no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad, y fortaleza del Navio, que el Cielo te diò en ſuerte, para que en èl paſſaſſes la mar de eſte mundo, ſino haz quenta que eſtàs ya en ſeguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena conſideracion, y dexate eſtàr haſta que te venga à pedir la deuda, que no hay hidalguìa humana que de pagarla ſe eſcuſe. Contentiſsimo quedò Anſelmo de las razones de Lotario, y aſsi ſe las creyò como ſi fueran dichas por algun Oraculo; pero con todo eſſo le rogò, que no dexaſſe la empreſſa, aunque no fueſſe mas de por

cu-

curioſidad, y entretenimiento, y aunque no ſe aprovechaſſe de alli adelante de tan ahincadas diligencias como haſta entonces; y que ſolo queria, que la eſcrivieſſe algunos Verſos en ſu alabanza, debaxo del nombre de Clori, porque èl la darìa à entender à Camila, que andaba enamorado de una dama, à quien le havia pueſto aquel nombre, por poder celebrarla con el decòro que à ſu honeſtidad ſe le debia; y que quando Lotario no quiſiera tomar trabajo de eſcrivir los Verſos, que èl los haria. No ſerà meneſter eſſo, dixo Lotario, pues no me ſon tan enemigas las Muſas, que algunos ratos del año no me viſiten. Dile tu à Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los Verſos yo los harè, ſi no tan buenos como el ſugeto merece, ſeràn por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron de eſte acuerdo el Impertinente, y el traydor amigo; y buelto Anſelmo à ſu caſa, preguntò à Camila lo que ella ya ſe maravillaba que no ſe le huvieſſe preguntado; que fue, que le dixeſſe la ocaſion por què le havia eſcrito el papel que le embiò? Camila le reſpondiò, que la havia parecido la miraba Lotario un poco mas deſembueltamente que quando èl eſtaba en caſa; pero que ya eſtaba deſengañada, y creìa, que havia ſido imaginacion ſuya, porque ya Lotario huìa de verla, y de eſtàr con ella à ſolas. Dixola Anſelmo, que bien podia eſtàr ſegura de aquella ſoſpecha, porque èl

ſabìa

ſabìa que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la Ciudad, à quien èl celebraba debaxo del nombre de Clori; y que aunque no lo eſtuviera, no havia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amiſtad de entrambos. Y à no eſtàr aviſada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que èl ſe lo havia dicho à Anſelmo, por poder ocuparſe algunos ratos en las miſmas alabanzas de Camila, ella ſin duda cayera en la deſeſperada red de los zelos; mas por eſtàr ya advertida, paſsò aquel ſobreſalto ſin peſadumbre. Otro dia, eſtando los tres ſobre meſa, rogò Anſelmo à Lotario dixeſſe alguna coſa de las que havia compueſto à ſu amada Clori, que pues Camila no la conocia, ſeguramente podia decir lo que quiſieſſe. Aunque la conociera, reſpondiò Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa à ſu dama de hermoſa, y la nota de cruel, ningun oprobio hace à ſu buen credito; pero ſea lo que fuere, lo que sè decir, que ayer hice un Soneto à la ingratitud de eſta Clori, que dice aſsi:

SONETO.

EN el ſilencio de la noche, quando
Ocupa el dulce ſueño à los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Eſtoy al Cielo, y à mi Clori dando:

Y al tiempo, quando el Sol ſe và moſtrando
Por las roſadas puertas Orientales,
Con ſuſpiros, y acentos deſiguales
Voy la antigua querella renovando;
Y quando el Sol de ſu eſtrellado aſsiento
Derechos rayos à la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos:
Buelve la noche, y buelvo al triſte cuento,
Y ſiempre hallo en mi mortal porfia
Al Cielo ſordo, à Clori ſin oidos.

Bien le pareciò el Soneto à Camila, pero mejor à Anſelmo, pues le alabò, y dixo, que era demaſiadamente cruel la dama, que à tan claras verdades no correſpondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello, que los Poetas enamorados dicen es verdad? En quanto Poetas no la dicen, reſpondiò Lotario; mas en quanto enamorados, ſiempre quedan tan cortos, como verdaderos. No hay duda en eſſo, replicò Anſelmo, todo por apoyar, y acreditar los penſamientos de Lotario con Camila, tan deſcuidada del artificio de Anſelmo, como ya enamorada de Lotario; y aſsi, con el guſto que de ſus coſas tenia, y mas teniendo por entendido, que ſus deſeos, y eſcritos à ella ſe encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que ſi otro Soneto, ù otros Verſos ſabia, los dixeſſe. Si sè, reſpondiò Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ò por

por

mejor decir, menos malo; y podreislo bien juzgar, pues es este que se sigue.

SONETO.

YO sè que muero, y si no soy creìdo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme à tus pies (ò bella ingrata!) muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podrè yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de favor desierto,
Y alli verse podrà en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso està esculpido:
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
Ay de aquel, que navega el Cielo obscuro,
Por mar no usado, y peligrosa via,
Adonde norte, ò puerto no se ofrece!

Tambien alabò este segundo Soneto Anselmo, como havia hecho con el primero; y de esta manera iba añadiendo eslabòn à eslabòn à la cadena con que se enlazaba, y trataba su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia, que estaba mas honrado; y con esto, todos los escalones que Camila baxaba àzia el centro de su menosprecio, los subia, en la opinion de su marido, àzia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucediò en esto, que hallandose una vez, entre otras,

sola

ſola Camila, con ſu doncella, la dixo: Corrida eſtoy, amiga Leonela, de vèr en quan poco he ſabido eſtimarme, pues ſi quiera no hice, que con el tiempo compràra Lotario la entera poſſeſſion, que le dì tan preſto de mi voluntad. Temo, que ha de eſtimar mi preſteza, ò ligereza, ſin que eche de vèr la fuerza, que èl me hizo para no poder reſiſtirle. No te dè pena eſſo, ſeñora mia, reſpondiò Leonela, que no eſtà la monta, ni es cauſa para mengua en la eſtimacion, darſe lo que ſe dà preſto, ſi en efecto lo que ſe dà es bueno, y ello por sì digno de eſtimarſe: y aùn ſuele decirſe, que el que luego dà, dà dos veces. Tambien ſe ſuele decir, dixo Camila, que lo que cueſta poco, ſe eſtima en menos. No corre por tì eſſa razon, reſpondiò Leonela; porque el amor, ſegun he oìdo decir, unas veces buela, y otras anda; con eſte corre, y con aquel và deſpacio; à unos entibia, y à otros abraſa; à unos hiere, y à otros mata; en un miſmo punto comienza la carrera de ſus deſeos, y en aquel miſmo punto la acaba, y concluye; por la mañana ſuele poner el cerco à una fortaleza, y à la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que la reſiſta. Y ſiendo aſsi, de què te eſpantas, ò de què temes, ſi lo miſmo debe de haver acontecido à Lotario, haviendo tomado el amor por inſtrumento de rendirnos, la auſencia de mi ſeñor? Y era forzoſo, que en ella ſe concluyeſſe lo que el amor tenia determinado, ſin dàr tiempo

al

al tiempo, para que Anſelmo le tuvieſſe de bolver, y con ſu preſencia quedaſſe imperfecta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor miniſtro para executar lo que deſea, que es la ocaſion; de la ocaſion ſe ſirve en todos ſus hechos, principalmente en los principios. Todo eſto sè yo muy bien, mas de experiencia, que de oìdas; y algun dia te lo dirè, ſeñora, que yo tambien ſoy de carne, y de ſangre moza; quanto mas, ſeñora Camila, que no te entregaſte, ni diſte tan luego, que primero no huvieſſes viſto en los ojos, en los ſuſpiros, en las razones, y en las promeſſas, y dadivas de Lotario toda ſu alma, viendo en ella, y en ſus virtudes quan digno era Lotario de ſer amado. Pues ſi eſto es aſſi, no te aſſalten la imaginacion eſſos eſcrupuloſos, y melindroſos penſamientos, ſino aſſegurate, que Lotario te eſtima, como tu le eſtimas à èl, y vive con contento, y ſatisfaccion, de que yà que caiſte en el lazo amoroſo, es el que te aprieta de valor, y de eſtima; y que no ſolo tiene las quatro SSSS. que dicen, que han de tener los buenos enamarados, ſino todo un A.B.C. entero. Sino, eſcuchame, y veràs como te lo digo de coro. El es, ſegun yo veo, y à mi me parece, agradecido, bueno, Cavallero, dadivoſo, enamorado, firme, gallardo, honrado, iluſtre, leal, mozo, noble, honeſto, principal, quantioſo, rico, y las SS. que dicen: y luego tacito, verdadero. La X. no le quadra, porq̃ es letra

aſ-

aſpera. La Y. ya ſe eſtà dicha. La Z. zelador de tu honra. Riòſe Camila del A. B. C. de ſu doncella, y tuvola por mas practica en las coſas de amor, que ella decia; y aſsi lo confeſsò ella, deſcubriendo à Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la miſma Ciudad. De lo qual ſe turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde ſu honra podia correr rieſgo. Apuròla, ſi paſſaban ſus platicas à mas que ſerlo? Ella, con poca verguenza, y mucha deſemboltura, la reſpondiò que sì paſſaban: porque es coſa ya cierta, que los deſcuydos de las ſeñoras quitan la verguenza à las criadas; las quales, quando vèn à las amas echar traſpies, no ſe les dà nada à ellas de cojear, ni de que lo ſepan. No pudo hacer otra coſa Camila, ſino rogar à Leonela no dixeſſe nada de ſu hecho al que decia ſer ſu amante, y que trataſſe ſus coſas con ſecreto, porque no vinieſſen à noticia de Anſelmo, ni de Lotario. Leonela reſpondiò que aſsi lo harìa; mas cumpliòlo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella havia de perder ſu credito; porque la deshoneſta, y atrevida Leonela, deſpues que viò que el proceder de ſu ama no era el que ſolìa, atreviòſe à entrar, y poner dentro de caſa à ſu amante, confiada, que aunque ſu ſeñora le vieſſe, no havia de oſſar deſcubrirla. Que eſte daño acarrean entre otros, los pecados de las ſeñoras, que ſe hacen eſclavas de ſus miſmas criadas, y

ſe

ſe obligan à encubrirlas ſus deshoneſtidades, y vilezas, como acontecìò con Camila, que aunque viò una, y muchas veces, que ſu Leonela eſtaba con ſu galàn en un apoſento de ſu caſa, no ſolo no la oſſaba reñir, mas dabala lugar à que lo encerraſſe, y quitabala todos los eſtorvos para que no fueſſe viſto de ſu marido. Pero no pudo quitar, que Lotario no lo vieſſe una vez ſalir al romper del Alva: el qual, ſin conocer quien era, pensò primero que debia de ſer alguna fantaſma; mas quando le viò caminar, embozarſe, y encubrirſe con cuidado, y recato, cayò de ſu ſimple penſamiento, y diò en otro, que fuera la perdicion de todos, ſi Camila no lo remediàra. Pensò Lotario, que aquel hombre que havia viſto ſalir tan à deshora de caſa de Anſelmo, no havia entrado en ella por Leonela (ni aùn ſe acordò ſi Leonela era en el mundo) ſolo creyò que Camila, de la miſma manera que havia ſido facil, y ligera con èl, lo era para otro: que eſtas añadiduras trae conſigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de ſu honra con el miſmo à quien ſe entregò rogada, y perſuadida; y cree, que con mayor facilidad ſe entrega à otros, y dà infalible credito à qualquiera ſoſpecha, que de eſto le venga; y no parece ſino que le faltò à Lotario en eſte punto todo ſu buen entendimiento, y ſe le fueron de la memoria todos ſus advertidos diſcurſos; pues ſin hacer alguno que bueno fueſſe, ni aùn

razo-

razonable, sin mas, ni mas, antes que Anselmo se levantasse, impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roìa, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le havia ofendido, se fue à Anselmo, y le dixo: Sabete Anselmo, que hà muchos dias, que he andado peleando conmigo mismo, haciendome fuerza à no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra. Sabete, que la fortaleza de Camila està ya rendida, y sujeta à todo aquello, que yo quisiere hacer de ella; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por vèr si era algun liviano antojo suyo, ò si lo hacia por probarme, y vèr si eran con proposito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado. Creì assimismo, que ella, si fuera la que debia, y la que entrambos pensabamos, ya te huviera dado cuenta de mi solicitud; pero haviendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado; de quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablara en la recamara, donde està el repuesto de tus alhajas, (y era la verdad, que alli le solia hablar Camila) y no quiero, que precipitosamente corras à hacer alguna venganza, pues no està aùn cometido el pecado, sino con pensamiento; y podria ser, que desde este, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento. Assi, ya que en todo, ò en par-

parte has ſeguido ſiempre mis conſejos, ſigue, y guarda uno, que ahora te darè, para que ſin engaño, y con medroſo advertimiento te ſatisfagas de aquello, que mas vieres que te convenga. Finge, que te auſentas por dos, ò tres dias, como otras veces ſueles, y haz de manera, que te quedes eſcondido en tu recamara, pues los tapices que alli hay, y otras coſas con que te puedes encubrir, te ofrecen mucha comodidad; y entonces veràs por tus miſmos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: y ſi fuere la maldad, que ſe puede temer, antes que eſperar, con ſilencio, ſagacidad, y diſcrecion podràs ſer el verdugo de tu agravio. Abſorto, ſuſpenſo, y admirado quedò Anſelmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las eſperaba oìr, porque ya tenia à Camila por vencedora de los fingidos aſſaltos de Lotario, y comenzaba à gozar la gloria del vencimiento. Callando eſtuvo por un buen eſpacio, mirando al ſuelo ſin mover peſtaña, y al cabo dixo: Tu lo has hecho, Lotario, como yo eſperaba de de tu amiſtad, en todo he de ſeguir tu conſejo, haz tu lo que quiſieres, y guarda aquel ſecreto que vès que conviene en caſo tan no penſado. Prometiòſelo Lotario, y en apartandoſe de èl, ſe arrepintiò totalmente de quanto le havia dicho, viendo quan neciamente havia andado, pues pudiera èl vengarſe de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonrado. Mal-

decia

decia ſu entendimiento, afeaba ſu ligera determinacion, y no ſabìa què medio tomarſe para deshacer lo hecho, ò para darle alguna razonable ſalida. Al fin, acordò de dàr cuenta de todo à Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel miſmo dia la hallò ſola, y ella, aſsi como viò que le podia hablar, le dixo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de ſuerte, que parece, que quiere rebentar en el pecho, y ha de ſer maravilla ſi no lo hace; pues ha llegado la deſverguenza de Leonela à tanto, que cada noche encierra à un galan ſuyo en eſta caſa, y ſe eſtà con èl haſta el dia, tan à coſta de mi credito, quanto le quedarà campo abierto de juzgarlo al que le viere ſalir à horas tan inuſitadas de mi caſa; y lo que me fatiga es, que no la puedo caſtigar, ni reñir; que el ſer ella ſecretario de nueſtros tratos, me ha pueſto un freno en la boca para callar los ſuyos, y temo, que de aqui ha de nacer algun mal ſuceſſo. Al principio que Camila eſto decia, creyò Lotario, que era artificio para deſmentirle, que el hombre que havia viſto ſalir era de Leonela, y no ſuyo; pero viendola llorar, y afligirſe, y pedirle remedio, vino à creer la verdad; y en creyendola, acabò de eſtàr confuſo, y arrepentido del todo; pero con todo eſto reſpondiò à Camila, que no tuvieſſe pena, que èl ordenaria remedio para atajar la inſolencia de Leonela. Dixola aſsimiſmo

lo que, inſtigado de la furioſa rabia de los zelos, havia dicho Anſelmo, y como eſtaba concertado de eſconderſe en la recamara, para vèr deſde alli à la clara la poca lealtad, que ella le guardaba. Pidiòla perdon de eſta locura, y conſejo para poder remediarla, y ſalir bien de tan rebuelto laberinto, como ſu mal diſcurſo la havia pueſto. Eſpantada quedò Camila de oir lo que Lotario la decia, y con mucho enojo, y muchas diſcretas razones le riñò, y afeò ſu mal penſamiento, y la ſimple, y mala determinacion que havia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio preſto para el bien, y para el mal mas que el varon, (pueſto que le và faltando, quando de propoſito ſe pone à hacer diſcurſos) luego al inſtante hallò Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio; y dixo à Lotario, q̃ procuraſſe, que otro dia ſe eſcondieſſe Anſelmo donde decia, porque ella penſaba ſacar de ſu eſcondimiento comodidad para que deſde alli en adelante los dos ſe gozaſſen ſin ſobreſalto alguno; y ſin declararle de el todo ſu penſamiento, le advirtiò, que tuvieſſe cuidado, que en eſtando Anſelmo eſcondido, èl vinieſſe quãdo Leonela le llamaſſe; y que à quanto ella le dixeſſe, le reſpondieſſe como reſpondiera, aunque no ſupiera, que Anſelmo le eſcuchaba. Porfiò Lotario, que le acabaſſe de declarar ſu intencion, porque con mas ſeguridad, y aviſo guardaſſe todo lo que vieſſe ſer neceſſario.

rio. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, si no fuere resonderme quando yo os pregunte, no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa, que no quisiesse seguir el parecer, que à ella tan bueno le parecia, y siguiesse, ò buscasse otros, que no podian ser tan buenos. Con esto se fuè Lotario; y Anselmo à otro dia, con la escusa de ir à aquella Aldèa de su amigo, se partiò, y bolviò à esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido, pues, Anselmo con aquel sobresalto, que se puede imaginar que tendria el que esperaba vèr por sus ojos hacer anathomìa de las entrañas de su honra, ibase à pique de perder el sumo bien, que el pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entraron en la recamara, y apenas huvo puesto los pies en ella Camila, quando dando un gran suspiro, dixo: Ay Leonela amiga! no seria mejor, que antes que llegasse à poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procuras estorvarlo, que tomasses la daga de Anselmo, que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no serà razon, que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, què es lo que vieron en mi los atrevidos, y deshonestos ojos de Lotario, que fuesse causa de darle atrevimiento

à descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia? Ponte, Leonela, à essa ventana, y llamale, que sin duda alguna èl debe de estàr en calle esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrà la cruel, quanto honrada mia. Ay señora mia, respondiò la sagàz, y advertida Leonela, y què es lo que quieres hacer con essa daga? Quieres, por ventura, quitarte la vida, ò quitarsela à Lotario? Qualquiera de estas cosas que quieras, ha de redundar en pèrdida de tu credito, y fama. Mejor es que dissimules tu agravio, y no dès lugar à que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas. Mira, señora, que somos flacas las mugeres, y èl es hombre, y determinado; y como viene con aquel mal proposito, ciego, y apassionado, quizà antes que tu pongas en execucion el tuyo, harà èl lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dàr à este desuella caras en su casa. Y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, què hemos de hacer de èl despues de muerto? Què, amiga? respondiò Camila, dexarè-nosle para que Anselmo le entierre, pues serà justo, que tenga por descargo el trabajo, que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de

mi

mi agravio, parece que ofendo à la lealtad, que à mi esposo debo.

Todo esto escuchaba Anselmo, y à cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas quando entendiò, que estaba resuelta en matar à Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no se hiciesse; pero detuvole el deseo de ver en que paraba tanta gallardìa, y honesta resolucion, con proposito de salir à tiempo que la estorvasse. Tomòle en esto à Camila un fuerte desmayo, y arrojandose encima de una cama, que alli estaba, comenzò Leonela à llorar muy amargamente, y à decir: Ay desdichada, y miserable de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! Con otras cosas à estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas lastimada, y leal doncella del mundo, y à su señora por otra nueva, y perseguida Penelope. Poco tardò en bolver de su desmayo Camila, y al bolver en si, dixo: Porquè no vàs, Leonela, à llamar al mas leal amigo de amigos, que viò el Sol, ò cubriò la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardanza el fuego de la colera, que tengo, y se passe en amenazas, y maldiciones la justa venganza, que espero. Ya voy à llamarle, señora mia, dixo Leonela, mas hasme

me de dar primero eſſa daga, porque no hagas coſa, en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Vè ſegura, Leonela amiga, que no harè, reſpondiò Camila, porque ya que ſea atrevida, y ſimple à tu parecer, en bolver por mi honra, no lo he de ſer tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen, que ſe matò, ſin haver cometido error alguno, y ſin haver muerto primero à quien tuvo la culpa de ſu deſgracia; yo morirè, ſi muero, pero ha de ſer vengada, y ſatisfecha de el que me ha dado ocaſion de venir à eſte lugar à llorar ſus atrevimientos, nacidos tan ſin culpa mia. Mucho ſe hizo de rogar Leonela antes que ſalieſſe à llamar à Lotario; pero en fin ſaliò, y entretanto que bolvia, quedò Camila diciendo, como que hablaba conſigo miſma: Valgame Dios! No fuera mas acertado haver deſpedido à Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he pueſto, que me tenga por deshoneſta, y mala, ſiquiera eſte tiempo, que he de tardar en deſengañarle? Mejor fuera ſin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido ſatisfecha, ſi tan à manos lavadas, y tan à paſſo llano ſe bolviera à ſalir de donde ſus malos penſamientos le entraron. Pague el traydor con la vida lo que intentò con tan laſcivo deſeo. Sepa el mundo (ſi acaſo llegare à ſaberlo) de que Camila

mila no ſolo guardò la lealtad à ſu eſpoſo, ſino que le diò venganza del que ſe atreviò à ofenderle; mas con todo creo, que fuera mejor dàr cuenta de eſto à Anſelmo; pero ya ſe la apuntè à dar en la carta, que le eſcrivì à la Aldèa; y creo, que el no acudir èl al remedio del daño, que alli le ſeñalè, debiò de ſer, que de puro bueno, y confiado, no quiſo, ni pudo creer, que en el pecho de ſu tan firme amigo pudieſſe caber genero de penſamiento, que contra ſu honra fueſſe; ni aun yo lo crei deſpues por muchos dias, ni lo creyera jamàs, ſi ſu inſolencia no llegara à tanto, que las manifieſtas dadivas, las largas promeſas, y las continuas lagrimas no me lo manifeſtàran. Mas paraquè hago yo ahora eſtos diſcurſos? Tiene por ventura una reſolucion gallarda neceſsidad de conſejo alguno? No por cierto. Afuera, pues, temor, aqui de mi venganza; entre el falſo, venga, llegue, muera, acabe, y ſuceda lo que ſucediere. Limpia entrè en poder del que el Cielo me diò por mio, y limpia he de ſalir de èl, y quando mucho ſaldrè bañada en mi caſta ſangre, y en la impura del mas falſo amigo, que viò la amiſtad en el mundo; y diciendo eſto, ſe paſſeaba por la ſala con la daga deſembaynada, dando tan deſconcertados, y deſaforados paſſos, y haciendo tales ademanes, que no parecia ſino que la faltaba el juicio, y que no era muger delicada, ſino un rufiàn deſeſperado. Todo lo

mi-

miraba Anſelmo, cubierto detras de unos tapices donde ſe havia eſcondido, y de todo ſe admiraba, y ya le parecia, que lo que havia viſto, y ohido era baſtante ſatisfaccion para mayores ſoſpechas, y ya quiſiera, que la prueba de venir Lotario faltàra, temeroſo de algun mal repentino ſuceſſo; y eſtando ya para manifeſtarſe, y ſalir para abrazar, y deſengañar à ſu eſpoſa, ſe detuvo, porque viò que Leonela bolvia con Lotario de la mano; y aſsi como Camila le viò, haciendo con la daga en el ſuelo una gran raya delante de ella, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo; ſi à dicha te atrevieres à paſſar de eſta raya que vès, ni aun llegar à ella, en el punto que viere que lo intentas, en eſſe miſmo me paſſarè el pecho con eſta daga, que en las manos tengo; y antes que à eſto me reſpondas palabra, quiero que otras algunas me eſcuches, que deſpues reſponderàs lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas ſi conoces à Anſelmo, mi marido, y en què opinion le tienes? Y lo ſegundo, quiero ſaber tambien, ſi me conoces à mi? Reſpondeme à eſto, y no te turbes, ni pienſes mucho lo que has de reſponder, pues no ſon dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que deſde el primer punto que Camila le dixo que hicieſſe eſconder à Anſelmo, no huvieſſe dado en la cuenta de lo que ella penſaba hacer; y aſsi correſpondiò con ſu intencion tan

diſ-

diſcretamente, y tan à tiempo, que hicieran los dos paſſar aquella mentira por mas que cierta verdad; y aſsi reſpondiò à Camila de eſta manera: No pensè yo (hermoſa Camila) que me llamabas para preguntarme coſas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: ſi lo haces por dilatarme la prometida merced, deſde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deſeado, quanto la eſperanza eſtà mas cerca de poſſeerlo; pero porque no digas, que no reſpondo à tus preguntas, digo: Que conozco à tu eſpoſo Anſelmo, y nos conocemos los dos deſde nueſtros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tu tan bien ſabes de nueſtra amiſtad, por hacerme teſtigo del agravio, que el amor hace que le haga: poderoſa diſculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la miſma poſſeſsion que èl te tiene; que à no ſer aſsi, por menos prendas que las tuyas, no havia yo de ir contra lo que debo à ſer quien ſoy, y contra las ſantas leyes de la verdadera amiſtad: ahora, por tan poderoſo enemigo como el amor, por mi rompidas, y violadas. Si eſſo confieſſas, reſpondiò Camila, enemigo mortal de todo aquello que juſtamente merece ſer amado; con què roſtro oſſas parecer ante quien ſabes, que es el eſpejo donde ſe mira aquel, en quien tu te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocaſion le agravias? Pero ya caygo (ay deſdichada de mi!)

mi!) en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que à ti miſmo debes, que debe de haver ſido alguna deſemboltura mia, que no quiero llamarla deshoneſtidad; pues no havrà procedido de deliberada determinacion, ſino de algun deſcuido de los que las mugeres, que pienſan que no tienen de quien recatarſe, ſuelen ſer inadvertidamente. Sino, dime, quando (ò traydor) reſpondì à tus ruegos con alguna palabra, ò ſeñal, que pudieſſe diſpertar en ti alguna ſombra de eſperanza de cumplir tus infames deſeos? Quando tus amoroſas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias con rigor, y con aſpereza? Quando tus muchas promeſas, y mayores dadivas fueron de mi creìdas, ni admitidas? Pero por parecerme, que alguno no puede perſeverar en el intento amoroſo luengo tiempo, ſi no es ſuſtentado de alguna eſperanza, quiero atribuirme à mi la culpa de tu impertinencia; pues ſin duda alguna, deſcuido mio ha ſuſtentado tanto tiempo tu cuidado; y aſsi quiero caſtigarme, y darme la pena, que tu culpa merece; y porque vieſſes, que ſiendo conmigo tan inhumana, no era poſsible dexar de ſerlo contigo, quiſe traerte à ſer teſtigo del ſacrificio, que pienſo hacer à la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha ſido poſsible; y de mi tambien, con el poco recato que he tenido del huìr la ocaſion,

ſion, ſi alguna te dì para favorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno à decir, que la ſoſpecha que tengo, que algun deſcuido mio engendrò en ti tan deſvariados penſamientos, es la que mas me fatìga, y la que yo mas deſeo caſtigar con mis proprias manos; porque caſtigandome otro verdugo, quizà ſeria mas publica mi culpa; pero antes que eſto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de ſatisfacer el deſeo de la venganza, que eſpero, y tengo, viendo allà, donde quiera que fuere, la pena, que dà la juſticia deſintereſſada, y que no ſe dobla al que en terminos tan deſeſperados me ha pueſto. Y diciendo eſtas razones, con una increìble fuerza, y ligereza arremetiò à Lotario con la daga deſembayenada, con tales mueſtras de querer enclavarſela en el pecho, que caſi èl eſtuvo en duda, ſi aquellas demonſtraciones eran falſas, ò verdaderas, porque le fuè forzoſo valerſe de ſu induſtria, y de ſu fuerza para eſtorvar que Camila no le dieſſe, la qual tan vivamente fingia aquel eſtraño embuſte, y falſedad, que por darle color de verdad, la quiſo matizar con ſu miſma ſangre; porque viendo que no podia herir à Lotario, ò fingiendo que no podia, dixo: Pues la ſuerte no quiere ſatisfacer del todo mi tan juſto deſeo, alomenos no ſerà tan poderoſa, que en parte me quite que no le ſatisfaga; y haciendo fuerza para ſoltar la mano de la daga,

que

que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir no profundamente, se la entrò, y escondiò por mas arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al ombro, y luego se dexò caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela, y Lotario suspensos, y atonitos de tal sucesso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo à Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre. Acudiò Lotario con mucha presteza, despavorido, y sin aliento, à sacar la daga, y en vèr la pequeña herida, saliò del temor, que hasta entonces tenia, y de nuevo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila, y por acudir con lo que à èl le tocaba, comenzò à hacer una larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo à èl, sino al que havia sido causa de haverle puesto en aquel termino; y como sabìa que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera, le tuviera mucha mas lastima que à Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomò en brazos, y la puso en el lecho, suplicando à Lotario fuesse à buscar quien secretamente à Camila curasse. Pediale asimismo consejo, y parecer de lo que dirian à Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniesse antes que estuviesse sana. El respondiò, que dixessen lo que qui-

quisiessen, que èl no estaba para dar consejo, que de provecho fuesse; solo le dixo, que procurasse tomarla la sangre, porque èl se iba adonde gentes no le viessen, y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se saliò de casa, y quando se viò solo, y en parte donde nadie le veìa, no cessaba de hacerse cruces, maravillandose de la industria de Camila, y de los ademanes tan proprios de Leonela. Considerabà quan enterado havia de quedar Anselmo, de que tenia por muger à una segunda Porcia, y deseaba verse con èl, para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada, que jamàs pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre à su señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no huvieran precedido otras, bastaran à hacer creer à Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse à las palabras de Leonela otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le havia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo à su doncella, si diria, ò no, todo aquel sucesso à su querido esposo; la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria

dria ſer ſin mucho rieſgo ſuyo; y que la buena muger eſtaba obligada à no dàr ocaſion à ſu marido à que riñieſſe, ſino à quitarle todas aquellas que le fueſſe poſsible. Reſpondiò Camila, que la parecia muy bien ſu parecer, y que ella le ſeguiria; pero que en todo caſo convenia buſcar què decir à Anſelmo de la cauſa de aquella herida, que èl no podia dexar de vèr. A lo que Leonela reſpondia, que alli ni aun burlando no ſabia mentir. Pues yo, hermana, replicò Camila, què tengo de ſaber? que no me atreverè à forjar, ni ſuſtentar una mentira, ſi me fueſſe en ello la vida; y ſi es que no hemos de ſaber dàr ſalida à eſto, mejor ſerà decirle la verdad deſnuda, que no que nos alcance en mentiroſa cuenta. No tengas pena, ſeñora, de aqui à mañana, reſpondiò Leonela; yo penſarè què le digamos, y quizà, que por ſer la herida donde es, la podràs encubrir ſin que èl la vea, y el Cielo ſerà ſervido de favorecer à nueſtros tan juſtos, y tan honrados penſamientos. Soſsiegate, ſeñora mia, procura ſoſſegar tu alteracion, porque mi ſeñor no te halle ſobreſaltada, y lo demàs dexalo à mi cargo, y al de Dios, que ſiempre acude à los buenos deſeos. Atentiſsimo havia eſtado Anſelmo à eſcuchar, y à vèr repreſentar la tragedia de la muerte de ſu honra, la qual con tan eſtraños, y eficaces efectos la repreſentaron los perſonages de ella, que pareciò que ſe havian transformado en la miſma ver-

verdad de lo que fingian. Deſeaba mucho la noche, y el tener lugar para ſalir de ſu caſa, y ir à verſe con ſu buen amigo Lotario, congratulandoſe con èl de la Margarita precioſa, que havia hallado en el deſengaño de la bondad de ſu eſpoſa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar, y comodidad à que ſalieſſe, y èl, ſin perderla, ſaliò, y luego fue à buſcar à Lotario, el qual hallado, no ſe puede buenamente contar los abrazos que le diò, las coſas que de ſu contento le dixo, y las alabanzas que diò à Camila. Todo lo qual eſcuchò Lotario, ſin poder dàr mueſtras de alguna alegria, porque ſe le repreſentaba à la memoria quan engañado eſtaba ſu amigo, y quan injuſtamente èl le agraviaba. Y aunque Anſelmo veìa, que Lotario no ſe alegraba, creìa ya ſer el motivo por haver dexado à Camila herida, y haver èl ſido la cauſa; y aſsi entre otras razones, le dixo, que no tuvieſſe pena del ſuceſſo de Camila, porque ſin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirſela à èl, y que, ſegun eſto, no havia de que temer, ſino que de alli adelante ſe gozaſſe, y alegraſſe con èl, pues por ſu induſtria, y medio èl ſe veìa levantado à la mas alta felicidad, que acertàra à deſearſe, y queria que no fueſſen otros ſus entretenimientos, que en hacer Verſos en alabanza de Camila, que la hicieſſen eterna en la memoria de los ſiglos venideros. Lotario alabò ſu buena determinacion, y dixo,

que

que èl por ſu parte ayudaria à levantar tan iluſtre edificio. Con eſto quedò Anſelmo el hombre mas ſabroſamente engañado que pudo haver en el mundo: èl miſmo llevaba por la mano à ſu caſa, creyendo que llevaba el inſtrumento de ſu gloria, toda la perdicion de ſu fama. Recibiale Camila con roſtro, al parecer, torcido, aunque con alma riſueña. Durò eſte engaño algunos dias, haſta que al cabo de pocos meſes bolviò fortuna ſu rueda, y ſaliò à plaza la maldad con tanto artificio haſta alli encubierta, y à Anſelmo le coſtò la vida ſu impertinente curioſidad.

CAPITULO XXXV.

Donde ſe dà fin à la Novela del Curioſo Impertinente.

POco mas quedaba por leer de la Novela, quando del camaranchòn donde repoſaba D. Quixote, ſaliò Sancho Panza todo alborotado, diciendo à voces: Acudid, ſeñores, preſto, y ſocorred à mi ſeñor, que anda embuelto en la mas reñida, y trabada batalla que mis ojos han viſto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la ſeñora Princeſa Micomicona, que le ha rajado la cabeza cercèn à cercèn, como ſi fuera un nabo. Què dices, hermano, dixo el Cura (dexando de leer lo que de la Novela quedaba) eſtais en vos, Sancho? Còmo diablos

blos puede ſer eſſo que dices, eſtando el Gigante dos mil leguas de aqui? En eſto oyeron un gran ruido en el apoſento, y que Don Quixote decia à voces: Tente, ladron, malandrin, follòn, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra; y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dixo Sancho: No tienen que pararſe à eſcuchar, ſino entren à deſpartir la pelèa, ò à ayudar à mi amo, aunque ya no ſerà meneſter, porque ſin duda alguna el Gigante eſtà ya muerto, y dando cuenta à Dios de ſu paſſada, y mala vida, que yo vì correr la ſangre por el ſuelo, y la cabeza cortada, y caìda à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo à eſta ſazon el Ventero, ſi Don Quixote, ò Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que à ſu cabecera eſtaban llenos, y el vino derramado debe de ſer lo que le parece ſangre à eſte buen hombre; y con eſto entrò en el apoſento, y todos tràs èl, y hallaron à Don Quixote en el mas eſtraño trage del mundo: Eſtaba en camiſa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabaſſe de cubrir los muſlos, y por detràs tenia ſeis dedos menos; las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeza un bonetillo colorado graſiento, que era del Ventero. En el brazo izquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y

èl ſe ſabìa bien el porquè, y en la derecha deſembaynada la eſpada, con la qual daba cuchilladas à todas partes, diciendo palabras como ſi verdaderamente eſtuviera peleando con algun Gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque eſtaba durmiendo, y ſoñando, que eſtaba en batalla con el Gigante, que fue tan intenſa la imaginacion de la aventura que iba à fenecer, que le hizo ſoñar que ya havia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya eſtaba en la pelèa con ſu enemigo, y havia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el Gigante, que todo el apoſento eſtaba lleno de vino, lo qual viſto por el Ventero, tomò tanto enojo, que arremetiò con Don Quixote, y à puño cerrado le comenzò à dàr tantos golpes, que ſi Cardenio, y el Cura no ſe le quitàran, èl acabara la guerra del Gigante; y con todo aquello no deſpertaba el pobre Cavallero, haſta que el Barbero traxo un gran caldero de agua fria del pozo, y ſe le echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual deſpertò Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echaſſe de vèr de la manera que eſtaba. Dorotèa, que viò quan corto, y ſutilmente eſtaba veſtido, no quiſo entrar à vèr la batalla de ſu ayudador, y de ſu contrario. Andaba Sancho buſcando la cabeza del Gigante por todo el ſuelo, y como no la hallaba, dixo: Yà yo sè, que todo lo de eſta caſa es encantamiento, que la otra vez en eſte miſmo

miſmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrazos, ſin ſaber quien me los daba, y nunca pude vèr à nadie, y ahora no parece por aqui eſta cabeza, que vì cortar por mis miſmos ojos, y la ſangre corria del cuerpo como de una fuente. Què ſangre, ni què fuente dices, enemigo de Dios, y de ſus Santos? dixo el Ventero: No vès, ladron, que la ſangre, y la fuente no es otra coſa, que eſtos cueros que aqui eſtàn horadados, y el vino tinto, que nadà en eſte apoſento, que nadando vea yo el alma en los Infiernos de quien los horadò? No sè nada, reſpondiò Sancho; ſolo sè, que vendrè à ſer tan deſdichado, que por no hallar eſta cabeza, ſe me ha de deshacer mi Condado como la ſal en el agua. Y eſtaba peor Sancho deſpierto, que ſu amo durmiendo: tal le tenian las promeſſas, que ſu amo le havia hecho. El Ventero ſe deſeſperaba de vèr la flema del eſcudero, y el malefico del ſeñor, y juraba, que no havia de ſer como la vez paſſadà, que ſe le fueron ſin pagar, y que ahora no le haviau de valer los privilegios de ſu Cavalleria para dexar de pagar lo uno, y lo otro, aùn haſta lo que pudieſſen coſtar las botanas, que ſe havian de echar à los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos à Don Quixote, el qual, creyendo que havia acabado la aventura, y que ſe hallaba delante de la Princeſa Micomicona, ſe hincò de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vueſtra grandeza, alta,

y famoſa ſeñora, vivir de hoy mas ſegura, que le puede hacer mal eſta mal nacida criatura, y yo tambien de hoy mas ſoy quito de la palabra que os dì, pues con el ayuda del Alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo, y reſpiro, tan bien la he cumplido. No lo dixe yo? dixo, oyendo eſto Sancho; sì, que no eſtaba yo borracho: mirad ſi tiene pueſto ya en ſal mi amo al Gigante. Ciertos ſon los toros, mi Condado eſtà de molde. Quien no havia de reir con los diſparates de los dos, amo, y mozo? Todos reìan, ſino el Ventero que ſe daba à Satanàs. Pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio, y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quixote en la cama, el qual ſe quedò dormido, con mueſtras de grandiſsimo canſancio. Dexaronle dormir, y ſalieronſe al portal de la venta à conſolar à Sancho Panza, de no haver hallado la cabeza del Gigante; aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al Ventero, que eſtaba deſeſperado por la repentina muerte de ſus cueros, y la Ventera decia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi caſa eſte Cavallaro Andante, que nunca mis ojos le huvieran viſto, que tan caro me cueſta. La vez paſſada ſe fue con el coſto de una noche de cena, cama, paja, y cebada para èl, y para ſu eſcudero, y un rocìn, y un jumento, diciendo, que era Cavallero Aventurero, que mala aventura le dè Dios à èl, y à quantos Aventureros

reros hay en el mundo ; y que por eſto no eſtaba obligado à pagar nada , que aſsi eſtaba eſcrito en los Aranceles de la Cavalleria Andanteſca ; y ahora por ſu reſpeto vino eſtotro ſeñor, y me llevò mi cola , y hamela buelta con mas de dos quartillos de daño , toda pelada , que no puede ſervir para lo que la quiere mi marido: y por fin , y remate de todo , romper mis cueros, y derramar mi vino , que derramada le vea yo ſu ſangre. Pues no ſe.pienſe, que por los hueſſos de mi padre, y por el ſiglo de mi madre, ſi no me lo han de pagar un quarto ſobre otro , ò no me llamaria como me llamo , ni ſeria hija de quien ſoy. Eſtas , y otras razones tales decia la Ventera con grande enojo , y ayudabala ſu buena criada Maritornes. La hija callaba, y de quando en quando ſe ſonreìa. El Cura lo ſoſſegò todo, prometiendo de ſatisfacerles ſu pèrdida lo mejor que pudieſſe, aſsi de los cueros , como de el vino , y principalmente del menoſcabo de la cola , de quien tanta cuenta hacian. Dorotèa conſolò à Sancho Panza , diciendole, que cada, y quando, que pareciesſe haver ſido verdad, que ſu amo huvieſſe deſcabezado al Gigante, le prometia , en viendoſe pacifica en ſu Reyno , de darle el mejor Condado que en èl huvieſſe. Conſolòſe con eſto Sancho, y aſſegurò à la Princeſa, que tuvieſſe por cierto, que èl havia viſto la cabeza del Gigante , y que por mas ſeñas tenia una barba , que le llegaba à la cintura ; y que ſi

no

no parecia era, porque todo quanto en aquella caſa paſſaba era por via de encantamiento, como èl lo havia probado otra vez, que havia poſado en ella. Dorotèa dixo, que aſsi lo creìa, y que no tuvieſſe pena, que todo ſe haria bien, y ſucederia à pedir de boca. Soſſegados todos, el Cura quiſo acabar de leer la Novela, porque viò, que faltaba poco; Cardenio, Dorotèa, y todos los demàs, le rogaron la acabaſſe: èl, que à todos quiſo dàr guſto, y por el que èl tenia de leerla, proſiguiò el cuento, que aſsi decia:

Sucediò, pues, que por la ſatisfaccion que Anſelmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta, y deſcuydada; y Camila de induſtria hacia mal roſtro à Lotario, porque Anſelmo entendieſſe al revès de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de ſu hecho, pidiò licencia Lotario para no venir à ſu caſa, pues claramente ſe moſtraba la peſadumbre que con ſu viſta Camila recibia; mas el engañado Anſelmo le dixo, que en ninguna manera tal hicieſſe; y de eſta manera, por mil maneras, era Anſelmo el fabricador de ſu deshonra, creyendo, que lo era de ſu guſto. En eſto, el que tenia Leonela de verſe qualificada para con ſus amores, llegò à tanto, que ſin mirar à otra coſa, ſe iba tras èl à rienda ſuelta, fiada en que ſu ſeñora la encubria, y aùn la advertia del modo, que con poco recelo pudieſſe ponerle en

exe-

execucion. En fin, una noche ſintiò Anſelmo paſſos en el apoſento de Leonela, y queriendo entrar à vèr quien los daba, ſintiò que le detenian la puerta: coſa que le puſo mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abriò, y entrò dentro, à tiempo que viò, que un hombre ſaltaba por la ventana à la calle; y acudiendo con preſteza à alcanzarle, ò conocerle, no pudo conſeguir lo uno, ni lo otro, porque Leonela ſe abrazò con èl, diciendole: Soſsiegate, ſeñor, mio, y no te alborotes, ni ſigas al que de aqui ſaltò; es coſa mia, y tanto, que es mi eſpoſo. No lo quiſo creer Anſelmo, antes, ciego de enojo, ſacò la daga, y quiſo herir à Leonela, diciendola, que le dixeſſe la verdad, ſino, que la mataria. Ella con el miedo, ſin ſaber lo que ſe decia, le dixo: No me mates, ſeñor, que yo te dirè coſas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anſelmo, ſino muerta eres. Por ahora, ſerà impoſsible, dixo Leonela, ſegun eſtoy de turbada, dexame haſta mañana, que entonces ſabràs de mi lo que te ha de admirar; y eſtà ſeguro, que el que ſaltò por eſta ventana es un mancebo de eſta Ciudad, que me ha dado la mano de ſer mi eſpoſo. Soſſegòſe con eſto Anſelmo, y quiſo aguardar el termino que le pedia, porque no penſaba oìr coſa, que contra Camila fueſſe, por eſtàr de ſu bondad tan ſatisfecho, y ſeguro; y aſsi ſe ſaliò del apoſento, y dexò encerrada en èl à Leonela,

la, diciendola, que de alli no ſaldria, haſta que le dixeſſe lo que tenia que decirle. Fue luego à vèr à Camila, y à decirla, como la dixo, todo aquello que con ſu doncella le havia paſſado, y la palabra que le havia dado de decirle grandes coſas, y de mucha importancia. Si ſe turbò Camila, ò no, no hay para què decirlo, porque fue tanto el temor, y eſpanto que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela havia de decir à Anſelmo todo lo que ſabìa de ſu poca fee, que no tuvo animo para eſperar ſi ſu ſoſpecha ſalia falſa, ò no; y aquella miſma noche, quando la pareciò, que Anſelmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros; y ſin ſer de nadie ſentida, ſaliò de caſa, y ſe fue à la de Lotario, à quien contò lo que paſſaba, y le pidiò, que la puſieſſe en cobro, ò que ſe auſentaſſen los dos, donde de Anſelmo pudieſſen eſtàr ſeguros. La confuſion en que Camila puſo à Lotario, fue tal, que no la ſabìa reſponder palabra, ni menos ſabìa reſolverſe en lo que haria. En fin, acordò de llevar à Camila à un Monaſterio, en quien era Priora una ſu hermana. Conſintiò Camila en ello, y con la preſteza que el caſo pedia, la llevò Lotario, y la dexò en el Monaſterio; y èl aſſimiſmo ſe auſentò luego de la Ciudad, ſin dàr parte à nadie de ſu auſencia. Quando amaneciò, ſin echar de vèr Anſelmo, que Camila faltaba de ſu lado, con el deſeo que tenia de ſaber lo que

Leo-

Leonela queria decirle, ſe levantò, y fue adonde la havia dexado encerrada. Abriò, y entrò en el apoſento, pero no hallò en èl à Leonela, ſolo hallò pueſtas unas ſabanas anudadas à la ventana: indicio, y ſeñal, que por alli ſe havia deſcolgado, è ido. Bolviò luego muy triſte à decirſelo à Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la caſa, quedò aſſombrado. Preguntò à los criados de caſa por ella, pero nadie le ſupo dàr razon de lo que pedia. Acertò acaſo andando buſcando à Camila, à vèr ſus cofres abiertos, y que de ellos faltaban las mas de ſus joyas, y con eſto acabò de caer en la cuenta de ſu deſgracia, y en que no era Leonela la cauſa de ſu deſventura; y aſsi como eſtaba, ſin acabarſe de veſtir, triſte, y penſativo, fue à dar cuenta de ſu deſdicha à ſu amigo Lotario; mas quando no le hallò, y ſus criados le dixeron, que aquella noche havia faltado de caſa, y havia llevado conſigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, bolviendoſe à ſu caſa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, ſino la caſa deſierta, y ſola. No ſabia que penſar, ni decir, ni q̃ hacer, y poco à poco ſe le iba bolviendo el juicio. Contemplabaſe, y mirabaſe en un inſtante ſin muger, ſin amigo, y ſin criados, deſamparado, à ſu parecer, del Cielo, que le cubrìa, y ſobre todo ſin honra, porque en la falta de Camila viò ſu perdicion. Reſolviòſe, en

fin,

fin, à cabo de una gran pieza, de irse à la Aldèa de su amigo, donde havia estado quando diò lugar à que se maquinasse toda aquella desventura. Cerrò las puertas de su casa, subiò à cavallo, y con desmayado aliento se puso en camino, y apenas huvo andado la mitad, quando, acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse, y atar su cavallo à un arbol, à cuyo tronco se dexò caer, dando tiernos, y dolorosos suspiros, y alli se estuvo hasta que casi anochecia, y à aquella hora viò, que venìa un hombre à cavallo de la Ciudad; y despues de haverle saludado, le preguntò, què nuevas havia en Florencia? El Ciudadano respondiò: Las mas estrañas que muchos dias hà se han oìdo en ella, porque se dice publicamente, que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia à San Juan, se llevò esta noche à Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la hallò el Governador descolgandose con una sabana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sè puntualmente como passò el negocio; solo sè, que toda la Ciudad està admirada de este suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el Ciudadano, pues-

to

to que el Governador ha uſado de mucha diligencia en buſcarlos. A Dios vais, ſeñor, dixo Anſelmo. Con èl quedeis vos, reſpondiò el Ciudadano, y fueſſe.

Con tan deſdichadas nuevas caſi caſi llegò à terminos Anſelmo, no ſolo de perder el juicio, ſino de acabar la vida. Levantòſe como pudo, y llegò à caſa de un ſu amigo, que aùn no ſabia ſu deſgracia, mas como le viò llegar amarillo, conſumido, y ſeco, entendiò, que de algun grave mal venia fatigado. Pidiò luego Anſelmo que le acoſtaſſen, y que le dieſſen aderezo de eſcrivir. Hizoſe aſsi, y dexaronle acoſtado, y ſolo, porque èl aſsi lo quiſo, y aun que le cerraſſen la puerta. Viendoſe pues ſolo, comenzo à cargar tanto la imaginacion de ſu deſventura, que claramente conociò que ſe le iba acabando la vida, y aſsi ordenò de dexar noticia de la cauſa de ſu eſtraña muerte; y comenzando à eſcrivir, antes que acabaſſe de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor que le causò ſu curioſidad impertinente. Viendo el ſeñor de caſa, que era ya tarde, y que Anſelmo no llamaba, acordò de entrar à ſaber ſi paſſaba adelante ſu indiſpoſicion, y hallòle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad ſobre el bufete, ſobre el qual eſtaba con el papel eſcrito, y abierto, y èl tenia aùn la pluma en la mano. Llegòſe el hueſped à èl, haviendole lla-

llamado primero, y trabandole por la mano; viendo que no le reſpondia, y hallandole frio, viò que eſtaba muerto. Admiròſe, y congojòſe en gran manera, y llamò à la gente de caſa para que vieſſen la deſgracia à Anſelmo ſucedida; y finalmente leyò el papel, que conociò que de ſu miſma mano eſtaba eſcrito, el qual contenia eſtas razones.

Un necio, è impertinente deſeo me quitò la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren à los oìdos de Camila, ſepa que yo la perdono, porque no eſtaba ella obligada à hacer milagros, ni yo tenia neceſsidad de querer que ella los hicieſſe, y pues yo fui el fabricador de ſu deshonra, no hay para què :::

Haſta aqui eſcriviò Anſelmo, por donde ſe echò de vèr, que en aquel punto, ſin poder acabar la razon, ſe le acabò la vida. Otro dia diò aviſo ſu amigo à los parientes de Anſelmo, de ſu muerte, los quales ya ſabian ſu deſgracia, y el Monaſterio donde Camila eſtaba, caſi en el termino de acompañar à ſu eſpoſo en aquel forzoſo viage, no por las nuevas que tuvo de ſu muerte, mas por las que ſupo del auſente amigo. Diceſe, que aunque ſe viò viuda, no quiſo ſalir del Monaſterio, ni menos hacer profeſsion de Monja, haſta que, no de alli à muchos dias, la vinieron nuevas, que Lotario havia muerto en una

una batalla, que en aquel tiempo diò Monsieur de Lautrech al gran Capitan Gonzalo Fernandez de Cordova, en el Reyno de Napoles, donde havia ido à parar el tarde arrepentido amigo: lo qual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabò en breves dias la vida à las riguroſas manos de triſtezas, y melancolìas. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta Novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingiò mal el Autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galàn, y una dama, pudierase llevar, pero entre marido, y muger, algo tiene de imposìsible; y en lo que toca al modo de contarle, no me desconten-

ta.

CAPITULO XXXVI.

Del encuentro de Cardenio, y Dorotèa con Don Fernando, y Lucinda en la Venta, y de los razonamientos que en ella paſſaron.

ESTando en eſto, el Ventero, que eſtaba à la puerta de la Venta, dixo: Eſta que viene es una hermoſa tropa de hueſpedes; ſi ellos pàran aqui, gaudeamus tenemos. Què gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, reſpondiò el Ventero, vienen à cavallo à la gineta, con lanzas,

zas, y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger veſtida de blanco, en un ſillòn, aſsimiſmo cubierto el roſtro, y otros dos mozos de à pie. Vienen muy cerca? preguntò el Cura. Tan cerca, reſpondiò el Ventero, que ya llegan. Oyendo eſto Dorotèa, ſe cubriò el roſtro, y Cardenio ſe entrò en el apoſento de Don Quixote; y caſi no havian tenido lugar para eſto, quando entraron en la Venta todos los que el Ventero havia dicho, y apeandoſe los quatro de à cavallo, que de muy gentil talle, y diſpoſicion eran, fueron à apear à la muger, que en el ſillòn venia; y tomandola uno de ellos en ſus brazos, la ſentò en una ſilla, que eſtaba à la entrada del apoſento donde Cardenio ſe havia eſcondido: En todo eſte tiempo, ni ella, ni ellos ſe havian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna, ſolo que al ſentarſe la muger en la ſilla diò un profundo ſuſpiro, y dexò caer los brazos como perſona enferma, y deſmayada. Los mozos de à pie llevaron los cavallos à la Cavalleriza. Viendo eſto el Cura, deſeoſo de ſaber què gente era aquella, que con tal trage, y tal ſilencio eſtaba, ſe fue donde eſtaban los mozos, y à uno de ellos le preguntò lo que ya deſeaba; el qual reſpondiò: Par diez, ſeñor, yo no ſabrè deciros que gente ſea eſta; ſolo sè, que mueſtra ſer muy principal, eſpecialmente aquel que llegò à tomar en ſus brazos à aquella ſeñora, que haveis viſto; y

eſto

esto digolo, porque todos los demàs le tienen reſpeto, y no ſe hace otra coſa mas de la que èl ordena, y manda. Y la ſeñora quien es? preguntò el Cura. Tampoco ſabrè decir eſſo, reſpondiò el mozo, porque en todo el camino no la he viſto el roſtro; ſuſpirar sì la he oìdo muchas veces, y dàr unos gemidos, que parece que con cada uno de ellos quiere dàr el alma; y no es de maravillar que no ſepàmos mas de lo que havemos dicho, porque mi compañero, y yo no hà mas de dos dias que los acompañamos, porque haviendolos encontrado en el camino nos rogaron, y perſuadieron, que vinieſſemos con ellos haſta el Andalucìa, ofreciendoſe à pagarnoslo muy bien. Y haveis oìdo nombrar à alguno de ellos, preguntò el Cura? No por cierto, reſpondiò el mozo, porque todos caminan con tanto ſilencio, que es maravilla, porque no ſe oye entre ellos otra coſa, que los ſuſpiros, y ſollozos de la pobre ſeñora, que nos mueven à laſtima; y ſin duda tenemos creìdo, que ella và forzada donde quiera que và: y ſegun ſe puede colegir por ſu habito, ella es Monja, ò và à ſerlo, q̃ es lo mas cierto; y quizà pòrque no le debe de nacer de voluntad el Mongìo, và triſte, como parece. Todo podria ſer, dixo el Cura, y dexandolos, ſe bolviò adonde eſtaba Dorotèa, la qual, como havia oìdo ſuſpirar à la embozada, movida de natural compaſsion, ſe llegò à ella, y la dixo: Què mal ſentis, ſeñora mia? Mirad ſi es alguno

guno de quien las mugeres ſuelen tener uſo, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de ſerviros. A todo eſto callaba la laſtimada ſeñora; y aunque Dorotèa tornò con mayores ofrecimientos, todavia ſe eſtaba en ſu ſilencio, haſta que llegò el Cavallero embozado, (que dixo el mozo que los demàs obedecian) y dixo à Dorotèa: No os canſeis, ſeñora, en ofrecer nada à eſta muger, porque tiene por coſtumbre de no agradecer coſa que por ella ſe hace, ni procureis que os reſponda, ſi no quereis oìr alguna mentira de ſu boca. Jamas la dixe (dixo à eſta ſazon la que haſta alli havia eſtado callando) antes por ſer tan verdadera, y tan ſin trazas mentiroſas, me veo ahora en tanta deſventura; y de eſto vos meſmo quiero que ſeais el teſtigo, pues mi pura verdad os hace à vos ſer falſo, y mentiroſo. Oyò eſtas razones Cardenio bien clara, y diſtintamente, como quien eſtaba tan junto de quien las decia, que ſola la puerta del apoſento de Don Quixote eſtaba en medio; y aſsi como las oyò, dando una gran voz, dixo: Valgame Dios! què eſto que oygo? què voz es eſta, que ha llegado à mis oìdos? Bolviò la cabeza à eſtos gritos aquella ſeñora, toda ſobreſaltada, y no viendo quien los daba, ſe levantò en pie, y fueſſe à entrar en el apoſento; lo qual viſto por el Cavallero, la detuvo, ſin dexarla mover un paſſo. A ella, con la turbacion, y deſaſſoſsiego, ſe le

cayò el tafetàn con que traìa cubierto el roſtro, y deſcubriò una hermoſura incomparable, y un roſtro milagroſo, aunque deſcolorido, y aſſombrado; porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la viſta, con tanto ahinco, que parecia perſona fuera de juicio; cuyas ſeñales, ſin ſaber por què las hacia, puſieron gran laſtima en Dorotèa, y en quantos la miraban. Teniala el Cavallero fuertemente aſida por las eſpaldas, y por eſtar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alzarſe el embozo, que ſe le caìa, como en efecto ſe le cayo del todo; y alzando los ojos Dorotèa (que abrazada con la ſeñora eſtaba) viò, que el que abrazada aſsi miſmo la tenia, era ſu eſpoſo Don Fernando; y apenas le huvo conocido, quando arrojando de lo intimo de ſus entrañas un luengo y triſtiſsimo ay, ſe dexò caer de eſpaldas deſmayada; y à no hallarſe alli junto el Barbero, que la recogiò en los brazos, ella diera conſigo en el ſuelo. Acudiò luego el Cura à quitarla el embozo para echarla agua en el roſtro; y aſſi como la deſcubriò, la conociò Don Fernando, que era el que eſtaba abrazado con la otra, y quedò como muerto en verla; pero no porque dexaſſe con todo eſto de tener à Luſcinda, que era la que procuraba ſoltarſe de ſus brazos, la qual havia conocido en el ſuſpiro à Cardenio, y èl la havia conocido à ella. Oyò aſsimiſmo Cardenio el ay, que diò Dorotèa quando ſe cayò

yò desmayada, y creyendo que era su Luscinda, saliò del aposento despavorido; y lo primero que viò fue à Don Fernando, que tenia abrazada à Luscinda. Tambien Don Fernando conociò luego à Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio, y Dorotèa quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les havia acontecido. Callaban todos, y mirabanse todos; Dorotèa à Don Fernando; Don Fernando à Cardenio; Cardenio à Luscinda, y Luscinda à Cardenio; mas quien primero rompiò el silencio fue Luscinda, hablando à Don Fernando de esta manera: Dexadme, señor Don Fernando, por lo que debeis à ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dexadme llegar al muro, de quien yo soy yedra, al arrimo, de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promessas, ni vuestras dadivas. Notad como el Cielo, por desusados, y à nosotros encubiertos caminos, me ha puesto à mi verdadero esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria; sean, pues, parte tan claros desengaños para que bolvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con èl la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la darè por bien empleada, y quizà con mi muerte quedara satisfecho de la fee que le mantuve hasta el ulti-

mo trance de la vida. Havia en eſte entretanto buelto Dorotèa en si, y havia eſtado eſcuchando todas las razones que Luſcinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era; que viendo que Don Fernando aun no la dexaba de ſus brazos, ni reſpondia à ſus razones, esforzandòſe lo mas que pudo, ſe levantò, y fue à hincarſe de rodillas à ſus pies, y derramando mucha cantidad de hermoſas, y laſtimèras lagrimas, aſsi le comenzò à decir:

Si ya no es, ſeñor mio, que los rayos de eſte ſol, que en tus brazos eclipſado tienes, te quitan, y ofuſcan los de tus ojos, yà havràs echado de vèr, que la que à tus pies eſtà arrodillada es la ſin ventura, (haſta que tù quieras) y deſdichada Dorotèa. Yo ſoy aquella Labradora humilde, à quien tù, por tu bondad, ò por tu guſto, quiſiſte levantar à la alteza de poder llamarſe tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honeſtidad, viviò vida tan contenta, haſta que à las voces de tus importunidades, y al parecer juſtos, y amoroſos ſentimientos, abriò las puertas de ſu recato, y te entregò las llaves de ſu libertad: dadiva de ti tan mal agradecida, qual lo mueſtra bien claro haver ſido forzoſo hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à tì de la manera que te veo; pero con todo eſſo no querria que cayeſſe en tu imaginacion penſar, que he venido aqui con paſſos de mi deshonra, haviendome traìdo ſolos los del dolor

dolor, y ſentimiento de verme de tì olvidada. Tu quiſiſte que yo fueſſe tuya, y quiſiſtelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo ſea, no ſera poſsible que tu dexes de ſer mio. Mira, ſeñor mio, que puede ſer recompenſa à la hermoſura, y nobleza, por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ſer de la hermoſa Luſcinda, porque eres mio; ni ella puede ſer tuya, porque es de Cardenio; y mas facil ſerà, ſi en ello miras, reducir tu voluntad à querer à quien te adora, que no encaminar la que te aborrece à que bien te quiera. Tu ſolicitaſte mi deſcuido, tu rogaſte à mi entereza, tu no ignoraſte mi calidad, tu ſabes bien de la manera que me entreguè à toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte à engaño; y ſi eſto es aſsi, como lo es, y tu eres tan Chriſtiano, como Cavallero, porquè por tantos rodèos dilatas de hacerme venturoſa en los fines, como me hiciſte en los principios? Y ſi no me quieres por lo que ſoy, que yo ſoy tu verdadera, y legitima eſpoſa, quiereme à lo menos, y admiteme por tu eſclava, que como yo eſtè en tu poder, me tendrè por dichoſa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y deſampararme que ſe hagan, y junten corrillos en mi deshonra. No dès tan mala vejèz à mis padres, pues no lo merecen los leales ſervicios, que como buenos vaſſallos, à los tuyos ſiempre han hecho; y ſi te parece que has de aniquilar tu ſangre por

mez-

mezclarla con la mia, conſidera, que pocas, ò ninguna nobleza hay en el mundo, que no haya corrido por eſte camino, y que la que ſe toma de las mugeres, no es la que hace al caſo en las iluſtres deſcendencias; quanto mas que la verdadera nobleza conſiſte en la virtud; y ſi eſta à tì te falta, negandome lo que tan juſtamente me debes, yo quedarè con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, ſeñor, lo que ultimamente te digo, es, que quieras, ò no quieras, yo ſoy tu eſpoſa, teſtigos ſon tus palabras, que no han, ni deben ſer mentiroſas, ſi ya es, que te precias de aquello porque me deſprecias. Teſtigo ſerà la firma que hiciſte, y teſtigo el Cielo, à quien tu llamaſte por teſtigo de lo que me prometias; y quando todo eſto falte, tu miſma conciencia no ha de faltar de dàr voces, callando en mitad de tus alegrias, bolviendo por eſta verdad, que te he dicho, y turbando tus mejores guſtos, y contentos. Eſtas, y otras razones dixo la laſtimada Dorotèa, con tanto ſentimiento, y lagrimas, que los miſmos que acompañaban à Don Fernando, y quantos preſentes eſtaban, la acompañaron en ellas. Eſcuchòla Don Fernando ſin replicarla palabra, haſta que ella diò fin à las ſuyas, y principio à tantos ſollozos, y ſuſpiros, que bien havia de ſer corazon de bronce el que con mueſtras de tanto dolor no ſe enterneciera. Mirandola eſtaba Luſcinda, no menos laſtimada de ſu ſentimiento, que admirada de ſu mucha diſcrecion,

crecion, y hermoſura; y aunque quiſiera llegarſe à ella, y decirla algunas palabras de conſuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando, que apretada la tenian; el qual lleno de confuſion, y eſpanto, al cabo de un buen eſpacio, que atentamente eſtuvo mirando à Dorotèa, abriò los brazos, y dexando libre à Luſcinda, dixo: Venciſte, hermoſa Dorotèa, venciſte, porque no es poſsible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el deſmayo, que Luſcinda havia tenido, aſsi como la dexò Don Fernando, iba à caer en el ſuelo; mas hallandoſe Cardenio alli junto, que à las eſpaldas de Don Fernando ſe havia pueſto, porque no le conocieſſe, poſpueſto todo temor, y aventurado à todo rieſgo, acudiò à ſoſtentar à Luſcinda, y cogiendola entre ſus brazos, la dixo: Si el piadoſo Cielo guſta, y quiere, que ya tengais algun deſcanſo, leal, firme, y hermoſa ſeñora mia, en ninguna parte creo yo que le tendràs mas ſeguro, que en eſtos brazos, que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiſo que pudieſſe llamarte mia. A eſtas razones puſo Luſcinda en Cardenio los ojos, y haviendo empezado à conocerle primero por la voz, y aſſegurandoſe, que èl era con la viſta, caſi fuera de ſentido, y ſin tener cuenta à ningun honeſto reſpeto, le echò los brazos al cuello, y juntando ſu roſtro con el de Cardenio, le dixo: Vos sì, ſeñor mio, ſois el verdadero dueño de eſta vueſ-

vueſtra cautiva, aunque mas lo impida la contraria ſuerte, y aunque mas amenazas le hagan à eſta vida, que en la vueſtra ſe ſuſtenta. Eſtraño expectaculo fue eſte para Don Fernando, y para todos los circunſtantes, admirandoſe de tan no viſto ſuceſſo. Pareciòle à Dorotèa, que Don Fernando havia perdido la color del roſtro, y que hacia ademàn de querer vengarſe de Cardenio, porque le viò encaminar la mano à ponerla en la eſpada; y aſsi como lo pensò, con no viſta preſteza ſe abrazò con èl por las rodillas, beſandoſelas, y teniendole apretado, que no le dexaba mover; y ſin ceſſar un punto de ſus lagrimas, le decia: Què es lo que pienſas hacer, unico refugio mio, en eſte tan impenſado trance? Tu tienes à tus pies à tu eſpoſa, y la que quieres que lo ſea eſtà en los brazos de ſu marido; mira ſi te eſtarà bien, ò te ſerà poſsible deshacer lo que el Cielo ha hecho, ò ſi te convendrà querer levantar à igualar à tì miſmo, à la que, poſpueſto todo inconveniente, confirmada en ſu verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los ſuyos bañados de licor amoroſo el roſtro, y pecho de ſu verdadero eſpoſo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tu eres te ſuplìco, que eſte tan notorio deſengaño, no ſolo no acrecienta tu ira, ſino que la mengue en tal manera, que con quietud, y ſoſsiego permitas, que eſtos dos amantes le tengan, ſin impedimento tuyo, todo el tiempo, que el Cielo quiſiere concederſele, y

en

en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre, y noble pecho, y verá el mundo, que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotèa, aunque Cardenio tenia abrazada à Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viesse hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudiesse, à todos aquellos, que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida; pero à esta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura, y el Barbero, que à todo havian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban à Don Fernando, suplicandole tuviesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotèa; y que siendo verdad, como sin duda ellos creìan que lo era, lo que en sus razones havia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada en sus tan justas esperanzas: Que considerasse, que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del Cielo, se havian todos juntado en el lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiesse, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar à Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiessen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima su muerte, y que en los casos irremediables era suma cordura, forzandose, y venciendose à sì mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo, que por sola su voluntad los dos gozassen el bien, que

el

el Cielo ya los havia concedido ; que puſieſſe los ojos aſsimiſmo en la beldad de Dorotèa , y veria , que pocas, ò ninguna la podian igualar, quanto mas hacerla ventaja , y que juntaſſe à ſu hermoſura ſu humildad , y el extremo del amor que le tenia; y ſobre todo advirtieſſe, que ſi ſe preciaba de Cavallero , y de Chriſtiano, que no podia hacer otra coſa , que cumplirla la palabra dada ; y que cumpliendoſela, cumpliria con Dios , y ſatisfaria à las gentes diſcretas, las quales ſaben , y conocen , que es prerrogativa de la hermoſura, aunque eſtè en ſujeto humilde,como ſe acompañe con la honeſtidad, poder levantarſe,è igualarſe à qualquiera alteza,ſin nota de menoſcabo del que la levanta , è iguala aſsimiſmo ; y quando ſe cumplen las fuertes leyes del guſto , como en ello no intervenga pecado , no debe de ſer culpado el que las ſigue. En efecto , à eſtas razones añadieron todos otras tales , y tantas , que el valeroſo pecho de Don Fernando , en fin , como alimentado con iluſtre ſangre , ſe ablandò , y ſe dexò vencer de la verdad , que èl no pudiera negar, aunque quiſiera; y la ſeñal que diò de haverſe rendido , y entregado al buen parecer , que ſe le havia propueſto , fue à baxarſe , y à abrazar à Dorotèa , diciendola : Levantaos , ſeñora mia, que no es juſto , que eſtè arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma; y ſi haſta aqui no he dado mueſtra de lo que digo , quizà ha ſido por

orden

orden del Cielo, para que viendo yo en vos la fee con que me amais, os ſepa eſtimar en lo que mereceis; lo que os ruego es, que no me reprenhendais mi mal termino, y mi mucho deſcuido, pues la miſma ocaſion, y fuerza, que me moviò para acetaros por mia, eſſa miſma me impeliò para procurar no ſer vueſtro; y que eſto ſea verdad, bolved, y mirad los ojos de la ya contenta Luſcinda, y en ellos hallarèis diſculpa de todos mis yerros; y pues ella hallò, y alcanzò lo que deſeaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella ſegura, y contenta luengos, y felices años con ſu Cardenio, que yo rogarè al Cielo, que me los dexe vivir con mi Dorotèa; y diciendo eſto, la tornò à abrazar, y à juntar ſu roſtro con el ſuyo, con tan tierno ſentimiento, que le fue neceſſario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabaſſen de dàr indubitables ſeñales de ſu amor, y arrepentimiento. No lo hicieron aſsi las de Luſcinda, y Cardenio, y aun las de caſi todos los que alli preſentes eſtaban, porque comenzaron à derramar tantas, los unos de contento proprio, y los otros del ageno, que no parecia ſino que algun grave, y mal caſo à todos havia ſucedido. Haſta Sancho Panza lloraba, aunque deſpues dixo, que no lloraba èl ſino por vèr, que Dorotèa no era, como èl penſaba, la Reyna Micomicona, de quien èl tantas mercedes eſperaba. Durò algun eſpacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio,

y

y Luſcinda ſe fueron à poner de rodillas ante Don Fernando, dandole gracias de la merced, que les havia hecho con tan corteſes razones, que Don Fernando no ſabìa que reſponderles, y aſſi los levantò, y abrazò con mueſtras de mucho amor, y mucha cortesìa. Preguntò luego à Dorotèa le dixeſſe como havia venido à aquel Lugar tan lexos del ſuyo? Ella, con breves, y diſcretas razones, conto todo lo que antes havia contado à Cardenio, de lo qual guſtò tanto Don Fernando, y los que con èl venian, que quiſieran, que duràra el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotèa contaba ſus deſventuras; y aſsi como huvo acabado, dixo Don Fernando lo que en la Ciudad le havia acontecido, deſpues que hallò el papel en el ſeno de Luſcinda, donde declaraba ſer eſpoſa de Cardenio, y no poderlo ſer ſuya; dixo, que la quiſo matar, y lo hiciera ſi de ſus padres no fuera impedido; y que aſsi ſe faliò de ſu caſa deſpechado, y corrido, con determinacion de vengarſe con mas comodidad, y que otro dia ſupò como Luſcinda havia faltado de caſa de ſus padres, ſin que nadie ſupieſſe decir donde ſe havia ido; y que en reſolucion, al cabo de algunos meſes vino à ſaber como eſtaba en un Monaſterio, con voluntad de quedarſe en èl toda la vida, ſi no la pudieſſe paſſar con Cardenio; y que aſsi como lo ſupo, eſcogiendo para ſu compañia aquellos tres Cavalleros, vino al lugar donde eſtaba, à

la qual no havia querido hablar, temeroso, que en sabiendo, que èl estaba alli, havia de haver mas guarda en el Monasterio; y assi, aguardando un dia à que la Porterìa estuviesse abierta, dexò à las dos à la guarda de la puerta, y èl con otro havian entrado en el Monasterio buscando à Luscinda, la qual la hallaron en el Claustro hablando con una Monja, y arrebatandola, sin darla lugar à otra cosa, se havian venido con ella à un Lugar, donde se acomodaron de aquello que huvieron menester para traerla; todo lo qual havian podido hacer bien à su salvo, por estàr el Monasterio en el campo, buen trecho fuera del Pueblo. Dixo, que assi como Luscinda se viò en su poder, perdiò todos los sentidos, y que despues de buelta en sì, no havia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que assi, acompañados de silencio, y de lagrimas, havian llegado à aquella Venta, que para èl era haver llegado al Cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TOdo esto escuchaba Sancho con no poco dolor de su anima, viendo que se le despare-

cian,

cian, è iban en humo las esperanzas de su dictado, y que la linda Princesa Micomicona se le havia buelto en Dorotèa, y el Gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo à sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotèa, si era soñado el bien que possèia. Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recibida, y haverle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan à pique de perder el credito, y el alma; y finalmente, quantos en la Venta estaban, estaban contentos, y gozosos del buen sucesso que havian tenido tan trabados, y desesperados negocios. Todo lo ponìa en su punto el Cura, como discreto, y à cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba, y se contentaba era la Ventera, por la promesa que Cardenio, el Cura la havian hecho, de pagarla todos los daños, è intereses, que por cuenta de Don Quixote la huviessen venido; solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado, y el triste; y assi, con melancolico semblante entrò à su amo, el qual acababa de despertar, à quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuydado de matar à ningun Gigante, ni de volver à la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho; y concluìdo. Esso creo yo muy bien, ref-

reſpondiò Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas deſcomunàl, y deſaforada batalla, que pienſo tener en todos los dias de mi vida; y de un revès zàs le derribè la cabeza en el ſuelo, y fue tanta la ſangre que le ſaliò, que los arroyos corrian por la tierra como ſi fueran de agùa. Como ſi fueran de vino tinto, pudiera vueſtra merced decir mejor, reſpondiò Sancho; porque quiero que ſepa vueſtra merced, ſi es que no lo ſabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la ſangre ſeis arrobas de vino tinto, que encerraba en ſu vientre; y la cabeza cortada es la puta que me pariò, y llevòlo todo Satanàs. Y què es lo que dices, loco, replicò Don Quixote, eſtàs en tu ſeſſo? Levanteſe vueſtra merced, ſeñor, dixo Sancho, y verà el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verà à la Reyna convertida en una dama particular, llamada Dorotèa, con otros ſuceſſos, que ſi cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada de eſſo, replicò Don Quixote, porque ſi bien te acuerdas, la otra vez que aqui eſtuvimos te dixe yo, que todo quanto aqui ſuccdia eran coſas de encantamiento, y no ſerìa mucho que ahora fueſſe lo miſmo. Todo lo creyera yo, reſpondiò Sancho, ſi tambien mi manteamiento fuera coſa de eſſe jaèz, mas no lo fue, ſino real, y verdaderamente: y vì yo, que el Ventero, que aqui eſtà oy dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujaba

jaba àcia el Cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta riſa, como fuerza; y donde interviene conocerſe las perſonas, tengo para mi, aunque ſimple, y pecador, que no hay encantamiento alguno, ſino mucho molimiento, y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediarà, dixo Don Quixote, dàme de veſtir, y dexame ſalir allà à fuera, que quiero vèr los ſucceſſos, y transformaciones que dices. Diòle de veſtir Sancho, y en el entretanto que ſe veſtìa, contò el Cura à Don Fernando, y à los demàs las locuras de Don Quixote, y del artificio que havian uſado para ſacarle de la Peña Pobre, dondonde èl ſe imaginaba eſtàr por deſdenes de ſu ſeñora. Contòles aſsimiſmo caſi todas las aventuras, que Sancho havia contado, de que no poco ſe admiraron, y rieron, por parecerles, lo que à todos parecia, ſer el mas eſtraño genero de locura, que podia caber en penſamiento diſparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen ſucceſſo de la ſeñora Dorotèa impedia paſſar con ſu deſignio adelante, que era meneſter inventar, y hallar otro para poderle llevar à ſu tierra. Ofreciòſe Cardenio de proſeguir lo comenzado, y que Luſcinda harìa, y repreſentaria la perſona de Dorotèa. No, dixo Don Fernando, no ha de ſer aſsi, que yo quiero que Dorotèa proſiga ſu invencion, que como no ſea muy lexos de aqui el Lugar de eſte buen Cavallero, yo holgarè de que ſe procure ſu remedio. No eſtà mas

de

de dos jornadas de aqui ; pues aunque eſtuviera mas , guſtàra yo de caminarlas , à trueco de hacer tan buena obra. Saliò en eſto Don Quixote armado de todos ſus pertrechos, con el yelmo , aunque abollado , de Mambrino en la cabeza , embrazado de ſu rodela , y arrimado à ſu tronco , ò lanzòn. Suſpendiò à Don Fernando , y à los demas la eſtraña preſencia de Don Quixote, viendo ſu roſtro de media legua de andadura, ſeco , y amarillo, la deſigualdad de ſus armas , y ſu meſurado continente, y eſtuvieron callando haſta vèr lo que èl decia ; el qual , con mucha gravedad, y repoſo, pueſtos los ojos en la hermoſa Dorotèa , dixo :

Eſtoy informado (hermoſa ſeñora) de eſte mi eſcudero,que la vueſtra grandeza ſe ha aniquilado , y vueſtro sèr ſe ha deshecho , porque de Reyna , y Gran Señora , que ſoliades ſer, os haveis buelto en una particular doncella. Si eſto ha ſido por orden del Rey Nigromante vueſtro padre , temeroſo que yo no os dieſſe la neceſſaria , y debida ayuda , digo , que no ſupo, ni ſabe de la Miſſa la media, y que fue poco verſado en las Hiſtorias Cavallereſcas ; porque ſi èl las huviera leìdo, y paſſado tan atentamente, y con tanto eſpacio como yo las paſsè , y leì, hallàra à cada paſſo , como otros Cavallèros de menor fama que la mia havian acabado coſas mas dificultoſas , no ſiendolo mucho matar à un Gigantillo , por arrogante que ſea ; porque no

ha muchas horas que yo me vì con èl, y quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, deſcubridor de todas las coſas, lo dirà quando menos lo pensèmos. Viſteos vos con dos cueros, que no con un Gigante, dixo à eſta ſazon el Ventero; al qual mandò Don Fernando que callaſſe, y no interrumpieſſe la platica de Don Quixote en ninguna manera. Y Don Quixote proſiguiò, diciendo: Digo, en fin, alta, y deſheredada ſeñora, que ſi por la cauſa que he dicho, vueſtro padre ha hecho eſte Metamorphoſeos en vueſtra perſona, que no le deis credito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no abra camino mi eſpada, con la qual, poniendo la cabeza de vueſtro enemigo en tierra, os pondrè à vos la Corona de la vueſtra en la cabeza en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y eſperò à que la Princeſa le reſpondieſſe; la qual, como ya ſabìa la determinacion de Don Fernando, de que ſe proſiguieſſe adelante en el engaño, haſta llevar à ſu tierra à Don Quixote, con mucho Donayre, y gravedad le reſpondiò: Quien quiera que os dixo, valeroſo Cavallero de la Triſte Figura, que yo me havia mudado, y trocado de mi sèr, no os dixo lo cierto, porque la miſma que ayer fui me ſoy oy; verdad es, que alguna mudanza han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena aventura, que me la han dado, la mejor que yo pudiera deſearme; pero no por eſſo he dexado de

ſer

ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è invencible brazo, que siempre he tenido; assi que, señor mio, vuestra bondad buelva la honra al padre que me engendrò, y tengale por hombre advertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo, que si por vos, señor, no fuera, jamàs acertàra â tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos de ella los mas de estos señores, que estàn presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrà hacer poca jornada; y en los demàs del buen sucesso que espero, lo dexarè à Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotèa; y en oyendolo Don Quixote, se bolviò à Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladron, vagamundo, no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se havia buelto en una doncella, que se llamaba Dorotèa? y que la cabeza, que entiendo que cortè à un Gigante, era la puta que te pariò? con otros disparates, que me pusieron en la mayor confusion que jamàs he estado en todos los dias de mi vida. Voto (y mirò al Cielo, y apretò los dientes) que estoy por hacer un estrago en tì, que ponga sal en la mollera à todos quantos mentirosos escuderos

huviere de Cavalleros Andantes de aqui adelante en el mundo. Vueſtra merced ſe ſoſsiegue, ſeñor mio, reſpondiò Sancho, que bien podria ſer que yo me huvieſſe engañado en lo que toca à la mutacion de la ſeñora Princeſa Micomicona; pero en lo que toca à la cabeza del Gigante, ò à lo menos à la horadacion de los cueros, y à lo de ſer vino tinto la ſangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros alli eſtàn heridos à la cabecera del lecho de vueſtra merced; y el vino tinto tiene hecho un lago el apoſento, y ſi no, al freir de los huevos lo verà; quiero decir, que lo verà quando aqui ſu merced del ſeñor Ventero le pida el menoſcabo de todo. De lo demàs, de que la ſeñora Reyna ſe eſtè como ſe eſtaba, me rogocijo en el alma, porque me và mi parte, como à cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdoname, y baſta. Baſta, dixo Don Fernando, y no ſe hable mas en eſto; y pues la ſeñora Princeſa dice, que ſe camine mañana, porque ya hoy es tarde, hagaſe aſsi, y eſta noche la podrèmos paſſar en buena converſacion haſta el venidero dia, donde todos acompañarèmos al ſeñor Don Quixote, porque querèmos ſer teſtigos de las valeroſas, è inaudìtas hazañas, que ha de hacer en el diſcurſo de eſta grande empreſſa, que à ſu cargo lleva. Yo ſoy el que tengo de ſerviros, y acompañaros, reſpondiò Don Quixote, y agradezco mucho la mer-

ced què ſe me hace, y la buena opinion que de mi ſe tiene, la qual procurarè que ſalga verdadera, ò me coſtarà la vida, y aun mas, ſi mas coſtarme puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos paſſaron entre Don Quixote, y Don Fernando; pero à todo puſo ſilencio un paſſagero, que en aquella ſazon entrò en la Véta, el qual en ſu trage moſtraba ſer Chriſtiano recien venido de tierra de Moros; porque venia veſtido con una caſaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y ſin cuello: los calzones eran aſsimiſmo de lienzo azul, con bonete de la miſma color: traìa unos vorſeguies datilados, y un alfange Moriſco pueſto en un tahali, que le atraveſſaba el pecho. Entrò luego tràs èl encima de un jumento una muger à la Moriſca veſtida, cubierto el roſtro con una toca en la cabeza: traìa un bonetillo de brocado, y veſtida una almalafa, que deſde los ombros à los pies la cubria. Era el hombre de robuſto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de roſtro, largo de vigotes, y la barba muy bien pueſta: en reſolucion, èl moſtraba en ſu poſtura, que ſi eſtuviera bien veſtido, le juzgàran por perſona de calidad, y bien nacida. Pidiò en entrando un apoſento; y como le dixeron, que en la Venta no le havia, moſtrò recibir peſadumbre; y llegandoſe à la que en el trage parecia Mora, la apeò en ſus brazos. Luſcinda, Dorotèa, la Ventera, ſu hi-

ja,

ja, y Maritornes, llevadas del nuevo, y para ellas nunca visto trage, rodearon à la Mora; y Dorotèa, que siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciendole, que assi ella, como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, la dixo: No os dè mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es proprio de Ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustaredes de passar con nosotros (señalando à Luscinda) quizà en el discurso de este camino havreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondiò nada à esto la embozada, ni hizo otra cosa, que levantarse de donde sentado se havia; y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron, que sin duda alguna debia de ser Mora, y que no sabìa hablar Christiano. Llegò en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces havia estado, y viendo que todas tenian cercada à la que con èl venìa, y que ella à quanto la decian callaba, dixo: Señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme à su tierra; y por esto no debe de haver respondido, ni responde à lo que se la ha preguntado. No se la pregunta otra cosa ninguna, respondiò Luscinda, sino ofrecerla por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodarèmos, donde

se

ſe le harà el regalo, que la comodidad ofreciere, con la voluntad, que obliga à ſervir a todos los Eſtrangeros, que de ello tuvieſſen neceſsidad, eſpecialmente ſiendo muger à quien ſe ſirve. Por ella, y por mi, reſpondiò el Cautivo, os beſo, ſeñora mia, las manos, y eſtimo mucho, y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocaſion, y de tales perſonas como vueſtro parecer mueſtra, bien ſe hecha de vèr, que ha de ſer muy grande. Decidme ſeñor, dixo Dorotèa, eſta ſeñora es Chriſtiana, ò Mora? porque el trage, y el ſilencio nos hace penſar, que es lo que no querriamos que fueſſe. Mora es en el trage, y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande Chriſtiana, porque tiene grandiſsimos deſeos de ſerlo. Luego no es bautizada? replicò Luſcinda. No ha havido lugar para ello, reſpondiò el Cautivo, deſpues que ſaliò de Argèl, ſu patria, y tierra, y haſta ahora no ſe ha viſto en peligro de muerte tan cercana, que obligaſſe à bautizarla, ſin que ſupieſſe primero todas las ceremonias, que nueſtra Madre la Santa Igleſia manda; pero Dios ſerà ſervido, que preſto ſe bautice con la decencia, que la calidad de ſu perſona merece que es mas de lo que mueſtra ſu habito, y el mio. Eſtas razones puſo gana en todos los que eſcuchandole eſtaban, de ſaber quien fueſſe la Mora, y el Cautivo; pero nadie ſe lo quiſo preguntar por entonces, por vèr que aquella ſazon era mas para procurarles deſcanſo

ſo, que para preguntarles ſus vidas. Dorotèa la tomò por la mano, y la llevò à ſentar junto à sì, y la rogò, que ſe quitaſſe el embozo. Ella mirò al Cautivo, como ſi le preguntàra le dixeſſe lo que decian, y lo que ella harìa. El en lengua Arabiga la dixo, que la pedian ſe quitaſſe el embozo, y que lo hicieſſe; y aſsi ſe lo quitò, y deſcubriò un roſtro tan hermoſo, que Dorotèa la tuvo por mas hermoſa que à Luſcinda, y Luſcinda por mas hermoſa que Dorotèa; y todos los circunſtantes conocieron, que ſi alguna ſe podria igualar al de las dos, era el de la Mora; y aun huvo algunos, que la aventajaron en alguna coſa. Y como la hermoſura tenga prerrogativa, y gracia de reconciliar los animos, y atraher las voluntades, luego ſe rindieron todos al deſeo, de ſervir, y acariciar à la hermoſa Mora. Preguntò Don Fernando al Cautivo, como ſe llamaba la Mora? El qual reſpondiò, que Lela Zorayda; y aſsi como eſto oyò ella, entendiò lo que le havian preguntado al Chriſtiano; y dixo con mucha prieſſa, llena de congoja, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria; dando à entender, que ſe llamaba Maria, y no Zorayda. Eſtas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hicieron derramar mas de una lagrima à algunos de los que la eſcucharon, eſpecialmente à las mugeres, que de ſu naturaleza ſon tiernas, y compaſsivas. Abrazòla Luſcinda con mucho amor, diciendola: Sì, sì Maria,

riã, Maria. A lo qual reſpondiò la Mora, Sì, sì, Maria, Zorayda macange, que quiere decir no. Ya en eſto llegaba la noche, y por orden de los que venìan con Don Fernando, havia el Ventero puesto diligencia, y cuydado en aderezarles de cenar lo mejor que à èl le fue poſsible. Llegada, pues, la hora, ſentaronſe todos à una larga meſa, como de tinelo, porque no la havia redonda, ni quadrada en la Venta, y dieron la cabecera, y principal aſsiento, pueſto que èl lo rehuſaba, à Don Quixote, el qual quiſo, que eſtuvieſſe à ſu lado la ſeñora Micomicona, pues èl era ſu guardador. Luego ſe ſentaron Luſcinda, y Zorayda, y frontero de ellas Don Fernando, y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demàs Cavalleros; y al lado de las ſeñoras el Cura, y el Barbero. Y aſsi cenaron con mucho contento, y acrecentòſeles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro ſemejante eſpiritu, que el que le moviò à hablar tanto como hablò quando cenò con los Cabreros, comenzò à decir: Verdaderamente, ſi bien ſe conſidera, ſeñores mios, grandes è inaudìtas coſas vèn los que profeſſan la Orden de la Andante Cavalleria; ſino, qual de los vivientes havrà en el mundo, que ahora por la puerta de eſte Caſtillo entràra, y de la ſuerte que eſtamos nos viera, que juzgàra, y creyera que noſotros ſomos quien ſomos? Quien podrà decir, que eſta ſeñora, que eſtà à mi lado, es la gran Reyna

na que todos ſabemos, y que yo ſoy aquel Cavallero de la Triſte Figura, que anda por ahì en boca de la Fama? Ahora no hay que dudar, ſino que eſta arte, y exercicio excede à todas aquellas, y aquellos, que los hombres inventaron, y tanto mas ſe ha de tener en eſtima, quanto à mas peligros eſtà ſujeto. Quitenſeme de delante los que dixeren, que las letras hacen ventaja à las armas, que les dirè y ſean quien ſe fueren, que no ſaben lo que dicen; porque la razon que los tales ſuelen decir, y à las que ellos mas ſe atienen, es, que los trabajos del eſpiritu exceden à los del cuerpo; y que las armas ſolo con el cuerpo ſe exercitan, como ſi fueſſe ſu exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas: ò como ſi en eſto, que llamamos armas los que las profeſſamos, no ſe encerraſſen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento: ò como ſi no trabajaſſe el animo de el guerrero, que tiene à ſu cargo un Exercito, ò la defenſa de una Ciudad ſitiada, aſsi con el eſpiritu, como con el cuerpo; ſino, veaſe ſi ſe alcanza con las fuerzas corporales à ſaber, y congeturar el intento de el enemigo, los deſignios, las eſtratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que ſe temen, que todas eſtas coſas ſon acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, anſi, que las armas requieren eſpiritu como las letras, veamos

mos

mos ahora qual de los dos eſpiritus, el de el Letrado, ò el de el Guerrero trabaja mas? Y eſto ſe vendrà à conocer por el fin, y paradero à que cada uno ſe encamina; porque aquella intencion ſe ha de eſtimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras (y no hablo ahora de las Divinas, que tienen por blanco llevar, y encaminar las almas al Cielo, que à un fin, tan ſin fin como eſte, ninguno otro ſe le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es ſu fin poner en ſu punto la juſticia diſtributiva, y dàr à cada uno lo que es ſuyo) entender, y hacer, que las buenas leyes ſe guarden: fin por cierto generoſo, alto, y digno de grande alabanza! pero no de tanta como merece aquel à que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien, que los hombres pueden deſear en eſta vida: y aſsi, las primeras buenas nuevas, que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles la noche que fue nueſtro dia, quando cantaron en los ayres: *Gloria ſea en las alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad*; y la ſalutacion, que el mejor Maeſtro de la Tierra, y del Cielo enſeñò à ſus allegados, y favorecidos, fue decirles, que quando entraſſen en alguna caſa, dixeſſen: *Paz ſea en eſta caſa*. Y otras muchas veces les dixo: *Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz ſea con voſotros*. Bien como joya, y prenda dada, y dexa-

da de tal mano; joya, que ſin ella en la tierra, ni en el Cielo puede haver bien alguno. Eſta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo miſmo es decir armas, que guerra. Preſupueſta, pues, eſta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en eſto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora à los trabajos del cuerpo del Letrado, y al del Profeſſor de las armas, y veaſe quales ſon mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos iba proſiguiendo en ſu platica Don Quixote, que obligò à que por entonces ninguno de los que eſcuchandole eſtaban le tuvieſſen por loco; antes, como todos los mas eran Cavalleros, à quien ſon anexas las armas, le eſcuchaban de muy buena gana. Y èl proſiguiò diciendo: Digo, pues, que los trabajos del Eſtudiante ſon eſtos: Principalmente, pobreza (no porque todos ſean pobres, ſino por poner eſte caſo en todo el extremo que pueda ſer) y en haver dicho, que padece pobreza, me parece, que no havia mas que decir de ſu mala ventura; porque quien es pobre, no tiene coſa buena. Eſta pobreza la padece por ſus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en deſnudèz, ya en todo junto; pero con todo eſſo no es tanta, que no coma, aunque ſea un poco mas tarde de lo que ſe uſa, y aunque ſea de las ſobras de los ricos: que es la mayor miſeria del Eſtudiante, eſto que entre ellos llaman andar à la ſopa. Tampoco les falta algun ageno braſero, ò chimenèa, que ſi no ca-

lienta,

lienta, à lo menos entibia ſu frio; y en fin, à la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar à otras menudencias; conviene à ſaber, de la falta de camiſas, y no ſobra de zapatos, la raridad, y poco pelo del veſtido, ni aquel ahitarſe con tanto guſto quando la buena ſuerte les depara algun banquete. Por eſte camino que he pintado, aſpero, y dificultoſo, tropezando aqui, cayendo alli, levantandoſe acullà, tornando à caer acà, llegan al grado que deſean; el qual alcanzado, à muchos hemos viſto (que haviendo paſſado por eſtas Siertes, Scilas, y Caribdis, como llevados en buelo de la favorable fortuna) digo, que los hemos viſto mandar, y governar el mundo deſde una ſilla, trocada ſu hambre en hartura, ſu frio en refrigerio, ſu deſnudèz en galas, y ſu dormir en una eſtera, el repoſar en olandas, y damaſcos: precio juſtamente merecido de ſu virtud. Pero contrapueſtos, y comparados ſus trabajos con los del milite guerrero, ſe quedan muy atràs en todo, como ahora dirè.

CAPI-

CAPITULO XXXVIII.

Del curioſo Diſcurſo, que hizo Don Quixote de las Armas, y las Letras.

PRoſiguiendo Don Quixote, dixo: Pues comenzamos en el Eſtudiante por la pobreza, y ſus partes, veamos ſi es mas rico el Soldado, y verèmos, que no hay ninguno mas pobre en la miſma pobreza, porque eſtà atenido à la miſeria de ſu paga, que viene, ò tarde, ò nunca, ò à lo que garbeare por ſus manos, con notable

ble peligro de ſu vida,y de ſu conciencia;y à veces ſuele ſer ſu deſnudèz tanta , que un coleto acuchillado le ſirve de gala , y de camiſa ; y en la mitad del Invierno le ſuele reparar de las inclemencias del Cielo, eſtando en la Campaña raſa , con ſolo el aliento de ſu boca , que como ſale de lugar vacìo , tengo por averiguado , que debe de ſalir frio contra toda naturaleza. Pues eſperad , que eſpere que llegue la noche para reſtaurarſe de todas eſtas incomodidades en la cama que le aguarda; la qual, ſino es por ſu culpa , jamàs pecarà de eſtrecha , que bien puede medir en la tierra los pies que quiſiere , y revolverſe en ella à ſu ſabor , ſin temor que ſe le encoxan las ſabanas. Llegaſe , pues , à todo eſto el dia , y la hora de recibir el grado de ſu exercicio. Llegueſe un dia de Batalla , que alli le pondràn la Borla en la cabeza , hecha de hilas, para curarle algun balazo , que quizà le havrà paſſado las ſienes, ò le dexarà eſtropeado de brazo, ò pierna. Y quando eſto no ſuceda, ſino que el Cielo piadoſo le guarde , y conſerve ſano , y vivo , podrà ſer , que ſe quede en la miſma pobreza que antes ſe eſtaba , y que ſea meneſter, que ſuceda uno,y otro Reencuentro,una, y otra Batalla,y que de todas ſalga vencedor, para medrar en algo ; mas eſtos milagros vence raras veces. Pero decidme, ſeñores, ſi haveis mirado en ello,quan menos ſon los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella ? Sin duda ha-

veis

veis de reſponder, que no tienen comparacion, ni ſe pueden reducir à cuenta los muertos, y que ſe podràn contar los premiados vivos con tres letras de guariſmo. Todo eſto es al revès en los Letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerſe; aſsi que, aunque es mayor el trabajo del Soldado, es mucho menor el premio. Pero à eſto ſe puede reſponder, que es mas facil premiar à dos mil Letrados, que à treinta mil Soldados; porque aquellos ſe premian con darles oficios, que por fuerza ſe han de dàr à los de ſu Profeſſion; y à eſtos no ſe pueden premiar ſino con la miſma hacienda del Señor à quien ſirven; y eſta impoſsibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexèmos eſto à parte, que es laberinto de muy dificultoſa ſalida, ſino bolvamos à la preheminencia de las Armas con las Letras: materia, que haſta ahora eſtà por averiguar, ſegun ſon las razones, que cada uno de ſu parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que ſin ellas no ſe podrian ſuſtentar las armas, porque la guerra tambien tiene ſus leyes, y eſtà ſujeta à ellas; y que las leyes caen debaxo de lo que ſon letras, y Letrados. A eſto reſponden las armas, que las leyes no ſe podràn ſuſtentar ſin ellas; porque con las armas ſe defienden las Republicas, ſe conſervan los Reynos, ſe guardan las Ciudades, ſe aſſeguran los caminos, ſe deſpojan los mares de coſarios; y finalmente, ſi

por

por ellas no fueſſe, las Republicas, los Reynos, las Monarquìas, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra eſtarian ſujetos al rigor, y à la confuſion, que trae conſigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de uſar de ſus privilegios, y de ſus fuerzas. Y es razon averiguada, que aquello que mas cueſta, ſe eſtima, y debe de eſtimar en mas. Alcanzar alguno à ſer eminente en las letras, le cueſta tiempo, vigilias, hambre, deſnudèz, vahidos de cabeza, indigeſtiones de eſtomago, y otras coſas à eſtas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar uno por ſus terminos à ſer buen Soldado, le cueſta todo lo que al Eſtudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque à cada paſſo, eſtà à pique de perder la vida. Y que temor de neceſsidad, y pobreza puede llegar, ni fatigar al Eſtudiante, que llegue al que tiene un Soldado, que hallandoſe cercado en alguna Fuerza, y eſtando de poſta, ò guarda en algun rebellìn, ò cavallero, ſiente que los enemigos eſtàn minando azia la parte donde èl eſtà, y no puede apartarſe de alli por ningun caſo, ni huìr el peligro, que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es, dàr noticia à ſu Capitan de lo que paſſa, para que lo remedie con alguna contramina, y èl eſtarſe quedo, temiendo, y eſperando quando improviſamente ha de ſubir à las nubes, ſin alas, y baxar al profundo ſin ſu voluntad. Y ſi eſte parece pe-

queño peligro, veamos si le iguala, ò hace ventaja el de embestirse dos Galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas, y travadas, no le queda al Soldado mas espacio del que concede dos pies de tabla del espolòn? Y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos Cañones de Artilleria se assentan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria à visitar los profundos senos de Neptuno? Y con todo esto, con intrepido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone à ser blanco de tanta arcabucerìa, y procura passar por tan estrecho passo al baxèl contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido, donde no se podrà levantar hasta el fin del mundo, quando otro ocupa su mismo lugar: y si este tambien cae en el mar, que como à enemigo le aguarda, otro, y otro le succede, sin dàr tiempo al tiempo de sus muertes; valentìa, y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra! Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la Artilleria, à cuyo inventor, tengo para mi, que en el infierno se le està dando el premio de su diabolica invencion, con la qual diò causa à que un infame, y cobarde brazo quite la vida à un valeroso Cavallero;

y

y que sin saber còmo, ò por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima à los valientes pechos, llega una desmayada bala, (disparada de quien quizà huyò, y se espantò del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en un instante los pensamientos, y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haver tomado este exercicio de Cavallero Andante, en edad tan detestable, como es esta en que ahora vivimos; porque aunque à mi ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar, si la polvora, y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso, y conocido por el valor de mi brazo, y filos de mi espada por todo el descubierto de la tierra. Pero haga el Cielo lo que fuere servido, que tanto serè mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto à mayores peligros me he puesto, que se pusieron los Cavalleros Andantes de los passados siglos. Todo este largo preambulo dixo Don Quixote, en tanto que los demàs cenaban, olvidandose de llevar bocado à la boca, puesto que algunas veces le havia dicho Sancho Panza, que cenasse, que despues havria lugar para decir todo lo que quisiesse. En los que escuchado le havian sobrevino nueva lastima de vèr, que un hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso en todas las cosas que trata-

ba, le huvieſſe perdido tan rematadamente en tratandole de ſu negra, y piznienta Cavalleria. El Cura le dixo, que tenia mucha razon en todo quanto havia dicho en favor de las Armas, y que èl, aunque Letrado, y graduado, eſtaba de ſu miſmo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y entre tanto que la Ventera, ſu hija, y Maritornes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde havian determinado, que aquella noche las mugeres ſolas en èl ſe recogieſſen, Don Fernando rogò al Cautivo les contaſſe el diſcurſo de ſu vida, porque no podia ſer ſino que fueſſe peregrino, y guſtoſo, ſegun las mueſtras, que havian comenzado à dàr, viniendo en compañia de Zorayda. A lo qual reſpondiò el Cautivo, que de muy buena gana harìa lo que ſe le mandaba, y que ſolo temia, que el cuento no havia de ſer tal, que les dieſſe el guſto que èl deſeaba; pero que con todo eſſo, por no faltar en obedecerle, lo contarìa. El Cura, y todos los demàs ſe lo agradecieron, y de nuevo ſe lo rogaron; y èl viendoſe rogar de tantos, dixo: Que no eran meneſter ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza: Y aſsi eſtèn vueſtras mercedes atentos, y oìràn un diſcurſo verdadero, à quien podrà ſer, que no llegaſſen los mentiroſos, que con curioſo, y penſado artificio ſuelen componerſe. Con eſto que dixo, hizo que todos ſe acomodaſſen, y le preſtaſſen un grande ſilencio; y èl viendo, que

ya

ya callaban, y esperaban lo que decir quisiesse, con voz agradable, y reposada comenzò à decir de esta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida, y sucessos.

EN un Lugar de las Montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos Pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico; y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña à conservar su hacienda, como se la daba en gastarla: y la condicion que tenia de ser liberal, y gastador, le procediò de haver sido Soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco prodigo; y si algunos Soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Passaba mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaba en los de ser prodigo: cosa, que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de succeder en el nombre, y en el sèr. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre, que segun èl decia, no podia irse à la mano contra su condicion, quiso privarse de el instrumento, y causa,

cauſa, que le hacia gaſtador, y dadivoſo, que fue privarſe de la hacienda, ſin la qual el miſmo Alexandro pareciera eſtrecho. Y aſsi llamandonos un dia à todos tres à ſolas en un apoſento, nos dixo unas razones ſemejantes à las que ahora dirè: Hijos, para deciros que os quiero bien, baſta ſaber, y decir, que ſois mis hijos; y para entender que os quiero mal baſta ſaber, que no me voy à la mano en lo que toca à conſervar vueſtra hacienda. Pues paraque entendais deſde aqui adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero deſtruir como padaſtro, quiero hacer una coſa con voſotros, que hà muchos dias, que la tengo penſada, y con madura conſideracion diſpueſta. Voſotros eſtais ya en edad de tomar eſtado, ò à lo menos de elegir exercicio, tal, que quando mayores os honre, y aproveche; y lo que he penſado, es, hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os darè à voſotros, à cada uno lo que le tocare, ſin exceder en coſa alguna; y con la otra me quedarè yo para vivir, y ſuſtentarme los dias, que el Cielo fuere ſervido de darme de vida; pero querria, que deſpues que cada uno tuvieſſe en ſu poder la parte que le toca de ſu hacienda, ſiguieſſe uno de los caminos que le dirè. Hay un refràn en nueſtra Eſpaña, à mi paracer, muy verdadero, como todos lo ſon, por ſer ſentencias breves, ſacadas de la luenga, y diſcreta experiencia; y el que yo digo dice: Igleſia, ò Mar, ò Caſa Real; como ſi mas claramen-

ramente dixera: Quien quiſiere valer, y ſer rico, ſiga, ò la Igleſia, ò navegue, exercitando el arte de la mercancìa; ò entre à ſervir à los Reyes en ſus Caſas; porque dicen: Mas vale migaja de Rey, que mereed de Señor. Digo eſto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de voſotros ſiguieſſe las letras, el otro le mercancìa, y el otro ſirvieſſe al Rey en la guerra, pues es dificultoſo entrar à ſervirle en ſu Caſa, que ya que la guerra no dè muchas riquezas, ſuele dàr mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os darè toda vueſtra parte en dineros, ſin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora ſi quereis ſeguir mi parecer, y conſejo en lo que os he propueſto; y mandandome à mi, por ſer el mayor, que reſpondieſſe, deſpues de haverle dicho, que no ſe deſhicieſſe de la hacienda, ſino que gaſtaſſe todo lo que fueſſe ſu voluntad, que noſotros eramos mozos para ſaber ganarla, vine à concluìr en que cumpliria ſu guſto, y que el mio era ſeguir el exercicio de las armas, ſirviendo en èl à Dios, y à mi Rey. El ſegundo hermano hizo los miſmos ofrecimientos, y eſcogiò el irſe à las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupieſſe. El menor, y à lo que yo creo el mas diſcreto, dixo, que queria ſeguir la Igleſia, ò irſe à acabar ſus comenzados eſtudios à Salamanca. Aſsi como acabamos de concordarnos, y eſcoger nueſtros exercicios, mi padre nos abrazò à todos

todos, y con la brevedad que dixo, puſo por obra quanto nos havia prometido, y dando à cada uno ſu parte, que à lo que ſe me acuerda fueron à cada uno tres mil ducados en dineros, porque un nueſtro tio comprò toda la hacienda, y la pagò de contado, à fin de que no ſalieſſe del tronco de la Caſa: En un meſmo dia nos deſpedimos todos tres de nueſtro buen padre, y en aquel miſmo, pareciendome à mi ſer inhumanidad que mi padre quedaſſe viejo, y con tan poca hacienda, hice con èl, que de mis tres mil tomaſſe los dos mil ducados, porque à mi me baſtaba el reſto para acomodarme de lo que havia meneſter un Soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada uno le dio mil ducados, de modo, que à mi padre le quedaron quatro mil en dinero, y mas tres mil, que à lo que parece valìa la hacienda que le cupo, que no quiſo vender, ſino quedarſe con ella en raìces. Digo en fin, que nos deſpedimos de èl, y de aquel nueſtro tio que he dicho, no ſin mucho ſentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos, que le hicieſſemos ſaber, todas las veces que huvieſſe comodidad para ello, de nueſtros ſuceſſos, proſperos, ò adverſos. Prometimoſſelo, y abrazandonos, y echandonos ſu bendicion, el uno tomò el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas, que havia una Nave Ginoveſa, que cargaba alli lana para Genova. Eſte harà veinte y dos

años

años, que ſali de caſa de mi padre, y en todos ellos, pueſto que he eſcrito algunas cartas, no he ſabido de èl, ni de mis hermanos nueva alguna; y lo que en eſte diſcurſo de tiempo he paſſado, lo dirè brevemente. Embarquème en Alicante, lleguè con proſpero viage à Genova, fui deſde allì à Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de Soldado, de donde quiſe ir à aſſentar mi plaza al Piamonte, y eſtando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alva paſſaba à Flandes. Mudè propoſito, fuime con èl, ſervile en las jornadas que hizo, halième en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè à ſer Alferez de un famoſo Capitan de Guadalaxara, llamado Diego de Urbina; y al cabo de algun tiempo que lleguè à Flandes, ſe tuvo nueva de la Liga, que la Santidad del Papa Pio V. (de felice recordacion) havia hecho con Venecia, y con Eſpaña contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel miſmo tiempo havia ganado con ſu Armada la famoſa Isla de Chipre, que eſtaba debaxo del domino de Venecianos: pèrdida lamentable, y deſdichada. Supoſe cierto, que venìa por General de eſta Liga el Sereniſsimo Don Juan de Auſtria, hermano natural de nueſtro buen Rey Don Phelipe. Divulgòſe el grandiſsimo aparato de guerra que ſe hacia; todo lo qual me incitò, y commoviò el animo, y el deſeo de verme en la jornada

que

que ſe eſperaba; y aunque tenia barruntos, y caſi premiſſas ciertas de que en la ocaſion primera que ſe ofrecieſſe, ſeria promovido à Capitan, lo quiſe dexar todo, y venirme, como me vine à Italia; y quiſo mi buena ſuerte, que el ſeñor Don Juan de Auſtria acababa de llegar à Genova, que paſſaba à Napoles à juntarſe con la Armada de Venecia, como deſpues lo hizo en Mecina. Digo, en fin, que yo me hallè en aquella feliciſsima jornada ya hecho Capitan de Infanteria, à cuyo honroſo cargo me ſubiò mi buena ſuerte, mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fue para la Chriſtiandad tan dichoſo, porque en èl ſe deſengañò el mundo, y todas las Naciones del error en que eſtaban, creyendo, que los Turcos eran invencibles por la Mar; en aquel dia, digo, donde quedò el orgullo, y ſobervia Otomana quebrantada, entre tantos venturoſos como alli huvo, porque mas ventura tuvieron los Chriſtianos, que alli murieron, que los que vivos, y vencedores quedaron: yo ſolo fui el deſdichado, pues en cambio de que pudiera eſperar, ſi fuera en los Romanos ſiglos, alguna naval Corona, me vì aquella noche, que ſiguiò à tan famoſo dia, con cadenas à los piès, y eſpoſas à las manos; y fue de eſta ſuerte: Que haviendo el Uchali, Rey de Argèl, atrevido, y venturoſo Corſario, embeſtido, y rendido la Capitana de Malta, que ſolos tres Cavalleros quedaron vivos en ella, y eſ-

tos

tos mal heridos, acudiò la Capitana de Juan Andrea à ſocorrerla, en la qual yo iba con mi Compañia, y haciendo lo que debia en ocaſion ſemejante, ſaltè en la Galera contraria, la qual deſviandoſe de la que le havia enveſtido, eſtorvò que mis Soldados me ſiguieſſen, y aſsi me hallè ſolo entre mis enemigos, à quien no pude reſiſtir, por ſer tantos; en fin, me rindieron lleno de heridas: y como ya havreis, ſeñores, oìdo decir, que el Uchali ſe ſalvò con toda ſu Eſquadra, vine yo à quedar cautivo en ſu poder, y yo ſolo fui el triſte entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil Chriſtianos los que aquel dia alcanzaron la deſeada libertad, que todos venian al remo en la Turqueſca Armada. Llevaronme à Conſtantinopla, donde el gran Turco Selìn hizo General de la Mar à mi amo, porque havia echo ſu deber en la Batalla, haviendo llevado por mueſtra de ſu valor el Eſtandarte de la Religion de Malta. Hallème el ſegundo año, que fue el de ſetenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres Fanales. Vì, y notè la ocaſion que alli ſe perdiò, de no coger en el Puerto toda la Armada Turqueſca; porque todos los Leventes, y Genizaros, que en ella venìan, tuvieron por cierto, que les havian de embeſtir dentro del miſmo Puerto, y tenian à punto ſu ropa, y paſſamaques, que ſon ſus zapatos, para huirſe luego por tierra, ſin eſperar ſer combatidos:

dos: tanto era el miedo que havian cobrado à nueſtra Armada. Pero el Cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa, ni deſcuido del General, que à los nueſtros regìa, ſino por los pecados de la Chriſtiandad, y porque quiere, y permite Dios, que tengamos ſiempre verdugos que nos caſtiguen. En efecto el Uchali ſe recogiò à Modòn, que es una Isla que eſtà junto à Navarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del Puerto, y eſtuvoſe quedo, haſta que el ſeñor Don Juan ſe bolviò. En eſte viage ſe tomò la Galera, que ſe llamaba la Preſſa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoſo Corſario Barbarroja: tomòla la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la Guerra, por el padre de los Soldados, por aquel venturoſo, y jamàs vèncido Capitan Don Alvaro de Bazàn, Marquès de Santa Cruz; y no quiero dexar de decir lo que ſucediò en la preſa de la Preſa. Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal à ſus Cautivos, que aſsi como los que venìan al remo vieron, que la Galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, ſoltaron todos à un tiempo los remos, y aſieron de ſu Capitan, que eſtaba ſobre el eſtanterol gritando, que bogaſſen aprieſſa; y paſſandole de banco en banco, de popa à proa, le dieron tales bocados, que à poco mas que paſsò del arbol, ya havia paſſado ſu anima al Infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba,

y el odio que ellos le tenian. Bolvimos à Conſtantinopla, y el año ſiguiente, que fue el de ſetenta y tres, ſe ſupo en ella, como el Señor Don Juan havia ganado à Tunez, y quitado aquel Reyno à los Turcos, y pueſto en poſſeſsion de èl à Muley Hamet, cortando las eſperanzas, que de bolver à reynar en èl tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuvo el mundo. Sintiò mucho eſta perdida el gran Turco, y uſando de la ſagacidad, que todos los de ſu caſa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que èl la deſeaban; y el año ſiguiente de ſetenta, y quatro acometiò à la Goleta, y al Fuerte, que junto à Tunez havia dexado medio levantado el ſeñor Don Juan. En todos eſtos trances andaba yo al remo, ſin eſperanza de libertad alguna; à lo menos no eſperaba tenerla por reſcate, porque tenia determinado de no eſcrivir las nuevas de mi deſgracia à mi padre. Perdiòſe en fin la Goleta, perdiòſe el Fuerte, ſobre las quales Plazas huvo de Soldados Turcos pagados ſetenta y cinco mil, y de Moros, y Alarabes de toda la Africa mas de quatrocientos mil, acompañado eſte gran numero de gente con tantas municiones, y pretrechos de guerra, y con tantos gaſtadores, que con las manos, y à puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta, y el Fuerte. Perdiòſe primero la Goleta, tenida haſta entonces por inexpugnable, y no ſe perdiò por culpa de ſus defenſores, los quales hicieron

en

en ſu defenſa todo aquello que debian, y podian, ſino porque la experiencia moſtrò la facilidad con que ſe podian levantar trincheras en aquella deſierta arena, porque à dos palmos ſe hallaba agua, y los Turcos no la hallaron à dos varas; y aſsi con muchos ſacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que ſobrepujaban las murallas de la Fuerza, y tirandole à cavallero, ninguno podia parar, ni aſsiſtir à la defenſa. Fue comun opinion que no ſe havian de encerrar los nueſtros en la Goleta, ſino eſperar en campaña al deſembarcadero, y los que eſto dicen hablan de lexos, y con poca experiencia de caſos ſemejantes, porque ſi en la Goleta, y en el Fuerte apenas havia ſiete mil Soldados, como podian tan poco numero (aunque mas esforzados fueſſen) ſalir à la campaña, y quedar en las fuerzas, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es poſsible dexar de perderſe Fuerza, que no es ſocorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en ſu miſma tierra? Pero à muchos les pareciò, y aſsi me pareciò à mi, que fue particular gracia, y merced que el Cielo hizo à Eſpaña, en permitir que ſe aſſolaſſe aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia, ò eſponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli ſin provecho ſe gaſtaban, ſin ſervir de otra coſa, que de conſervar la memoria de haverla ganado la feliciſsima del inviƈtiſsimo Carlos V. como ſi fuera meneſter para hacer-

la

la eterna (como lo es, y serà) que aquellas piedras la sustentàran. Perdiòse tambien el Fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo à palmo, porque los Soldados, que lo defendian, pelearon tan valerosa, y fuertemente, que passaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron, en veinte y dos assaltos generales, que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trecientos, que quedaran vivos: señal cierta, y clara de su esfuerzo, y valor, y de lo bien que se havian defendido, y guardado sus Plazas. Rindiòse à partido un pequeño Fuerte, ò Torre, que estaba en mitad del estaño, à cargo de Don Juan Zanoguera, Cavallero Valenciano, y famoso Soldado. Cautivaron à Don Pedro Portocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue possible por defender su Fuerza, y sintiò tanto el haverla perdido, que de pesar muriò en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron assimismo al General del Fuerte, que se llamaba Gabrio Cerbellòn, Cavallero Milanès, grande Ingeniero, y valentisimo Soldado. Murieron en estas dos Fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fue una Pagan de Oria, Cavallero del Habito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostrò la suma liberalidad, que usò con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue haver muerto à manos de unos Alarabes, de quien se fiò, viendo ya perdi-

do

do el Fuerte, que ſe ofrecieron de llevarle en habito de Moro à Tabarca, que es un Puertezuelo, ò Caſa, que en aquellas Riberas tienen los Ginoveſes, que ſe exercitan en la peſqueria del Coral, los quales Alarabes le cortaron la cabeza, y ſe la traxeron al General de la Armada Turqueſca, el qual cumpliò con ellos nueſtro refran Caſtellano: Que aunque la traycion aplace, el traydor ſe aborrece; y aſsi ſe dice, que mandò el General ahorcar à los que le traxeron el preſente, porque no ſe le havian traìdo vivo. Entre los Chriſtianos, que en el Fuerte ſe perdieron, fue uno llamado Don Pedro de Aguilàr, natural de no sè què Lugar de Andalucìa, el qual havia ſido Alferez en el Fuerte, Soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento; eſpecialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesìa. Digolo, porque ſu ſuerte le traxo à mi Galera, y à mi banco, y à ſer Eſclavo de mi miſmo Patron; y antes que nos partieſſemos de aquel Puerto, hizo eſte Cavallero dos Sonetos à manera de Epitafios, el uno à la Goleta, y el otro al Fuerte; y en verdad, que los tengo de decir, porque los sè de memoria, y creo que antes cauſarà guſto, que peſadumbre. En el punto que el Cautivo nombrò à Don Pedro de Aguilàr, Don Fernando mirò à ſus camaradas, y todos tres ſe ſonrieron, y quando llegò à decir de los Sonetos, dixo el uno: Antes que vueſſa merced paſſe adelante, le ſuplico

me

me diga, què se hizo esse Don Pedro de Aguilàr, que ha dicho? Lo que sè es, respondiò el Cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyò en trage de Arnaute con un Griego espìa, y no sè si vino en libertad, puesto que creo que sì, porque de alli à un año vì yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el sucesso de aquel viage. Pues no fuè, respondiò el Cavallero, porque esse Don Pedro es mi hermano, y està ahora en nuestro Lugar, bueno, rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas à Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme à mi parecer, contento que se iguale à alcanzar la libertad perdida; y mas, replicò el Cavalleto, que yo sè los Sonetos que mi hermano hizo. Digalos, pues, vuestra merced, dixo el Cautivo, que lo sabrà decir mejor que yo. Que me place respondiò el Cavallero; y el de la Goleta decia assi:

***

CAPITULO XL.

Donde ſe proſigue la Hiſtoria del Cautivo.

SONETO.

ALmas dichoſas, que del mortal velo
Libres, y eſſentas, por el bien que obraſteis,
Deſde la baxa tierra os levantaſteis
A lo mas alto, y lo mejor del Cielo;
Y ardiendo en ira, y en honroſo zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitaſteis,
Que en propria, y ſangre agena coloraſteis
El mar vecino, y arenoſo ſuelo.
Primero que el valor faltò la vida
En los canſados brazos, que muriendo,
Con ſer vencidos llevan la victoria.
Y eſta vueſtra mortal, triſte caìda,
Entre el muro, y el hierro os và adquiriendo
Fama, que el mundo os dà, y el Cielo gloria.

De eſſa miſma manera le sè yo, dixo el Cautivo. Pues el del Fuerte, ſi mal no me acuerdo, dixo el Cavallero, dice aſsi:

SONETO.

DE entre eſta tierra eſtèril derribada,
De eſtos terrones por el ſuelo echados,

Las

Las almas ſantas de tres mil Soldados
Subieron vivas à mejor morada,
Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de ſus brazos eſforzados,
Haſta que al fin de pocos, y canſados,
Dieron la vida al filo de la eſpada;
Y eſte es el ſuelo, que continuo ha ſido
De mil memorias lamentables lleno,
En los paſſados ſiglos, y preſentes,
Mas no mas juſtas de ſu duro ſeno
Havràn al claro Cielo almas ſubido,
Ni aùn èl ſoſtuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos, y el Cautivo ſe alegrò con las nuevas, que de ſu camarada le dieron; y proſiguiendo ſu cuento, dixo: Rendidos, pues, la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dieron orden en deſmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedò tal, que no huvo que poner por tierra; y por hacerlo con mas brevedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna ſe pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que havia quedado en pie de la fortificacion nueva, que havia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino à tierra; en reſolucion, la Armada volviò à Conſtantinopla triunfante, y vencedora, y de alli à pocos meſes muriò mi amo el Uchali, al qual llamaban Uchali Fartax, quiere decir en

lengua Turqueſca : El Renegado tiñoſo, porque lo era ; y es coſtumbre entre los Turcos ponerſe nombres de alguna falta que tengan, ò de alguna virtud que en ellos haya; y eſto es porque no hay entre ellos ſino quatro apellidos de linages, que deſcienden de la caſa Otomana, y los demàs, como tengo dicho, toman nombre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo; y eſte tiñoſo baxò al remo, ſiendo eſclavo del gran Señor catorce años, y à mas de los treinta y quatro de ſu edad, renegò de deſpecho de que un Turco eſtando al remo, le diò un bofetòn, y por poderſe vengar dexò ſu Fè; y fuè tanto ſu valor, que ſin ſubir por los torpes medios, y caminos, que los Privados del gran Turco ſuben, vino à ſer Rey de Argèl, y deſpues à ſer General de la Mar, que es el tercero cargo que hay en aquel Señorio. Era Calabrès de Nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataba con mucha humildad à ſus Cautivos, que llegò à tener tres mil, los quales, deſpues de ſu muerte, ſe repartieron como èl lo dexò en ſu Teſtamento, entre el gran Señor, (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre ſus Renegados. Yo cupe à un Renegado Veneciano, que ſiendo Grumete de una Nave, le cautivò el Uchali, y le quiſo tanto, que fue uno de los mas regalados garzones ſuyos, y èl vino à ſer el mas cruel Renegado

gado que jamàs ſe ha viſto. Llamabaſe Azanaga, y llegò à ſer muy rico, y à ſer Rey de Argèl, con el qual yo vine de Conſtantinopla algo contento, por eſtàr tan cerca de Eſpaña, no porque penſaſſe eſcrivir à nadie el deſdichado ſuceſſo mio, ſino por vèr ſi me era mas favorable la ſuerte en Argèl, que en Conſtantinopla, donde ya havia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo ſazòn, ni ventura, y penſaba en Argèl buſcar otros medios de alcanzar lo que tanto deſeaba, porque jamàs me deſemparò la eſperanza de tener libertad; y quando en lo que fabricaba, penſaba, y ponia por obra, no correſpondia el ſuceſſo à la intencion, luego, ſin abandonarme, fingia, y buſcaba otra eſperanza, que me ſuſtentaſſe, aunque fueſſe debil, y flaca. Con eſto entretenia la vida encerrado en una priſion, ò caſa, que los Turcos llaman Baño, donde encierran los Cautivos Chriſtianos, aſsi los que ſon del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman de el Almacèn, que es como decir, Cautivos del Conſejo, que ſirven à la Ciudad en las obras publicas que hace, y en otros oficios; y eſtos tales Cautivos tienen muy dificultoſa ſu libertad, que como ſon del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar ſu reſcate, aunque le tengan. En eſtos Baños, como tengo dicho, ſuelen llevar à ſus Cautivos algunos particulares del Pueblo, principalmente quando ſon de reſcate, porque

allì

alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los Cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demàs chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hacerles que escrivan por èl con mas ahinco, les hacen trabajar, è ir por leña con los demàs, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los del rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que les dixe mi poca posibilidad, y falta de hacienda, no aprovechò nada paraque no me pusiessé en el numero de los Cavalleros, y gente de rescate. Pusieronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passaba la vida en aquel Baño con otros muchos Cavalleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate; y aunque la hambre, y desnudèz pudiera fatigarnos à veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oìr, y vèr à cada passo las jamàs vistas, ni oìdas crueldades, que mi amo usaba con los Christianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba à este, desorejaba aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian, que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano. Solo librò bien con èl un Soldado Español, llamado tal de Saavedra, el qual, con haver hecho cosas, que quedaràn en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por

alcan-

alcanzar libertad, jamàs le diò palo, ni se lo mandò dàr, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos, que havia de ser empalado, y assi lo temiò èl mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no dà lugar, yo dixera ahora algo, de lo que este Soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor, que con el cuento de mi historia. Digo, pues, que encima del patio de nuestra prision caìan las ventanas de la casa de un Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros, que ventanas, y aun estas se cubrian con zelosias muy espesas, y apretadas. Acaeciò, pues, que un dia, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demàs Christianos havian salido à trabajar, alcè acaso los ojos, y vì, que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una cañа, y al remate de ella puesto un lienzo arado, y la cañа se estaba blandeando, y moviendose, casi como si hiciera señas, que llegassemos à tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue à ponerse debaxo de la cañа, por vèr si la soltaban, ò lo que hacian; pero assi como llegò, alzaron la cañа, y la movieron à los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeza. Bolviòse el Christiano, y tornaronla

à baxar, y hacer los proprios movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y ſucediòle lo miſmo que al primero. Finalmente, fue el tercero, y havinole lo que al primero, y al ſegundo. Viendo yo eſto, no quiſe dexar de probar la ſuerte; y aſsi como lleguè à ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y diò à mis pies dentro del Baño; acudi luego à deſatar el lienzo, en el qual vì un nudo, y dentro de èl venìan diez Zianiys, que ſon unas monedas de oro baxo, que uſan los Moros, que cada una vale diez reales de los nueſtros. Si me holgè con el hallazgo, no hay para què decirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de penſar de donde podia venirnos aquel bien, eſpecialmente à mi, pues las mueſtras de no haver querido ſoltar la caña ſino à mi, claro decian, que à mi ſe hacia la merced. Tomè mi buen dinero, quebrè la caña, bolvime al terradillo, mirè la ventana, y vì, que por ella ſalìa una muy blanca mano, que la abrian, y cerraban muy aprieſſa. Con eſto entendimos, ò imaginamos, que alguna muger, que en aquella caſa vivia, nos debia de haver hecho aquel beneficio; y en ſeñal de que lo agradeciamos, hicimos zalemas à uſo de Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos ſobre el pecho. De alli à poco ſacaron por la miſma ventana una pequeña Cruz hecha de cañas, y luego la volvieron à entrar. Eſta ſeñal nos confirmò en que alguna

Chriſ-

Chriſtiana debia de eſtàr cautiva en aquella caſa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo eſte penſamiento, pueſto que imaginamos, que debia de ſer Chriſtiana renegada, à quien de ordinario ſuelen tomar por legitimas mugeres ſus miſmos amos: y aun lo tienen à ventura, porque las eſtiman en mas que las de ſu Nacion. En todos nueſtros diſcurſos dimos muy lexos de la verdad del caſo; y aſsi todo nueſtro entretenimiento deſde alli adelante, era mirar, y tener por norte à la ventana donde nos havia aparecido la eſtrella de la caña; pero bien ſe paſſaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra ſeñal alguna; y aunque en eſte tiempo procuramos, con toda ſolicitud, ſaber quien en aquella caſa vivia, y ſi havia en ella alguna Chriſtiana renegada, jamàs huvo quien nos dixeſſe otra coſa, ſino que alli vivia un Moro principal, y rico, llamado Aguimorato, Alcayde que havia ſido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas deſcuydados eſtabamos de que por alli havian de llover mas Zianiys, vimos à deshora parecer la caña, y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y eſto fue à tiempo, que eſtaba el Baño como la vez paſſada, ſolo, y ſin gente. Hicimos la acoſtumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los miſmos tres que eſtabamos; pero à ninguno ſe rindiò la caña ſi-

no

no à mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Desatè el nudo, y hallè quarenta escudos de oro Espanoles, y un papel escrito en Arabigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande Cruz. Besè la Cruz, tomè los escudos, bolvime al terrado, hizimos todos nuestras zalemas, tornò à parecer la mano, hice señas que leeria el papel, y cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el Arabigo, era grande el deseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyesse. En fin, yo me determinè de fiarme de un Renegado, natural de Murcia, que se havia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban à guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos Renegados, quando tienen intencion de bolverse à tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de Cautivos principales, en que dàn fee, en la forma que pueden, como el tal Renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien à Christianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion: otros se sirven de ellas acaso, y de industria, que viniendo à robar à tierra de Christianos, si à dicha se pierden, ò los cautivan, sacan sus firmas, y dicen, que por aquellos papeles se verà el proposito con que venian, el

qual

qual era de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venìan en corso con los demàs Turcos: con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño, y quando vèn la suya, se buelven à Berberìa à ser lo que antes eran. Otros hay que usan de estos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues uno de los Renegados que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditabamos quanto era posible; y si los Moros le hallaràn estos papeles, le quemàran vivo. Supe, que sabìa muy bien Arabigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que de el todo me declarasse con èl, le dixe, que me leyesse aquel papel, que acaso me havia hallado en un agujero de mi rancho. Abriòle, y estuvo un buen espacio mirandole, y construyendole, mormurando entre los dientes. Preguntèle si lo entendia? Dixome, que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diesse tinta, y pluma, porque mejor lo hiciesse. Dimosle luego lo que pedia, y èl poco à poco lo fue traduciendo, y en acabando, dixo: Todo lo que và aqui en Romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco; y hase de advertir, que adonde dice Lela Marien, quiere decir nuestra Señora la Virgen Maria. Leìmos el papel, y decia assi;

Quan-

Quando yo era niña, tenia mi padre una Eſclava, la qual en mi lengua me moſtrò la Zala Chriſtianeſca, y me dixo muchas coſas de Lela Marien. La Chriſtiana muriò, y yo sè que no fuè al fuego, ſino con Alà, porque deſpues la vì dos veces, y me dixo que me fueſſe à tierra de Chriſtianos à ver à Lela Marien, que me queria mucho: No sè yo como vaya; muchos Chriſtianos he viſto por eſta ventana, y ninguno me ha parecido Cavallero ſino tu. Yo ſoy muy hermoſa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: Mira tu ſi puedes hacer como nos vamos, y ſeràs allà mi marido, ſi quieres; y ſi no quiſieres, no ſe me darà nada, que Lela Marien me darà con quien me caſe. Yo eſcrivì eſto, mirà à quien lo dàs à leer, no te fies de ningun Moro, porque ſon todos marfuces. De eſto tengo mucha pena, que quiſiera que no te deſcubrieras à nadie; porque ſi mi padre lo ſabe, me echarà luego en un pozo, y me cubrirà de piedras. En la caña pondrè un hilo, ata alli la reſpueſta, y ſi no tienes quien te eſcriva Arabigo, dimelo por ſeñas, que Lela Marien harà que te entienda. Ella, y Alà te guarde, y eſſa Cruz, que yo beſo muchas veces, que aſsi me lo mandò la Cautiva.

Mirad, ſeñores, ſi es razon, que las razones de eſte papel nos admiraſſen, y alegraſſen; y aſsi lo uno, y lo otro fue de manera, que el Renegado entendiò, que no acaſo ſe havia hallado

llado aquel papel, ſino que realmente à alguno de noſotros ſe havia eſcrito; y aſsi nos rogò, que ſi era verdad lo que ſoſpechaba, que nos fiaſſemos de èl, y ſe lo dixeſſemos que èl aventurarìa ſu vida por nueſtra libertad; y diciendo eſto, ſacò del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios, que aquella imagen repreſentaba, en quien èl, aunque pecador, y malo, bien, y fielmente creia, de guardarnos lealtad, y ſecreto en todo quanto quiſieſſemos deſcubrirle; porque le parecia, y caſi adivinaba, que por medio de aquella, que aquel papel havia eſcrito, havia èl, y todos noſotros de tener libertad, y verſe èl en lo que tanto deſeaba, que era reducirſe al gremio de la Santa Igleſia ſu Madre, de quien, como miembro podrido, eſtaba dividido, y apartado por ſu ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con mueſtras de tanto arrepentimiento dixo eſto el Renegado, que todos de un miſmo parecer conſentimos, y venimos en declararle la verdad del caſo, y aſsi le dimos cuenta de todo, ſin encubrirle nada. Moſtramosle la ventanilla por donde parecia la caña, y èl marcò deſde alli la caſa, y quedò de tener eſpecial, y gran cuydado de informarſe quien en ella vivia. Acordamos aſsimiſmo, que ſerìa bien reſponder al billete de la Mora; y como teniamos quien lo ſupieſſe hacer, luego al momento el Renegado eſcriviò las razones, que yo le fuì notando, que

pun-

puntualmente fueron las que dirè, porque de todos los puntos ſubſtanciales, que en eſte ſuceſſo me acontecieron, ninguno ſe me ha ido de la memoria, ni aùn ſe me irà, en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que à la Mora ſe le reſpondiò fue eſto:

El verdadero Alà te guarde, ſeñora mia, y aquella verdadera Marien, que es la Bendita Madre de Dios, y es la que te ha pueſto en el corazon que te vayas à tierra de Chriſtianos, porque te quiere bien. Ruegala tu, que ſe ſirva de darte à entender, como podràs poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sì harà. De mi parte, y de la de todos eſtos Chriſtianos, que eſtàn conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudieremos, haſta morir. No dexes de eſcrivirme, y aviſarme lo que penſares hacer, que yo te reſponderè ſiempre, que el grande Alà nos ha dado un Chriſtiano Cautivo, que ſabe hablar, y eſcrivir tu lengua tan bien como lo veràs por eſte papel. Aſsi que, ſin tener miedo, nos puedes aviſar de todo lo que quiſieres. A lo que dices, que ſi fueres à tierra de Chriſtianos, que has de ſer mi muger, yo te lo prometo como buen Chriſtiano; y ſabe, que los Chriſtianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Alà, y Marien ſu Madre ſean en tu guarda, ſeñora mia.

Eſcrito, y cerrado eſte papel, aguardè dos dias

dias à que eſtuvieſſe el Baño ſolo, como ſolìa, y luego ſalì al paſſo acoſtumbrado del terradillo, por vèr ſi la caña parecia, que no tardò mucho en aſſomar. Aſsi como la vì, aunque no podia vèr quien la ponia, moſtrè el papel, como dando à entender, que puſieſſen el hilo; pero ya venìa pueſto en la caña, al qual atè el papel, y de alli à poco tornò à parecer nueſtra eſtrella con la blanca bandera de paz del atadillo; dexaronla caer, y alcèla yo; hallè en el paño, en toda ſuerte de moneda de plata, y de oro, mas de cincuenta eſcudos, los quales cinquenta veces mas doblaron nueſtro contento, y confirmaron la eſperanza de tener libertad. Aquella miſma noche bolviò nueſtro Renegado, y nos dixo, que havia ſabido, que en aquella caſa vivia el miſmo Moro, que à noſotros nos havian dicho, que ſe llamaba Aguimorato, riquiſsimo por todo eſtremo, el qual tenia una ſola hija, heredera de toda ſu hacienda, y que era comun opinion en toda la Ciudad, ſer la mas hermoſa muger de la Berberìa, y que muchos de los Virreyes que alli venìan, la havian pedido por muger, y que ella nunca ſe havia querido caſar; y que tambien ſupo, que tuvo una Chriſtiana cautiva, que ya ſe havia muerto: todo lo qual concertaba con lo que venìa en el papel. Entramos luego en conſejo con el Renegado, en què orden ſe tendria para ſacar à la Mora, y venirnos todos à tierra de Chriſtianos; y en fin, ſe acordò por entonces,

que

que eſperaſſemos al aviſo ſegundo de Zorayda, que aſsi ſe llamaba, la que ahora quiere llamarſe Maria; porque bien vimos, que ella, y no otra alguna, era la que havia de dàr medio à todas aquellas dificultades. Deſpues que quedamos en eſto, dixo el Renegado, que no tuvieſſemos pena, que el perderia la vida, ò nos pondria en libertad. Quatro dias eſtuvo el Baño con gente, que fue ocaſion, que quatro dias tardaſſe en parecer la caña; al cabo de los quales en la acoſtumbrada ſoledad del Baño, pareciò con el lienzo tan preñado, que un feliciſsimo parto prometia. Inclinòſe à mi la caña, y el lienzo, hallè en èl otro papel, y cien eſcudos de oro, ſin otra moneda alguna. Eſtaba alli el Renegado, dimosle à leer el papel dentro de nueſtro rancho, el qual dixo, que aſsi decia:

Yo no sè, mi ſeñor, como dàr orden que nos vamos à Eſpaña, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo ſe lo he preguntado: lo que ſe podrà hacer es, que yo os darè por eſta ventana machiſsimos dineros de oro; reſcatad vos con ellos, y vueſtros amigos; y vaya uno à tierra de Chriſtianos, y compre allà una Barca, y buelva por los demàs; y à mi me hallarà en el Jardin de mi padre, que eſtà à la puerta de Babazòn, junto à la Marina, donde tengo de eſtar todo eſte Verano con mi padre, y con mis criados: de alli, de noche, me podreis ſacar ſin miedo, y llevarme à la Barca; y

mira

mira, que has de ſer mi marido, porque ſino, yo pedirè à Marien, que te caſtigue. Si no te fias de nadie, que vaya por la Barca, reſcatate tu, y vè, que yo sè que bolveràs mejor que otro, pues eres Cavallero, y Chriſtiano; procura ſaber el Jardin, y quando te paſſees por ahì, ſabrè que eſtà el Baño ſolo, y te darè mucho dinero. Alà te guarde, ſeñor mio.

Eſto decia, y contenia el ſegundo papel, lo qual viſto por todos, cada uno ſe ofreciò à querer ſer el reſcatado, y prometiò de ir, y bolver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecia à lo miſmo. A todo lo qual ſe opuſo el Renegado, diciendo: Que en ninguna manera conſentiria, que ninguno ſalieſſe de libertad, haſta que fueſſen todos juntos, porque la experiencia le havia moſtrado, quan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces havian uſado de aquel remedio algunos principales Cautivos, reſcatando à uno, que fueſſe à Valencia, ò Mallorca con dineros para poder armar una Barca, y bolver por los que le havian reſcatado, y nunca havian buelto, porque la libertad alcanzada, y el temor de no bolver à perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo; y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contò brevemente un caſo, que caſi en aquella miſma ſazòn avia acaecido à unos Cavalleros

Chriſtianos, el mas eſtraño, que jamàs ſucediò en aquellas partes, donde à cada paſſo ſuceden coſas de grande eſpanto, y de admiracion. En efecto, èl vino à decir, que lo que ſe podia, y debia hacer, era, que el dinero que ſe havia de dàr para reſcatar al Chriſtiano, que ſe le dieſſe à èl para comprar alli en Argèl una Barca, con achaque de hacerſe Mercader, y Tratante en Tetuan, y en aquella Coſta; y que ſiendo èl Señor de la Barca, facilmente ſe daria traza para ſacarlos del Baño, y embarcarlos à todos; quanto mas, que ſi la Mora, como ella decia, daba dineros para reſcatarlos à todos, que eſtando libres, era faciliſsima coſa aùn embarcarſe en la mitad del dia; y que la dificultad que ſe ofrecia mayor, era, que los Moros no conſienten, que Renegado alguno compre, ni tenga Barca, ſino es Baxèl grande para ir en corſo, porque ſe temen, que el que compra Barca, principalmente ſi es Eſpañol, no la quiere ſino para irſe à tierra de Chriſtianos; pero que èl facilitaria eſte inconveniente con hacer, que un Moro Tangarino fueſſe à la parte con èl en la compañia de la Barca, y en la ganancia de las mercancìas; y con eſta ſombra èl vendria à ſer Señor de la Barca, con que daba por acabado todo lo demàs. Y pueſto que à mì, y à mis camaradas nòs havia parecido mejor lo de embiar por la Barca à Mallorca, como la Mora decia, no oſſamos contradecirle, temeroſos, que ſi no haciamos

lo

lo que decia, nos havia de descubrir, y poner à peligro de perder las vidas, si descubriesse el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nuestras; y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mismo punto se le respondiò à Zorayda, diciendola, que hariamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo havia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo huviera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ò ponerlo luego por obra. Ofrecimela de nuevo de ser su esposo, y con esto otro dia, que acaeciò à estàr solo el Baño, en diversas veces, con la cañа, y el paño, nos diò dos mil escudos de oro, y un papel, donde decia: Que el primer Juma, que es el Viernes, se iba al Jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero; y que si aquello no bastasse, que se lo avisassemos, que nos daria quanto la pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo hecharia menos; quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la Barca; con ochocientos me rescatè yo, dando el dinero à un Mercader Valenciano, que à la sazon se hallaba en Argèl, el qual me rescatò del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer Baxèl que viniesse de Valencia pagaria mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dàr sospechas al Rey, que havia muchos

dias, que mi reſcate eſtaba en Argèl, y que el Mercader por ſus grangerìas lo havia callado. Finalmente, mi amo era tan cabiloſo, que en ninguna manera me atrevì à que luego ſe deſembolſaſſe el dinero. El Jueves antes del Viernes, que la hermoſa Zorayda ſe havia de ir al Jardin, nos diò otros mil eſcudos, y nos avisò de ſu partida, rogandome, que ſi me reſcataſſe, ſupieſſe luego el Jardin de ſu padre, y que en todo caſo buſcaſſe ocaſion de ir allà, y verla. Reſpondila en breves palabras, que aſsi lo haria, y que tuvieſſe cuidado de encomendarnos à Lela Marien con todas aquellas oraciones, que la Cautiva la havia enſeñado. Hecho eſto, dieron orden en que los tres compañeros nueſtros ſe reſcataſſen, por facilitar la ſalida del Baño, y porque viendome à mi reſcatado, y à ellos no, pues havia dinero, no ſe alborotaſſen, y les perſuadieſſe el diablo, que hicieſſen alguna coſa en perjuicio de Zorayda; que pueſto, que el ſer ellos quien eran, me podia aſſegurar de eſte temor, con todo eſſo no quiſe poner el negocio en aventura, y aſsi los hice reſcatar por la miſma orden que yo me reſcatè, entregando todo el dinero al Mercader, para que con certeza, y ſeguridad pudieſſe hacer la fianza, al qual nunca deſcubrimos nueſtro trato, y ſecreto, por el peligro que havia.

CAPI-

CAPITULO XLI.

Donde todavia prosigue el Cautivo su sucesso.

NO se passaron quince dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena Barca, capàz de mas de treinta personas; y para assegurar su hecho, y darle color, quiso hacer, como hizo, un viage à un Lugar, que se llamaba Sargel, que està treinta leguas de Argèl, àcia la parte de Oràn, en el qual hay mucha contratacion de higos, y passas. Dos, ò tres veces hizo este viage en compañia del Tagarino, que havia dicho. Tagarinos llaman en Berberia à los Moros de Aragon, y à los de Granada Mudajares; y en el Reyno de Fez llaman à los Mudajares Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la Guerra. Digo, pues, que cada vez que passaba con su Barca, daba fondo en una caleta, que estaba no dos tiros de ballesta del Jardin donde Zorayda esperaba, y alli muy de proposito se ponia el Renegado con los Morillos, que bogaban el remo, ò yà à hacer la zalà, ò yà como por ensayarse de burlas, à lo que pensaba hacer de veras; y assi se iba al Jardin de Zorayda, y pedia fruta, y su padre se la daba sin conocerle; y aunque èl quisiera hablar à Zorayda, como èl despues me dixo, y decirla, que èl era el que por

orden

orden mia la havia de llevar à tierra de Chriſtianos, que eſtuvieſſe contenta, y ſegura, nunca le fuè poſsible, porque las Moras no ſe dexan vèr de ningun Moro, ni Turco, ſino es que ſu marido, ò padre ſe lo manden. De Chriſtianos Cautivos ſe dexan tratar, y comunicar aun mas de aquello que ſeria razonable, y à mi me huviera peſado, que èl la huviera hablado, que quizà la alborotàra, viendo que ſu negocio andaba en boca de Renegados; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no diò lugar al buen deſeo, que nueſtro Renegado tenia, el qual viendo quan ſeguramente iba, y venia à Sargel, y que daba fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino, ſu compañero, no tenia mas voluntad de la que la ſuya ordenaba, y que yo eſtaba yà reſcatado, y que ſolo faltaba buſcar algunos Chriſtianos, que bogaſſen el remo, me dixo, que miraſſe yo quales queria traer conmigo, fuera de los reſcatados, y que los tuvieſſe hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado, que fueſſe nueſtra partida. Viendo eſto, hablè à doce Eſpañoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos, que mas libremente podian ſalir de la Ciudad, y no fuè poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque eſtaban veinte Baxeles en corſo, y ſe havian llevado toda la gente de remo: y eſtos no ſe hallàran, ſino fuera que ſu amo ſe quedò aquel Verano ſin ir en corſo à acabar una

una Galeota, que tenia en el Aſtillero; à los quales no les dixe otra coſa, ſino que el primer Viernes en la tarde ſe ſalieſſen uno à uno diſsimuladamente, y ſe fueſſen la buelta del Jardin de Aguimorato, y que alli me aguardaſſen haſta que yo fueſſe. A cada uno dì eſte aviſo de por sì, con orden, que aunque alli vieſſen otros Chriſtianos, no les dixeſſen, ſino que yo les havia mandado eſperar en aquel lugar. Hecha eſta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de aviſar à Zorayda en el punto que eſtaban los negocios, para que eſtuvieſſe apercibida, y ſobre aviſo, que no ſe ſobreſaltaſſe, ſi de improviſo la aſſaltaſſemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la Barca de Chriſtianos podia bolver; y aſsi determinè de ir al Jardin, y vèr ſi podria hablarla; y con ocaſion de coger algunas yervas, un dia antes de mi partida fuì allà, y la primera perſona con quien encontrè, fuè con ſu padre, el qual me dixo en lengua, que en toda la Berberia, y aun en Conſtantinopla ſe hablaba entre Cautivos, y Moros, que ni es Moriſca, ni Caſtellana, ni de otra Nacion alguna, ſino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo, pues, que en eſta manera de lenguage me preguntò, que què buſcaba en aquel ſu Jardin, y de quien era? Reſpondìle, que eſclavo de Arnaute Mami (y eſto, porque ſabia yo por muy cierto, que era

un

un grandiſsimo amigo ſuyo) y que buſcaba de todas yervas para hacer enſalada. Preguntòme por el conſiguiente, ſi era hombre de reſcate, ò no, y que quanto pedia mi amo por mi? Eſtando en todas eſtas preguntas, y reſpueſtas, ſaliò de la caſa del Jardin la bella Zorayda, la la qual ya havia mucho que me havia viſto; y como las Moras en ninguna manera hacen melindre de moſtrarſe à los Chriſtianos, ni tampoco ſe eſquivan (como yà he dicho) no ſe le diò nada de venir adonde ſu padre conmigo eſtaba; antes luego, quando ſu padre viò que venia, y de eſpacio, la llamò, y mandò que llegaſſe. Demaſiada coſa ſeria decir yo ahora la mucha hermoſura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda ſe moſtrò à mis ojos: ſolo dirè, que mas perlas pendian de ſu hermoſiſsimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los ſus pies, que deſcubiertas à ſu uſanza traìa, tenia dos carcaxes (que aſsi ſe llaman las manillas, ò ajorcas de los pies, en Moriſco) de puriſsimo oro, con tantos diamantes engaſtados, que ella me dixo deſpues, que ſu padre los eſtimaba en diez mil doblas, y las que traìa en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las Moras, es adornarſe de ricas perlas, y aljofar; y aſsi hay mas perlas, y aljofar entre Moros, que

entre

entre todas las demàs Naciones ; y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel havia, y de tener aſsimiſmo mas de docientos mil eſcudos Eſpañoles, de todo lo qual era ſeñora eſta, que ahora lo es mia. Si con todo eſte adorno podia venir entonces hermoſa, ò no, por las reliquias, que le han quedado en tantos trabajos, ſe podrà congeturar qual debia de ſer en las proſperidades; porque ya ſe ſabe, que la hermoſura de algunas mugeres tiene dias, y ſazones, y requiere accidentes para diſminuiſe, ò acrecentarſe; y es natural coſa, que las paſsiones del animo la levanten, ò baxen, pueſto que las mas veces la deſtruyen. Digo, enfin, que entonces llegò en todo eſtremo hermoſa, ò alomenos à mi me pareciò ſerlo la mas, que haſta entonces havia viſto. Y con eſto, viendo las obligaciones en que me havia pueſto, me parecia que tenia delante de mi una deidad de el Cielo, venida à la tierra para mi guſto, y para mi remedio. Aſsi como ella llegò, la dixo ſu padre en ſu lengua, como yo era cautivo de ſu amigo Arnaute Mami, y que venia à buſcar enſalada. Ella tomò la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo dicho, me preguntò, ſi era Cavallero, y què era la cauſa que no me reſcataba? Yo la reſpondì: Que ya eſtaba reſcatado, y que en el precio podia echar de vèr en lo que mi amo me eſtimaba, pues havia dado por mi mil y quinientos zoltamis. A

lo

lo qual ella reſpondiò: En verdad, que ſi fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera èl por otros dos tantos; porque voſotros Chriſtianos ſiempre mentìs en quanto decis, y os haceis pobres por engañar à los Moros. Bien podria ſer eſſo, ſeñora, la reſpondì, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratarè con quantas perſonas hay en el mundo. Y quando te vàs? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixe, porque eſtà aqui un Baxèl de Francia, que ſe hace mañana à la vela, y pienſo irme con èl. No es mejor (replicò Zorayda) eſperar à que vengan Baxeles de Eſpaña, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no ſon vueſtros amigos? No, reſpondì yo; aunque ſi, como hay nuevas, que viene ya un Baxel de Eſpaña, es verdad, todavia yo le aguardarè, pueſto que es mas cierto el partirme mañana: porque el deſeo que tengo de vèrme en mi tierra, y con las perſonas que bien quiero, es tanto, que no me dexarà eſperar otra comodidad, ſi ſe tarda, por mejor que ſea. Debes de ſer ſin duda caſado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eſſo deſeas ir à verte con tu muger. No ſoy, reſpondì yo, caſado, mas tengo dada la palabra de caſarme en llegando allà. Y es hermoſa la dama à quien ſe la diſte? dixo Zorayda. Tan hermoſa es, reſpondì yo, que para encarecerla, y decirte la verdad, ſe parece à ti mucho. De eſto ſe riò muy de veras ſu padre, y dixo: Gaula,

la, Chriſtiano, que debe de ſer muy hermoſa, ſi ſe parece à mi hija, que es la mas hermoſa de todo eſte Reyno; ſino, mirala bien, y verás como te digo verdad. Servianos de Interprete à las mas de eſtas palabras, y razones el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaba la baſtarda lengua, que, como he dicho, alli ſe uſa, mas declaraba ſu intencion por ſeñas, que por palabras. Eſtando en eſtas, y otras muchas razones, llegò un Moro corriendo, y dixo à grandes voces, que por las bardas, ò paredes del Jardin havian ſaltado quatro Turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no eſtaba madura. Sobreſaltòſe el viejo, y lo miſmo hizo Zorayda, porque es comun, y caſi natural el miedo, que los Moros à los Turcos tienen, eſpecialmente à los Soldados, los quales ſon tan inſolentes, y tienen tanto imperio ſobre los Moros, que à ellos eſtàn ſugetos, q̃ los tratan peor, que ſi fueſſen eſclavos ſuyos. Digo, pues, que dixo ſu padre à Zorayda: Hija, retirate à la caſa, y encierrate, en tanto que yo voy à hablar à eſtos canes; y tu, Chriſtiano, buſca tus yervas, y vete en buen hora, y llevete Alà con bien à tu tierra. Yo me inclinè, y èl ſe fuè à buſcar los Turcos, dexandome ſolo con Zorayda, que comenzò à dàr mueſtras de irſe adonde ſu padre la havia mandado; pero apenas èl ſe encubriò con los arboles de el Jardin, quando ella ſe bolviò à mi, llenos los ojos de lagrimas,

y

y me dixo: Amexi, Chriſtiano, amexi? Que quiere decir: Vaſte, Chriſtiano, vaſte? Yo la reſpondì: Señora, sì, pero no en ninguna manera ſin ti: el primero Juma me aguarda, y no te ſobreſaltes quando nos veas, que ſin duda alguna irèmos à tierra de Chriſtianos. Yo la dixe eſto de manera, que ella me entendiò muy bien à todas las razones, que entre ambos paſſaron; y echandome un brazo al cuello, con deſmayados paſſos comenzò à caminar àcia la caſa; y quiſo la ſuerte, que pudiera ſer muy mala, ſi el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera, y poſtura que os he contado, con un brazo al cuello, ſu padre, que ya bolvia de hacer ir à los Turcos, nos viò de la ſuerte, y manera que ibamos, y noſotros vimos, que èl nos havia viſto; pero Zorayda advertida, y diſcreta, no quiſo quitar el brazo de mi cuello, antes ſe llegò mas à mi, y puſo ſu cabeza ſobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras ſeñales, y mueſtras, que ſe deſmayaba, y yo anſimiſmo di à entender, que la ſoſtenia contra mi voluntad. Su padre llegò corriendo adonde eſtabamos, y viendo à ſu hija de aquella manera, la preguntò que què tenia? Pero como ella no le reſpondieſſe, dixo ſu padre: Sin duda alguna, que con el ſobreſalto de la entrada de eſtos canes ſe ha deſmayado; y quitandola del mio, la arrimò à ſu pecho, y ella dando un ſuſpiro, y aùn no enjutos

tos los ojos de lagrimas, bolviò à decir: Amexi, Chriſtiano, amexi: Vete, Chriſtiano vete. A lo que ſu padre reſpondiò: No importa, hija, que el Chriſtiano no ſe vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya ſon idos: no te ſobreſalte coſa alguna, pues ninguna hay que pueda darte peſadumbre, pues, como ya te he dicho, los Turcos à mi ruego ſe bolvieron por donde entraron. Ellos, ſeñor, la ſobreſaltaron como has dicho, dixe yo à ſu padre: mas pues ella dice, que yo me vaya, no la quiero dàr peſadumbre; quedate en paz, y con tu licencia bolverè, ſi fuere meneſter, por yervas à eſte Jardin, que ſegun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para enſalada, que en èl. Por todas las que quiſieres podràs bolver, reſpondiò Aguimorato, que mi hija no dice eſto porque tu, ni ninguno de los Chriſtianos la enojaran, ſino que por decir, que los Turcos ſe fueſſen, dixo que tu te fueſſes, ò porque ya era hora, que buſcaſſes tus yervas. Con eſto me deſpedì al punto de entrambos, y ella arrancandoſele el alma (al parecer) ſe fue con ſu padre; y yo, con achaque de buſcar las yervas, rodeè muy bien, y à mi placer todo el Jardin: Mirè bien las entradas, y ſalidas, y la fortaleza de la caſa, y la comodidad que ſe podia ofrecer para facilitar todo nueſtro negocio. Hecho eſto, me vine, y dì cuenta de quanto havia paſſado al Renegado, y à mis compañeros: y ya no veìa

la hora de verme gozar sin sobresalto del bien, que en la hermosa, y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se passò, y se llegò el dia, y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden, y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas veces haviamos dado, tuvimos el buen sucesso que deseabamos; porque el Viernes, que se siguiò al dia, que yo con Zorayda hablè en el Jardin, Morregano al anochecer diò fondo con la Barca, casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaba. Ya los Christianos que havian de bogar el remo, estaban prevenidos, y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos, y alborotados aguardandome, deseosos ya de embestir con el Baxèl que à los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto de el Renegado, sino que pensaban, que à fuerza de brazos havian de haver, y ganar la libertad, quitando la vida à los Moros, que dentro de la Barca estaban. Sucediò, pues, que assi como yo me mostrè, y mis compañeros, todos los demàs escondidos que nos vieron, se vinieron llegando à nosotros. Esto era ya à tiempo que la Ciudad estaba cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos, si serìa mejor ir primero por Zorayda, ò rendir primero à los Moros Vagarinos, que bogaban el remo en la Barca; y estando en esta duda, lle-

llegò à noſotros nueſtro Renegado, diciendonos, que en què nos deteniamos, que yà era hora, y que todos ſus Moros eſtaban deſcuydados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparabamos; y èl dixo: Lo que mas importaba era rendir primero el Baxèl, que ſe podia hacer con grandiſsima facilidad, y ſin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zorayda. Pareciònos bien à todos lo que decia; y aſsi, ſin detenernos mas, haciendo èl la guia, llegamos al Baxèl, y ſaltando èl dentro primero, metiò mano à un alfange, y dixo en Moriſco: Ninguno de voſotros ſe mueva de aqui, ſi no quiere que le cueſte la vida: y à eſte tiempo havian entrado dentro caſi todos los Chriſtianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera à ſu Arraez, quedaronſe eſpantados; y ſin ninguno de todos ellos hechar mano à las armas, que pocas, ò caſi ningunas tenian, ſe dexaron, ſin hablar alguna palabra, maniatar de los Chriſtianos, los quales con mucha preſteza lo hicieron, amenazando à los Moros, que ſi alzaban por alguna via, ò manera la voz, que luego al punto los paſſarìan todos à cuchillo. Hecho ya eſto, quedandoſe en guarda de ellos la mitad de los nueſtros, los que quedabamos, haciendonos aſsimiſmo el Renegado la guia, fuimos al Jardin de Aguimorato, y quiſo la buena ſuerte, que llegando à abrir la puerta, ſe abriò con tanta facilidad como ſi cerrada no eſtuvie-

ra,

ra, y aſsi, con gran quietud, y ſilencio, llegagamos à la caſa ſin ſer ſentidos de nadie. Eſtaba la belliſsima Zorayda aguardandonos à una ventana, y aſsi como ſintiò gente, preguntò con voz baxa, ſi eramos Nizarani, como ſi dixera, ò preguntàra, ſi eramos Chriſtianos? Yo la reſpondì, que sì, y que baxaſſe. Quando ella me conociò, no ſe detuvo un punto, porque ſin reſponderme palabra, baxò en un inſtante, abriò la puerta, y moſtròſe à todos tan hermoſa, y ricamente veſtida, que no lo acierto à encarecer. Luego que yo la vì, la tomè una mano, y la comencè à beſar, y el Renegado hizo lo miſmo, y mis dos camaradas; y los demàs, que el caſo no ſabian, hicieron lo que vieron que noſotros haciamos, que no parecia ſino que la dabamos las gracias, y la reconociamos por ſeñora de nueſtra libertad. El Renegado la dixo en lengua Moriſca, ſi eſtaba ſu padre en el Jardin? Ella reſpondiò, que sì, y que dormia. Pues ſerà meneſter deſpertarle, replicò el Renegado, y llevarnosle con noſotros, y todo aquello que tiene de valor en eſte hermoſo Jardin. No, dixo ella, à mi padre no ſe ha de tocar en ningun modo, y en eſta caſa no hay otra coſa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien havrà para que todos quedeis ricos, y contentos, y eſperaos un poco, y lo vereis; y diciendo eſto ſe bolviò à entrar, diciendo, que muy preſto bolveria, que nos eſtuvieſſemos quedos, ſin hacer ningun ruido.

do. Preguntèle al Renegado, lo que con ella havia paſſado, el qual me lo contò, à quien yo dixe, que en ninguna coſa ſe havia de hacer mas de lo que Zorayda quiſieſſe, la qual ya bolvia cargada con un cofrecillo lleno de eſcudos de oro, tantos, que apenas los podia ſuſtentar. Quiſo la mala ſuerte, que ſu padre deſpertaſſe en el interin, y ſintieſſe el ruido que andaba en el Jardin, y aſſomandoſe à la ventana, luego conociò, que todos los que en èl eſtaban eran Chriſtianos, y dando muchas, grandes, y deſaforadas voces, comenzò à decir en Arabigo: Chriſtianos, Chriſtianos, ladrones, ladrones; por los quales gritos nos vimos todos pueſtos en grandiſsima, y temeroſa confuſion; pero el Renegado, viendo el peligro en que eſtabamos, y lo mucho que le importaba ſalir con aquella empreſſa, antes de ſer ſentido, con grandiſsima preſteza ſubiò donde Aguimorato eſtaba, y juntamente con èl fueron algunos de noſotros, que yo no oſsè deſamparar à Zorayda, que como deſmayada ſe havia dexado caer en mis brazos. En reſolucion, los que ſubieron ſe dieron tan buena maña, que en un momento baxaron con Aguimorato, trayendole aradas las manos, y pueſto un pañizuelo en la boca, que no le dexaba hablar palabra, amenazandole, que el hablarla le havia de coſtar la vida. Quando ſu hija le viò, ſe cubriò los ojos por no verle, y ſu padre quedò eſpantado, ignorando quan de ſu voluntad

luntad ſe havia puesto en nueſtras manos ; mas entonces, ſiendo mas neceſſarios los pies , con diligencia , y preſteza nos puſimos en la Barca, que ya los que en ella havian quedado nos eſperaban , temeroſos de algun mal ſuceſſo nueſtro. Apenas ſerìan dos horas paſſadas de la noche, quando ya eſtabamos todos en la Barca , en la qual ſe le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos , y el paño de la boca ; pero tornòle à decir el Renegado , que no hablaſſe palabra , que le quitarian la vida ; èl como viò alli à ſu hija , comenzò à ſuſpirar terniſsimamente, y mas quando viò , que yo eſtrechamente la tenia abrazada , y que ella ſin defenderſe , quexarſe, ni eſquivarſe, ſe eſtaba queda; pero con todo eſto callaba, porque no puſieſſen en efecto las muchas amenazas, que el Renegado le hacia: Viendoſe, pues, Zorayda ya en la Barca, y que queriamos dàr los remos al agua , y viendo alli à ſu padre , y à los demàs Moros , que atados eſtaban, le dixo al Renegado, que me dixeſſe le hicieſſe merced de ſoltar à aquellos Moros , y dàr libertad à ſu padre, porque antes ſe arrojarìa en la mar , que vèr delante de ſus ojos, y por cauſa ſuya llevar cautivo à un padre , que tanto la havia querido. El Renegado me lo dixo , y yo reſpondì , que era muy contento ; pero èl reſpondiò , que no convenia , à cauſa , que ſi alli los dexaba , apellidarian luego la tierra , y alborotarian la Ciudad , y ſerìan cauſa, que ſalieſſen

à

à buſcarlos con algunas Fragatas ligeras, y les tomaſſen la tierra, y la mar, de manera, que no pudieſſemos eſcaparnos; que lo que ſe podria hacer era darles libertad en llegando à la primera tierra de Chriſtianos. En eſte parecer venimos todos; y Zorayda, à quien ſe le diò cuenta, con las cauſas que nos movian à no hacer luego lo que queria, tambien ſe ſatisfizo; y luego con regocijado ſilencio, y alegre diligencia, cada uno de nueſtros valientes remèros tomò ſu remo, y comenzamos, encomendandonos à Dios de todo corazon, à navegar la buelta de las Iſlas de Mallorca, que es la tierra de Chriſtianos mas cerca; pero à cauſa de ſoplar un poco el viento Tramontana, y eſtar la mar algo picada, no fue poſsible ſeguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoſo dexarnos ir tierra à tierra la buelta de Oràn, no ſin mucha peſadumbre nueſtra, por no ſer deſcubiertos del Lugar de Sargèl, que en aquella coſta cae ſeſenta millas de Argèl; y aſsimiſmo temiamos encõtrar por aquel parage alguna Galeota de las que de ordinario venìan con mercancìa de Tetuàn, aunque cada uno por sì, y por todos juntos preſumiamos, de que ſi ſe encontraba Galeota de Mercancìa, como no fueſſe de las que andaban en corſo, que no ſolo no nos perderiamos, mas que tomariamos Baxèl, donde con mas ſeguridad pudieſſemos acabar nueſtro viage. Iba Zorayda, en tanto que ſe navegaba, pueſta la cabeza entre mis

manos, por no vèr à su padre; y sentia yo, que iba llamando à Lela Marien, que nos ayudasse. Bien havriamos navegado treinta millas, quando nos amaneciò, como tres tiros de arcabùz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriesse; pero con todo esso nos fuimos à fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sossegada; y haviendo entrado casi dos leguas, diòse orden, que se bogasse à quarteles, en tanto que comiamos algo, que iba bien proveìda la Barca, puesto que los que bogaban dixeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diessen de comer à los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose assi, y en esto comenzò à soplar un viento largo, que nos obligò à hacer luego vela, y à dexar el remo, y enderezar à Oràn, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y assi à la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con Baxèl, que de corso fuesse. Dimos de comer à los Moros vagarinos, y el Renegado les consolò, diciendoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondiò: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino (ò Christianos) mas el darme li-

ber-

bertad no me tengais por tan ſimple, que lo imagine, que nunca os puſiſteis voſotros al peligro de quitarmela para bolverla tan liberalmente, eſpecialmente ſabiendo quien ſoy yo, y el intereſſe, que ſe os puede ſeguir de darlmela, el qual intereſſe, ſi le quereis poner nombre, deſde aqui os ofrezco todo aquello, que quiſieredes por mi, y por eſſa deſdichada hija mia, ò ſi no por ella ſola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diciendo eſto comenzò à llorar tan amargamente, que à todos nos moviò à compaſſion, y forzò à Zorayda, que le miraſſe, la qual viendole llorar aſsi, ſe enterneciò, que ſe levantò de mis pies, y fue à abrazar à ſu padre, y juntando ſu roſtro con el ſuyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli ibamos le acompañamos en èl; pero quando ſu padre la viò adornada de fieſta, y con tantas joyas ſobre sì, la dixo en ſu lengua: Què es eſto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos ſucedieſſe eſta terrible deſgracia en que nos vemos, te vì con tus ordinarios, y caſeros veſtidos, y ahora, ſin que hayas tenido tiempo de veſtirte, y ſin haverte dado alguna nueva alegre de ſolemnizarla con adornarte, y pulirte, te veo compueſta con los mejores veſtidos, que yo ſupe, y pude darte quando nos fue la ventura mas favorable? Reſpondeme à eſto, que me tiene mas ſuſpenſo, y admirado, que la miſma deſgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia

cia à ſu hija, nos lo declaraba el Renegado, y ella no le reſpondia palabra; pero quando èl viò à un lado de la Barca el cofrecillo donde ella ſolìa tener ſus joyas, el qual ſabìa èl bien, que le havia dexado en Argèl, y no traìdole al Jardin, quedò mas confuſo, y preguntòle, que como aquel cofre havia venido à nueſtras manos, y què era lo que venìa dentro? A lo qual el Renegado, ſin aguardar que Zorayda le reſpondieſſe, le dixo: No te canſes, ſeñor, en preguntar à Zorayda tu hija tantas coſas, porque con una que yo te reſponda, te ſatisfarè à todas; y aſsi quiero que ſepas, que ella es Chriſtiana, y es la que ha ſido la lima de nueſtras cadenas, y la libertad de nueſtro cautiverio: ella và aqui de ſu voluntad tan contenta, à lo que yo imagino, de verſe en eſte eſtado, como el que ſale de las tinieblas à la luz, de la muerte à la vida, y de la pena à la gloria. Es verdad lo que eſte dice, hija? dixo el Moro. Aſsi es reſpondiò Zorayda. Què en efecto, replicò el viejo, tù eres Chriſtiana, y la que ha pueſto à ſu padre en poder de ſus enemigos? A lo qual reſpondiò Zorayda: La que es Chriſtiana ſoy yo, pero no la que te ha pueſto en eſte punto, porque nunca mi deſeo ſe eſtendiò à dexarte, ni hacerte mal, ſino à hacerme à mi bien. Y què bien es el que te has hecho, hija? Eſſo, reſpondiò ella, preguntaſelo tù à Lela Marien, que ella te lo ſabrà decir mejor que no yo. Apenas huvo ohìdo eſto

el

el Moro, quando con una increible preſteza ſe arrojò de cabeza en la mar, donde, ſin ninguna duda, ſe ahogàra, ſi el veſtido largo, y embarazoſo, que traìa, no le entretuviera un poco ſobre el agua. Diò voces Zorayda, que le ſacaſſen, y aſsi acudimos luego todos, y aſiendole de la almalafa, le ſacamos medio ahogado, y ſin ſentido de que recibiò tanta pena Zorayda, que, como ſi fuera ya muerto, hacia ſobre èl un tierno, y doloroſo llanto. Bolvimosle boca abaxo, bolviò mucha agua, tornò en sì al cabo de dos horas, en las quales, haviendoſe trocado el viento, nos convino bolver àzia tierra, y hacer fuerza de remos, por no embeſtir en ella; mas quiſo nueſtra buena ſuerte, que llegaſſemos à una cala, que ſe hace al lado de un pequeño promontorio, ò cabo, que de los Moros es llamado el de la Caba Rumia, que en nueſtra lengua quiere decir, la mala muger Chriſtiana; y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar eſtà enterrada la Caba, por quien ſe perdiò Eſpaña; porque Caba en ſu lengua quiere decir muger mala; y Rumia, Chriſtiana: y aun tienen por mal aguero llegar alli à dàr fondo quando la neceſsidad les fuerza à ello, porque nunca le dàn ſin ella, pueſto que para noſotros no fue abrigo de mala muger, ſino puerto ſeguro de nueſtro remedio, ſegun andaba alterada la mar. Puſimos nueſtras centinelas en tierra, y no dexamos jamàs los remos de la mano: comimos de

lo

lo que el Renegado havia proveìdo, y rogamos à Dios, y à Nueſtra Señora, de todo nueſtro corazon, que nos ayudaſſe, y favoreciеſſe, paraque felizmente dieſſemos fin à tan dichoſo principio. Diole orden, à ſuplicacion de Zorayda, como echaſſemos en tierra à ſu padre, y à todos los demàs Moros, que alli atados venian, porque no le baſtaba el animo, ni lo podian ſufrir ſus blandas entrañas, vèr delante de ſus ojos atado à ſu padre, y aquellos de ſu tierra preſos. Prometimosle de hacerlo aſsi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexarlos en aquel lugar, que era deſpoblado. No fueron tan vanas nueſtras oraciones, que no fueſſen ohìdas del Cielo, que en nueſtro favor luego bolviò el viento tranquilo el mar, convidandonos à que tornaſſemos alegres à proſeguir nueſtro comenzado viage. Viendo eſto, deſatamos à los Moros, y uno à uno los puſimos en tierra, de lo que ellos ſe quedaron admiradòs; pero llegando à deſembarcar al padre de Zorayda, que ya eſtaba en todo ſu acuerdo, dixo: Porque penſais, Chriſtianos, que eſta mala hembra huelga que me deis libertad? Penſais, que es por piedad, que de mi tiene? No por cierto, ſino que lo hace por el eſtorvo que le darà mi preſencia, quando quiera poner en execucion ſus malos deſeos; ni penſeis, que la ha movido à mudar Religion entender ella, que la vueſtra à la nueſtra ſe aventaja,

ſino

ſino el ſaber, que en vueſtra tierra ſe uſa la deſhoneſtidad mas libremente, que en la nueſtra; y bolviendoſe à Zorayda, teniendole yo, y otro Chriſtiano de entrambos brazos aſido, porque algun deſatino no hicieſſe, la dixo: O infame moza, y mal aconſejada muchacha! adonde vàs ciega, y deſatinada en poder de eſtos perros, naturales enemigos nueſtros? Maldita ſea la hora en que yo te engendrè, y malditos ſean los regalos, y deleytes en que te he criado! Pero viendo yo, que llevaba termino de no acabar tan preſto, dì prieſſa à ponerle en tierra, y deſde alli à voces proſiguiò en ſus maldiciones, y lamentos, rogando à Mahoma rogaſſe à Alà, que nos deſtruyeſſe, confundieſſe, y acabaſſe; y quando, por havernos hecho à la vela, no podimos ohir ſus palabras, vimos ſus obras, que eran arrancarſe las barbas, meſarſe los cabellos, y arraſtrarſe por el ſuelo; mas una vez esforzò la voz de tal manera, que pudimos entender, que decia: Buelve, amada hija, buelve à tierra, que todo te lo perdono, entrega à eſſos hombres eſſe dinero, que ya es ſuyo, y buelve à conſolar à eſte triſte padre tuyo, que en eſta deſierta arena dexarà la vida, ſi tu le dexas. Todo lo qual eſcuchaba Zorayda, y todo lo ſentia, y lloraba, y no ſupo decirle, ni reſponderle palabra, ſino: Plega à Alà, padre mio, que Lela Marien, que ha ſido la cauſa de que yo ſea Chriſtiana, ella te conſuele en tu triſteza. Alà ſabe bien, que no

pude

pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deben nada à mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa, que me daba mi alma à poner por obra esta, que à mi me parece tan buena como tu, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo à tiempo que ni su padre la oìa, ni nosotros ya le veìamos; y assi, consolando à Zorayda, atendimos todos à nuestro viage, el qual nos le facilitaba el proprio viento de tal manera, què bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las Riberas de España; mas como pocas veces, ò nunca viene el bien puro, y sencillo, sin ser acompañado, ò seguido de algun mal que le turbe, ò sobresalte, quiso nuestra ventura, ò quizà las maldiciones, que el Moro à su hija havia echado, que siempre se han de temer por qualquiera padre que sean: quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitaba del trabajo de haverlos menester, con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un Baxèl redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco à orza el timòn, delante de nosotros atravessaba, y esto tan cerca, que nos fue forzoso amaynar por no embestirle, y ellos assimismo hicieron fuerza de timòn para dar-

darnos lugar que paſſaſſemos. Havianſe pueſto à bordo del Baxèl à preguntarnos quien eramos, y adonde navegabamos, y de donde veniamos; pero por preguntarnos eſto en lengua Franceſa, dixo nueſtro Renegado: Ninguno reſponda, porq̃ eſtos ſin duda ſon Cofarios Franceſes, que hacen à toda ropa. Por eſte advertimiento ninguno reſpondiò palabra; y haviendo paſſado un poco delante, que ya el Baxèl queda ſotavento, de improviſo ſoltaron dos piezas de Artilleria, y à lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nueſtro arbol por medio, y dieron con èl, y con la vela en la mar, y al momento, diſparando otra pieza, vino à dàr la bala en mitad de nueſtra Barca, de modo, que la abriò toda, ſin hacer otro mal alguno; pero como noſotros nos vimos ir à fondo, comenzamos todos à grandes voces à pedir ſocorro, y à rogar à los del Baxèl, que nos acogieſſen, porque nos anegabamos. Amaynaron entonces, y echando el Eſquife, ò Barca à la mar, entraron en èl haſta doce Franceſes bien armados, con ſus arcabuces, y cuerdas encendidas, y aſsi llegaron junto al nueſtro; y viendo quan pocos eramos, y como el Baxèl ſe ſe hundia, nos recogieron, diciendo, que por haver uſado de la deſcorteſia de no reſponderles, nos havia ſucedido aquello. Nueſtro Renegado tomò el cofre de las riquezas de Zorayda, y diò con èl en la mar, ſin que ninguno

echaſſe

echaſſe de vèr en lo que hacia: En reſolucion, todos paſſamos con los Franceſes, los quales, deſpues de haverſe informado de todo aquello, que de noſotros ſaber quiſieron, como ſi fueran nueſtros capitales enemigos, nos deſpojaron de todo quanto teniamos, y à Zorayda la quitaron haſta los carcaxes, que traìa en los pies; pero me daba à mi tanta peſadumbre la que à Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia de que havian de paſſar del quitar de las riquiſsimas, y precioſiſsimas joyas, al quitar de la joya, que mas valia, y ella mas eſtimaba; pero los deſeos de aquella gente no ſe eſtienden à mas que al dinero, y de eſto jamàs ſe vè harta ſu codicia; la qual entonces llegò à tanto, que aun haſta los veſtidos de Cautivos nos quitàran, ſi de algun provecho les fueran. Huvo parecer entre ellos de que à todos nos arrojaſſen à la mar, embueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos Puertos de Eſpaña, con nombre de que eran Bretones; y ſi nos llevaban vivos, ſerian caſtigados, ſiendo deſcubierto ſu hurto; mas el Capitan, que era el que havia deſpojado à mi querida Zorayda, dixo, que èl ſe contentaba con la preſa que tenia, y que no querìa tocar en ningun Puerto de Eſpaña, ſino paſſar el Eſtrecho de Gibraltar de noche, ò como pudieſſe, y irſe à la Rochela, de donde havia ſalido; y aſsi tomaron por acuerdo de darnos el Eſqui-

ſe

ſe de ſu Navio, y todo lo neceſſario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia yà à viſta de tierra de Eſpaña, con la qual viſta, todas nueſtras peſadumbres, y pobrezas ſe nos olvidaron de todo punto, como ſi no huvieran paſſado por noſotros: tanto es el guſto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ſer, quando nos echaron en la Barca, dandonos dos barriles de agua, y algun vizcocho; y el Capitan, movido no sè de de què miſericordia, al embarcarſe la hermoſiſſima Zorayda la diò haſta quarenta eſcudos de oro, y no conſintiò que la quitaſſen ſus Soldados eſtos miſmos veſtidos, que ahora tiene pueſtos. Entramos en el Baxèl, dimosle gracias por el bien que nos hacian, moſtrandonos mas agradecidos, que quexoſos. Ellos ſe hicieron à lo largo, ſiguiendo la derrota del Eſtrecho; noſotros, ſin mirar à otro norte, que à la tierra, que ſe moſtraba delante, nos dimos tanta prieſſa à bogar, que à poner del Sol eſtabamos tan cerca, que bien pudieramos, à nueſtro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el Cielo moſtrarſe obſcuro, y por ignorar el parage en que eſtabamos, no nos pareciò coſa ſegura embeſtir en tierra, como à muchos de noſotros les parecia, diciendo, que dieſſemos en ella, aunque fueſſe en unas peñas, y lexos de poblado, porque aſsi aſſegurariamos el temor, que de razon

ſe

ſe debia tener, que por alli anduvieſſen Baxeles de Coſarios de Tetuàn, los quales anochecian en Berberìa, y amanecian en las Coſtas de Eſpaña, y hacen de ordinario preſa, y ſe buelven à dormir à ſus caſas; pero de los contrarios pareceres, el que ſe tomò fue, que nos llegaſſemos poco à poco, y que ſi el ſoſsiego del mar lo concedieſſe, deſembarcaſſemos donde pudieſſemos. Hizoſe aſsi, y poco antes de la media noche ſeria, quando llegamos al pie de una diſformiſsima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concedieſſe un poco de eſpacio para poder deſembarcar comodamente; embeſtimos en la arena, ſalimos todos à tierra, y beſamos el ſuelo, y con lagrimas de muy alegriſsimo contento dimos todos gracias à Dios nueſtro Señor por el bien tan incomparable, que nos havia hecho en nueſtro viage: ſacamos de la Barca los baſtimentos que tenia, tiramosle en tierra, y ſubimos un grandiſsimo trecho en la montaña, porque aùn alli eſtabamos, y aùn no podiamos aſſegurar el pecho, ni acabamos de creer, que era tierra de Chriſtianos la que ya nos ſoſtenia. Amaneciò mas tarde, à mi parecer, de lo que quiſieramos, acabamos de ſubir toda la montaña, por ver ſi deſde alli algun poblado ſe deſcubria, ò algunas cabañas de Paſtores; pero aunque mas tendimos la viſta, ni poblado, ni perſona, ni ſenda, ni camino deſcubrimos. Con todo eſto determinamos de entrarnos la tierra adentro,

pues

pues no podria ser menos sino que presto descubriessemos quien nos diesse noticia de ella; pero lo que à mi mas me fatigaba, era el vèr ir à pie à Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansaba à ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y assi nunca mas quiso, que yo aquel trabajo tomasse; y con mucha paciencia, y muestras de alegria, llevandola yo siempre de la mano, poco mas de un quarto de legua debiamos de haver andado, quando llegò à nuestros ohidos el sòn de una pequeña esquila, señal clara, que por alli cerca havia ganado; y mirando todos con atencion si alguno parecia, vimos al pie de un alcornoque un Pastor mozo, que con grande reposo, y descuydo estaba labrando un palo con un cuchillo: dimos voces, y èl alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie; y à lo que despues supimos, los primeros que à la vista se le ofrecieron, fueron el Renegado, y Zorayda, y como èl los viò en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia estaban sobre èl; y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante, comenzò à dàr los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros hay en la tierra, Moros, Moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos que hacernos; pero considerando, que las voces del Pastor havian de alborotar la tierra, y que la Cavalleria de la Costa havia de venir luego

go à vèr lo que era, acordamos, que el Renegado ſe deſnudaſſe las ropas de Turco, y ſe viſtieſſe un gilecuelco, ò caſaca de Cautivo, que uno de noſotros le diò luego, aunque ſe quedò en camiſa; y aſsi encomendandonos à Dios, fuimos por el miſmo camino, que vimos que el Paſtor llevaba, eſperando ſiempre quando havia de dar ſobre noſotros la Cavalleria de la Coſta; y no nos engañò nueſtro penſamiento, porque aùn no havrian paſſado dos horas, quando haviendo ya ſalido de aquellas malezas à un llano, deſcubrimos haſta cinquenta Cavalleros, que con gran ligereza, corriendo à media rienda, à noſotros ſe venìan; y aſsi como los vimos nos eſtuvimos quedos aguardandolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buſcaban tanto pobre Chriſtiano cautivo, quedaron confuſos, y uno de ellos nos preguntò, ſi eramos noſotros acaſo la ocaſion porque un Paſtor havia apellidado al arma? Sì, dixe yo, y queriendo comenzar à decirle mi ſuceſſo, y de donde veniamos, y quien eramos, uno de los Chriſtianos que con noſotros venìan conociò al ginete, que nos havia hecho la pregunta, y dixo, ſin dexarme à mi decir mas palabra: Gracias ſean dadas à Dios, ſeñores, que à tan buena parte nos ha conducido, porque ſi yo no me engaño, la tierra que piſamos es la de Velez Malaga, ſi ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme,

que

que vos, ſeñor, que nos preguntais quien ſomos, ſois Pedro de Buſtamante, tio mio. Apenas huvo dicho eſto el Chriſtiano cautivo, quando el ginete ſe arrojò del cavallo, y vino à abrazar al mozo, diciendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yò, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha ſido ſervido de darles vida, para que gocen el placer de verte: ya ſabiamos, que eſtabas en Argèl, y por las ſeñales, y mueſtras de tus veſtidos, y la de todos los de eſta compañia, comprehendo, que haveis tenido milagroſa libertad. Aſsi es, reſpondiò el mozo, y tiempo nos quedarà para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron, que eramos Chriſtianos cautivos, ſe apearon de ſus cavallos, y cada uno nos combidaba con el ſuyo para llevarnos à la Ciudad de Velez Malaga, que legua, y media de alli eſtaba. Algunos de ellos bolvieron à llevar la Barca à la Ciudad, diciendoles donde la haviamos dexado; otros nos ſubieron à las ancas, y Zorayda fue en las del cavallo del tio del Chriſtiano. Saliònos à recibir todo el Pueblo, que ya, de alguno que ſe havia adelantado, ſabìan la nueva de nueſtra venida. No ſe admiraban de vèr Cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella Coſta eſtà hecha à vèr à los unos, y à los otros; pero admirabanſe de la hermoſura de Zorayda, la qual en aquel inſtante, y ſa-

zon eſtaba en ſu punto, aſsi con el canſancio del camino, como con la alegria de verſe ya en tierra de Chriſtianos, ſin ſobreſalto de perderſe, y eſto la havia ſacado al roſtro tales colores, que ſino es que la aficion entonces me engañàra, oſsàra decir, que mas hermoſa criatura no havia en el mundo, à lo menos, que yo la huvieſſe viſto. Fuimos derechos à la Igleſia à dàr gracias à Dios por la merced recibida; y aſsi como en ella entrò Zorayda, dixo, que alli havia roſtros, que ſe parecian à los de Lela Marien; diximosla, que eran Imagenes ſuyas, y como mejor ſe pudo la diò el Renegado à entender lo que ſignificaban, para que ella las adoraſſe, como ſi verdaderamente fueran cada una de ellas la miſma Lela Marien, que la havia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y un natural facil, y claro, entendiò luego quanto acerca de las Imagenes ſe la dixo. Deſde alli nos llevaron, y repartieron à todos en diferentes caſas del Pueblo; pero al Renegado, Zorayda, y à mi, nos llevò el Chriſtiano, que vino con noſotros, en caſa de ſus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como à ſu miſmo hijo. Seis dias eſtuvimos en Velez, al cabo de los quales el Renegado, hecha ſu informacion de quanto le convenia, ſe fue à la Ciudad de Granada à reducirſe, por medio de la Santa Inquiſicion, al Gremio ſantiſsimo de la Igleſia: los

demàs

demàs Chriſtianos libertados ſe fueron cada uno donde mejor le pareciò ; ſolos quedamos Zorayda , y yo , con ſolos los eſcudos , que la corteſìa del Frances le diò à Zorayda de los quales comprè eſte animal en que ella viene ; y ſirviendola yo haſta ahora de padre , y eſcudero , y no de eſpoſo , vamos con intencion de vèr ſi mi padre es vivo, ò ſi alguno de mis hermanos ha tenido mas proſpera ventura, que la mia : pueſto que por haverme hecho el Cielo compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra ſuerte me pudiera venir , por buena que fuera , que mas la eſtimàra. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades , que la pobreza trae conſigo , y el deſeo , que mueſtra tener de verſe ya Chriſtiana , es tanto , y tal , que me admira , y me mueve à ſervirla todo el tiempo de mi vida , pueſto que el guſto , que tengo de verme ſuyo, y de que ella ſea mia, me le turba , y deſhace , no ſaber ſi hallarè en mi tierra algun rincòn donde recogerla , y ſi havrà hecho el tiempo , y la muerte tal mudanza en la hacienda, y vida de mi padre , y hermanos , que apenas halle quien me conozca, ſi ellos faltan. No tengo mas , ſeñores , que deciros de mi hiſtoria , la qual ſi es agradable , y peregrina , juzguenlo vueſtros buenos entendimientos , que de mi sè decir , que quiſiera haverosla contado mas brevemente , pueſto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunſtancias me ha quitado de la lengua.

pero no quiſo acetar ninguno de ſus liberale ofrecimientos. En eſto llegaba ya la noche, y al cerrar de ella llegò à la Venta un coche, con algunos hombres de à cavallo: pidieron poſada, à quien la Ventera reſpondiò, que no havia en toda la Venta un palmo deſocupado. Pues aunque ſea eſſo, dixo uno de los de à cavallo, que havian entrado, no ha de faltar para el ſeñor Ohidor que aqui viene. A eſte nombre ſe turbò la hueſpeda, y dixo: Señor, lo qué en ello hay, es, que no tengo camas; ſi es que ſu merced del ſeñor Ohìdor la trae, que sì debe de traer, entre en buena hora, que yo, y mi marido nos ſaldrèmos de nueſtro apoſento, por acomodar à ſu merced. Sea en buen hora, dixo el eſcudero; pero à eſte tiempo ya havia ſalido del coche un hombre, que en el trage moſtrò luego el oficio, y cargo que tenìa, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que veſtìa, moſtraron ſer Ohìdor, como ſu criado havia dichò. Traìa de la mano à una Doncella, al parecer de haſta diez y ſeis años, veſtida de camino, tan bizarra, tan hermoſa, y tan gallarda, que à todos puſo en admiracion ſu viſta; de ſuerte, que à no haver viſto à Dorotea, à Luſcinda, y Zorayda, que en la Venta eſtaban, creyeran, que otra tal hermoſura, como la de eſta Doncella, dificilmente pudiera hallarſe. Hallòſe Don Quixote al entrar del Ohìdor, y de la Doncella; y aſsi como le viò, dixo: Seguramente puede vueſtra merced entrar,

y

y eſpaciarſe en eſte Caſtillo, que aunque es eſtrecho, y mal acomodado; no hay eſtrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dè lugar à las armas, y à las letras, y mas ſi las armas, y letras traen por guia, y adalid à la fermoſura, como la traen las letras de vueſtra merced en eſta fermoſa Doncella, à quien deben, no ſolo abrirſe, y manifeſtarſe los Caſtillos, ſino apartarſe los riſcos, y dividirſe, y baxarſe las montañas, para darle acogida. Entre vueſtra merced, digo, en eſte Paraìſo, que aqui hallarà Eſtrellas, y Soles, que acompañen el Cielo, que vueſtra merced trae conſigo. Aqui hallarà las armas en ſu punto, y la hermoſura en ſu eſtremo. Admirado quedò el Ohidor del razonamiento de Don Quixote, à quien ſe puſo à mirar muy de propoſito; y no menos le admiraba ſu talle, que ſus palabras, y ſin hallar ningunas con que reſponderle, ſe tornò à admirar de nuevo, quando viò delante de sì à Luſcinda, Dorothea, y Zorayda, que à las nuevas de los nuevos hueſpedes, y à las que la Ventera les havia dado de la hermoſura de la Doncella, havian venido à verla, y à recibirla; pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura le hicieron mas llenos, y mas corteſanos ofrecimientos. En efecto, el ſeñor Ohidor entrò confuſo, aſsi de lo que veìa, como de lo que eſcuchaba: y las hermoſas de la Venta dieron la bien llegada à la hermoſa Doncella. En reſolucion, bien echò de vèr el Ohi-

dor,

dor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage, y la postura de Don Quixote le desatinaba: y haviendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteando la comodidad de la Venta, se ordenò lo que antes estaba ordenado, que todas la mugeres se entrassen en el camaranchòn ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fuè contento el Ohidor, que su hija, que era la Doncella, se fuesse con aquellas Señoras, lo que ella hizò de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del Ventero, y con la mitad de la que el Ohidor traìa, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo, que desde el punto que viò al Ohidor le diò saltos el corazon, y barruntos de que aquel era su hermano, preguntò à uno de los criados, que con èl venìan, que como se llamaba, y si sabìa de què tierra era? El criado respondiò, que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que havia ohido decir, que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que èl havia visto, se acabò de confirmar de que aquel era su hermano, que havia seguido las letras, por consejo de su padre; y alborozado, y contento, llamando aparte à Don Fernando, à Cardenio, y al Cura, les contò lo que passaba, certificandoles, que aquel Ohidor era su hermano. Haviale dicho tambien el criado, como iba proveìdo

do por Ohidor à las Indias en la Audiencia de Mexico. Supo tambien como aquella Doncella era ſu hija, de cuyo parto havia muerto ſu madre, y que èl havia quedado muy rico con el dote, que con la hija ſe le quedò en caſa. Pidiòles conſejo, què modo tendria para deſcubrirſe, ò para conocer primero, ſi deſpues de deſcubierto, ſu hermano, por verle pobre, ſe afrentaba, ò le recibia con buenas entrañas. Dexeſeme à mi el hacer eſſa experiencia, dixo el Cura; quanto mas que no hay que penſar, ſino que vos ſeñor Capitan, ſereis bien recibido, porque el valor, y prudencia, que en ſu buen parecer deſcubre vueſtro hermano, no dà indicios de ſer arrogante, ni deſconocido, ni que no ha de ſaber poner los caſos de la fortuna en ſu punto. Con todo eſſo, dixo el Capitan, yo querria, no de improviſo, ſino por rodèos, darmele à conocer. Yà os digo, reſpondiò el Cura, que yo lo trazarè de modo, que todos quedemos ſatisfechos. Yà en eſto eſtaba aderezada la cena, y todos ſe ſentaron à la meſa, excepto el Cautivo, y las ſeñoras, que cenaron de por sì en ſu apoſento. En la mitad de la cena, dixo el Cura: Del miſmo apellido de vueſtra merced, ſeñor Ohidor, tuve yo un camarada en Conſtantinopla, donde eſtuve cautivo algunos años, el qual camarada era uno de los valientes Soldados, y Capitanes, que havia en toda la Infanteria Eſpañola; pero tanto

quan-

quanto tenia de esforzado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaba esse Capitan, señor mio? preguntò el Ohidor. Llamabase, respondiò el Cura, Ruiperez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon, el qual me contò un caso, que à su padre con sus hermanos le havia sucedido, que à no contarmelo un hombre tan verdadero como èl, lo tuviera por consejo de aquellos que las viejas cuentan en el Invierno al fuego; porque me dixo, que su padre havia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les havia dado ciertos consejos, mejores que los de Catòn. Y sè yo decir, que el que èl escogiò de venir à la guerra le havia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor, y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subiò à ser Capitan de Infanteria, y à verse en camino, y predicamento de ser presto Maesse de Campo; pero suele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, alli la perdiò, con perder la libertad en la felicisima jornada, donde tantos la cobraron, que fuè en la Batalla de Lepanto. Yo la perdì en la Goleta, y despues por diferentes sucessos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino à Argel, donde sè que le sucediò uno de los mas estraños casos, que en el mundo han sucedido. De aqui fuè prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contò lo que con Zorayda à su hermano havia

via ſucedido. A todo lo qual eſtaba tan atento el Ohidor, que ninguna vez havia ſido tan Ohidor como entonces. Solo llegò el Cura al punto de quando los Franceſes deſpojaron à los Chriſtianos, que en la Barca venian, y la pobreza, y neceſsidad en que ſu camarada, y la hermoſa Mora havian quedado, de los quales no havia ſabido en què havian parado, ni ſi havian llegado à Eſpaña, ò llevadolos los Franceſes à Francia. Todo lo que el Cura decia eſtaba eſcuchando, algo de alli deſviado, el Capitan, y notaba todos los movimientos que ſu hermano hacia; el qual viendo, que yà el Cura havia llegado al fin de ſu cuento, dando un grande ſuſpiro, y llenandoſele los ojos de agua, dixo: O ſeñor, ſi ſupieſſedes las nuevas, que me haveis contado, y como me tocan tan en parte, que me es forzoſo dàr mueſtras de ello con eſtas lagrimas, què contra toda mi diſcrecion, y recato me ſalen por los ojos! Eſſe Capitan tan valeroſo, que decìs, es mi mayor hermano, el qual, como mas fuerte, y de mas altos penſamientos que yo, ni otro hermano menor mio, eſcogiò el honroſo, y digno exercicio de la Guerra, que fuè uno de los tres caminos, que nueſtro padre nos propuſo, ſegun os dixo vueſtro camarada en la conſeja, que à vueſtro parecer le ohiſteis. Yo ſeguì el de las Letras, en las quales, Dios, y mi diligencia me han pueſto en el grado, que me veis. Mi menor hermano eſ-

tà

tà en el Perù, tan rico, que con lo que ha embiado à mi padre, y à mi, ha ſatisfecho bien la parte que èl ſe llevò, y aun dado à las manos de mi padre con que poder hartar ſu liberalidad natural; y yo aſsimiſmo he podido con mas decencia, y authoridad tratarme en mis eſtudios, y llegar al pueſto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deſeo de ſaber de ſu hijo mayor, y pide à Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte ſus ojos haſta que èl vea con vida à los de ſu hijo; de el qual me maravillo, ſiendo tan diſcreto, como en tantos trabajos, y afliciones, ò proſperos ſuceſſos, ſe haya deſcuydado de dàr noticia de sì à ſu padre: que ſi èl lo ſupiera, ò alguno de noſotros, no tuviera neceſsidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar ſu reſcate. Pero de lo que yo ahora me temo es de penſar ſi aquellos Franceſes le havràn dado libertad, ò le havràn muerto, por encubrir ſu hurto: eſto todo ſerà, que yo proſiga mi viage, no con aquel contento con que le comencè, ſino con toda melancolìa, y triſteza. O buen hermano mio, y quien ſupiera ahora adonde eſtabas, que yo te fuera à buſcar, y à librar de tus trabajos, aunque fuera à coſta de los mios! O quien llevàra nuevas à nueſtro viejo padre de que tenias vida, aunque eſtuvieras en las mazmorras mas eſcondidas de Berberìa, que de allì te ſacàran ſus riquezas, las de mi hermano, y las mias!

O Zorayda hermoſa, y liberal! quien pudiera pagar el bien que à un hermano hiciſte! quien pudiera hallarſe al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto guſto à todos nos dieran! Eſtas, y otras ſemejantes palabras decia el Oìdor, lleno de tanta compaſsion con las nuevas, que de ſu hermano le havian dado, que todos los que le oìan, le acompañaban en dàr mueſtra del ſentimiento, que tenia de ſu laſtima. Viendo, pues, el Cura, que tan bien havia ſalido con ſu intencion, y con lo que deſeaba el Capitan, no quiſo tenerlos à todos mas tiempo triſtes; y aſſi ſe levantò de la meſa, y entrando donde eſtaba Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella ſe vinieron Luſcinda, Dorotèa, y la hija del Oìdor. Eſtaba eſperando el Capitan à vèr lo que el Cura queria hacer, que fue, que tomandole à èl aſsimiſmo de la otra mano, con entrambos à dos ſe fue donde el Oìdor, y los demas Cavalleros eſtaban, y dixo: Ceſſen, ſeñor Oìdor, vueſtras lagrimas, y colmeſe vueſtro deſeo de todo el bien que acertare à deſearſe, pues teneis delante à vueſtro buen hermano, y à vueſtra buena cuñada. Eſte, que aqui veis, es el Capitan Viedma, y eſta la hermoſa Mora, que tanto bien le hizo; los Franceſes que os dixe, los puſieron en la eſtrecheza que veis, paraque vos moſtreis la liberalidad de vueſtro buen pecho. Acudiò el Capitan à abrazar à ſu hermano, y èl le puſo ambas manos en los pechos, por mirarle

rarle algo mas apartado; mas quando le acabò de conocer, le abrazò tan eſtrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que preſentes eſtaban le huvieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos ſe dixeron, los ſentimientos, que moſtraron, apenas creo, que pueden penſarſe, quanto mas eſcrivirſe. Alli, en breves razones, ſe dieron cuenta de ſus ſuceſſos; alli moſtraron pueſta en ſu punto la buena amiſtad de dos hermanos; alli abrazò el Ohìdor à Zorayda; alli la ofreciò ſu hacienda; alli hizo, que la abrazaſſe ſu hija; alli la Chriſtiana hermoſa, y la Mora hermoſiſsima renovaron las lagrimas de todos; alli Don Quixote eſtaba atento, ſin hablar palabra, conſiderando eſtos tan eſtraños ſuceſſos, atribuyendolos todos à quimeras de la Andante Cavalleria. Alli concertaron, que el Capitan, y Zorayda ſe bolvieſſen con ſu hermano à Sevilla, y aviſaſſen à ſu padre de ſu hallazgo, y libertad, para que, como pudieſſe, vinieſſe hallarſe en las bodas, y Bautiſmo de Zorayda, por no le ſer al Ohìdor poſsible dexar el camino que llevaba, à cauſa de tener nuevas, que de alli à un mes partia la Flota de Sevilla à la Nueva-Eſpaña, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En reſolucion todos quedaron contentos, y alegres del buen ſuceſſo de el Cautivo; y como ya la noche iba caſi en las dos partes de ſu jornada, acordaron de recoger-

ſe,

ſe, y repoſar lo que de ella les quedaba. Don Quixote ſe ofreciò à hacer la guarda del Caſtillo, porque de algun Gigante, ù otro mal andante follòn no fueſſen acometidos, codicioſos del gran theſoro de hermoſura, que en aquel Caſtillo ſe encerraba. Agradecieronſelo los que le conocian, y dieron al Ohìdor cuenta del humor eſtraño de Don Quixote, de que no poco guſto recibiò. Solo Sancho Panza ſe deſeſperaba con la tardanza de el recogimiento, y ſolo èl ſe acomodò mejor que todos, echandoſe ſobre los aparejos de ſu jumento, que le coſtaron tan caros, como adelante ſe dirà. Recogidas, pues, las damas en ſu eſtancia, y los demàs acomodandoſe como menos mal pudieron, Don Quixote ſe faliò fuera de la Venta à hacer la centinela del Caſtillo, como lo havia prometido. Sucediò, pues, que faltando poco por venir el Alva, llegò à los ohidos de las damas una voz tan entonada, y tan buena, que les obligò à que todas le preſtaſſen atento ohido, eſpecialmente Dorotèa, que deſpierta eſtaba, à cuyo lado dormìa Doña Clara de Viedma, que aſsi ſe llamaba la hija del Ohìdor. Nadie podia imaginar quien era la perſona que tan bien cantaba, y era una voz ſola, ſin que la acompañaſſe inſtrumento alguno. Unas veces les parecia, que cantaba en el patio, otras en la cavalleriza; y eſtando en eſta confuſion muy atentas, llegò à la puerta del apoſento Cardenio, y dixo: Quien no duerme, eſcuche, que

ohi-

ohirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo ohimos, señor, reſpondiò Dorotèa; y con eſto ſe fue Cardenio, y poniendo toda la atencion poſsible, entendiò, que lo que ſe cantaba era eſto.

BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUELE

CAPITULO XLIII.

De la agradable Hiſtoria del Mozo de Mulas, con otros eſtraños acaccimientos en la Venta ſucedidos.

Marinero ſoy de amor,
Y en ſu pielago profundo

Nave-

Navego ſin eſperanza
De llegar à puerto alguno.
Siguiendo voy à una Eſtrella,
Que deſde lexos deſcubro,
Mas bella, y reſplandeciente,
que quantas viò Palinùro.
Yo no sè adonde me guia,
Y aſsi navego confuſo.
El alma à mirarla atenta,
Cuydadoſa, y con deſcuydo.
Recatos impertinentes,
Honeſtidad contra el uſo,
Son nubes, que me la encubren,
Quando mas verla procuro.
O Clara, y luciente Eſtrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Serà de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba à eſte punto, le pareciò à Dorotèa, que no ſeria bien, que dexaſſe Clara de ohìr una tan buena voz, y aſsi moviendola à una, y otra parte, la deſpertò, diciendola: Perdoname, niña, que te deſpierto, pues lo hago porque guſtes de ohìr la mejor voz, que quizà havràs ohido en toda tu vida. Clara deſpertò toda ſoñolienta, y de la primera vez no entendiò lo que Dorotèa la decia; y bolviendoſelo à preguntar, ella ſe lo bolviò à decir, por lo qual eſtuvo atenta Clara; pero ape-

apenas huvo ohìdo dos verſos, que el que cantaba iba proſiguiendo, quando la tomò un temblor tan eſtraño, como ſi de algun grave accidente de quartana eſtuviera enferma; y abrazandoſe eſtrechamente con Dorotèa, la dixo: Ay ſeñora de mi alma, y de mi vida, para què me deſpertaſtes? que el mayor bien, que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos, y los ohìdos, para no vèr, ni ohìr à eſſe deſdichado muſico. Què es lo que dices, niña? Mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas. No es ſino Señor de Lugares, reſpondiò Clara, y el que èl tiene en mi alma, es con tanta ſeguridad, que ſi èl no quiere dexarle, no le ſerà quitado eternamente. Admirada quedò Dorotèa de las ſentidas razones de la muchacha, pareciendole, que ſe aventajaban en mucho à la diſcrecion, que ſus pocos años prometian; y aſsi la dixo: Hablais de modo, ſeñora Clara, que no puedo entenderos; declaraos mas, y decidme, què es lo que decìs de alma, y de Lugares, y de eſte muſico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir à vueſtro ſobreſalto, el guſto que recibo de ohìr al que canta, que me parece, que con nuevos verſos, y nuevo tono torna à ſu canto. Sea en buena hora, reſpondiò Clara, y por no ohìrle ſe tapò con las manos entrambos oìdos, de lo que tambien ſe admirò Dorotèa, la qual eſtando atenta à lo que

ſe cantaba, viò que proſeguia en eſta manera:

Dulce eſperanza mia,
Que rompiendo impoſsibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tu miſma te finges, y aderezas;
No te deſmaye el verte
A cada paſſo junto al de tu muerte.

No alcanzan perezoſos
Honrados triunfos, ni victoria alguna,
Ni pueden ſer dichoſos
Los que no contraſtando à la fortuna,
Entregan deſvalidos
Al ocio blando todos los ſentidos.

Que amor ſus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato juſto,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que ſe quilata por ſu guſto;
Y es coſa manifieſta,
Que no es de eſtima lo que poco cueſta.

Amoroſas porfias
Tal vez alcanzan impoſsibles coſas:
Y anſi, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultoſas,
No por eſſo recelo
de no alcanzar deſde la tierra al Cielo.

Aquí

Aqui diò fin la voz, y principio à nuevos ſollozos Clara. Todo lo qual encendia el deſeo de Dorotèa, que deſeaba ſaber la cauſa de tan ſuave canto, y de tan triſte lloro; y aſsi la bolviò à preguntar, què era lo que la queria decir denantes? Entonces Clara, temeroſa de que Luſcinda no la oyeſſe, abrazando eſtrechamente à Dorotèa, puſo ſu boca tan junto del ohìdo de Dorotèa, que ſeguramente podia hablar ſin ſer de otro ſentido; y aſsi la dixo: eſte que canta, ſeñora mia, es un hijo de un Cavallero, natural del Reyno de Aragon, Señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la caſa de mi padre, en la Corte; y aunque mi padre tenia las ventanas de ſu caſa con lienzos en el Invierno, y zelosìas en Verano, yo ne sè lo que fue, ni lo que no, que eſte Cavallero, que andaba al Eſtudio, me viò, ni sè ſi en la Igleſia, ò en otra parte; finalmente, èl ſe enamorò de mi, y me lo diò à entender deſde las ventanas de ſu caſa, con tantas ſeñas, y con tantas lagrimas, que yo le huve de creer, y aun querer, ſin ſaber lo que me queria. Entre las ſeñas que me hacia, era una, de juntarſe la una mano con la otra, dandome à entender, que ſe caſaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que aſsi fuera, como ſola, y ſin madre, no ſabia con quien comunicarlo, y aſsi lo dexè eſtàr, ſin darle otro favor, ſino era, quándo eſtaba mi padre fuera de caſa, y el ſuyo tambien, alzar un poco el lienzo, ò la zelosìa, y

dexarme vèr toda: de lo que èl hacia tanta fieſta, que daba ſeñales de bolverſe loco. Llegòſe en eſto el tiempo de la partida de mi padre, la qual èl ſupo, y no de mi, pues nunca pude decirſelo. Cayò malo, à lo que yo entiendo, de peſadumbre; y aſsi, el dia que nos partimos, nunca pude verle para deſpedirme de èl, ſiquiera con los ojos; pero al cabo de dos dias, que caminabamos, al entrar de una Poſada en un Lugar, una jornada de aqui, le vì à la puerta de el Meſon pueſto en habito de mozo de mulas, tan al natural, que ſi yo no le traxera retratado en mi alma, fuera impoſsible conocerle. Conocìle, admirème, y alegrème: èl me mirò à hurto de mi padre, de quien èl ſiempre ſe eſconde quando atravieſſa por delante de mi en los caminos, y en las Poſadas do llegamos; y como yo sè quien es, y conſidero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muerome de peſadumbre, y adonde èl pone los pies, pongo yo los ojos. No sè con què intencion viene, ni como ha podido eſcaparſe de ſu padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque èl lo merece, como lo verà vueſtra merced quando le vea. Y mas le sè dicir, que todo aquello que canta lo ſaca de ſu cabeza, que he ohido decir que es grande Eſtudiante, y Poeta. Y hay mas, que cada vez que le veo, y le oygo cantar, tiemblo toda, y me ſobreſalto, temeroſa de que mi padre le conozca, y venga en cono-

ci-

cimiento de nueſtros deſeos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eſſo le quiero de manera, que no he de poder vivir ſin èl. Eſto es, ſeñora mia, todo lo que os puedo decir de eſte Muſico, cuya voz tanto os ha contentado, que en ſola ella echareis bien de vèr, que no es mozo de mulas, como decìs, ſino es Señor de Almas, y Lugares, como yo os he dicho. No digais mas, ſeñora Doña Clara, dixo à eſta ſazon Dorotèa, y eſto beſandola mil veces. No digais mas, digo, y eſperad que venga el nuevo dia, que yo eſpero en Dios de encaminar de manera vueſtros negocios, que tengan el felice fin, que tan honeſtos principios merecen. Ay, ſeñora! dixo Doña Clara, què fin ſe puede eſperar, ſi ſu padre es tan principal, y tan rico, que le parecerà que aun yo no puedo ſer criada de ſu hijo, quanto mas eſpoſa? pues caſarme yo à hurto de mi padre, no lo harè por quanto hay en el mundo. No queria ſino que eſte mozo ſe bolvieſſe, y me dexaſſe, quizà con no verle, y con la gran diſtancia del camino que llevamos, ſe me aliviaria la pena que ahora llevo: aunque sè decir, que eſte remedio, que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sè què diablos ha ſido eſto, ni por donde ſe ha entrado eſte amor que le tengo, ſiendo yo tan muchacha, y èl tan muchacho, que en verdad que creo que ſomos de una edad miſma, y que yo no tengo cumplidos diez y ſeis años, que para el dia de San Miguèl,

guèl, que vendrà, dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirſe Dorotèa, oyendo quan como niña hablaba Doña Clara; à quien dixo: Reposèmos, ſeñora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos, ò mal me andaràn las manos. Soſſegaronſe con eſto, y en toda la Venta ſe guardaba un grande ſilencio; ſolamente no dormìan la hija de la Ventera, y Maritornes ſu criada, las quales, como ya ſabìan el humor de que pecaba Don Quixote, y que eſtaba fuera de la Venta armado, y à cavallo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacerle alguna burla, ò à lo menos de paſſar un poco el tiempo oyendole ſus diſparates.

Es, pues, el caſo, que en toda la Venta no havia ventana que ſalieſſe al campo, ſino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A eſte agujero ſe puſieron las dos ſemidoncellas, y vieron, que Don Quixote eſtaba à cavallo, recoſtado ſobre ſu lanzòn, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos ſuſpiros, que parecia que con cada uno ſe le arrancaba el alma; y aſsimiſmo oyeron, que decia con voz blanda, regalada, y amoroſa: O mi ſeñora Dulcinèa del Toboſo, extremo de toda hermoſura, fin, y remate de la diſcrecion, archivo del mejor donayre, depoſito de la honeſtidad, y ultimamente, idèa de todo lo provechoſo, honeſto, y deleytable, que hay en el mun-

mundo! y què farà ahora la tu merced? Si tendràs por ventura las mientes en tu cautivo Cavallero, que à tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dadme tu nuevas de ella, ò Luminaria de las tres caras, quizà, con embidia de la suya, la estàs ahora mirando, que, ò passeandose por alguna galeria de sus sumptuosos Palacios, ò ya puesta de pechos sobre algun balcòn, està considerando, como, salva su honestidad, y grandeza, hade amansar la tormenta, que por ella este mi cuitado coraçon padece, que gloria à de dàr à mis penas, què sossiego à mi cuidado, y finalmente, què vida à mi muerte, y què premio à mis servicios? Y tu, Sol, que ya debes de estàr aprietsa ensillando tus cavallos, por madrugar, y salir à vèr mi señora, assi como la veas, suplicote, que de mi parte la saludes; pero guardate, que al verla, y saludarla no la dès paz en el rostro, que tendrè mas zelos de tì, què tu los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, ò por las riberas de Penèo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces zeloso, y enamorado. À este punto llegaba entonces Don Quixoen su tan lastimèro razonamiento, quando la hija de la Ventera le comenzò à cecear, y à decirle: Señor mio, lleguese acà la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas, y voz bolviò Don Quixote la cabeza, y viò à la luz de la Luna,

que

que entonces eſtaba en toda ſu claridad, como le llamaban del agujero, que à èl le pareciò ventana, y aun con rexas doradas, como conviene que las tengan tan ricos Caſtillos, como èl ſe imaginaba que era aquella Venta: y luego en el inſtante ſe le repreſentò en ſu loca imaginacion, que otra vez, como la paſſada, la doncella fermoſa, hija de la ſeñora de aquel Caſtillo, vencida de ſu amor, tornaba à ſolicitarle, y con eſte penſamiento, por no moſtrarſe deſcortès, y deſagradecido, bolviò las riendas à Rocinante, y ſe llegò al agujero, y aſsi como viò à las dos mozas, dixo: Laſtima os tengo, fermoſa ſeñora, de que ayades pueſto vueſtras amoroſas mientes en parte donde no es poſsible correſponderos conforme merece vueſtro gran valor, y gentileza, de lo que no debeis dàr culpa à eſte miſerable Andante Cavallero, à quien tiene amor impoſsibilitado de poder entregar ſu voluntad à otra, que à aquella que en el punto que ſus ojos la vieron, la hizo ſeñora abſoluta de ſu alma. Perdonadme, buena ſeñora, y recogèos en vueſtro apoſento, y no querais, con ſignificarme mas vueſtros deſeos, que yo me mueſtre mas deſagradecido; y ſi del amor que me teneis, hallais en mi otra coſa con que ſatisfaceros, que el miſmo amor no ſea, pedidmela, que yo os juro por aquella auſente enemiga dulce mia, de darosla en continente, ſi bien me pidieſſedes una guedeja de los cabellos de Meduſa, que eran

todas

todas culebras : ò ya los miſmos rayos del Sol, encerrados en una redoma. No ha meneſter nada de eſſo mi ſeñora (ſeñor Cavallero) dixo à eſte punto Maritornes. Pues què ha meneſter, diſcreta dueña, vueſtra ſeñora ? reſpondiò Don Quixote. Sola una de vueſtras hermoſas manos, dixo Maritornes, por poder deſahogar con ella el gran deſeo, que à eſte agujero la ha traìdo, tan à peligro de ſu honor, que ſi ſu ſeñor padre la huviera ſentido, la menor tajada de ella fuera la oreja. Ya quiſiera yo vèr eſſo, reſpondiò D. Quixote ; pero èl ſe guardarà bien de eſſo, ſi ya no quiere hacer el mas deſaſtrado fin, que padre hizo en el mundo, por haver pueſto las manos en los delicados miembros de ſu enamorada hija. Pareciòle à Maritornes, que ſin duda Don Quixote daria la mano, que le havian pedido; y proponiendo en ſu penſamiento lo que havia de hacer, ſe baxò de el agujero, y ſe fuè à la cavalleriza, donde tomò el cabeſtro del jumento de Sancho Panza, y con mucha preſteza ſe bolviò à ſu agujero, à tiempo que Don Quixote ſe havia pueſto de pies ſobre la ſilla de Rocinante, por alcanzar à la ventana enrejada, donde ſe imaginaba eſtàr la ferida doncella ; y al darla la mano, dixo : Tomad, ſeñora, eſſa mano, ò por mejor mejor decir, eſſe verdugo de los malhechores del mundo ; tomad eſſa mano, digo, à quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella, que tiene entera

tera poſſeſsion de todo mi cuerpo. No os la doy paraque la beſeis, ſino para que mireis la conteſtura de ſus nervios, la trabazòn de ſus muſclos, la anchura, y eſpacioſidad de ſus venas, de donde ſacareis, què tal debe ſer la fuerza del brazo, que tal mano tiene. Ahora la verèmos, dixo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabeſtro, ſe la echò à la muñeca, y baxandoſe de el agujero, atò lo que quedaba al cerrojo de la puerta de el pajar muy fuertemente. Don Quixote, que ſintiò la aſpereza del cordèl en ſu muñeca, dixo: Mas parece, que vueſtra merced me ralla, que no que me regala la mano; no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal, que mi voluntad os hace, ni es bien, que en tan poca parte vengueis el todo de vueſtro enojo: mirad, que quien quiere bien, no ſe venga tan mal; pero todas eſtas razones de Don Quixote ya no las eſcuchaba nadie, porque aſsi como Maritornes le atò, ella, y la otra ſe fueron muertas de riſa, y le dexaron aſido, de manera, que fue impoſsible ſoltarſe. Eſtaba, pues, como ſe ha dicho, de pies ſobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandiſsimo temor, y cuidado, que ſi Rocinante ſe deſviaba à un cabo, ò à otro, havia de quedar colgado del brazo, y aſsi no oſſaba hacer movimiento alguno, pueſto que de la paciencia, y quietud de Rocinante bien ſe podia

dia eſperar, que eſtaria ſin moverſe un ſiglo entero. En reſolucion, viendoſe Don Quixote atado, y que ya las damas ſe havian ido, ſe diò à imaginar, que todo aquello ſe hacia por via de encantamiento, como la vez paſſada, quando en aquel miſmo Caſtillo le moliò aquel Moro encantado del Arriero, y maldecia entre sì ſu poca diſcrecion, y diſcurſo, pues haviendo ſalido tan mal la vez primera de aquel Caſtillo, ſe havia aventurado à entrar en èl la ſegunda, ſiendo advertimiento de Cavalleros Andantes, que quando han probado una aventura, y no ſalido bien con ella, es ſeñal, que no eſtà para ellos guardada, ſino para otros, y aſsi no tienen neceſsidad de probarla ſegunda vez. Con todo eſto tiraba de ſu brazo, por vèr ſi podia ſoltarſe, mas eſtaba tan bien aſido, que todas ſus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no ſe movieſſe; y aunque el quiſiera ſentarſe, y ponerſe en la ſilla, no podia ſino eſtàr en pie, ò arrancarſe la mano. Alli fue el deſear de la eſpada de Amadìs, contra quien no tenia fuerza encantamiento alguno. Alli fue el maldecir de ſu fortuna: alli fue el exagerar la falta, que haria en el mundo ſu preſencia el tiempo que alli eſtuvieſſe encantado, que ſin duda alguna ſe havia creìdo que lo eſtaba: alli el acordarſe de nuevo de ſu querida Dulcinèa del Toboſo: alli fue el llamar à ſu buen Eſcudero Sancho Panza, que ſepultado en ſueño,

ño, y tendido ſobre la albarda de ſu jumento, no ſe acordaba en aquel inſtante de la madre que lo havia parido: alli llamò à los ſabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudaſſen: alli invocò à ſu buena amiga Urganda, que le ſocorrieſſe; y finalmente, alli le tomò la mañana, tan deſeſperado, y confuſo, que bramaba como un toro, porque no eſperaba èl, que con el dia ſe remediaria ſu cuita, porque la tenia por eterna, teniendoſe por encantado: y haciale creer eſto, vèr que Rocinante poco, ni mucho ſe movia, y creìa, que de aquella ſuerte ſin comer, ni beber, ni dormir, havian de eſtàr èl, y ſu cavallo, haſta que aquel mal influxo de las eſtrellas ſe paſſaſſe, ò haſta que otro mas ſabio encantador le deſencantaſſe; pero engañòſe mucho en ſu creencia, porque apenas comenzò à amanecer, quando llegaron à la Venta quatro hombres de à cavallo, muy bien pueſtos, y aderezados, con ſus eſcopetas ſobre los arzones. Llamaron à la puerta de la Venta, que aun eſtaba cerrada, con grandes golpes; lo qual viſto por Don Quixote, deſde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante, y alta dixo: Cavalleros, ò Eſcuderos, ò quien, quiera que ſeais, no teneis para què llamar à las puertas de eſte Caſtillo, que aſsàz de claro eſtà, que à tales horas, ò los que eſtàn dentro duermen, ò no tienen por coſtumbre de abrirſe las Fortalezas, haſta que el Sol eſtè tendido por todo el ſuelo: deſ-

desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces verèmos si serà justo, ò no, que os abran. Què diablos de Fortaleza, ò Castillo es este, dixo uno, para obligarnos à guardar essas ceremonias? Si sois el Ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no querèmos mas de dàr cebada à nuestras cavalgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos, Cavalleros, que tengo yo talle de Ventero? respondiò Don Quixote. No sè de què teneis talle, respondiò el otro; pero sè, que decìs disparates en llamar Castillo à esta Venta. Castillo es, replicò Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta Provincia, y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeza. Mejor fuera al revès, dixo el caminante, el cetro en la cabeza, y la corona en la mano: y serà, si à mano viene, que debe de estàr dentro alguna Compañia de Representantes, de los quales es tener à menudo essas coronas, y cetros que decis, porque en una Venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio, como en esta, no creo yo, que se alojan personas dignas de corona, y cetro. Sabeis poco del mundo, replicò Don Quixote, pues ignorais los casos, que suelen acontecer en la Cavalleria Andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venìan, del coloquio que con Don Quixote passaba; y assi tornaron à llamar con grande furia, y fue de modo, que el Ven-

Ventero deſpertò, y aun todos quantos en la Venta eſtaban; y aſsi ſe levantò à preguntar quien llamaba. Sucediò en eſte tiempo, que una de las cavalgaduras en que venìan los quatro, que llamaban, ſe llegò à oler à Rocinante, que melancolico, y triſte, con las orejas caìdas, ſoſtenia ſin moverſe à ſu eſtirado ſeñor, y como enfin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de reſentirſe, y tornar à oler à quien le llegaba à hacer caricias: y aſsi no ſe huvo movido tanto quanto, quando ſe deſviaron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la ſilla, dieran con èl en el ſuelo, à no quedar colgado del brazo: coſa, que le causò tanto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortaban, ò que el brazo ſe le arrancaba, porque èl quedò tan cerca del ſuelo, que con los eſtremos de las puntas de los pies beſaba la tierra, que era en ſu perjuicio, porque como ſentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigabaſe, y eſtribabaſe quanto podia por alcanzar el ſuelo, bien aſsi como los que eſtàn en el tormento de la garrucha pueſtos à toca no toca, que ellos miſmos ſon cauſa de acrecentar ſu dolor, con el ahinco que ponen en eſtirarſe, engañados de la eſperanza, que ſe les repreſenta, que con poco mas que eſtiren, llegaràn al ſuelo.

CAPI-

CAPITULO XLIV.

Donde ſe proſiguen los inauditos ſuceſſos de la Venta.

EN efecto, fueron tantas las voces que Don Quixote diò, que abriendo de preſto las puertas de la Venta, ſaliò el Ventero deſpavorido à vèr quien tales gritos daba, y los que eſtaban fuera hicieron lo miſmo. Maritornes, que ya havia deſpertado à las miſmas voces, imaginando lo que podia ſer, ſe fue al pajar, y deſatò, ſin que nadie lo vieſſe, el cabeſtro, que à Don Quixote ſoſtenia, y èl diò luego en el ſuelo à viſta del Ventero, y de los caminantes, que llegandoſe à èl, le preguntaron que tenia, que tales voces daba? El, ſin reſponder palabra, ſe quitò el cordèl de la muñeca, y levantandoſe en pie, ſubiò ſobre Rocinante, embrazò ſu adarga, enriſtrò ſu lanzòn, y tomando buena parte de el campo, bolviò à medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere, que yo he ſido con juſto titulo encantado, como mi ſeñora la Princeſa Micomicona me dè licencia para ello, yo le deſmiento, le reto, y deſafio à ſingular batalla. Admirados ſe quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el Ventero les quitò de aquella admiracion, diciendoles, que era Don Quixote,

y.

y que no havia que hacer caſo de èl, porque eſtaba fuera de juicio. Preguntaronle al Ventero, ſi acaſo havia llegado à aquella Venta un muchacho de haſta edad de quince años, que venìa veſtido como mozo de mulas, de tales, y tales ſeñas, dando las miſmas, que traìa el amante de Doña Clara. El Ventero reſpondiò, que havia tanta gente en la Venta, que no havia echado de vèr en el que preguntaban; pero haviendo viſto uno de ellos el coche donde havia venido el Ohìdor, dixo: Aqui debe de eſtàr ſin duda, porque eſte es el coche, que èl dicen que ſigue, quedeſe uno de noſotros à la puerta, y entren los demàs à buſcarle; y aun ſeria bien, que uno de noſotros rodeaſſe toda la Venta, porque no ſe fueſſe por las bardas de los corrales. Aſsi ſe harà, reſpondiò uno de ellos, y entrandoſe los dos dentro, uno ſe quedò à la puerta, y el otro ſe fue à rodear la Venta: todo lo qual veìa el Ventero, y no ſabìa atinar para què ſe hacian aquellas diligencias, pueſto que bien creyò, que buſcaban aquel mozo, cuyas ſeñas le havian dado. Ya à eſta ſazon aclaraba el dia, y aſsi por eſto, como por el ruido que Don Quixote havia hecho, eſtaban todos deſpiertos, y ſe levantaban, eſpecialmente Doña Clara, y Dorotèa, que la una con el ſobreſalto de tener tan cerca à ſu amante, y la otra con el deſeo de verle, havian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que viò, que ninguno de los quatro caminan-

minantes hacian caſo de èl, ni le reſpondian à ſu demanda, moria, y rabiaba de deſpecho, y ſaña; y ſi èl hallàra en las Ordenanzas de ſu Cavalleria, que licitamente podia el Cavallero Andante tomar, y emprender otra empreſſa, haviendo dado ſu palabra, y fee de no ponerſe en ninguna, haſta acabar la que havia prometido, èl embiſtiera con todos, y les hiciera reſponder mal de ſu grado; pero por parecerle no convenirle, ni eſtarle bien comenzar nueva empreſſa haſta poner à Micomicona en ſu Reyno, huvo de callar, y eſtarſe quedo, eſperando à vèr en què paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales hallò al mancebo que buſcaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien deſcuidado de que nadie le buſcaſſe, ni menos de que le hallaſſe. El hombre le trabò de el brazo, y le dixo: Por cierto, ſeñor Don Luis, que correſponde bien à quien vos ſois el habito que teneis: y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vueſtra madre os criò. Limpiòſe el mozo los ſoñolientos ojos, y mirò deſpacio al que le tenia aſido, y luego conociò, que era criado de ſu padre, de que recibiò tal ſobreſalto, que no acertò, ò no pudo hablarle palabra por un buen eſpacio; y el criado proſiguiò, diciendo: Aqui no hay que hacer otra coſa, ſeñor Don Luis, ſino preſtar paciencia, y dàr la buelta à caſa, ſi ya vueſtra merced no guſta, que ſu padre, y mi ſeñora la

dè al otro mundo, porque no ſe puede eſperar otra coſa de la pena con que queda por vueſtra auſencia. Pues còmo ſupo mi padre, dixo Don Luis, que yo venia eſte camino, y en eſte trage? Un Eſtudiante, reſpondiò el criado, à quien diſteis cuenta de vueſtros penſamientos, fue el que lo deſcubriò, movido à laſtima de las que viò que hacia vueſtro padre al punto que os echò menos, y aſsi deſpachò à quatro de ſus criados en vueſtra buſca, y todos eſtamos aqui à vueſtro ſervicio, mas contentos de lo que imaginarſe puede, por el buen deſpacho con que tornarèmos, llevandoos à los ojos, que tanto os quieren. Eſſo ſerà como yo quiſiere, ò como el Cielo lo ordenare, reſpondiò Don Luis. Què haveis de querer, ò que ha de ordenar el Cielo, fuera de conſentir en bolveros, porque no ha de ſer poſsible otra coſa? Todas eſtas razones que entre los dos paſſaban, oyò el mozo de mulas junto à quien Don Luis eſtaba; y levantandoſe de alli, fue à decir lo que paſſaba à Don Fernando, y à Cardenio, y à los demàs, que ya veſtido ſe havian, à los quales dixo, como aquel hombre llamaba de don à aquel muchacho, y las razones que paſſaban, y como le queria bolver à caſa de ſu padre, y el mozo no queria; y con eſto, y con lo que de èl ſabian de la buena voz, que el Cielo le havia dado, vinieron todos en gran deſeo de ſaber mas particularmente quien era, y aùn de ayudarle, ſi alguna fuerza le quiſieſſen

ſieſſen hacer ; y aſsi ſe fueron àzia la parte donde aun eſtaba hablando, y porfiando con ſu criado. Salia en eſto Dorotèa de ſu apoſento, y tras ella Doña Clara toda turbada ; y llamando Dorotèa à Cardenio à parte, le contò en breves razones la hiſtoria del Muſico , y de Doña Clara, à quien èl tambien dixo lo que paſſaba de la venida à buſcarle los criados de ſu padre , y no ſe lo dixo tan callando , que lo dexaſſe de ohir Clara , de lo que quedò tan fuera de sì , que ſi Dorotèa no llegàra à tenerla , diera conſigo en el ſuelo. Cardenio dixo à Dorotèa, que ſe bolvieſſen al apoſento, que èl procuraria poner remedio en todo , y ellas lo hicieron. Ya eſtaban todos los quatro, que venìan à buſcar à Don Luis, dentro de la Venta , y rodeados de èl , perſuadiendole , que luego , ſin detenerſe un punto, bolvieſſe à conſolar à ſu padre. El reſpondiò, que en ninguna manera lo podia hacer , haſta dàr fin à un negocio , en que le iba la vida , la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados , diciendole , que en ningun modo bolverian ſin èl , y que le llevarian , quiſieſſe , ò no quiſieſſe. Eſſo no hareis voſotros , replicò Don Luis , ſino es llevandome muerto , aunque de qualquiera manera que me lleveis, ſerà llevarme ſin vida. Ya à eſta ſazon havian acudido à la porfia todos los mas que en la Venta eſtaban, eſpecialmente Cardenio , Don Fernando , ſus Camaradas , el Ohidor , el Cura , el Barbero, y

Don Quixote, que ya le pareciò, que no havia neceſsidad de guardar mas el Caſtillo. Cardenio, como aquel que ya ſabìa la hiſtoria del mozo, preguntò à los que llevarle querian, que què les movia à querer llevar contra ſu voluntad aquel muchacho? Muevenos, reſpondiò uno de los quatro, dàr la vida à ſu padre, que por la auſencia de eſte Cavallero queda à peligro de perderla. A eſto dixo Don Luis: No hay para què ſe dè cuenta aqui de mis coſas; yo ſoy libre, y bolverè, ſi me diere guſto; y ſi no, ninguno de voſotros me ha de hacer fuerza. Haràſela à vueſtra merced, la razon, reſpondiò el hombre; y quando ella no baſtare con vueſtra merced, baſtarà con noſotros para hacer à lo que venimos, y lo que ſomos obligados. Sepamos, que es eſto de raìz, dixo à eſte tiempo el Ohidor; pero el hombre, que le conociò, como vecino de ſu caſa, reſpondiò: No conoce vueſtra merced, ſeñor Ohidor, à eſte Cavallero, que es el hijo de ſu vecino, el qual ſe ha auſentado de caſa de ſu padre, en el habito tan indecente à ſu calidad, como vueſtra merced puede vèr? Miròle entonces el Ohidor mas atentamente, y conociòle, y abrazandole, dixo: Què niñerìas ſon eſtas, ſeñor Don Luis, ò què cauſas tan poderoſas, que os hayan movido à venir de eſta manera, y en eſte trage, que dice tan mal con la calidad vueſtra? Al mozo ſe le vinieron las lagrimas à los ojos, y no pudo reſponder palabra.

El

El Ohidor, dixo à los quatro, que ſe ſoſſegaſſen, que todo ſe haria bien, y tomando por la mano à Don Luis, le apartò à una parte, y le preguntò, què venida havia ſido aquella? Y en tanto que le hacia eſta, y otras preguntas, oyeron grandes voces à la puerta de la Venta, y era la cauſa de ellas, que dos hueſpedes, que aquella noche ſe havian alojado en ella, viendo à toda la gente ocupada en ſaber lo que los quatro buſcaban, havian intentado irſe ſin pagar lo que debian; mas el Ventero, que atendia mas à ſu negocio, que à los agenos, les aſiò al ſalir de la puerta, y pidiò ſu paga, y les afeò ſu mala intencion con tales palabras, que les moviò à que le reſpondieſſen con los puños; y aſsi le comenzaron à dàr tal mano, que el pobre Ventero tuvo neceſsidad de dàr voces, y pedir ſocorro. La Ventera, y ſu hija no vieron à otro mas deſocupado, para poder ſocorrerle, que à Don Qnixote, à quien la hija de la Ventera dixo: Socorra vueſtra merced, ſeñor Cavallero, por la virtud que Dios le diò, à mi pobre padre, que dos malos hombres le eſtàn moliendo como à cibera. A lo qual reſpondiò Don Quixote muy de eſpacio, y con mucha flema: Fermoſa doncella, no hà lugar por ahora vueſtra peticion, porque eſtoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima à una en que mi palabrà me ha pueſto: mas lo que yo podrè hacer por ſerviros, es lo que ahora dirè: Cor-

red

red, y decir à vueſtro padre, que ſe entretenga en eſſa batalla lo mejor que pudiere, y que no ſe dexe vencer en ningun modo, en tanto que yò pido licencia à la Princeſa Micomicona para poder ſocorrerle en ſu cuita, que ſi ella me la dà, tened por cierto, que yo le ſacarè de ella. Pecadora de mi, dixo à eſto Maritornes, que eſtaba delante, primero que vueſtra merced alcance eſſa licencia que dice, eſtarà ya mi ſeñor en el otro mundo. Dexadme vos, ſeñora, que yo alcance la licencia que digo, reſpondiò Don Quixote, que como yo la tenga, poco harà al caſo, que èl eſtè en el otro mundo, que de alli le ſacarè, à peſar del miſmo mundo, que lo contradiga, ò por lo menos os darè tal venganza de los que allà le huvieren enviado, que quedeis mas que medianamente ſatisfechas; y ſin decir mas, ſe fue à poner de hinojos ante Dorotèa, pidiendola con palabras cavalleroſas, y andanteſcas, que la ſu grandeza fueſſe ſervida de darle licencia de acorrer, y ſocorrer al Caſtellano de aquel Caſtillo, que eſtaba pueſto en una grave mengua. La Princeſa ſe la diò de buen talante, y èl luego embrazando ſu adarga, y poniendo mano à ſu eſpada, acudiò à la puerta de la Venta, adonde aun todavia traìan los dos hueſpedes à mal traer al Ventero; pero aſsi como llegò, embrazò, y ſe eſtuvo quedo, aunque Maritornes, y la Ventera le decian, que en què ſe detenia, que ſocorrieſſe à ſu ſeñor, y marido.

rido. Detengome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano à la eſpada contra gente eſcuderil; pero llamadme aqui à mi Eſcudero Sancho, que à èl toca, y atañe eſta defenſa, y venganza. Eſto paſſaba en la puerta de la Venta, y en ella andaban las puñadas, y mogicones muy en ſu punto, todo en daño del Ventero, y en rabia de Maritornes, la Ventera, y ſu hija, que ſe deſeſperaban de vèr la cobardìa de Don Quixote, y de lo mal que lo paſſaban ſu marido, ſeñor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltarà quien le ſocorra, ò ſino ſufra, y calle el que ſe atreve à mas de lo que ſus fuerzas le prometen, y bolvamos atràs cinquenta paſſos à vèr, que fue lo que Don Luis reſpondiò al Ohidor, que le dexamos à parte, preguntandoe la cauſa de ſu venida à pie, y de tan vil trage veſtido. A lo qual el mozo, aſiendole fuertemente de las manos, como en ſeñal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no sè deciros otra coſa, ſino que deſde el punto, que quiſo el Cielo, y facilitò nueſtra vecindad, que yo vieſſe à mi ſeñora Doña Clara, hija vueſtra, y ſeñora mia, deſde aquel inſtante la hice dueño de mi voluntad; y ſi la vueſtra, verdadero ſeñor, y padre mio, no lo impide, en eſte miſmo dia ha de ſer mi eſpoſa. Por ella dexè la caſa de mi padre, y por ella me puſe en eſte trage, para ſeguirla donde

de quiera que fueſſe, como la ſaeta al blanco, ò como el Marinero al norte. Ella no ſabe de mis deſeos, mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que deſde lexos ha viſto llorar mis ojos. Ya ſeñor, ſabeis la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo ſoy unico heredero: ſi os parece, que eſtas ſon partes paraque os aventureis à hacerme en todo venturoſo, recibidme luego por vueſtro hijo: que ſi mi padre, llevado de otros deſignios ſuyos, no guſtare de eſte bien, que yo ſupe buſcarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer, y mudar las coſas, que las humanas voluntades. Callò en diciendo eſto el enamorado mancebo; y el Ohidor quedò en ohìrle ſuſpenſo, confuſo, y admirado, aſsi de haver ohìdo el modo, y la diſcrecion con que Don Luis le havia deſcubierto ſu penſamiento, como de verſe en punto, que no ſabìa el que poder tomar en tan repentino, y no eſperado negocio; y aſsi no reſpondiò otra coſa, ſino que ſe ſoſſegaſſe por entonces, y entretuvieſſe à ſus criados, que por aquel dia no ſe bolvieſſen, porque ſe tuvieſſe tiempo para conſiderar lo que mejor à todos eſtuvieſſe. Besòle las manos por fuerza Don Luis, y aun ſe las bañò con lagrimas, coſa que pudiera enternecer un corazon de marmol, no ſolo el del Ohidor, que como diſcreto ya havia conocido quan bien le eſtaba à ſu hija aquel matrimonio, pueſto que, ſi fuera poſsible, lo quiſiera eſectuar con voluntad del

padre

padre de Don Luis, el qual sabìa, que pretendia hacer de Titulo à su hijo. Ya à esta sazon estaban en paz los huespedes con el Ventero, pues por persuasion, y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le havian pagado todo lo que èl quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la platica del Ohidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio, que no duerme, ordenò, que en aquel mismo punto entrò en la Venta el Barbero, à quien Don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos de el asno, que trocò con los de el suyo: el qual Barbero, llevando su jumento à la cavalleriza, viò à Sancho Panza, que estaba aderezando no sè què de la albarda, y assi como la viò la conociò, y se atreviò à arremeter à Sancho, diciendo: Ha don Ladron, que aqui os tengo, venga mi vacìa, y mi albarda, con todos mis aparejos, que me robastes: Sancho, que se viò acometer tan de improviso, y oyò los vituperios que le decian, con la una mano asiò de la albarda, y con la otra diò un moxicòn al Barbero, que le bañò los dientes en sangre; pero no por esso dexò el Barbero la presa que tenia hecha en la albarda, antes alzò la voz de tal manera, que todos los de la Venta acudieron al ruido, y pendencia, y decia: Aqui del Rey, y de la Justicia, que sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladron, salteador de caminos. Mentis, respondiò Sancho,

que

que yo no ſoy ſalteador de caminos, que en buena guerra ganò mi ſeñor Don Quixote eſtos deſpojos. Ya eſtaba Don Quixote delante, con mucho contento de vèr quan bien ſe defendia, y ofendia ſu Eſcudero, y tuvole deſde alli adelante por hombre de pro, y propuſo en ſu corazon de armarle Cavallero en la primera ocaſion que ſe le ofrecieſſe, por parecerle, que ſerìa en èl bien empleada la Orden de la Cavalleria. Entre otras coſas, que el Barbero decia en el diſcurſo de la pendencia, vino a decir: Señores, aſsi eſta albarda es mia, como la muerte, que debo à Dios, y aſsi la conozco, como ſi la huviera parido, y ahì eſtà mi aſno en el eſtablo, que no me dexarà mentir, ſi no pruebenſela, y ſi no le viniere pintiparada, yo quedarè por infame; y hay mas, que el miſmo dia que ella ſe me quitò, me quitaron tambien una vacìa de azofar nueva, que no la havia eſtrenado, que era ſeñora de un eſcudo. Aqui no ſe pudo contener Don Quixote ſin reſponder; y poniendoſe entre los dos, y apartandoles, depoſitando la albarda en el ſuelo, que la tuvieſſe de manifieſto, haſta que la verdad ſe declaraſſe, dixo: Porque vean vueſtras mercedes clara, y manifieſtamente el error en que eſtà eſte buen eſcudero, pues llama vacìa à lo que fue, es, y ſerà yelmo de Mambrino, el qual ſe le quitè yo en buena guerra, y me hice ſeñor de èl con legitima, y licita poſſeſsion; en lo del albarda no me entrometo, que en lo que

en

en ello ſabrè decir, es, que mi eſcudero Sancho me pidiò licencia para quitar los jaeces del cavallo de eſte vencido cobarde, y con ellos adornar el ſuyo: yo ſe la dì, y èl los tomò, y de haverſe convertido de jaèz en albarda, no ſabrè dàr otra razon ſino es la ordinaria, que como eſſas transformaciones ſe vèn en los ſuceſſos de la Cavalleria: para confirmacion de lo qual, corre Sancho hijo, y ſaca aqui el yelmo, que eſte buen hombre dice ſer vacìa. Par diez, ſeñor, dixo Sancho, ſino tenemos otra prueba de nueſtra intencion, que la que vueſtra merced dice, tan vacìa es el yelmo de Mambrino, como el jaèz de eſte buen hombre, albarda. Haz lo que te mando, replicò Don Quixote, que no todas las coſas de eſte Caſtillo han de ſer guiadas por encantamiento. Sancho fue adonde eſtaba la vacìa, ò yelmo de Mambrino, como ſu amo decia, y la traxo, y aſsi como Don Quixote la viò, la tomò en las manos, y dixo: Miren vueſtras mercedes con què cara podrà decir eſte eſcudero, que eſta es vacìa, y no el yelmo, que yo he dicho; y juro, por la Orden de Cavalleria que profeſſo, que eſte yelmo fue el miſmo que yo le quitè, ſin haver añadido en èl, ni quitado coſa alguna. En eſſo no hay duda, dixo à eſta ſazon Sancho, porque deſde que mi ſeñor le ganò haſta agora no ha hecho con èl mas de una batalla, quando librò à los ſin ventura encadenados; y ſi no fuera por eſte vaci-yelmo, no lo paſsàra

enton-

entonces muy bien, porque huvo aſsàz de pe-dradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde ſe acaba de averiguar la duda de el yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras ſucedidas, con toda verdad.

QUE les parece à vueſtras mercedes, ſeñores, dixo el Barbero, de lo que afirman eſtos Gentiles-Hombres, pues aun porfian, que eſta no es vacìa, ſino yelmo? Y quien lo contrario di-

dixere, dixo Don Quixote, le harè yo conocer, que miente, ſi fuere Cavallero; y ſi Eſcudero, que remiente mil veces. Nueſtro Barbero, que à todo eſtaba preſente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiſo esforzar ſu deſatino, y llevar adelante la burla, para que todos rieſſen, y dixo, hablando con el otro Barbero: Señor Barbero, ò quien ſois, ſabèd, que yo tambien ſoy de vueſtro Oficio, y tengo mas ha de veinte años Carta de Examen, y conozco muy bien de todos los inſtrumentos de la Barberia, ſin que le falte uno; y ni mas, ni menos fui un tiempo en mi mocedad Soldado, y sè tambien, què es yelmo, y que es morriòn y zelada de encagè, y otras coſas tocantes à la Milicia, digo, à los generos de armas de los Soldados; y digo, ſalvo mejor parecer, remitiendome ſiempre al mejor entendimiento, que eſta pieza, que eſtà aqui delante, y que eſte buen ſeñor tiene en las manos, no ſolo no es vacìa de Barbero, pero eſtà tan lexos de ſerlo, como eſtà lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira. Tambien digo, que eſte, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Aſsi es, dixo el Cura, que ya havia entendido la intencion de ſu amigo el Barbero, y lo miſmo confirmò Cardenio, Don Fernando, y ſus camaradas; y aun el Ohidor, ſi no eſtuviera tan penſativo con el ne-

negocio de Don Luìs, ayudara por ſu parte la burla; pero las veras de lo que penſaba le tenian tan ſuſpenſo, que poco, ò nada atendia à aquellos donayres. Valame Dios! dixo à eſta ſazon el Barbero burlado, que es poſsible que tanta gente honrada diga, que eſta no es vacìa, ſino yelmo? Coſa parece eſta, que puede poner en admiracion à toda una Univerſidad, por diſcreta que ſea: baſta, ſi es que eſta vacia es yelmo, tambien debe de ſer eſta albarda jaèz de cavallo, como eſte ſeñor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en eſſo no me entrometo de que ſea albarda, ò jaèz. Dixo el Cura, no eſtà en mas de decirlo el ſeñor Don Quixote, que en eſtas coſas de la Cavalleria, todos eſtos ſeñores, y yo le damos la ventaja. Por Dios, ſeñores mios, dixo Don Quixote, que ſon tantas, y tan eſtrañas las coſas, que en eſte Caſtillo, en dos veces que en èl he alojado, me han ſucedido, que no me atreva à decir afirmativamente ninguna coſa de lo que acerca de lo que en èl ſe contiene ſe me preguntare, porque imagino, que quanto en èl ſe trata, es por via de encantamiento: la primera vez me fatigò mucho un Moro encantado, que en èl hay, y à Sancho no le fuè muy bien con otros ſus ſequaces, y anoche eſtuve colgado de eſte brazo caſi dos horas, ſin ſaber como, ni como no, vine à caer en aquella deſgracia. Aſsi que ponerme yo

agora

agora en coſa de tanta confuſion à dàr mi parecer, ſerà caer en juicio temerario: en lo que toca à lo que dicen, que eſta es vacìa, y no yelmo, ya yo tengo reſpondido; pero en lo de declarar ſi eſſa es albarda, ò jaez, no me atrevo à dar ſentencia difinitiva, ſolo lo dexo al buen parecer de vueſtras mercedes; quizà por no ſer armados Cavalleros, como yo lo ſoy, no tendràn que vèr con vueſtras mercedes los encantamientos de eſte lugar, y tendràn los entendimientos libres, y podràn juzgar de las coſas de eſte Caſtillo como ellas ſon real, y verdaderamente, y no como à mi me parecieran. No hay duda, reſpondiò à eſto Don Fernando, ſino que el ſeñor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que à noſotros toca la definicion de eſte caſo; y porque vaya con mas fundamento, yo tomarè en ſecreto los votos de eſtos ſeñores, y de lo que reſultare darè entera, y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote, era todo eſto materia de grandiſsima riſa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor diſparate del mundo, eſpecialmente à los quatro criados de Don Luis, y à Don Luis ni mas, ni menos, y à otros tres paſſageros, que acaſo havian llegado à la Venta, que tenian parecer de ſer Quadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas ſe deſeſperaba era el Barbero, cuya vacia alli delante de ſus ojos ſe le havia buelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda

barda penſaba ſin duda alguna que ſe le havia de bolver en jaèz rico de cavallo; y los unos, y los otros ſe reìan de vèr como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablandolos al ohìdo, para que en ſecreto declaraſſen ſi era albarda, ò jaèz aquella joya, ſobre quien tanto ſe havia peleado; y deſpues que huvo tomado los votos de aquellos, que à Don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caſo es, buen hombre, que ya yo eſtoy canſado de tomar tantos pareceres, porque veo, que à ninguno pregunto lo que deſeo ſaber, que no me diga, que es diſparate el decir, que eſta ſea albarda de jumento, ſino jaèz de cavallo, y aun de cavallo caſtizo, y aſsi havreis de tener paciencia, porque à vueſtro peſar, y al de vueſtro aſno, eſte es jaèz, y no albarda, y vos haveis alegado, y probado muy mal de vueſtra parte. No la tenga yo en el Cielo, dixo el ſobrebarbero, ſi todas vueſtras mercedes no ſe engañan, y que aſsi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece à mi albarda, y no jaèz; pero allà van leyes &c. y no digo mas: y en verdad que no eſtoy borracho, que no me he deſayunado, ſi de pecar no. No menos cauſaban riſa las necedades, que decia el Barbero, que los diſparates de Don Quixote, el qual à eſta ſazon dixo: Aqui no hay mas que hacer, ſino que cada uno tome lo que es ſuyo, y à quien Dios ſe la diò, San Pedro ſe la bendiga. Uno de los quatro dixo: Si ya no

es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ò parecen todos los que aqui estàn, se atrevan à decir, y afirmar, que esta no es vacìa, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman, y lo dicen, me doy à entender, que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porque voto à tal, y arrojòle redondo, que no me dèn à mi à entender quantos hoy viven en el mundo, al revès de que esta no sea vacìa de Barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en esso, sino en si es, ò no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los Quadrilleros, que havian entrado, y que havia ohìdo la pendencia, y question, lleno de colera, y de enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ò dixere, debe de estàr hecho uba. Mentìs, como bellaco villano, respondiò Don Quixote, y alzando el lanzòn, que nunca le dexaba de las manos, le iba à descargar tal golpe sobre la cabeza, que à no desviarse el Quadrillero, se le dexara alli tendido: el lanzòn se hizo padazos en el suelo, y los demàs Quadrilleros, que vieron tratar mal à su compañero, alzaron la voz, pidiendo favor à la Santa Hermandad. El Ventero, que era de la quadrilla,

entrò al punto por ſu Varilla, y por ſu eſpada, y ſe puſo al lado de ſus compañeros: los criados de Don Luis rodearon à Don Luis, porque con el alboroto no ſe les fueſſe. El Barbero, viendo la caſa rebuelta, tornò à aſir de ſu albarda, y lo miſmo hizo Sancho. Don Quixote puſo mano à ſu eſpada, y arremetiò à los Quadrilleros. Don Luis daba voces à ſus criados, que le dexaſſen à èl, y acorrieſſen à Don Quixote, y à Cardenio, y à Don Fernando, que todos favorecian à Don Quixote. El Cura daba voces, la Ventera gritaba, ſu hija ſe afligia, Maritornes lloraba, Dorotèa eſtaba confuſa, Luſcinda ſuſpenſa, y Doña Clara deſmayada. El Barbero aporreaba à Sancho, Sancho molia al Barbero: Don Luis, à quien un criado ſuyo ſe atreviò à aſirle de el brazo, porque no ſe fueſſe, le diò una puñada, que le bañò los dientes en ſangre: el Ohidor le detenia, D. Fernando tenia debaxo de ſus pies à un Quadrillero, midiendole el cuerpo con ellos muy à ſu ſabor. El Ventero tornò à reforzar la voz, pidiendo favor à la Santa Hermandad; de modo, que toda la Venta era llantos, voces, gritos, confuſiones, temores, ſobreſaltos, deſgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y efuſion de ſangre; y en la mitad de eſte caos, maquina, y laberinto de coſas, ſe le repreſentò en la memoria de Don Quixote, que ſe veìa metido de hoz, y de coz en la diſcordia del campo de Agramante; y aſsi

dixo

dixo con voz, que atronaba la Venta : Tengan-ſe todos , todos enbaynen, todos ſe ſoſsieguen, oyganme todos , ſi todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos ſe pararon , y èl proſiguiò diciendo : No os dixe yo, ſeñores, que eſte Caſtillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en èl ? En confirmacion de lo qual, quiero que veais por vueſtros ojos, como ſe ha paſſado aqui, y trasladado entre noſotros la diſcordia del campo de Agramante : Mirad como alli ſe pelea por la eſpada, aqui por el cavallo, acullà por el aguila, acà por el yelmo , y todos peleamos, y todos no nos entendemos : venga , pues , vueſtra merced , ſeñor Ohidor, y vueſtra merced, ſeñor Cura, y el uno ſirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pongamos en paz , porque por Dios todo poderoſo , que es gran bellaqueria , que tanta gente principal , como aqui eſtamos , ſe mate por cauſas tan livianas: los Quadrilleros, que no entendian el fraſis de Don Quixote , y ſe veìan malparados de Don Fernando, Cardenio, y ſus camaradas , no querian ſoſſegarſe : el Barbero sì , porque en la pendencia tenia deshechas las barbas , y la albarda : Sancho à la mas minima voz de ſu amo obedeciò , como buen criado ; los quatro criados de Don Luis tambien ſe eſtuvieron quedos , viendo quan poco les iba en no eſtarlo; ſolo el Ventero porfiaba , que ſe havian de caſtigar las inſolencias de aquel lo-

co, que à cada paſſo le alborotaba la Venta; finalmente, el rumor ſe apaciguò por entonces, la albarda ſe quedò por jaèz haſta el dia del Juicio, y la vacìa por yelmo, y la Venta por Caſtillo, en la imaginacion de Don Quixote. Pueſtos, pues, ya en ſoſsiego, y hechos amigos todos à perſuaſion del Ohidor, y del Cura, bolvieron los criados de Don Luis à porfiarle, que al momento ſe vinieſſe con ellos; y en tanto que èl con ellos ſe avenia, el Ohidor comunicò con Don Fernando, Cardenio, y el Cura, què debia hacer en aquel caſo, contandoſeles con las razones que Don Luis le havia dicho: En fin, fue acordado, que Don Fernando dixeſſe à los criados de Don Luis, quien èl era, y como era ſu guſto, que Don Luis ſe fueſſe con èl al Andalucìa, donde de ſu hermano el Marquès ſerìa eſtimado, como el valor de Don Luis merecia; porque de eſta manera ſe ſabia de la intencion de Don Luis, que no bolveria por aquella vez à los ojos de ſu padre, ſi le hicieſſen pedazos. Entendida, pues, de los quatro la calidad de Don Fernando, y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos, que los tres ſe bolvieſſen à contar lo que paſſaba à ſu padre, y el otro ſe quedaſſe à ſervir à Don Luis, y à no dexarle haſta que ellos bolvieſſen por èl, ò vieſſe lo que ſu padre les ordenaba: de eſta manera ſe apaciguò aquella maquina de pendencias, por la authoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobri-

no;

no ; pero viendoſe el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menoſpreciado, y burlado, y el poco fruto que havia grangeado de haverlos pueſto à todos en tan confuſo laberynto, acordò de probar otra vez la mano, reſucitando nuevas pendencias, y deſaſſoſsiegos. Es, pues, el caſo, que los Quadrilleros ſe ſoſſegaron, por haver entreohìdo la calidad de los que con ellos ſe havian combatido, y retirandoſe de la pendencia, por parecerles, que de qualquiera manera que ſucedieſſe, havian de llevar lo peor de la batalla ; pero uno de ellos, que fue el que fue molido, y pateado por Don Fernando, le vino à la memoria, que entre algunos mandamientos, que traìa para prender algunos delinquentes, traìa uno contra Don Quixote, à quien la Santa Hermandad havia mandado prender, por la libertad que diò à los Galeotes, y como Sancho con mucha razon havia temido : imaginando pues eſto, quiſo certificarſe ſi las ſeñas que de Don Quixote traìa venìan bien ; y ſacando del ſeno un pergamino, topò con el que buſcaba, y poniendoſele à leer de eſpacio, porque no era buen letor, à cada palabra que leìa ponìa los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las ſeñas del mandamiento con el roſtro de Don Quixote, y hallò, que ſin duda alguna era el que el mandamiento rezaba ; y apenas ſe huvo certificado, quando recogiendo ſu pergamino, con la mano izquierda tomò el mandamiento, y con la derecha

cha asiò à Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexaba alentar, y à grandes voces decia: Favor à la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, leaſe eſte mandamiento donde se contiene, que se prenda este salteador de caminos. Tomò el mandamiento el Cura, y viò como era verdad quanto el Quadrillero decia, y como convenia con las señas de Don Quixote, el qual viendose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la colera en su punto, y crugiendole los hueſſos de su cuerpo, como mejor pudo le asiò al Quadrillero con entrambas manos de la garganta, que à no ser socorrido de sus compañeros, alli dexàra la vida, antes que Don Quixote la presa. El Ventero, que por fuerza havia de favorecer à los de su oficio, acudiò luego à darle favor. La Ventera, que viò de nuevo à su marido en pendencia, bolviò à alzar la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes, y su hija, pidiendo favor al Cielo, y à los que alli estaban. Sancho dixo, viendo lo que passaba: Vive el Señor, que es verdad quanto mi amo dice de los encantos de este Castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en èl. Don Fernando despartiò al Quadrillero, y à Don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclavijò las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esso cessaban los Quadrilleros de pedir su preso,

y

y que les ayudaſſen à darſele atado, y entregado à toda ſu voluntad, porque aſsi convenia al ſervicio del Rey, y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian ſocorro, y favor para hacer aquella priſion de aquel robador, y ſalteador de ſendas, y de carreras. Reiaſe de ohìr decir eſtas razones Don Quixote, y con mucho ſoſsiego dixo: Venid acà, gente ſoèz, y mal nacida, ſalteador de caminos llamais al dàr libertad à los encadenados, ſoltar los preſos, acorrer à los miſerables, alzar los caìdos, remediar los meneſteroſos? Hà gente infame, digna por vueſtro baxo, y vil entendimiento, que el Cielo no os comunique el valor, que ſe encierra en la Cavalleria Andante, ni os dè à entender el pecado, è ignorancia en que eſtais, en no reverenciar la ſombra, quanto mas la aſsiſtencia de qualquier Cavallero Andante. Venid acà, ladrones en quadrilla, que no Quadrilleros, ſalteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, quien fue el ignorante, que firmò mandamiento de priſion contra un tal Cavallero como yo ſoy? Quien el que ignorò, que ſon eſſentos de todo judicial fuero los Cavalleros Andantes? Y que ſu ley es ſu eſpada, ſus fueros ſus brios, ſus pragmaticas ſu voluntad? Quien fue el mentecato, buelvo à decir, que no ſabe, que no hay ſecutoria de hidalgo con tantas preheminencias, ni eſſenciones, como la que adquiere un Cavallero Andante

te el dia que ſe arma Cavallero, y ſe entrega al duro exercicio de la Cavalleria? Què Cavallero Andante pagò pecho, alcavala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Què Saſtre le llevò hechura de veſtido, que le hicieſſe? Què Caſtellano le acogiò en ſu Caſtillo, que le hicieſſe pagar el eſcote? Què Rey no le ſentò à ſu meſa? Què doncella no ſe le aficionò, y ſe le entregò rendida à todo ſu talante, y voluntad? Y finalmente, què Cavallero Andante ha havido, hay, ni havrà en el mundo, que no tenga brios para dàr èl ſolo quatrocientos palos à quatrocientos Quadrilleros, que ſe le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nueſtro buen Cavallero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote eſto decia, eſtaba perſuadiendo el Cura à los Quadrilleros, como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por ſus obras, y por ſus palabras, y que no tenian para què llevar aquel negocio adelante pues aunque le prendieſſen, y llevaſſen, luego le havian de dexar por loco. A lo que reſpondiò el del mandamiento: Que à èl no tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, ſino hacer

cer lo que por ſu Mayor le era mandado, y que una vez preſo, ſiquiera le ſoltaſſen trecientas. Con todo eſſo, dixo el Cura, por eſta vez no le haveis de llevar, ni aun èl dexarà llevarſe, à lo que yo entiendo. En efecto, tanto les ſupo el Cura decir, y tantas locuras ſupo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no èl los Quadrilleros, ſi no conocieran la falta de Don Quixote, y aſsi tuvieron por bien de apaciguarſe, y aun de ſer medianeros de hacer las paces entre el Barbero, y Sancho Panza, que todavia aſsiſtian con gran rencòr à ſu pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de Juſticia, mediaron la cauſa, y fueron arbitros de ella, de tal modo, que ambas partes quedaron, ſino del todo contentas, à lo menos en algo ſatisfechas; porque ſe trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocaba à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à ſocapa, y ſin que Don Quixote lo entendieſſe, le diò por la vacìa ocho reales, y el Barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarſe à engaño por entonces, ni por ſiempre jamàs, amen. Soſſegadas, pues, eſtas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, reſtaba que los Criados de Don Luis ſe contentaſſen de bolver los tres, y que el otro quedaſſe para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como ya la buena ſuerte, y mejor fortuna havia comenzado à romper lanzas, y à facilitar dificul-

ficultades en ſaber de los amantes de la Venta, y de los valientes de ella, quiſo llevarlo al cabo, y dàr à todo felice ſuceſſo, porque los criados ſe contentaron de quanto Don Luis querìa, de que recibiò tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella ſazon la mirara al roſtro, que no conociera el regocijo de ſu alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los ſuceſſos que havia viſto, ſe entriſtecia, y alegraba à bulto, conforme veìa, y notaba los ſemblantes à cada uno, eſpecialmente de ſu Eſpañol, en quien tenia ſiempre pueſtos los ojos, y traìa colgada el alma. El Ventero, à quien ſe le pagò por alto la dadiva, y recompenſa, que el Cura havia hecho al Barbero, pidiò el eſcote de Don Quixote, con el menoſcabo de ſus cueros, y falta de vino, jurando, que no ſaldria de la Venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, ſin que ſe le pagaſſe primero haſta el ultimo ardite. Todo lo apaciguò el Cura, y lo pagò Don Fernando, pueſto que el Ohidor de muy buena voluntad havia tambien ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz, y ſoſsiego, que ya no parecia la Venta la diſcordia del campo de Agramante, como Don Quixote havia dicho, ſino la miſma paz, y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo qual fue comun opinion, que ſe debian dàr las gracias à la buena intencion, y mucha eloquencia del ſeñor Cura, y à la incomparable liberalidad de Don Fernando.

Vien-

Viendoſe, pues, Don Quixote libre, y deſembarazado de tantas pendencias, aſsi de ſu eſcudero, como ſuyas, le pareciò, que ſerìa bien ſeguir ſu comenzado viage, y dàr fin à aquella grande aventura para que havia ſido llamado, y eſcogido; y aſsi, con reſolura determinacion ſe fue à poner de hinojos ante Dorotèa, la qual no le conſintiò que hablaſſe palabra haſta que ſe levantaſſe; y èl, por obedecerla, ſe puſo en pie, y la dixo: Es comun proverbio, fermoſa ſeñora, que la diligencia es madre de la buèna ventura, que en muchas, y graves coſas ha moſtrado la experiencia, que la ſolicitud del negociante trae à buen fin el pleyto dudoſo; pero en ningunas coſas ſe mueſtra mas eſta verdad, que en las de la guerra, donde la celeridad, y preſteza previene los diſcurſos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario ſe ponga en defenſa. Todo eſto digo, alta, y precioſa ſeñora, porque me parece, que la eſtada nueſtra en eſte Caſtillo, ya es ſin proyecho, y podria ſernos de tanto daño, que lo echaſſemos de vèr algun dìa; porque quien ſabe ſi por ocultas eſpìas, y diligentes, havrà ſabido ya vueſtro enemigo el Gigante de que yo voy à deſtruirle, y dandole lugar el tiempo de fortificarſe en algun inexpugnable Caſtillo, ò Fortaleza, contra quien valieſſen poco mis diligencias, y la fuerza de mi incanſable brazo? Aſsi que, ſeñora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nueſtra diligen-

ligencia ſus deſignios, y partamonos luego à la buena ventura, que no eſtà mas de tenerla vueſtra grandeza, como deſea, de quanto yo tarde de verme con vueſtro contrario. Callò, y no dixo mas Don Quixote, y eſperò con mucho ſoſſiego la reſpueſta de la fermoſa Infanta, la qual, con ademàn ſeñoril, y acomodado al eſtilo de Don Quixote, le reſpondiò de eſta manera: Yo os agradezco, ſeñor Cavallero el deſeo que moſtrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien aſsi como Cavallero, à quien es anexo, y concerniente el favorecer los huerfanos, y meneſteroſos: y quiera el Cielo, que el vueſtro, y mi deſeo ſe cumpla, paraque veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, ſea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vueſtra; diſponed vos de mi à toda vueſtra guiſa, y talante, que la que una vez os entregò la defenſa de ſu perſona, y puſo en vueſtras manos la reſtauracion de ſus Señorios, no ha de querer ir contra lo que la vueſtra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues aſsi es, que una ſeñora ſe me humilla, no quiero yo perder la ocaſion de levantarla, y ponerla en ſu heredado Trono: la partida ſea luego, porque me và poniendo eſpuelas el deſeo, y el camino; lo que ſuele decirſe, que en la tardanza eſtà el peligro: y pues no ha criado el Cielo, ni viſto el Infierno ninguno que me eſpante, ni acobarde, enſilla, Sancho, à Rocinante,

nante, y apareja tu jumento, y el Palafrèn de la Reyna, y deſpidamonos del Caſtellano, y de de eſtos ſeñores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que à todo eſtaba preſente, dixo, meneando la cabeza à una parte, y à otra: Ay, ſeñor, ſeñor, y como hay mas mal en el aldeguela, que ſe ſuena, con perdon ſea dicho de las tocas honradas. Què mal puede haver en ninguna Aldèa, ni en todas làs Ciudades del mundo, que pueda ſonarſe en menoſcabo mio? villano. Si vueſtra merced ſe enoja, reſpondiò Sancho; yo callarè, y dexarè de decir lo que ſoy obligado, como buen eſcudero, y como debe un buen criado decir à ſu ſeñor. Dì lo que quiſieres, replicò Don Quixote, como tus palabras no ſe encaminen à ponerme miedo, que ſi tu le tienes, haces como quien eres; ſi yo no le tengo, hago como quien ſoy. No es eſſo, pecador ſoy à Dios, reſpondiò Sancho, ſino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que eſta ſeñora, que ſe dice ſer Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque à ſer lo que ella dice, no ſe anduviera hocicando con alguno de los que eſtàn en la rueda à buelta de cabeza, y à cada traſpueſta. Paròſe colorada con las razones de Sancho Dorotèa, porque era verdad que ſu eſpoſo Don Fernando alguna vez, à hurto de otros ojos, havia cogido con los labios parte del premio, que merecian ſus deſeos; lo qual havia viſto Sancho, y parecidole,

que

los carrillos, mirò à todas partes, y diò con el pie derecho una grande patada en el ſuelo, ſeñales todas de la ira que encerraba en ſus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes quedò Sancho tan encogido, y medroſo, que ſe holgàra que en aquel inſtante ſe abriera debaxo de ſus pies la tierra, y le tragara, y no ſupo que hacerſe, ſino bolver las eſpaldas, y quitarſe de la enojada preſencia de ſu ſeñor. Pero la diſcreta Dorotèa, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: No os deſpecheis, ſeñor Cavallero de la Triſte Figura, de las ſandeces que vueſtro buen eſcudero ha dicho, porque quizà no las debe de decir ſin ocaſion, ni de ſu buen entendimiento, y Chriſtiana conciencia ſe puede ſoſpechar, que levante teſtimonio à nadie; y aſsi ſe ha de creer, ſin poner duda en ello, que como en eſte Caſtillo, ſegun vos, ſeñor Cavallero decìs, todas las coſas vàn, y ſuceden por modo de encantamento, podia ſer, dixo, que Sancho huvieſſe viſto por eſta diabolica via, lo que èl dice que viò tan en ofenſa de mi honeſtidad. Por el Omniporente Dios juro, dixo à eſta ſazon Don Quixote, que la vueſtra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala viſion ſe le puſo delante à eſte pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera impoſsible verſe de otro modo, que por el de encantos no fuera, que sè yo bien de la bondad, è inocencia de eſte deſdichado, que no ſabe levantar

vantar teſtimonios à nadie. Aſsi es, y aſsi ſerà, dixo Don Fernando, por lo qual debe vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, perdonarle, y reducirle al gremio de ſu gracia: *Sicut erat in principio*, antes que las tales viſiones le ſacaſſen de juicio. Don Quixote reſpondiò, que el le perdonaba; y el Cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincandoſe de rodillas pidiò la mano à ſu amo, y èl ſe la diò; y deſpues de haverſela dexado beſar, le echò la bendicion, diciendo: Agora acabaràs de conocer, Sancho hijo, ſer verdad lo que otras muchas veces te he dicho, de que todas las coſas de eſte Caſtillo ſon hechas por via de encantamiento. Aſsi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente ſucediò por via ordinaria. No lo creas, reſpondiò Don Quixote, que ſi aſsi fuera, yo te vengàra entonces, y aun agora; pero ni entonces, ni agora pude, ni vì en quien tomar venganza de tu agravio. Deſearon ſaber todos, què era aquello de la manta, y el Ventero lo contò punto por punto la volaterìa de Sancho Panza, de que no poco ſe rieron todos; y de que no menos ſe corriera Sancho, ſi de nuevo no le aſſeguràra ſu amo, que era encantamiento, pueſto que jamàs llegò la ſandèz de Sancho à tanto, que creyeſſe no ſer verdad pura, y averiguada, ſin mezcla de engaño alguno, lo de haver ſido manteado por perſonas de carne, y hueſſo, y no por fantaſmas ſoñadas,

ni

ni imaginadas, como ſu ſeñor lo creìa, y afirmaba. Dos dias eran ya paſſados los que havia que toda aquella iluſtre compañia eſtaba en la Venta; y pareciendoles, que ya era tiempo de partirſe, dieron orden para que ſin ponerſe al trabajo de bolver Dorotèa, y Don Fernando con Don Quixote à ſu Aldèa, con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudieſſen el Cura, y el Barbero llevarſele, como deſeaban, y procurar la cura de ſu locura en ſu tierra: y lo que ordenaron fue, que ſe concertaron con un Carretero de bueyes, que acaſo acertò à paſſar por alli, para que lo llevaſſe en eſta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capàz, que pudieſſe en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego Don Fernando, y ſus camaradas, con los Criados de Don Luis, y los Quadrilleros, juntamente con el Ventero, todos, por orden, y parecer del Cura, ſe cubrieron los roſtros, y disfrazaron, quien de una manera, y quien de otra, de modo, que à Don Quixote le pareciеſſe ſer otra gente de la que en en aquél Caſtillo havia viſto. Hecho eſto, con grandiſsimo ſilencio ſe entraron adonde èl eſtaba durmiendo, y deſcanſando de las paſſadas refriegas. Llegaronſe à èl, que libre, y ſeguro de tal acontecimiento dormia, y aſiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies, de modo, que quando èl deſpertò con ſobreſalto, no pudo menearſe, ni hacer otra coſa

mas que admirarse, y suspenderse de vèr delante de sì tan estraños visages; y luego diò en la cuenta de lo que su continua, y desvariada imaginacion le representaba, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas, de aquel encantado Castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear, ni defender: todo à punto, como havia pensado que sucediera el Cura, trazador de esta maquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio, y en su misma figura, el qual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osò descoser su boca, hasta vèr en què paraba aquel assalto y prision de su amo, el qual tampoco hablaba palabra, atendiendo à vèr el paradero de su desgracia, que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper à dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyò una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero (no el del albarda, sino el otro) que decia:

O Cavallero de la Triste Figura! No te dè afincamiento la prision en que vàs, porque assi conviene para acabar mas presto la aventura, en que tu gran esfuerzo te puso, la qual se acabarà quando el furibundo Leon Manchado, con la blanca

blanca paloma Toboſina, yogieren en uno, ya deſpues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoneſco; de cuyo inaudìto conſorcio ſaldràn à luz de Orbe los bravos cachorros, qui imitiràn las rumpantes garras del valeroſo padre: y eſto ſerà antes que el ſeguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas à la viſita de las lucientes imagenes con ſu ràpido, y natural curſo. Y tu, ò el mas noble, y obediente Eſcudero, que tuvo eſpada en cinta, barbas en roſtro, y olfato en las narices, no te deſmaye, ni deſconteute vèr llevar aſsi delante de tus miſmos ojos à la flor de la Cavalleria Andante, que preſto, ſi al paſmador del mundo le place, te veràs tan alto, y tan ſublimado que no te conozcas, y no ſaldràn defraudadas las promeſſas, que te ha fechò tu buen ſeñor. Y aſſegurote de parte de la ſabia Mentironiana, que tu ſalario te ſea pagado, como lo veràs por la obra, y ſigue las piſadas del valeroſo, y encantado Cavallero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es licito decir otra coſa, à Dios quedad, que yo me buelvo adonde yo me sè.

Y al acabar de la profecìa alzò la voz de punto, y diſminuyòla deſpues con tan tierno acento, que aun los ſabidores de la burla eſtuvieron por creer, que era verdad lo que ohìan. Quedò Don Quixote conſolado con la eſcuchada profecìa, porque luego coligiò de todo en todo la ſignificacion de ella, y viò, que le pro-

metian el verſe ayuntados en ſanto, y debido matrimonio con ſu querida Dulcinèa del Toboſo, de cuyo feliz vientre ſaldrian los cachorros, que eran ſus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo eſto bien, y firmemente, alzò la voz, y dando un gran ſuſpiro, dixo: O tu, quien quiera que ſeas, que tanto bien me has pronoſticado; ruegote, que pidas de mi parte al Sabio Encantador, que mis coſas tiene à cargo, que no me dexe perecer en eſta priſion, donde agora me llevan, haſta vèr cumplidas tan alegres, è incomparables promeſſas, como ſon las que aqui ſe me han hecho, que como eſto ſea, tendrè por gloria las penas de mi carcel, y por alivio eſtas cadenes, que me ciñen, y no por duro campo de batalla eſte lecho en que me acueſtan, ſino por cama blanda, y talamo dichoſo. Y en lo que toca à la conſolacion de Sancho Panza mi eſcudero, yo confio de ſu bondad, y buen proceder, que no me dexarà en buena, ni en mala ſuerte; porque quando no ſuceda pòr la ſuya, ò por mi corta ventura, el poderle yo dàr la Inſula, ù otra coſa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos ſu ſalario no podrà perderſe, que en mi teſtamento, que ya eſtà hecho, dexo declarado lo que ſe le ha de dàr, no conforme à ſus muchos, y buenos ſervicios, ſino à la poſsibilidad mia. Sancho Panza ſe le inclinò con mucho comedimiento, y les besò entrambas manos, porque la una no

pu-

pudiera, por eſtàr atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros aquellas viſiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del eſtraño modo con que fue encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famoſos ſuceſſos.

QUando Don Quixote ſe viò de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graves hiſtorias he yo leìdo de Cavalleros Andantes, pero jamàs he leìdo, ni viſto,

viſto, ni oìdo, que à los Cavalleros encantados los lleven de eſta manera, y con el eſpacio que prometen eſtos perezoſos, y tardios animales, porque ſiempre los ſuelen llevar por los ayres con eſtraña ligereza, encerrados en alguna parda, y obſcura nube, ò en algun carro de fuego, ò ya ſobre algun hypogrifo, ù otra beſtia ſemejante; pero que me lleven à mi agora ſobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confuſion; pero quizà la Cavalleria, y los encantos de eſtos nueſtros tiempos deben de ſeguir otro camino, que ſiguieron los Antiguos. Y tambien podria ſer, que como yo ſoy nuevo Cavallero en el mundo, y el primero que ha reſucitado el ya olvidado exercicio de la Cavalleria Aventurera, tambien nuevamente ſe hayan inventado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar à los encantados. Que te parece de eſto, Sancho, hijo? No sè yo lo que me parece, reſpondiò Sancho, por no ſer tan leìdo como vueſtra merced en las eſcrituras Andantes; pero con todo eſſo oſſarìa afirmar, y jurar, que eſtas viſiones, que por aqui andan, no ſon del todo Catholicas. Catholicas, mi padre? reſpondiò Don Quixote: còmo han de ſer Catholicas, ſi ſon todos demonios, que han tomado cuerpos fantaſticos para venir à hacer eſto, y à ponerme en eſte eſtado? Y ſi quieres vèr eſta verdad, tocalos, y palpalos, y veràs como no tienen cuerpos ſino de ayre, y como no conſiſte en mas de

en

en la apariencia. Por Dios, señor, replicò Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propriedad muy diferente de la que yo he ohido decir, que tienen los demonios, porque segun se dice, todos huelen à piedra de azufre, y otros malos olores; pero este huele à ambar de media legua. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, debia de oler à lo que Sancho decia. No te maravilles de esso, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hediondas; y las razones, que como ellos, donde quiera que estàn, traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si à ti te parece, que esse demonio que dices huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte con hacer, que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado; y temiendo Don Fernando, y Cardenio, que Sancho no viniesse à caer del todo en la cuenta de su invencion, à quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al Ventero, le ordenaron, que enfrenasse à Rocinante,

te, y enalbardaſſe el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha preſteza. Ya en eſto el Cura ſe havia concertado con los Quadrilleros, que lo acompañaſſen haſta ſu Lugar, dandoles un tanto cada dia. Colgò Cardenio del arzòn de la ſilla de Rocinante, de el un cabo la adarga, y del otro la vacìa, y por ſeñas mandò à Sancho, que ſubieſſe en ſu aſno, y tomaſſe de las riendas à Rocinante, y puſo à los dos lados de el carro à los dos Quadrilleros con ſus eſcopetas; pero antes que ſe movieſſe el carro, ſaliò la Ventera, ſu hija, y Maritornes à deſpedirſe de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de ſu deſgracia, à quien Don Quixote dixo: No lloreis, mis buenas ſeñoras, que todas eſtas deſdichas ſon anexas à los que profeſſan lo que yo profeſſo; y ſi eſtas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoſo Cavallero Andante; porque à los Cavalleros de poco nombre, y fama, nunca les ſuceden ſemejantes caſos, porque no hay en el mundo quien ſe acuerde de ellos; à los valeroſos sì, que tienen embidioſos de ſu virtud, y valentìa à muchos Principes, y à muchos otros Cavalleros, que procuran por malas vias deſtruir à los buenos; pero con todo eſſo, la virtud es tan poderoſa, que por sì ſola, à peſar de toda la nigromantica, que ſupo ſu primer inventor Zoroaſtes, ſaldrà vencedora de todo trance, y darà de sì luz en el mundo, como la dà el Sol en el Cielo. Perdonadme, fermoſas damas,

mas, ſi algun deſaguiſado por deſcuydo mio os he fecho, que de voluntad, y à ſabiendas jamàs le dì à nadie: Y rogad à Dios me ſaque de eſtas priſiones, donde algun mal intencionado encantador me ha pueſto, que ſi de ellas me veo libre, no ſe me caeràn de la memoria las mercedes, que en eſte Caſtillo me havedes fecho, para gratificarlas, ſervirlas, y recompenſarlas como ellas merecen. En tanto que las damas del Caſtillo eſto paſſaban con Don Quixote, el Cura, y el Barbero ſe deſpedian de Don Fernando, y ſus camaradas, y del Capitan, y de ſu hermano, y de todas aquellas contentas ſeñoras, eſpecialmente de Dorotèa, y Luſcinda. Todos ſe abrazaron, y quedaron de darſe noticia de ſus ſuceſſos; diciendo Don Fernando al Cura, donde havia de eſcrivirle, para aviſarle en lo que paraba Don Quixote, aſſegurandole, que no havria coſa que mas guſto le dieſſe, que ſaberlo; y que èl aſsimiſmo le aviſaria de todo aquello, que èl vieſſe, que podria darle guſto, aſsi de ſu caſamiento, como del Bautiſmo de Zorayda, y ſuceſſo de Don Luis, y buelta de Luſcinda à ſu caſa. El Cura ofreciò de hacer quanto ſe le mandaba con toda puntualidad. Tornaron à abrazarſe otra vez, y otra vez tornaron à nuevos ofrecimientos. El Ventero ſe llegò al Cura, y le diò unos papeles, diciendole, que los havia hallado en un aforro de la maleta, donde ſe hallò la Novela del Curioſo Impertinente; y

que

que pues ſu dueño no havia buelto mas por allí, que ſe los llevaſſe todos, que pues èl no ſabìa leer, no los queria. El Cura ſe lo agradeciò, y abriendolos luego, viò que al principio de lo eſcrito decia: *Novela de Rinconete, y Cortadillo*, por donde entendiò ſer alguna Novela, y coligiò, que pues la del Curioſo Impertinente havia ſido buena, que tambien lo ſeria aquella, pues podria ſer fueſſen todas de un miſmo Author, y aſsi la guardò con preſupueſto de leerla quando tuvieſſe comodidad. Subiò à cavallo, y tambien ſu amigo el Barbero con ſus antifaces, porque no fueſſen luego conocidos de Don Quixote, y puſieronſe à caminar tras el carro; y la orden que llevaba era eſta: Iba primero el carro, guiandole ſu dueño, à los dos lados iban los Quadrilleros, como ſe ha dicho, con ſus eſcopetas; ſeguia luego Sancho Panza ſobre ſu aſno, llevando de la rienda à Rocinante; detràs de todo eſto iban el Cura, y el Barbero ſobre ſus poderoſas mulas, cubiertos los roſtros, como ſe ha dicho, con grave, y repoſado continente, no caminando mas de lo que permitia el paſſo tardo de los bueyes. Don Quixote iba ſentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado à las verjas, con tanto ſilencio, y tanta paciencia, como ſi no fuera hombre de carne, ſino eſtatua de piedra. Y aſsi con aquel aſpacio, y ſilencio caminaron haſta dos leguas, que llegaron à un valle, donde le pareciò

ciò al bueyero ſer lugar acomodado para repoſar, y dàr paſto à los bueyes; y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero, que caminaſſen un poco mas, porque èl ſabia detràs de un recueſto, que cerca de alli ſe moſtraba, havia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomòſe el parecer del Barbero, y aſsi tornaron à profeguir ſu camino. En eſto bolviò el Cura el roſtro, y viò que à ſus eſpaldas venìan haſta ſeis, ò ſiete hombres de à cavallo, bien pueſtos, y aderezados, de los quales fueron preſto alcanzados, porque caminaban, no con la flema, y repoſo de los bueyes, ſino como quien iba ſobre mulas de Canonigos, y con deſeo de llegar preſto à feſtear à la Venta, que menos de una legua de alli ſe parecia. Llegaron los diligentes à los perezoſos, y ſaludaronſe corteſmente; y uno de los que venìan, que en reſolucion era Canonigo de Toledo, y ſeñor de los demàs que le acompañaban, viendo la concertada proceſsion del carro, Quadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura, y Barbero, y mas à Don Quixote enjaulado, y aprifionado, no pudo dexar de preguntar, què ſignificaba llevar aquel hombre de aquella manera? Aunque ya ſe havia dado à entender, viendo las inſignias de los Quadrilleros, que debia de ſer algun facineroſo ſalteador, ù otro delinquente, cuyo caſtigo tocaſſe à la Santa Hermandad. Uno de los Quadrilleros, à quien fue hecha la pregunta,

gunta, reſpondiò aſsi: Señor, lo que ſignifica ir eſte Cavallero de eſta manera, digalo èl, porque noſotros no lo ſabemos. Oyò Don Quixote la platica, y dixo: Por dicha, vueſtras mercedes, ſeñores Cavalleros, ſon verſados, y perìtos en eſto de la Cavalleria Andante? Porque ſi lo ſon, comunicarè con ellos mis deſgracias; y ſino, no hay para què me canſe en decirlas. Y à eſte tiempo havian ya llegado el Cura, y el Barbero, viendo que los caminantes eſtaban en platicas con Don Quixote de la Mancha, para reſponder de modo, que no fueſſe deſcubierto ſu artificio. El Canonigo, à lo que Don Quixote dixo, reſpondiò: En verdad, hermano, que sè mas de libros de Cavallerias, que de las Sumulas de Villalpando. Aſsi que, ſi no eſtà en mas que en eſto, ſeguramente podeis comunicar conmigo lo que quiſieredes. A la mano de Dios, replicò Don Quixote. Pues aſsi es, quiero, ſeñor Cavallero, que ſapades, que yo voy encantado en eſta jaula, por embidia, y fraude de malos encantadores, que la virtud es mas perſeguida de los malos, que amada de los buenos. Cavallero Andante ſoy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamàs la fama ſe acordò para eternizarlos en ſu memoria, ſino de aquellos, que à deſpecho, y peſar de la miſma embidia, y de quantos Magos criò Perſia, Bracmanes la India, Ginoſofiſtas la Etiopia, ha de poner ſu nombre en el templo de la inmortalidad, para

que

que ſirva de exemplo, y dechado en los venideros ſiglos, donde los Cavalleros Andantes vean los paſſos que han de ſeguir, ſi quiſieren llegar à la cumbre, y alteza honroſa de las armas. Dice verdad el Señor Don Quixote de la Mancha, dixo à eſta ſazon el Cura, que èl và encantado en eſta carreta, no por ſus culpas, y pecados, ſino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud enfada, y la valentìa enoja. Eſte es, ſeñor, el Cavallero de la Triſte Figura, ſi ya le ohìſteis nombrar en aquel tiempo, cuyas valeroſas hazañas, y grandes hechos ſeràn eſcritas en bronces duros, y en eternos marmoles, por mas que ſe canſe la embidia en obſcurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preſo, y al libre en ſemejante eſtilo, eſtuvo por hacerſe la Cruz de admirado, y no podia ſaber lo que le havia acontecido; y en la miſma admiracion cayeron todos los que con èl venian. En eſto Sancho Panza, que ſe havia acercado à ohìr la platica, para adobarlo todo, dixo: Ahora, ſeñores, quieranme bien, ò quieranme mal por lo que dixere, el caſo de ello es, que aſsi và encantado mi ſeñor Don Quixote, como mi madre; èl tiene ſu entero juicio, èl come, y bebe, y hace ſus neceſsidades como los demàs hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulaſſen. Siendo eſto aſsi, còmo quieren hacerme à mi entender, que và encantado? Pues yo he ohìdo decir à

mucha-

muchas perſonas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, ſi no le vàn à la mano, hablarà mas que treinta Procuradores; y bolviendoſe à mirar al Cura, proſiguiò diciendo: Ha ſeñor Cura, ſeñor Cura penſaba vueſtra merced, que no le conozco, y penſarà, que yo no lo calo, y adivino adonde ſe encaminan eſtos nuevos encantamientos? Pues ſepa, que le conozco, por mas que ſe encubra el roſtro, y ſepa que le entiendo, por mas que diſſimule ſus embuſtes. En fin, donde reyna la embidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay eſcasèz, la liberalidad. Mal haya el diablo, que ſi por ſu Reverencia no fuera, eſta fuera ya la hora, que mi ſeñor eſtuviera caſado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no ſe podia eſperar otra coſa, aſsi de la bondad de mi ſeñor el de la Triſte Figura, como de la grandeza de mis ſervicios; pero ya veo, que es verdad lo que ſe dice por ahì, que la rueda de la fortuna anda mas liſta, que una rueda de molino, y que los que ayer eſtaban en pinganitos, hoy eſtàn por el ſuelo. De mis hijos, y de mi muger me peſa, pues quando podian, y debian eſperar vèr entrar à ſu padre por ſus puertas hecho Governador, ò Viſorrey de alguna Inſula, ò Reyno, le veràn entrar hecho mozo de cavallos. Todo eſto que he dicho, ſeñor Cura, no es mas de por encarecer à ſu Paternidad haga conciencia del mal tratamiento, que

à mi ſeñor ſe le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida eſta priſion de mi amo, y ſe le haga cargo de todos aquellos ſocorros, y bienes que mi ſeñor Don Quixote dexa de hacer en todo eſte tiempo que eſtà preſo. Adobame eſſos candiles, dixo à eſte punto el Barbero. Tambien vos, Sancho, ſois de la cofradia de vueſtro amo? Vive el Señor, que voy viendo que le haveis de tener compañia en la jaula, y que haveis de quedar tan encantado como èl, por lo que os toca de ſu humor, y de ſu Cavalleria. En mal punto os empeñaſtes de ſus promeſſas, y en mala hora ſe os entrò en los caſcos la Inſula, que tanto deſeais. Yo no eſtoy preñado de nadie, reſpondiò Sancho, ni ſoy hombre que me lo dexaria hacer del Rey que fueſſe, y aunque pobre, ſoy Chriſtiano viejo, y no debo nada à nadie; y ſi Inſulas deſeo, otros deſean otras coſas peores, y cada uno es hijo de ſus obras, y debaxo de ſer hombre puedo venir à ſer Papa, quanto mas Governador de una Inſula, y mas pudiendo ganar tantas mi ſeñor, que le falte à quien darlas. Vueſtra merced mire como habla, ſeñor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo và de Pedro à Pedro: digolo, porque todos nos conocemos, y à mi no ſe me ha de echar dado falſo; y en eſto del encanto de mi amo, Dios ſabe la verdad, y quedeſe aqui, porque es peor menearlo. No quiſo reſponder el Barbero à Sancho, porque no deſcubrieſſe con ſus ſimplici-

plicidades lo que èl, y el Cura tanto procuraban encubrir. Y por eſte miſmo temor havia el Cura dicho al Canonigo, que caminaſſe un poco adelante, que èl le diria el miſterio del enjaulado, con otras coſas, que le dieſſen guſto. Hizolo aſſi el Canonigo, y adelantòſe con ſus criados, y con èl: eſtuvo atento à todo aquello que decirle quiſo de la condicion, vida, locura, y coſtumbres de Don Quixote, contandole brevemente el principio, y cauſa de ſu deſvarìo, y todo el progreſſo de ſus ſuceſſos, haſta haverlo pueſto en aquella jaula, y el deſignio que llevaban de llevarle à ſu tierra, para vèr ſi por algun medio hallaban remedio à ſu locura. Admiraronſe de nuevo los criados, y el Canonigo de ohìr la peregrina hiſtoria de Don Quixote; y en acabandola de ohìr, dixo: Verdaderamente, ſeñor Cura, yo hallo por mi cuenta, que ſon perjudiciales en la Republica eſtos que llaman libros de Cavallerias; y aunque he leìdo, llevado de un ocioſo, y falſo guſto, caſi el principio de todos los mas que hay impreſſos, jamàs me he podido acomodar à leer ninguno del principio al cabo, porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos ſon una miſma coſa, y no tiene mas eſte, que aquel, ni eſtotro, que el otro; y ſegun à mi me parece, eſte genero de eſcritura, y compoſicion cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Mileſias, que ſon cuentos diſparatados, que atienden ſolamente à deleytar, y no

à enseñar: Al contrario de lo que hacen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleytar, no sè yo como puedã conseguirle yendo llenos de tantos, y tan desaforados disparates, que el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia, que vè, ò contempla en las cosas, que la vista, ò la imaginacion le ponen delante; y toda cosa, que tiene en sì fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues què hermosura puede haver, ò què proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ò fabula, donde un mozo de diez y seis años dà una cuchillada à un Gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? Y que quando nos quieren pintar una batalla, despues de haver dicho, que hay de la parte de los enemigos un millon de compitientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, havemos de entender, que el tal Cavallero alcanzò la victoria por solo el valor de su fuerte brazo? Pues què dirèmos de la facilidad con que una Reyna, ò Emepratriz heredera, se conduce en los brazos de un Andante, y no conocido Cavallero? Què ingenio, si no es el del todo barbaro, è inculto, podrà contentarse, leyendo, que una gran torre, llena de Cavalleros, và por la Mar adelante, como Nave, con

proſpero viento, y hoy anochece en Lombardìa, y mañana amanezca en tierras del Preſte Juan de las Indias, ò en otras, que ni las deſcubriò Tolomèo, ni las viò Marco Polo? Y ſi à eſto ſe me reſpondieſſe, que los que tales libros componen, los eſcriven como coſas de mentira, y que aſsi no eſtàn obligados à mirar en delicadezas, ni verdades, reſponderiales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoſo, y poſsible. Hanſe de caſar las fabulas mentiroſas con el entendimiento de los que las leyeren, eſcriviendoſe de ſuerte, que facilitando los impoſsibles, allanando las grandezas, ſuſpendiendo los animos, admiren, ſuſpendan, alborocen, y entretengan, de modo, que anden à un miſmo paſſo la admiracion, y la alegria juntas; y todas eſtas coſas no podrà hacer el que huyere de la veriſimilitud, y de la imitacion, en quien conſiſte la perfeccion de lo que ſe eſcrive. No he viſto en ningun libro de Cavallerias, qua haga un cuerpo de fabula entero, con todos ſus miembros, de manera, que el medio correſponda al principio, y el fin al principio, y al medio, ſino que los componen con tantos miembros, que mas parece, que llevan intencion à formar una quimera, ò un monſtruo, que à hacer una figura proporcionada. Fuera de eſto, ſon en el eſtilo duros, en las hazañas increìbles, en los amores laſcivos, en

las

las corteſias mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, diſparatados en los viages; finalmente, agenos de todo diſcreto artificio, y por eſto dignos de ſer deſterrados de la Republica Chriſtiana, como à gente inutil. El Cura le eſtuvo eſcuchando con grande atencion, y pareciòle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decia; y aſsi le dixo, que por ſer èl de ſu miſma opinion, y tener ojeriza à los libros de Cavallerias, havia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos; y contòle el eſcrutinio que de ellos havia hecho, y los que havia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco ſe riyò el Canonigo, y dixo, que con todo quanto mal havia dicho de tales libros, hallaba en ellos una coſa buena, que era el ſugeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudieſſe moſtrarſe en ellos, porque daban largo, y eſpacioſo campo, por donde, ſin empacho alguno, pudieſſe correr la pluma, deſcubriendo naufragios, tormentas, reencuentros, y batallas, pintando un Capitan valeroſo, con todas las partes que para ſer tal ſe requieren; moſtrandoſe prudente, previniendo las aſtucias de ſus enemigos, y eloquente Orador, perſuadiendo, ò diſſuadiendo à ſus Soldados, maduro en el conſejo, preſto en lo determinado, tan valiente en el eſperar, como en el acometer. Pintando, ahora un lamentable, y tragico ſuceſſo, ahora un alegre, y no penſa-

do acontecimiento ; alli una hermoſiſsima dama , honeſta , diſcreta , y recatada ; aqui un Cavallero Chriſtiano , valiente , y comedido; acullà un deſaforado Barbaro fanfarron ; acà un Principe cortès, valeroſo , y bien mirado , repreſentando bondad , y lealtad de vaſſallos, grandezas , y mercedes de ſeñores ; ya puede moſtrarſe Aſtrologo, ya Coſmographo excelente, ya Muſico , ya inteligente en las materias de eſtado , y tal vez le vendrà ocaſion de moſtrarſe Nigromante, ſi quiſiere. Puede moſtrar las aſtucias de Uliſes , le piedad de Enèas , la valentìa de Aquiles, las deſgracias de Hector , las traìciones de Sinon, la amiſtad de Eurialo , la liberalidad de Alexandro, el valor de Ceſar , la clemencia , y verdad de Trajano , la fidelidad de Zopiro , la prudencia de Catòn ; y finalmente todas aquellas acciones, que pueden hacer perfecto à un varon iluſtre , ahora poniendolas en uno ſolo, ahora dividiendolas en muchos; y ſiendo eſto hecho con apacibilidad de eſtilo , y con ingenioſa invencion , que tire lo mas que fuere poſsible à la verdad , ſin duda compondrà una tela de varios , y hermoſos lazos texida , que deſpues de acabada , tal perfeccion , y hermoſura mueſtre, que conſiga el fin mejor que ſe pretende en los eſcritos , que es enſeñar , y deleytar juntamente , como ya tengo dicho ; porque la eſcritura deſatada de eſtos libros dà lugar à que el Author pueda moſtrarſe Epico , Lyrico,

Tra-

Tragico, Comico, con todas aquellas partes, que encierran en sì las dulciſsimas, y agradables ciencias de la Poeſia, y de la Oratoria, que la Epica tambien puede eſcrivirſe en proſa, como en verſo.

CAPITULO XLVIII.

Donde proſigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerìas, con otras coſas dignas de ſu ingenio.

ASſi es como vueſtra merced dice, ſeñor Canonigo, dixo el Cura, y por eſta cauſa ſon mas dignos de reprehenſion los que haſta aqui han compueſto ſemejantes libros, ſin tener advertencia à ningun buen diſcurſo, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarſe, y hacerſe famoſos en proſa, como lo ſon en verſo los dos Principes de la Poeſia Griega, y Latina. Yo à lo menos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de Cavallerias, guardando en èl todos los puntos que he ſignificado; y ſi he de confeſſar la verdad, tengo eſcritas mas de cien ojas, y para hacer la experiencia de ſi correſpondian à mi eſtimacion, las he comunicado con hombres apaſsionados de eſta leyenda, doctos, y diſcretos; y con otros ignorantes, que ſolo atienden al guſto de ohìr diſparates,

tes, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, assi por parecerme que hago cosa agena de mi profession, como por vèr que es mas el numero de los simples, que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de lo pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, à quien por la mayor parte toca leer semejantes libros; pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las Comedias que ahora se representan diciendo: Si estas que ahora se usan, assi las imaginadas, como las de historia, todas, ò las mas son conocidos disparates, y cosas, que no llevan pies, ni cabeza, y con todo esso el vulgo las oye con gusto, y las tiene, y las aprueba por buenas, estando tan lexos de serlo; y los Authores que las componen, y los Actores que las representan, dicen que assi han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que llevan traza, y siguen la fabula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos, que las entienden, y todos los demàs se quedan ayunos de entender su artificio, y que à ellos les està mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: De este modo vendrà à ser un libro, al cabo de haverme quemado las cejas por guardar los preceptos

refe-

referidos, y vendrè à ſer Saſtre del Campillo; y aunque algunas veces he procurado perſuadir à los Actores, que ſe engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente traeràn, y mas fama cobraràn repreſentando Comedias, que hagan el arte, que no con las diſparatadas; y eſtàn tan aſidos, è incorporados en ſu parecer, que no hay razon, ni èvidencia que de èl los ſaque. Acuerdome, que un dia dixe à unos de eſtos pertinaces: Decidme, no os acordais que hà pocos años que repreſentaron en Eſpaña tres tragedias, que compuſo un famoſo Poeta de eſtos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y ſuſpendieron à todos quantos las oyeron, aſsi ſimples, como prudentes, aſsi del vulgo, como de los eſcogidos; y dieron mas dineros à los Repreſentantes ellas tres ſolas, que treinta de las mejores que deſpues acà ſe han hecho? Sin duda, reſpondiò el Author que digo, que debe de decir vueſtra merced por *La Iſabela*, *La Filis*, y *La Alexandra*? Por eſſas digo, repliquè yo; y mirad ſi guardaban bien los preceptos del arte, y ſi por guardarlos, dexaron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo? Aſsi que, no eſtà la falta en el vulgo, que pide diſparates, ſino en aquellos que no ſaben repreſentar otra coſa; si que no fue diſparate *La Ingratitud vengada*, ni le tuvo *La Numancia*, ni ſe le hallò en la de *El Mercader amante*, ni menos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algu-

algunas, que de algunos entendidos Poetas han ſido compueſtas, para fama, y renombre ſuyo, y para ganancia de los que las han repreſentado; y otras coſas añadì à eſtas, con que à mi parecer le dexè algo confuſo, pero no ſatisfecho, ni convencido, para ſacarle de ſu errado penſamiento. En materia ha tocado vueſtra merced, ſeñor Canonigo, dixo à eſta ſazon el Cura, que ha deſpertado en mi un antiguo rencòr, que tengo con las Comedias que ahora ſe uſan, tal, que iguala al que tengo con los libros de Cavallerias; porque hablando de la Comedia, ſegun le parece à Tulio, es eſpejo de la vida humana, exemplo de las coſtumbres, è imagen de la verdad; las que agora ſe repreſentan ſon eſpejos de diparates, exemplos de necedades, è imagenes de laſcivia; porque què mayor diſparate puede ſer en el ſujeto que tratamos, que ſalir un niño en mantillas en la primera Scena del primer acto, y en la ſegunda ſalir ya hecho hombre barbado? Y què mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retorico, un page Conſegero, un Rey ganapàn, y una Princeſa fregona? Què dirè, pues, de la obſervancia que guardan en los tiempos, en que pueden, ò podian ſuceder las acciones que repreſentan, ſino que he viſto Comedia; que la primera jornada comenzò en Europa, la ſegunda en Aſsia, la tercera ſe acabò en Africa, y aun ſi fuera de quatro jornadas, la quarta acabàra en America,

y aſsi ſe huviera hecho en todas las quatro partes del mundo? Y ſi es que la imitacion es lo principal que ha de tener la Comedia, còmo es poſsible que ſatisfaga à ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion, que paſsò en tiempo del Rey Pipino, y Carlo Magno, el miſmo que en ella hace la perſona principal, le atribuyan, que fue el Emperador Eraclio, que entrò con la Cruz en Jeruſalèn, y el que ganò la Caſa Santa, como Godofre de Bullòn, haviendo infinitos años de lo uno à lo otro, y fundandoſe la Comedia ſobre coſa fingida, atribuirle verdades de hiſtoria, y mezclarle pedazos de otras ſucedidas à diferentes perſonas, y tiempos; y eſto no con trazas veroſimiles, ſino con patentes errores, de todo punto ineſcuſables? Y es lo malo que hay ignorantes que digan, que eſto es lo perfecto, y que lo demas es buſcar gullorias. Pues què ſi venimos à las Comedias Divinas, què de milagros falſos fingen en ellas? Què de coſas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo à un Santo los milagros de otro? Y aùn en las humanas ſe atreven à hacer milagros, ſin mas reſpeto, ni conſideracion, que parecerles, que alli eſtarà bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante ſe admire, y venga à la Comedia: que todo eſto es en perjuicio de la verdad, y en menoſcabo de las Hiſtorias, y aun en oprobio de los Ingenios Eſpañoles; porque los

Eſtran-

Eſtrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la Comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los abſurdos, y diſparates de las que hacemos. Y no ſerìa baſtante diſculpa de eſto decir, que el principal intento, que las Republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que ſe hagan publicas Comedias, es para entretener la Comunidad con alguna honeſta recreacion, y divertirla à veces de los malos humores, que ſuele engendrar la ociosidad; y que pues eſte ſe conſigue con qualquier Comedia buena, ò mala, no hay para què poner leyes, ni eſtrechar à los que las componen, y repreſentan à que las hagan como debian hacerſe; pues, como he dicho, con qualquiera ſe conſigue lo que con ellas ſe pretende? A lo qual reſponderia yo, que eſte fin ſe conſeguiria mucho mejor, ſin comparacion alguna, con las Comedias buenas, que con las no tales; porque de haver ohìdo la Comedia artificioſa, y bien ordenada, ſaldria el oyente alegre con las burlas, enſeñado con las veras, admirado de los ſuceſſos, diſcreto con las razones, advertido con los embuſtes, ſagàz con los exemplos, ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos eſtos afectos ha de deſpertar la buena Comedia en el animo del que la eſcuchare, por ruſtico, y torpe que ſea. Y de toda impoſsibilidad es impoſsible dexar de alegrar, y entretener, ſatisfacer, y contentar la Comedia, que todas eſtas

partes

partes tuviere, mucho mas, que aquella, que careciere de ellas, como por la mayor parte carecen eſtas, que de ordinario ahora ſe repreſentan. Y no tienen la culpa de eſto los Poetas que las componen, porque algunos hay de ellos, que conocen muy bien en lo que yerran, y ſaben eſtremadamente lo que deben hacer; pero como las Comedias ſe han hecho mercaderìa vendible, dicen, y dicen verdad, que los Repreſentantes no ſe las compràran ſi no fueſſen de aquel jaèz; y aſsi el Poeta procura acomodarſe con lo que el Repreſentante, que le ha de pagar ſu obra, le pide. Y que eſto ſea verdad, veaſe por muchas, è infinitas Comedias, que ha compueſto un feliciſsimo Ingenio de eſtos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verſo, con tan buenas razones, con tan graves ſentencias, y finalmente, tan llenas de elocucion, y alteza de eſtilo, que tiene lleno el mundo de ſu fama; y por querer acomodarſe al guſto de los Repreſentantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion, que requieren. Otros las componen tan ſin mirar lo que hacen, que deſpues de repreſentadas, tienen neceſsidad los Recitantes de huirſe, y auſentarſe, temeroſos de ſer caſtigados, como lo han ſido muchas veces, por haver repreſentado coſas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos eſtos inconvenientes ceſſarìan, y aun otros muchos

mas,

mas, que no digo, con que huvieſſe en la Corte una perſona inteligente, y diſcreta, que examinaſſe todas las Comedias antes que ſe repreſentaſſen, no ſolo aquellas, que ſe hicieſſen en la Corte, ſino todas las que ſe quiſieſſen repreſentar en Eſpaña: ſin la qual aprobacion, ſello, y firma, ninguna Juſticia en ſu Lugar dexaſſe repreſentar Comedia alguna; y de eſta manera los Comediantes tendrian cuidado de embiar las Comedias à la Corte, y con ſeguridad podrian repreſentarlas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuidado, y eſtudio lo que hacian, temeroſos de haver de paſſar ſus obras por el riguroſo examen de quien lo entiende; y de eſta manera ſe harian buenas Comedias, y ſe conſeguiria feliciſsimamente lo que en ellas ſe pretende, aſsi el entretenimiento del Pueblo, como la opinion de los ingenios de Eſpaña, el interès, y ſeguridad de los Recitantes, y el ahorro de el cuidado de caſtigarlos. Y ſi ſe dieſſe cargo à otro, ò à eſte miſmo, que examinaſſe los libros de Cavallerias, que de nuevo ſe compuſieſſen, ſin duda podrian ſalir algunos con la perfeccion que vueſtra merced ha dicho, enriqueciendo nueſtra lengua del agradable, y precioſo teſoro de la eloquencia, dando ocaſion, que los libros viejos ſe eſcurecieſſen à la luz de los nuevos, que ſalieſſen, para honeſto paſſatiempo, no ſolamente de los ocioſos, ſino de los mas ocupados, pues no es poſsible, que eſtè continuo el arco armado,

do, ni la condicion, y flaqueza humana ſe pueda ſuſtentar ſin alguna licita recreacion. A eſte punto de ſu coloquio llegaban el Canonigo, y el Cura, quando adelantandoſe el Barbero, llegò à ellos, y dixo al Cura: Aqui, ſeñor Licenciado, es el lugar, que yo dixe que era bueno para que feſteando noſotros, tuvieſſen los bueyes freſco, y abundoſo paſto. Aſsi me lo parece à mi, reſpondiò el Cura; y diciendole al Canonigo lo que penſaba hacer, èl tambien quiſo quedarſe con ellos, combidado de el ſitio de un hermoſo valle, que à la viſta ſe les ofrecia; y aſsi por gozar de èl, como de la converſacion del Cura, de quien ya ſe iba aficionando, y por ſaber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandò à algunos de ſus criados, que ſe fueſſen à la Venta, que no lexos de alli eſtaba, y traxeſſen de ella lo que huvieſſe de comer para todos, porque èl determinaba de feſtear en aquel lugar aquella tarde. A lo qual uno de ſus criados reſpondiò: Que el acemila del repueſto, que ya debia de eſtàr en la Venta, traìa recado baſtante para no obligar à no tomar de la Venta mas que cebada. Pues aſsi es, dixo el Canonigo, llevenſe allà todas las cavalgaduras, y haced bolver la acemila. En tanto que eſto paſſaba, viendo Sancho que podia hablar à ſu amo ſin la continua aſsiſtencia del Cura, y el Barbero, que tenia por ſoſpechoſos, ſe llegò à la jaula donde iba ſu amo, y le dixo: Señor, para deſcargo

go de mi conciencia, le quiero decir lo que paſſa cerca de ſu encantamiento, y es, que aqueſtos que vienen aqui encubiertos los roſtros, ſon el Cura de nueſtro Lugar, y el Barbero, y imagino han dado eſta traza de llevarle de eſta manera, de pura embidia que tienen, como vueſtra merced ſe les adelanta en hacer famoſos hechos. Preſupueſta, pues, eſta verdad, ſigueſe, que no và encantado, ſino embuido, y tonto; para prueba de lo qual le quiero preguntar una coſa, y ſi me reſponde, como creo que me ha de reſponder, tocarà con la mano eſte engaño, y verà como no và encantado, ſino traſtornado el juicio. Pregunta lo que quiſieres, hijo Sancho, reſpondiò Don Quixote, que yo te ſatisfarè, y reſponderè à toda tu voluntad. Y en lo que dices, que aquellos, que alli vàn, y vienen con noſotros, ſon el Cura, y el Barbero, nueſtros compatriotas, y conocidos, bien podrà ſer que parezca que ſon ellos miſmos, pero no que lo ſean realmente; y en efecto, eſſo no lo creas en ninguna manera: Lo que has de creer, y entender es, que ſi ellos ſe les parecen, como dices, debe de ſer, que los que me han encantado havràn tomado eſſa apariencia, y ſemejanza, porque es facil à los encantadores tomar la figura que ſe les antoja, y havràn tomado las de eſtos nueſtros amigos, para darte à ti ocaſion de que pienſes lo que pienſas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à ſalir de èl,

aun-

aunque tuvieſſes la ſoga del Tesèo: y tambien lo havràn hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no ſepa atinar de donde me viene eſte daño; porque ſi por una parte tu me dices, que me acompañan el Barbero, y el Cura de nueſtro Pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sè de mi, que fuerzas humanas, como no fueran ſobrenaturales, no fueran baſtantes para enjaularme; què quieres que diga, ò pienſe, ſino que la manera de mi encantamiento excede à quantas yo he leìdo en todas las hiſtorias, que tratan de Cavalleros Andantes, que han ſido encantados? Aſsi que bien puede darſe paz, y ſoſsiego en eſto de creer que ſon los que dices, porque aſsi ſon ellos como yo ſoy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo, dì, que yo te reſponderè, aunque me preguntes de aqui à mañana. Valame Nueſtra Señora! reſpondiò Sancho, dando una gran voz; y es poſsible, que ſea vueſtra merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no heche de vèr, que es pura verdad la que le digo, y que en eſta ſu priſion, y deſgracia tiene mas parte la malicia, que el encanto? Pero pues aſsi es, yo le quiero probar evidentemente como no và encantado. Si no digame, aſsi Dios le ſaque de eſta tormenta, y aſsi ſe vea en los brazos de mi ſeñora Dulcinèa quando menos ſe pienſe. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quiſieres, que ya te he dicho

que

que te reſponderè con toda puntualidad. Eſſo pido, replicò Sancho; y lo que quiero ſaber es, que me diga, ſin añadir, ni quitar coſa ninguna, ſino con toda verdad, como ſe eſpera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profeſſan las armas, como vueſtra merced las profeſſa, debaxo de titulo de Cavalleros Andantes. Digo, que no mentirè en coſa alguna, reſpondiò Don Quixote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me canſas con tantas ſalvas, plegarias, y prevenciones, Sancho. Digo, que yo eſtoy ſeguro de la bondad, y verdad de mi amo; y aſsi, porque hace al caſo à nueſtro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ſi acaſo, deſpues que vueſtra merced và enjaulado, y à ſu parecer encantado en eſta jaula, le ha venido gana, y voluntad da hacer aguas mayores, ò menores, como ſuele decirſe? No entiendo eſſo de hacer aguas, Sancho, aclarate mas, ſi quieres que te reſponda derechamente. Es poſsible, que no entienda vueſtra merced de hacer aguas mayores, ò menores? Pues en la Eſcuela deſtetan à los muchachos con ello; pues ſepa, que quiere decir, ſi le ha venido gana de hacer lo que no ſe eſcuſa. Ya, ya te entiendo, Sancho, y muchas veces, y aun ahora la tengo, ſacame de eſte peligro, que no anda todo limpio.

CAPI-

CAPITULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio, que Sancha Panza tuvo con su señor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo; esto es lo que yo deseaba saber, como al alma, y como à la vida. Venga acà, señor, podria negar lo que comunmente suele decirse por ahì, quando una persona està de mala voluntad: No sè què tiene Fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde à proposito à lo que le preguntan, que no parece sino que està encantado? De donde se viene à sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales, que yo digo, estos tales estàn encantados; pero no aquellos que tienen la gana, que vuestra merced tiene, y que bebe quando se lo dàn, y come quando lo tiene, y responde à todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondiò D. Quixote; pero ya te he dicho, que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se huviesse mudado de unos en otros, y que agora se use, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera, que contra el uso de los tiempos no hay que arguir, ni de que hacer consequencias. Yo sè, y tengo para mi, que voy en-

encantado, y eſto me baſta para la ſeguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, ſi yo penſaſſe que no eſtaba encantado, y me dexaſſe eſtàr en eſta jaula, perezoſo, y cobarde, defraudando el ſocorro, que podria dàr à muchos meneſteroſos, y neceſsitados, que de mi ayuda, y amparo deben tener à la hora de ahora preciſa, y extrema neceſsidad. Pues con todo eſſo, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y ſatisfaccion, ſerìa bien, que vueſtra merced probaſſe à ſalir de eſta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitarlo, y aun ſacarle de ella, y probaſſe de nuevo à ſubir ſobre ſu buen Rocinante, que tambien parece que và encantado, ſegun và de melancolico, y triſte; y hecho eſto, probaſſemos otra vez la ſuerte de buſcar mas aventuras, y ſino nos ſucedieſſe bien, tiempo nos queda para bolvernos à la jaula, en la qual prometo, à la ley de buen, y leal Eſcudero, de encerrarme juntamente con vueſtra merced, ſi acaſo fuere vueſtra merced tán deſdichado, ò yo tan ſimple, que no acierte à ſalir con lo que digo. Yo ſoy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicò Don Quixote; y quando tu veyas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecerè en todo, y por todo; pero tu, Sancho, veràs como te engañas en el conocimiento de mi deſgracia. En eſtas platicas ſe entretuvieron el Cavallero Andante, y el mal andante Eſcudero, haſta que lle-

llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deshunciò luego los bueyes de la carreta el bueyero, y dexòlos andar à ſus anchuras por aquel verde, y apacible ſitio, cuya freſcura combidaba à querer-la gozar, no à las perſonas tan encantadas como Don Quixote, ſino à los tan advertidos, y diſcretos como ſu Eſcudero, el qual rogò al Cura, que permitieſſe que ſu ſeñor ſalieſſe por un rato de la jaula, porque ſi no le dexaban ſalir, no iria tan limpia aquella priſion, como requeria la decencia de un tal Cavallero como ſu amo. Entendiòle el Cura, y dixo, que de muy buena gana harìa lo que le pedia, ſi no temiera, que en viendoſe ſu ſeñor en libertad havia de hacer de las ſuyas, y irſe donde jamàs gentes le vieſſen. Yo le fio de la fuga, reſpondiò Sancho. Y yo, y todo, dixo el Canonigo; y mas ſi èl me dà la palabra, como Cavallero, de no apartarſe de noſotros haſta que ſea nueſtra voluntad. Sì doy, reſpondiò Don Quixote, que todo lo eſtaba eſcuchando; quanto mas, que el que eſtà encantado como yo, no tiene libertad para hacer de ſu perſona lo que quiſiere, porque el que le encantò le puede hacer, que no ſe mueva de un lugar en tres ſiglos; y ſi huviere huìdo, le harà bolver en bolandas; y que pues eſto era aſsi, bien podian ſoltarle, y mas ſiendo tan en provecho de todos; y de no ſoltarle, les proteſtaba, que no podia dexar de fatigarles el

olfato, si de alli no se desviaban. Tomòle la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fee, y palabra le desenjaularon, de que èl se alegrò infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su Bendita Madre, flor, y espejo de los cavallos, que presto nos hemos de vèr los dos qual deseamos; tu con tu señor acuestas, y yo encima de tì, exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diciendo esto Don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner por obra lo que su Escudero ordenasse. Mirabalo el Canonigo, y admirabase de vèr la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba, y respondia, mostraba tener bonissimo entendimiento; solamente venìa à perder los estrivos, como otras veces se ha dicho, en tratandole de Cavallerias; y assi movido de compassion, despues de haverse sentado todos en la verde yerva, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es possible, señor Hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa lectura de los libros de Cavallerias, que le hayan buelto el juicio de modo, que venga à creer, que và encantado, con otras cosas de este jaèz, tan lexos de ser verdade-

daderas, como lo eſtà la mentira de la verdad? Y còmo es poſsible, que haya entendimiento humano, que ſe dè à entender, que ha havido en el mundo aquella infinidad de Amadiſes, y aquella turbamulta de tanto famoſo Cavallero, tanto Emperador de Trapiſonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto Palafrèn, tanta Doncella andante, tantas Sierpes, tantos Endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas Aventuras, tanto genero de encantamientos, tantas Batallas, tantos deſaforados Encuentros, tanta bizarrìa de Trages, tantas Princeſas enamoradas, tantos Eſcuderos Condes, tantos Enanos gracioſos, tanto Billete, tanto Requiebro, tantas Mugeres valientes; y finalmente tantos, y tan diſparatados caſos, como los libros de Cavallerias contienen? De mi sè decir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en penſar, que ſon todos mentira, y liviandad, me dàn algun contento; pero quando caygo en la cuenta de lo que ſon, doy con el mejor de ellos en la pared; y aun diera con èl en el fuego, ſi cerca, ò preſente le tuviera, bien como à merecedores de tal pena, por ſer falſos, y embuſteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como à inventores de nuevas ſectas, y de nuevo modo de vida, y como à quien dà ocaſion, que el vulgo ignorante venga à creer, y tener por verdaderas tantas necedades como contienen; y aun tienen tanto atrevimiento, que

ſe

ſe atreven à turbar los ingenios de los diſcretos, y bien nacidos hidalgos, como ſe echa bien de vèr por lo que con vueſtra merced han hecho, pues le han traìdo à terminos, que ſea forzoſo encerrarle en una jaula, y traerle ſobre un carro de baeyes, como quien trae, ò lleva algun Leon, ò algun Tigre de Lugar en Lugar, para ganar con èl, dexando que le vean. Ea, ſeñor Don Quixote, duelaſe de sì miſmo, y reduzgaſe al gremio de la diſcrecion, y ſepa uſar de la mucha, que el Cielo fue ſervido de darle, empleando el feliciſsimo talento de ſu ingenio en otra lectura, que redunde en aprovechamiento de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra. Y ſi todavia, llevado de ſu natural inclinacion, quiſiere leer ligros de hazañas, y de Cavallerias, lea en la Sacra Eſcritura el de los Juezes, que alli hallarà verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos, como valientes. Un Viriato tuvo Luſitania; un Ceſar Roma; un Anibàl Cartago; un Alexandro Grecia; un Conde Fernan Gonzales Caſtilla; un Cid Valencia; un Gonzalo Fernandez Andaluciа; un Diego Garcia de Paredes Eſtremadura; un Garcia Perez de Bargas Xerèz; un Garcilaſo Toledo; un Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de ſus valeroſos hechos puede entretener, enſeñar, deleytar, y admirar à los mas altos ingenios que los leyeren. Eſta sì ſerà lectura digna de el buen entendimiento de vueſtra merced, ſeñor Don Quixote mio, de

la

la qual ſaldrà erudìto en la Hiſtoria, enamorado de la virtud, enſeñado en la bondad, mejorado en las coſtumbres, y valiente ſin temeridad, oſſado ſin cobardìa; y todo eſto para honra de Dios, provecho ſuyo, y fama de la Mancha, do, ſegun he ſabido, trae vueſtra merced ſu principio, y origen. Atentiſsimamente eſtuvo Don Quixote eſcuchando las razones del Canonigo, y quando viò, que ya havia pueſto fin à ellas, deſpues de haverle eſtado un buen eſpacio mirando, le dixo: Pareceme, ſeñor hidalgo, que la platica de vueſtra merced ſe ha encaminado à querer darme à entender, que no ha havido Cavalleros Andantes en el mundo, y que todos los libros de Cavallerias ſon muy falſos, mentiroſos, dañadores, è inutiles para la Repubica, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, haviendome pueſto à ſeguir la duriſsima profeſsion de la Cavalleria Andante, que ellos enſeñan, negandome, que no ha havido en el mundo Amadiſes, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros Cavalleros de que las Eſcrituras eſtàn llenas. Todo es al pie de la letra, como vueſtra merced lo và relatando, dixo à eſta ſazon el Canonigo. A lo qual reſpondiò Don Quixote: Añadiò tambien vueſtra merced, diciendo, que me havian hecho mucho daño tales libros, pues me havian buelto el juicio, y pueſtome en una jaula, y que me ſerìa mejor hacer la enmienda, y

mudar

mudar de lectura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio, y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto à decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena, que vuestra merced dice que dà à los libros quando los lee, y le enfadan; porque querer dàr à entender à nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros Cavalleros Aventureros, de que estàn colmadas las Historias, serà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta; porque, què ingenio puede haver en el mundo, que pueda persuadir à otro, que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Gui de Borgoña; y lo de Fierabràs con la Puente de Mãtible, que sucediò en el tiempo de Carlo Magno, que voto à tal, que es tanta verdad como es ahora de dia? Y si es mentira, tambien lo debe de ser, que no huvo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en Cuerbo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreveràn à decir, que es mentirosa la Historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amo-

amores de Don Triſtàn, y la Reyna Iſeo, como los de Ginebra, y Lanzarote, haviendo perſonas, que caſi ſe acuerdan de haver viſto à la Dueña Quintañona, que fue la mejor eſcanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es eſto tan aſsi, que me acuerdo yo, que me decia una mi abuela de parte de mi padre, quando veìa alguna Dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, ſe parece à la Dueña Quintañona; de donde arguyo yo, que la debiò de conocer à ella, ò por lo menos debiò de alcanzar à vèr algun retrato ſuyo. Pues quien podrà negar, no ſer verdadera la Hiſtoria de Pierres, y la linda Magalona, pues aun haſta hoy dia ſe vèn en la Armerìa de los Reyes la clavija con que bolvia el cavallo de madera, ſobre quien iba el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timòn de carreta, y junto à la clavija eſtà la ſilla de Babieca, y en Ronceſvalles eſtà el cuerno de Roldàn, tamaño como una grande viga? De donde ſe infiere, que huvo Doce Pares, que huvo Pierres, que huvo Cides, y otros Cavalleros ſemejantes, de eſtos que dicen las gentes, que à ſus aventuras vàn. Sino, digame tambien que no es verdad, que fue Cavallero Andante el valiente Luſitano Juan de Merlo, que fue à Borgoña, y ſe combatiò en la Ciudad de Ras con el famoſo Señor de Charni, llamado Moſen Pierres, y deſpues en la Ciudad de Baſilèa con Moſen Enrique de Remeſtàn, ſaliendo

do

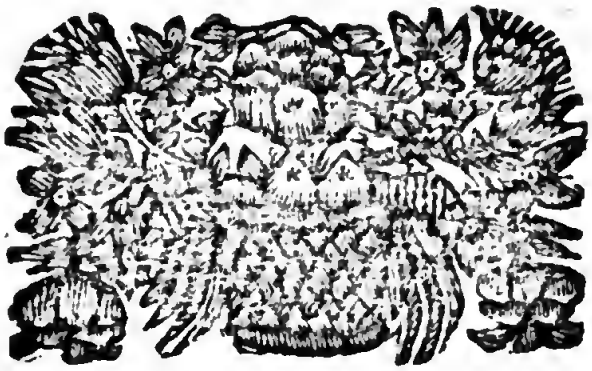
do de entrambas empreſſas vencedor, y lleno de honroſa fama. Y las aventuras, y deſafios, que tambien acabaron en Borgoña los valientes Eſpañoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada, (de cuya alcurnia yo deſciendo por linea recta de varon) venciendo à los hijos del Conde de San Polo. Nieguenme aſsimiſmo, que no fue à buſcar las aventuras à Alemania Don Fernando de Guevara, donde ſe combatiò con Micen Jorge, Cavallero de la Caſa del Duque de Auſtria. Digan, que fueron burla las Juſtas de Suero de Quiñones del Paſſo; las empreſſas de Moſen Luis de Falſes, contra Don Gonzalo de Guzmàn, Cavallero Caſtellano, con otras muchas hazañas hechas por Cavalleros Chriſtianos de eſtos, y de los Reynos eſtrangeros, tan autenticas, y verdaderas, que torno à decir que el que las negaſſe, careceria de toda razon, y buen diſcurſo. Admirado quedò el Canonigo de ohir la mezcla, que Don Quixote hacia de verdades, y mentiras, y de vèr la noticia que tenia de todas aquellas coſas tocantes, y concernientes à los hechos de ſu Andante Cavalleria; y aſsi le reſpondiò: No puedo yo negar, ſeñor Don Quixote, que no ſea verdad algo de lo que vueſtra merced ha dicho, eſpecialmente en lo que toca à los Cavalleros Andantes Eſpañoles; y aſsimiſmo quiero conceder, que huvo Doce Pares de Francia, pero no quiero creer, que hicieron todas aquellas coſas, que el Arzobiſpo Turpin de ellos eſcri-

eſcrive; porque la verdad de ello es, que fueron Cavalleros eſcogidos por los Reyes de Francia, à quien llamaron Pares, por ſer todos iguales en valor, en calidad, y en valentìa; à lo menos ſi no lo eran, era razon que lo fueſſen, y era como una Religion de las que ahora ſe uſan de Santiago, ò de Calatrava, que ſe preſupone que los que la profeſſan han de ſer, ò deben ſer Cavalleros valeroſos, valientes, y bien nacidos; y como ahora dicen Cavallero de San Juan, ò de Alcantara, decian en aquel tiempo, Cavallero de los Doce Pares, porque no fueron doce iguales los que para eſta Religion Militar ſe eſcogieron. En lo de que huvo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En el otro de la clavija, que vueſtra merced dice del Conde Pierres, y que eſtà junto à la ſilla de Babieca en la Armerià de los Reyes, confieſſo mi pecado, que ſoy tan ignorante, ò tan corto de viſta, que aunque he viſto la ſilla, no he echado de vèr la clavija, y mas ſiendo tan grande como vueſtra merced ha dicho. Pues alli eſtà, ſin duda alguna, replicò Don Quixote, y por mas ſeñas dicen, que eſtà metida en una funda de baqueta, porque no ſe tome de moho. Todo puede ſer, reſpondiò el Canonigo; pero por las Ordenes que recibì, que no me acuerdo haverlo viſto; mas pueſto que conceda que eſtà alli, no por eſſo me obligo à

creer

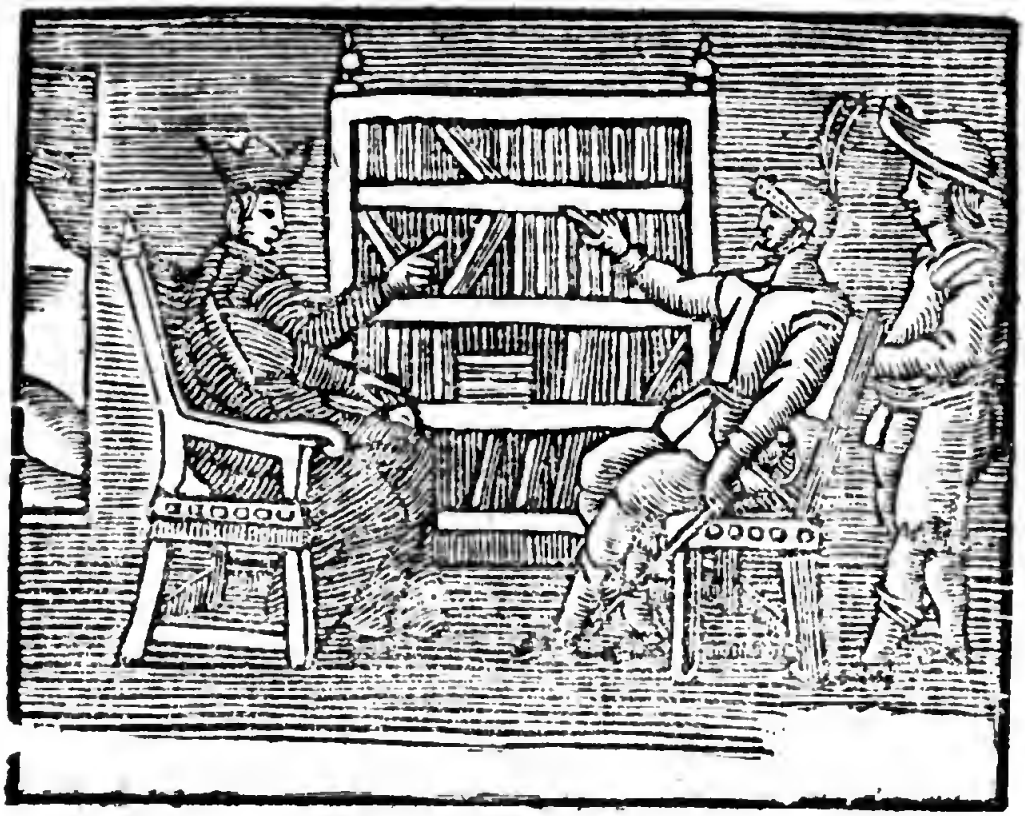
creer las hiſtorias de tantos Amadiſes, ni las de tanta turbamulta de Cavalleros como por ahì nos cuentan; ni es razon que un hombre como vueſtra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, ſe dè à entender que ſon verdaderas tantas, y tan eſtrañas locuras como las que eſtàn eſcritas en los diſparatados libros de Cavallerias.

* *
*



CAPITULO L.

De las diſcretas altercaciones, que Don Quixote, y el Canonigo tuvieron, con otros ſuceſſos.



BUeno eſtà eſſo, reſpondiò Don Quixote: los libros que eſtàn impreſſos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos à quien ſe remitieron, y que con guſto general ſon leìdos, y celebrados de los grandes, y de los chicos, de los pobres, de los ricos, y de los Letrados, è ignorantes, de los plebeyos, y Cavalle-

valleros ; y finalmente , de todo genero de perſonas , de qualquier eſtado , y condicion que ſean , havian de ſer mentira , y llevando tanta apariencia de verdad , pues nos cuentan el padre , la madre , la patria , los parientes , la edad , el lugar , y las hazañas punto por punto, y dia por dia , que el tal Cavallero hizo , ò Cavalleros hicieron ? Calle vueſtra merced , no diga tal blasfemia , y creame , que le aconſejo en eſto lo que debe hacer como diſcreto ; ſino, lealos , y verà el guſto que recibe de ſu leyenda. Si no , digame , hay mayor contento que vèr, como ſi dixeſſemos , aqui ahora ſe mueſtra delante de noſotros un gran lago de pez hirviendo à borbollones , y que andan nadando, y cruzando por èl muchas ſerpientes, culebras , y lagartos , y otros muchos generos de animales feroces , y eſpantables, y que del medio del lago ſale una voz triſtiſsima , que dice : Tu , Cavallero , quien quiera que ſeas , que el temeroſo lago eſtàs mirando , ſi quieres alcanzar el bien, que debaxo de eſtas negras aguas ſe encubre, mueſtra el valor de tu fuerte pecho , y arrojate en mitad de ſu negro y encendido licòr, porque ſi aſsi no lo haces , no ſeràs digno de vèr las altas maravillas , que en sì encierran, y contienen lo ſiete Caſtillos de las ſiete Fadas , que debaxo de eſta negrura yacen ; y que apenas el Cavallero no ha acabado de ohìr la temeroſa voz, quando ſin entrar mas en quentas conſigo , ſin

po-

ponerſe à conſiderar el peligro à que ſe pone, y aun ſin deſpojarſe de la peſadumbre de ſus fuertes armas, encomendandoſe à Dios, y à ſu ſeñora, ſe arroja en mitad del bullente lago, y quando no ſe cata, ni ſabe donde ha de parar, ſe halla entre unos floridos campos, con quien los Eliſeos no tienen que vèr en ninguna coſa? Alli le parece, que el Cielo es mas tranſparente, y que el Sol luce con claridad mas nueva. Ofreceſele à los ojos una apacible floreſta de tan verdes, y frondoſos arboles compueſta, que alegra à la viſta ſu verdura, y entretiene los ohìdos del dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aqui deſcubre un arroyuelo, cuyas freſcas aguas, que liquidos cryſtales parecen, corren ſobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas ſemejan. Acullà vè una artificioſa fuente de jaſpe variado, y de liſo marmol compueſta. Acà vè otra à lo bruteſco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas caſas blancas, y amarillas del caracòl, pueſtas con orden deſordenada, mezclados entre ellas padazos de cryſtàl luciente, y de contrahechas eſmeraldas, hacen una variada labor, de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parece que alli la vence. Acullà, de improviſo, ſe le deſcubre un fuerte Caſtillo, ò viſtoſo Alcazar, cuyas murallas ſon

de

de maciſo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, èl es de tan admirable compoſtura, que en ſer la materia de que eſtà formado no menos que de diamantes, de carbunclos, de rubìes, de perlas, de oro, y de eſmeraldas, es de mas eſtimacion ſu hechura. Y hay mas que vèr deſpues de haver viſto eſto, que vèr ſalir por la puerta del Caſtillo un buen numero de doncellas, cuyos galanos, y viſtoſos trages, ſi yo me puſieſſe ahora à decirlos como las hiſtorias nos los cuentan, ſeria nunca acabar; y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido Cavallero, que ſe arrojò en el ferviente lago, y llevarle ſin hablarle palabra dentro del rico Alcazar, ò Caſtillo, y hacerle deſnudar como ſu madre le pariò, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con oloroſos unguentos, y veſtirle una camiſa de cendàl delgadiſsimo, toda oloroſa, y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manto ſobre los ombros, que por lo menos dicen, que ſuele valer una Ciudad, y aun mas? Que es vèr, pues, quando nos cuentan, que tras todo eſto le llevan à otra ſala, donde halla pueſtas las meſas con tanto concierto, que queda ſuſpenſo, y admirado? Què el verle echar agua à manos, toda de ambar, y de oloroſas flores deſtilada? Què el hacerle ſentar ſobre una ſilla de marfil? Què verle ſervir todas las doncellas, guardando un maravilloſo ſilencio? Què

el

el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito à qual deba alargar la mano? Qual serà oìr la musica, que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alzadas, quedarse el Cavallero recostado sobre la silla, y quizà mondandose los dientes, como es costumbre, entrar à deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del Cavallero, y comenzar à darle cuenta de què Castillo es aquel, y de como ella està encantada en èl, con otras cosas, que suspenden al Cavallero, y admiran à los leyentes, que vàn leyendo su Historia? No quiero alargarme mas en esto, pues de ello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea de qualquier Historia de Cavallero Andante, ha de causar gusto, y maravilla à qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verà como le destierran la melancolìa que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mi sè decir, que despues que soy Cavallero Andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortès, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque hà tan poco, que me vì encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciendome el Cielo, y

no me ſiendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda moſtrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fee, ſeñor, el pobre eſtà inhabilitado de poder moſtrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en ſumo grado la poſſea. Y el agradecimiento, que ſolo conſiſte en el deſeo, es coſa muerta, como es muerta la Fè ſin obras. Por eſto querrìa, que la fortuna me ofrecieſſe preſto alguna ocaſion, donde me hicieſſe Emperador, por moſtrar mi pecho, haciendo bien à mis amigos, eſpecialmente à eſte pobre de Sancho Panza mi Eſcudero, que es el mejor hombre de el mundo, y querria darle un Condado, que le tengo muchos dias hà prometido, ſino que temo, que no ha de tener habilidad para governar ſu Eſtado. Caſi eſtas ultimas palabras oyò Sancho à ſu amo, à quien dixo: Trabaje vueſtra merced, ſeñor Don Quixote en darme eſſe Condadò, tan prometido de vueſtra merced, como de mi eſperado, que yo le prometo, que no falte à mi habilidad para governarle; y quando me faltare, yo he ohìdo decir, que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los Eſtados de los Señores, y les dàn un tanto cada año, y ellos ſe tienen cuidado del govierno, y el Señor ſe eſtà à pierna tendida gozando la renta que le dàn, ſin curarſe de otra coſa; y aſsi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, ſino que luego me deſiſ-

tirè

tirè de todo, y me gozarè mi renta como un Duque, y allà ſe lo hayan. Eſſo, hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendeſe en quanto al gozar la renta, empero al adminiſtrar juſticia, ha de entender el Señor del Eſtado, y aqui entra la habilidad, y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que ſi eſta falta en los principios, ſiempre iràn errados los medios, y los fines; y aſsi ſuele Dios ayudar al buen deſeo del ſimple, como desfavorecer al malo del diſcreto. No sè eſſas filoſofias, reſpondiò Sancho Panza, mas ſolo sè, que tan preſto tuvieſſe yo el Condado, como ſabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey ſeria yo de mi Eſtado, como cada uno del ſuyo; y ſiendolo, haria lo que quiſieſſe, y haciendo lo que quiſieſſe, haria mi guſto, y haciendo mi guſto, eſtaria contento, y en eſtando uno contento, no tiene mas que deſear, y no teniendo mas que deſear, acabòſe, y el eſtado venga, y à Dios, y veamos, como dixo un ciego à otro. No ſon malas filoſofias eſſas, como tu dices, Sancho; pero con todo eſſo hay mucho que decir ſobre eſta materia de Condados. A lo qual replicò D. Quixote: Yo no sè que hay mas que decir; ſolo me guio por el exemplo que me dà el grande Amadis de Gaula, que hizo à ſu Eſcudero Conde de la Inſula Firme; y aſsi puedo yo, ſin eſcrupulo de conciencia, hacer Conde à Sancho Panza, que es uno de los mejores Eſcuderos

que Cavallero Andante ha tenido. Admirado quedò el Canonigo de los concertados diſparates que Don Quixote havia dicho, del modo con que havia pintado la aventura del Cavallero del Lago, de la impreſsion que en èl havian hecho las penſadas mentiras de los libros que havia leìdo; y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deſeaba alcanzar el Condado, que ſu amo le havia prometido. Ya en eſto bolvian los criados del Canonigo, que à la Venta havian ido por la acemila del repueſto; y haciendo meſa de un alhombra, y de la verde yerva del prado, à la ſombra de unos arboles ſe ſentaron, y comieron alli, porque el bueyero no perdieſſe la comodidad de aquel ſitio, como queda dicho; y eſtando comiendo à deshora, oyeron un recio eſtruendo, y un sòn de eſquila, que por entre unas zarzas, y eſpeſas matas, que alli junto eſtaban, ſonaba; y al miſmo inſtante vieron ſalir de entre aquellas malezas una hermoſa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venìa un Cabrero dandola voces, y diciendola palabras à ſu uſo, para que ſe detuvieſſe, ò al rebaño bolvieſſe. La fugitiva cabra, temeroſa, y deſpavorida, ſe vino à la gente, como à favorecerſe de ella, y aſsi ſe detuvo. Llegò el Cabrero, y aſiendola de los cuernos, como ſi fuera capàz de diſcurſo, y entendimiento, la dixo: Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada; y como andais

vos

vos estos dias de pie coxo? Què lobos os esperan, hija? No dirèis, què es esto, hermosa? Mas què puede ser sino que sois hembra, y no podeis estàr sossegada? que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas à quien imitais. Bolved, bolved amiga, que sino tan contenta, alomenos estarèis mas segura en vuestro aprisco, ò con vuestras compañeras; que si vos, que las haveis de guardar, y encaminar, andais tan sin guia, y descaminada, en què podràn parar ellas? Contento dieron las palabras del Cabrero à los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra, hermano, que os sossegueis un poco, y no os acucieis en bolver tan presto esta cabra à su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decìs, ha de seguir su natural instinto, por mas que vos os pongais à estorvarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la colera, y en tanto descansarà la cabra; y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fue uno. Tomòlo, y agradeciòlo el Cabrero, bebiò, y sossegòsse, y luego dixo: No querria, que por haver yo hablado con esta alimaña tan en sesso, me tuviessen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad, que no carecen de misterio las palabras que la dixe. Rustico soy, pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Esso creo yo muy bien, dixo el Cura,

que

que ya yo sè de experiencia, que los montes crian Letrados, y las cabañas de los Paſtores encierran Philoſophos. A lo menos, ſeñor, replicò el Cabrero, acogen hombres eſcarmentados; y para que creais eſta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que ſin ſer rogado me combido, ſi no os enfadais de ello, y quereis, ſeñores, un breve eſpacio preſtarme ohìdo atento, os contarè una verdad, que acredite lo que eſſe ſeñor (ſeñalando al Cura) ha dicho, y la mia. A eſto, reſpondiò Don Quixote: Por vèr, que tiene eſte caſo un no sè què de ſombra de aventura de Cavalleria, yo por mi parte os ohirè, hermano, de muy buena gàna, y aſsi lo haràn todos eſtos ſeñores, por lo mucho que tienen de diſcretos, y de ſer amigos de curioſas novedades, que ſuſpendan, alegren, y entretengan los ſentidos, como ſin duda pienſo que lo ha de hacer vueſtro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos eſcucharèmos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me voy con eſta empanada, donde pienſo hartarme por tres dias, porque he ohido decir à mi ſeñor Don Quixote, que el eſcudero de Cavallero Andante ha de comer quando ſe le ofreciere, haſta no poder mas, à cauſa que ſe les ſuele ofrecer entrar acaſo por una ſelva tan intrincada, que no aciertan à ſalir de ella en ſeis dias, y ſi el hombre no và harto, ò bien provehìdas las alforjas, alli ſe podrà quedar, como muchas veces ſe queda,

da, hecho carne momia. Tu eſtàs en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote; vete adonde quiſieres, y come lo que pudieres, que yo ya eſtoy ſatisfecho, y ſolo me falta dàr al alma ſu refaccion, como ſe la darè eſcuchando el cuento de eſte buen hombre. Aſsi las darèmos todos à las nueſtras, dixo el Canonigo, y luego rogò al Cabrero, que dieſſe principio à lo que prometido havia. El Cabrero diò dos palmadas ſobre el lomo à la cabra, que por los cuernos tenia, diciendola: Recueſtate junto à mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver à nueſtro apero. Parece que lo entendiò la cabra, porque en ſentandoſe ſu dueño, ſe tendiò ella junto à èl con mucho ſoſsiego; y mirandole al roſtro, daba à entender, que eſtaba atenta à lo que el Cabrero iba diciendo, el qual comenzò ſu hiſtoria de eſta manera.

CAPITULO LI.

Qe trata de lo que contò el Cabrero à todos los que llevaban à Don Quixote.

TRes leguas de eſte valle eſtà una Aldèa, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos eſtos contornos, en la qual havia un Labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ſer rico el ſer honrado, mas lo

era

era èl por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun èl decia, era, tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraba se admiraba de vèr las estremadas partes con que el Cielo, y la naturaleza la havian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosissima. La fama de su belleza se comenzò à estender por todas las circunvecinas Aldèas: què digo yo por todas las circumvecinas no mas, si se estendiò à las apartadas Ciudades, y aun se entrò por las Salas de los Reyes, y por los ohidos de todo genero de gente, que como à cosa rara, ò como à imagen de milagros, de todas partes à verla venìan? Guardabala su padre, y guardabase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden à una doncella, que las del recato proprio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron à muchos, assi del Pueblo, como forasteros, à que por muger se la pidiessen; mas èl, como à quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse à quien la entregaria de los infinitos, que le importunaban; y entre los muchos, que tan buen deseo tenian, fuì yo uno, à quien dieron muchas, y grandes esperanzas de buen suceso, conocer, que el padre conocia quien yo era, el

ser

ser natural del mismo Pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidiò tambien otro de el mismo Pueblo, que fue causa de suspender, y poner en balanza la voluntad del padre, à quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir de esta confusion, determinò decirselo à Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto; advirtiendo, que pues los dos eramos iguales, era bien dexar à la voluntad de su querida hija el escoger à su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres, que à sus hijos quieren poner en estado. No digo yo, que los dexen escoger en cosas ruìnes, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escogan à su gusto: no sè yo el que tuvo Leandra, solo sè, que el padre nos entretuvo à entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaba tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vayais con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente, pero bien se dexa entender, que ha de ser desastrado. En esta sazon vino à nuestro Pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre Labrador del mismo Lugar, el qual Vicente venìa de las Italias, y de otras diversas partes, de ser Soldado:

dado: Llevòle de nueſtro Lugar, ſiendo muchacho de haſta doce años, un Capitan, que con ſu Compañia por alli acertò à paſſar; y bolviò el mozo de alli à otros doce, veſtido à la Soldadeſca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de cryſtal, y ſutiles cadenas de azero; hoy ſe ponia una gala, y mañana otra, pero todas futiles, pintadas, de poco peſo, y menos tomo. La gente Labradora, que de ſuyo es malicioſa, y dandole el ocio lugar, es la miſma malicia, lo notò, y contò punto por punto ſus galas, y preſeas, y hallò que los veſtidos eran tres, de diferentes colores, con ſus ligas, y medias; pero èl hacia tantos guiſados, è invenciones de ellos, que ſi no ſe los contàran, huviera quien juràra, que havia hecho mueſtra de mas de diez pares de veſtidos, y de mas de veinte plumages. Y no parezca impertinencia, y demasìa eſto, que de los veſtidos os voy contando, porque ellos hacen una buena parte en eſta hiſtoria. Sentabaſe en un poyo, que debaxo de un gran alamo eſtà en nueſtra Plaza, y alli nos tenia à todos la boca abierta, pendientes de las hazañas, que nos iba contando: No havia tierra en todo el Orbe, que no huvieſſe viſto, ni batalla donde no ſe huvieſſe hallado; havia muerto mas Moros, que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas ſingulares deſafios, ſegun èl decia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombraba, y de todos havia ſalido con victoria,

ria, ſin que le huvieſſen derramado una ſola gota de ſangre. Por otra parte moſtraba ſeñales de heridas, que aunque no ſe diviſaban, nos hacian entender, que eran arcabuzazos, dados en diferentes reencuentros, y facciones. Finalmente, con una no viſta arrogancia llamaba de vos à ſus iguales, y à los miſmos que le conocian, y decia, que ſu padre era ſu brazo, ſu linage ſus obras, y que debaxo de ſer Soldado, al miſmo Rey no debia nada. Añadiòſele a eſtas arrogancias, ſer un poco muſico, y tocar una guitarra à lo raſgado, de manera, que decian algunos, que la hacia hablar; pero no pararon aqui ſus gracias, que tambien la tenia de Poeta; y aſsi, de cada niñeria que paſſaba en el Pueblo, componìa un romance de legua y media de eſcritura. Eſte Soldado, pues, que aqui he pintado, eſte Vicente de la Roſa, eſte bravo, eſte galàn, eſte Muſico, eſte Poeta, fue viſto, y mirado muchas veces de Leandra, deſde una ventana de ſu caſa, que tenia la viſta à la Plaza: enamoròla el oropèl de ſus viſtoſos trages; encantaronla ſus romances, que de cada uno que componìa daba veinte traslados; llegaron à ſus oìdos las hazañas, que èl de sì miſmo havia referido; y finalmente, que aſsi el diablo lo debia de tener ordenado, ella ſe vino à enamorar de èl, antes que en èl naciesſe preſumpcion de ſolicitarla; y como en los caſos de amor no hay ninguno, que con mas facilidad ſe cumpla, que aquel que tie-

ne

ne de ſu parte el deſeo de la dama, con facilidad ſe concertaron Leandra, y Vicente, y primero que alguno de ſus muchos pretendientes cayeſſe en la cuenta de ſu deſeo, ya ella le tenia cumplido, haviendo dexado la caſa de ſu querido, y amado padre, (que madre no la tenia) y auſentandoſe del Aldèa con el Soldado, que ſaliò con mas triunfo de eſta empreſſa, que de todas las muchas, que èl ſe aplicaba, admirò el ſuceſſo à toda la Aldèa, y aun à todos los que de èl noticia tuvieron. Yo quedè ſuſpenſo, Anſelmo atonito, el padre triſte, ſus parientes afrentados, ſolìcita la Juſticia, los Quadrilleros liſtos, tomaronſe los caminos, eſcudriñaronſe los boſques, y quanto havia, y al cabo de tres dias hallaron à la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, deſnuda en camiſa, ſin muchos dineros, y precioſsimas joyas, que de ſu caſa havia ſacado; bolvieronla à la preſencia del laſtimado padre, preguntaronla ſu deſgracia, confesò ſin apremio, que Vicente de la Roſa la havia engañado, y debaxo de palabra de ſer ſu eſpoſo, la perſuadiò, que dexaſſe la caſa de ſu padre, que èl la llevaria à la mas rica, y mas viſtoſa Ciudad, que havia en todo el univerſo mundo, que era Napoles, y que ella mal advertida, y peor engañada, le havia creìdo, y robando à ſu padre, ſe le entregò la miſma noche, que havia faltado, y que èl la llevò à un aſpero monte, y la encerrò en aquella cueva donde

la

la havian hallado. Contò tambien como el Soldado, sin quitarla su honor, la robò quanto tenia, y la dexò en aquella cueva, y se fue: Suceſſo, que de nuevo puſo en admiracion à todos. Duro se nos hizo de creer la continencia de el mozo, pero ella lo afirmò con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le havia dexado à su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamàs se cobre. El mismo dia que pareciò Leandra, la desapareciò su padre de nuestros ojos, y la llevò à encerrar en un Monasterio de una Villa, que està aqui cerca, esperando, que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puſo. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, à lo menos con aquellos, que no les iba algun interès en que ella fuesse mala ò buena; pero los que conocian su discrecion, y su mucho entendimiento, no atribuyeron à ignorancia su pecado, sino à su desemboltura, y à la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, à lo menos sin tener cosa que mirar, que contento les diesse: los mios en tinieblas, sin luz, que à ninguna cosa de gusto les encaminasse. Con la ausencia de Leandra crecia nuestra tristeza, ocupabase nuestra paciencia, maldecia-

mos

mos las galas del Soldado, y abominabamos de el poco recato de el padre de Leandra. Finalmente, Anſelmo, y yo nos concertamos de dexar el Aldèa, y venirnos à eſte valle, donde èl apacentando una gran cantidad de ovejas, ſuyas proprias, y yo un numeroſo rebaño de cabras, tambien mias, paſſamos la vida entre los arboles, dando vado à nueſtras paſsiones, ò cantando juntos alabanzas, ò vituperios de la hermoſa Leandra, ò ſuſpirando ſolos, y à ſolas, comunicando con el Cielo nueſtras querellas. A imitacion nueſtra otros muchos de los pretendientes de Leandra ſe han venido à eſtos aſperos montes, uſando el miſmo exercicio nueſtro, y ſon tantos, que parece, que eſte ſitio ſe ha convertido en lo paſtoral Arcadia, ſegun eſtà colmado de Paſtores, y de apriſcos; y no hay parte en èl donde no ſe oyga el nombre de la hermoſa Leandra. Eſte la maldice, y la llama antojadiza, varia, y deshoneſta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la abſuelve, y perdona, y tal la ajuſticia, y vitupèra; uno celebra ſu hermoſura; otro reniega de ſu condicion; y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos ſe eſtiende à tanto la locura, que hay quien ſe quexe de deſdèn, ſin haverla jamàs hablado; y aun quien ſe lamente, y ſienta la rabioſa enfermedad de los zelos, que ella jamàs diò à nadie; porque, como ya tengo dicho, antes ſe ſupo ſu pecado, que ſu deſeo. No hay

hueco

hueco de peña, ni margen de arroyo, ni ſombra de arbol, que no eſtè ocupada de algun Paſtor, que de ſus deſventuras à los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarſe; Leandra, reſuenan los montes; Leandra, murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene à todos ſuſpenſos, y encantados, eſperando ſin eſperanza, y temiendo ſin ſaber de que tememos. Entre eſtos diſparatados, el que mueſtra que menos, y mas juicio tiene, es mi competidor Anſelmo, el qual teniendo otras tantas coſas de que quexarſe, ſolo ſe quexa de la auſencia, y al sòn de un rabèl, que admirablemente toca, con verſos, donde mueſtra ſu buen entendimiento, cantando ſe quexa. Yo ſigo otro camino mas facil, y à mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza delas mugeres, de ſu inconſtancia, de ſu doble trato, de ſus promeſas muertas, de ſu fee rompida, y finalmente, del poco diſcurſo que tienen en ſaber colocar ſus penſamientos, è intenciones que tienen. Y eſta fue la ocaſion, ſeñores, de las palabras, y razones, que dixe à eſta cabra quando aqui lleguè, que por ſer hembra la tengo en poco, aunque es la mejer de todo mi apero, y rebaño. Eſta es la hiſtoria, que prometì contaros; ſi he ſido en contarla prolixo, no ſerè en ſerviros corto. Cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo freſca leche, y muy ſabroſiſsimo queſo, con otras varias, y muy ſazonadas frutas,

tas, no menos à la vista, que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el Cabrero, con la rara aventura de los Disciplinantes, à quien diò felice fin à costa de su sudor.

GEneral gusto causò el cuento del Cabrero à todos los que escuchado le havian; especialmente le recibiò el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le havia con-

contado, tan lexos de parecer ruſtico Cabrero, quan cerca de moſtrarſe diſcreto Corteſano; y aſsi dixo, que havia dicho muy bien el Cura en decir, que los montes criaban Letrados. Todos ſe ofrecieron à Eugenio; pero el que mas ſe moſtrò liberal en eſto fue Don Quixote, que le dixo: Por cierto, hermano Cabrero, que ſi yo me hallàra poſsibilitâdo de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me puſiera en camino, porque vos la tuvierades buena, que yo ſacàra del Monaſterio (donde ſin duda alguna debe de eſtàr contra ſu voluntad) à Leandra, à peſar de la Abadeſa, y de quantos quiſieran eſtorvarlo, y os la puſiera en vueſtras manos, para que hicierades de ella à toda vueſtra voluntad, y talante: guardando empero las leyes de Cavalleria, que mandan, que à ninguna doncella ſe la ſea fecho deſaguiſado alguno, aunque eſpero en Dios nueſtro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioſo, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado; y para entonces os prometo mi favor, y ayuda, como me obliga mi profeſsion, que no es otra ſino de favorecer à los deſvalìdos, y meneſteroſos. Miròle el Cabrero, y como viò à Don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admiròſe, y preguntò al Barbero, que cerca de sì tenia: Señor, quien es eſte hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ſer, reſpondiò el Barbero, ſino el

famoſo Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios, y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el aſſombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Eſſo me ſemeja, reſpondiò el Cabrero, à lo que ſe lee en los libros de Cavalleros Andantes, que hacian todo eſſo, que de eſte hombre vueſtra merced dice, pueſto que para mi tengo, ò que vueſtra merced ſe burla, ò que eſte Gentil hombre debe tener vacìos los apoſentos de la cabeza. Sois un grandiſsimo bellaco, dixo à eſta ſazon Don Quixote, y vos ſois el vacìo, y el menguado, que yo eſtoy mas lleno, que jamàs lo eſtuvo la muy hi de puta, puta que os pariò, y diciendo, y hablando, arrebatò de un pan, que junto à sì tenia, y diò con èl al Cabrero en todo el roſtro, con tanta furia, que le remachò las narices; mas el Cabrero, que no ſabìa de burlas, viendo con quantas veras le maltrataban, ſin tener reſpeto à la alhombra, ni à los manteles, ni à todos aquellos, que comiendo eſtaban, ſaltò ſobre Don Quixote, y aſiendole del cuello con entrambas manos, no dudàra de ahogarle, ſi Sancho Panza no llegàra en aquel punto, y le aſiera por las eſpaldas, y diera con èl encima de la meſa, quebrando platos, y rompiendo tazas, y derramando, y eſparciendo quanto en ella eſtaba. Don Quixote que ſe viò libre, acudiò à ſubirſe ſobre el Cabrero, el qual lleno de ſangre el roſtro, molido à coces de Sancho, andaba buſcan-

cando à gatas algun cuchillo de la mesa, para hacer alguna sanguinolenta venganza, pero estorvaronselo el Canonigo, y el Cura; mas el Barbero hizo de suerte, que el Cabrero cogiò debaxo de sì à Don Quixote, sobre el qual lloviò tanto numero de moxicones, que de el rostro del pobre Cavallero lloviò tanta sangre, como del suyo. Reventaban de risa el Canonigo, y el Cura, saltaban los Quadrilleros de gozo, zuzaban los unos, y los otros, como hacen à los perros quando en pendencia estàn travados: Solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canonigo, que le estorvaba, que à su amo no ayudasse. En resolucion, estando todos en regocijo, y fiesta, si no los dos aporreantes, que se carpìan, oyeron el sòn de una trompeta, tan triste, que los hizo bolver los rostros àzia donde les pareciò que sonaba; pero el que mas se alborotò de ohìrla fue Don Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del Cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerzas para sujetar las mias, ruegote, que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso sòn de aquella trompeta, que à nuestros ohidos llega, me parece que à alguna nueva aventura me llama. El Cabrero, que ya estaba cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y Don Quixote se puso

en pie, bolviendo aſsimiſmo el roſtro adonde el sòn ſe ohia, y viò à deshora, que por un recueſto baxaban muchos hombres veſtidos de blanco, à modo de diſciplinantes. Era el caſo, que aquel año havian las nubes negado ſu roſcìo à la tierra, y por todos los Lugares de aquella Comarca ſe hacian Proceſsiones, Rogativas, y Diſciplinas, pidiendo à Dios abrieſſe las manos de ſu miſericordia, y les llovieſſe; y para eſte efecto la gente de una Aldèa, que alli junto eſtaba, venìa en Proceſsion à una devota Ermita, que en un recueſto de aquel valle havia. D.Quixote, que viò los eſtraños trages de los diſciplinantes, ſin paſſarle por la memoria las muchas veces, que lo debia de haver viſto, ſe imaginò que era coſa de aventura, y que à èl ſolo tocaba, como à Cavallero Andante, el acometerla; y confirmòle mas eſta imaginacion, penſar que una Imagen, que traìan cubierta de luto, fueſſe alguna principal ſeñora, que llevaban por fuerza aquellos follones, y deſcomedidos malandrines; y como eſto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetiò à Rocinante, que paciendo andaba, quitandole del arzòn el freno, y el adarga, y en un punto le enfrenò, y pidiendo à Sancho ſu eſpada, ſubiò ſobre Rocinante, y embrazò ſu adarga, y dixo en alta voz à todos los que preſentes eſtaban: Agora, valeroſa compañia, veredes quanto importa que haya en el mundo Cavalleros, que profeſſen la Orden de la Andan-

te

te Cavalleria: Agora digo, que veredes en la libertad de aquella buena Señora, que alli và cautiva, ſi ſe han de eſtimar los Cavalleros Andantes; y en diciendo eſto apretò los muslos à Rocinante, porque eſpuelas no las tenia, y à todo galope, porque carrera tirada no ſe lee en toda eſta verdadera Hiſtoria que jamàs la dieſſe Rocinante, ni jamàs ſupo darla, ſe fue à encontrar con los diſciplinantes: bien que fueron el Cura, el Canonigo, y Barbero à detenerle, mas no les fue poſsible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: Adonde và, ſeñor Don Quixote, que demonios lleva en el pecho, que le incitan à ir contra nueſtra Fè Catholica; advierta, mal haya yo, que aquella es Proceſsion de diſciplinantes, y que aquella Señora, que llevan ſobre la peaña, es la Imagen benditiſsima de la Virgen ſin mancilla: mire, ſeñor, lo que hace, que por eſta vez ſe puede decir, que no es lo que ſabe. Fatigòſe en vano Sancho, porque ſu amo iba tan pueſto en llegar à los enſabanados, y en librar à la Señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera no bolviera, ſi el Rey ſe lo mandàra. Llegò, pues, à la Proceſsion, y parò à Rocinante, que ya llevaba deſeo de quietarſe un poco, y con turbada, y ronca voz dixo: Voſotros, que quizà por no ſer buenos os encubrìs los roſtros, atended, y eſcuchad lo que deciros quiero. Los primeros que ſe detuvieron fueron los que la Imagen

Imagen llevaban, y uno de los quatro Clerigos, que cantaban las Letanìas, viendo la eſtraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunſtancias de riſa, que notò, y deſcubriò en Don Quixote, le reſpondiò diciendo: Señor hermano, ſi nos quiere decir algo, digalo preſto, porque ſe vàn eſtos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon, que nos detengamos à ohìr coſa alguna, ſi ya no es tan breve, que en dos palabras ſe diga. En una lo dirè, replicò Don Quixote, y es eſta: Que luego al punto dexeis libre à eſta hermoſa Señora, cuyas lagrimas, y triſte ſemblante dàn claras mueſtras, que la llevais contra ſu voluntad, y que algun notorio deſaguiſado la havedes fecho; y yo, que nacì en el mundo para desfacer ſemejantes agravios, no conſentirè, que un ſolo paſſo adelante paſſe, ſin darla la deſeada, y eſtimada libertad, que merece. En eſtas razones creyeron todos los que las oyeron, que Don Quixote debia de ſer algun hombre loco: y tornaronſe à reir muy de gana, cuya riſa fue poner polvora à la colera de Don Quixote, porque ſin decir mas palabra, ſacando la eſpada, arremetiò à las Andas, y uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga à ſus compañeros, ſaliò al encuentro de D. Quixote, enarbolando una horquilla, ò baſtòn con que ſuſtentaba las Andas en tanto que deſcanſaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada,

que

que le tirò Don Quixote, con que ſe la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedò en la mano, diò tal golpe à Don Quixote encima de un ombro por el miſmo lado de la eſpada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza, que el pobre Don Quixote vino al ſuelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba à los alcances, viendole caìdo, diò voces à ſu moledor, que no le dieſſe otro palo, porque era un pobre Cavallero encantado, que no havia hecho mal à nadie en todos los dias de ſu vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, ſino el vèr, que Don Quixote no bullia pie, ni mano; y aſsi, creyendo que le havia muerto, con prieſſa ſe alzò la tunica à la cinta, y diò à huìr por la campaña como un gamo. Ya en eſto llegaron todos los de la compañia de Don Quixote adonde èl eſtaba, y los de la Proceſsion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los Quadrilleros con ſus balleſtas, temieron algun mal ſuceſſo, y hicieronſe todos un remolino al rededor de la Imagen, y alzados los capirotes, empuñando las diſciplinas, y los Clerigos los Ciriales, eſperaban el aſſalto, con determinacion de defenderſe, y aun ofender ſi pudieſſen à ſus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que ſe penſaba, porque Sancho no hizo otra coſa, que arrojarſe ſobre el cuerpo de ſu ſeñor, haciendo ſobre èl el mas doloroſo, y triſteño llanto del mundo, creyendo, que eſta-

ba

ba muerto. El Cura fue conocido de otro Cura, que en la Proceſsion venìa, cuyo conocimiento puſo en ſoſsiego el concebido temor de los dos eſquadrones: El primer Cura diò al ſegundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote; y aſsi èl, como toda la turba de los diſciplinantes, fueron à vèr ſi eſtaba muerto el pobre Cavallero, y oyeron, que Sancho Panza, con lagrimas en los ojos, decia: O flor de la Cavalleria, que con ſolo un garrotazo acabaſte la carrera de tus tan bien gaſtados años! O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual, faltando tu en èl, quedarà lleno de malhechores, ſin temor de ſer caſtigados de ſus malas fechorias! O liberal ſobre todos los Alexandros, pues por ſolos ocho meſes de ſervicio me tenias dada la mejor Inſula, que el mar ciñe, y rodèa! O humilde con los ſobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, ſufridor de afrentas, enamorado ſin cauſa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruìnes; en fin, Cavallero Andante, que es todo lo que decir ſe puede! Con las voces, y gemidos de Sancho reviviò Don Quixote, y la primera palabra que dixo, fue: El que de vos vive auſente, dulciſsima Dulcinèa, à mayores miſerias que eſtas eſtà ſujeto; ayudame, Sancho amigo, à ponerme ſobre el carro encantado, que no eſtoy para oprimir la ſilla de Rocinante, porque tengo todo eſ-

eſte ombro hecho pedazos. Eſſo harè yo de muy buena gana, ſeñor mio, reſpondiò Sancho, y bolvamos à mi Aldèa en compañia de eſtos ſeñores, que ſu bien deſean, y alli darèmos orden de hacer otra ſalida, que nos ſea de mas provecho, y fama. Bien decìs, Sancho, reſpondiò Don Quixote, y ſerà gran prudencia dexar paſſar el mal influxo de las eſtrellas, que agora corre. El Canonigo, el Cura, y Barbero le dixeron, que haria muy bien en hacer lo que decia; y aſsi, haviendo recibido grande guſto de las ſimplicidades de Sancho Panza, puſieron à Don Quixote en el carro como antes venìa. La Proceſsion bolviò à ordenarſe, y proſeguir ſu camino; el Cabrero ſe deſpidiò de todos; los Quadrilleros no quiſieron paſſar adelante, y el Cura les pagò lo que ſe les debia. El Canonigo pidiò al Cura le aviſaſſe del ſuceſſo de Don Quixote, ſi ſanaba de ſu locura, ò ſi proſeguia en ella: y con eſto tomò licencia para ſeguir ſu viage. En fin, todos ſe dividieron, y apartaron, quedando ſolos el Cura, el Barbero, Don Quixote, Panza, y el bueno de Rocinante, que à todo lo que havia viſto eſtaba con tanta impaciencia como ſu amo. El bueyero unciò ſus bueyes, y acomodò à Don Quixote ſobre un haz de heno, y con ſu acoſtumbrada flema ſiguiò el camino que el Cura quiſo, y al cabo de ſeis dias llegaron à la Aldèa de Don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertò à ſer

Domin-

Domingo, y la gente eſtaba toda en la Plaza, por mitad de la qual atravesò el carro de Don Quixote: acudieron todos à vèr lo que en el carro venìa, y quando conocieron à ſu compatriota, quedaron maravillados, y un muchacho acudiò corriendo à dàr las nuevas à ſu ama, y à ſu ſobrina, de que ſu tio, y ſu ſeñor venia flaco, y amarillo, y tendido ſobre un monton de heno, y ſobre un carro de bueyes. Coſa de laſtima fue ohir los gritos, que las dos buenas ſeñoras alzaron, las bofetadas que ſe dieron, las maldiciones que de nuevo echaron à los malditos libros de Cavallerias; todo lo qual ſe renovò quando vieron entrar à Don Quixote por ſus puertas. A las nuevas de eſta venida de Don Quixote acudiò la muger de Sancho Panza, que ya havia ſabido, que havia ido con èl ſirviendole de eſcudero; y aſsi como viò à Sancho, lo primero que le preguntò fue, que ſi venìa bueno el aſno? Sancho reſpondiò, que venìa mejor que ſu amo. Gracias ſean dadas à Dios, replicò ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, què bien haveis ſacado de vueſtras eſcuderìas? Què ſaboyana me traes à mi? Què zapaticos à vueſtros hijos? No traygo nada de eſſo, dixo Sancho, muger mia, aunque traygo otras coſas de mas momento, y conſideracion. De eſſo recibo yo mucho guſto, reſpondiò la muger; moſtradme eſſas coſas de mas conſideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero vèr,

para

para que ſe me alegre eſte corazon, que tan triſte, y deſcontento ha eſtado en todos los ſiglos de vueſtra auſencia. En caſa os las moſtrarè, dixo Panza, y por agora eſtad contenta, que ſiendo Dios ſervido de que otra vez ſalgamos en viage à buſcar aventuras, vos me vereis preſto Conde, ò Governador de alguna gran Inſula, y no de las de por aì, ſino la mejor que pueda hallarſe. Quieralo aſsi el Cielo, marido mio, que bien lo havemos meneſter. Mas decidme, què es eſſo de Inſulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del aſno, reſpondiò Sancho, à ſu tiempo lo veràs, muger, y aun te admiraràs de ohìrte llamar Señorìa de todos tus Vaſſallos. Què es lo que dices, Sancho, de Señorìa, Inſulas, y Vaſſallos? reſpondiò Juana Panza (que aſsi ſe llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, ſino porque ſe uſa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de ſus maridos.) No te acucies, Juana, por ſaber todo eſto tan aprieſſa, baſta, que te digo verdad, y coſe la boca. Solo te ſabrè decir aſsi de paſſo, que no hay coſa mas guſtoſa en el mundo, que ſer un hombre honrado Eſcudero de un Cavallero Andante, buſcador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que ſe hallan, no ſalen tan à guſto como el hombre querria, porque de ciento que ſe encuentran, las noventa y nueve ſuelen ſalir avieſſas, y torcidas. Sèlo yo de experiencia, porque de algunas he ſalido manteado,

y de otras molido ; pero con todo eſſo es linda coſa eſperar los ſuceſſos , atraveſſando montes, eſcudriñando ſelvas , piſando peñas viſitando Caſtillos , aloxando en Ventas à toda diſcrecion , ſin pagar, ofrecido ſea al diablo el maravedì. Todas eſtas platicas paſſaron entre Sancho Panza , y Juana Panza ſu muger , en tanto que el ama, y ſobrina de Don Quixote le recibieron, y le deſnudaron , y le tendieron en ſu antiguo lecho. Mirabalas èl con ojos atraveſſados , y no acababa de entender en què parte eſtaba. El Cura encargò à la ſobrina tuvieſſe gran cuenta con regalar à ſu tio , y que eſtuvieſſen alerta de que otra vez no ſe les eſcapaſſe, contando lo que havia ſido meneſter para traerle à ſu caſa. Aquì alzaron las dos de nuevo los gritos al Cielo ; allì ſe renovaron las maldiciones de los libros de Cavallerias ; allì pidieron al Cielo, que confundieſſe en el centro del abiſmo à los Authores de tantas mentiras, y diſparates. Finalmente, ellas quedaron confuſas, y temeroſas de que ſe havian de vèr ſin ſu amo , y tio en el miſmo punto que tuvieſſe alguna mejorìa ; y aſsi fue como ellas ſe lo imaginaron. Pero el Author de eſta Hiſtoria, pueſto que con curioſidad , y diligencia ha buſcado los hechos , que Don Quixote hizo en ſu tercera ſalida , no ha podido hallar noticia de ellos , à lo menos por eſcrituras autenticas; ſolo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha , que Don Quixote , la tercera vez que

ſaliò

ſaliò de ſu caſa, fue à Zaragoza, adonde ſe hallò en unas famoſas juſtas, que en aquella Ciudad hicieron, y alli le paſſaron coſas dignas de ſu valor, y buen entendimiento. Ni de ſu fin, y acaecimiento pudo alcanzar coſa alguna, ni la alcanzàra, ni ſupiera, ſi la buena ſuerte no le deparàra un antiguo Medico, que tenia en ſu poder una caxa de plomo, que ſegun èl dixo, ſe havia hallado en los cimientos derribados de una antigua Ermita, que ſe renovaba, en la qual caxa ſe havian havian hallado unos pergaminos, eſcritos con letras Goticas, pero en verſos Caſtellanos, que contenian muchas de ſus hazañas, y daban noticia de la hermoſura de Dulcinèa del Toboſo, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la ſepultura de el miſmo Don Quixote, con diferentes Epitafios, y Elogios de ſu vida, y coſtumbres. Y los que ſe pudieron leer, y ſacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno Author de eſta nueva, y jamàs viſta Hiſtoria; el qual Author no pide à los que la leyeren, en premio del inmenſo trabajo que le coſtò el inquirir, y buſcar todos los Archivos Manchegos, por ſacarla à luz, ſino que le dèn el miſmo credito, que ſuelen dàr los diſcretos à los libros de Cavallerias, que tan valìdos andan en el mundo, que con eſto ſe tendrà por bien pagado, y ſatisfecho, y ſe animarà à ſacar, y buſcar otras, ſiuo tan verdaderas, à lo menos de tanta invencion, y paſſatiempo.

Las

Las palabras primeras, que eſtaban eſcritas en el pergamino, que ſe hallò en la caxa de plomo, eran eſtas.

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMAſilla, Lugar de la Mancha, en vida, y muerte del valeroſo Don Quixote de la Mancha hoc ſcripſerunt.

El Monicongo Academico de la Argamaſilla, à la ſepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

EL Calvatrueno, que adornò à la Mancha
De mas deſpojos, que Jaſon de Creta,
El juicio, que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo, que ſu fuerza tanto enſancha,
Que llegò del Catay, haſta Gaeta,
La Muſa mas horrenda, y mas diſcreta,
Que gravò verſos en broncinèa plancha;
El que à cola dexò los Amadiſes,
Y en muy poquito à Galaoores tuvo.
Eſtrivando ſu amor, y bizarrìa:
El que hizo callar los Belianiſes,
Aquel, que en Rocinante errando anduvo;
Yace debaxo de eſta loſa fria.

Del.

Del Paniaguado Academico de la Argamaſilla, in laudem Dulcineæ del Toboſo.

SONETO.

Eſta que veis de roſtro amondongado,
Alta de pechos, y ademàn brioſo,
Es Dulcinèa, Reyna del Toboſo,
De quien fue el gran Quixote aficionado.
Pisò por ella el uno, y otro lado
De la gran Sierra-Negra, y el famoſo
Campo de Montièl, haſta el herboſo
Llano de Aranjuèz, à pie, y canſado.
(Culpa de Rocinante) ò dura eſtrella!
Que eſta Manchega Dama, y eſte invicto
Andante Cavallero en tiernos años:
Ella dexò muriendo de ſer bella,
Y èl, aunque queda en marmoles eſcrito,
No pudo huìr de amor, iras, y engaños.

Del caprichoſo diſcretiſsimo Academico de la Argamaſilla, en loor de Rocinante, cavallo de Don Quixote de la Mancha.

SONETO.

En el ſobervio tronco Diamantino,
Que con ſangrientas plantas huella Martè
(Fre-

(Frenetico) el Manchego ſu Eſtandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas , y el azero fino
Con que deſtroza , aſſuela , raja , y parte,
(Nuevas proezas) pero inventa el arte
Un nuevo eſtilo al nuevo Paladino.
Y ſi de ſu Amadìs ſe precia Gaula,
Por cuyos bravos deſcendientes Grecia
Triunfò mil veces , y ſu fama enſancha:
Hoy à Quixote le corona el Aula,
De Belona preſide , y de èl ſe precia,
Mas que Grecia , ni Gaula , la Alta Mancha;
Nunca ſus glorias el olvido mancha,
Pues haſta Rocinante , en ſer gallardo,
Excede à Briliadoro , y à Bayardo.

Del Burlador Academico Argamaſilleſco à Sancho Panza.

SONETO.

SAncho Panza es aqueſte en cuerpo chico;
Pero grande en valor , milagro eſtraño,
Eſcudero el mas ſimple, y ſin engaño,
Que tuvo el mundo , os juro , y certifico:
De ſer Conde no eſtuvo en un tantico ,
Si no ſe conjuràran en ſu daño
Inſolencias , y agravios del tacaño
Siglo , que aun no perdonan à un borrico.

Sobre

Sobre èl anduvo, con perdon ſe miente,
Eſte manſo eſcudero, tràs el manſo
Cavallo Rocinante, y tràs ſu dueño.
O vanas eſperanzas de la gente,
Como paſſais con prometer deſcanſo,
Y al fin parais en ſombra, en humo, en ſueño!

Del Cachidiablo Academico de la Argamaſilla, en la ſepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

AQui yace el Cavallero
Bien molido, y mal andante;
A quien llevò Rocinante
Por uno, y otro ſendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto à èl,
Eſcudero el mas fiel,
Que viò el trato de eſcudero.

Del Quitoc Academico de la Argamaſilla, en la ſepultura de Dulcinèa del Toboſo.

EPITAFIO.

REpoſa aqui Dulcinèa,
Y aunque de carnes rolliza,
La bolviò en polvo, y ceniza
La muerte eſpantable, y fea,

Fue de caſtiza ralèa,
Y tuvo aſſomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de ſu Aldèa.

Eſtos fueron los verſos que ſe pudieron leer; los demàs, por eſtàr comida la letra, ſe entregaron à un Academico, para que por conjeturas los declaraſſe. Tieneſe noticia, que lo ha hecho à coſta de muchas vigilias, y que tiene intencion de ſacarlos à luz, con la eſperanza de la tercera ſalida de Don Quixote.

Per ſi altro cantera con miglior plectro.

LAUS DEO.

TABLA DE LOS CAPITULOS, QUE CONtiene eſte ſegundo Tomo de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha.

LIBRO QUARTO.

CAP. XXVIII. *Que trata de la nueva, y agradable aventura, que al Cura, y Barbero ſucediò en la miſma Sierra*, pag. 1.

Cap. XXIX. *Que trata de la diſcordia de la hermoſa Dorotèa, con otras coſas de mucho guſto, y paſſatiempo*, pag. 25.

Cap. XXX. *Que trata del gracioſo artificio, y orden que ſe tuvo en ſacar à nueſtro enamorado Cavallero de la aſperiſsima penitencia en que ſe ha-*

havia puesto, pag. 44.

Cap. XXXI. *De los sabrosos razonamientos que passaron entre Don Quixote, y Sancho Panza su Escudero, con otros sucessos, pag.* 60.

Cap. XXXII. *Que trata de lo que sucediò en la Venta à toda la quadrilla de Don Quixote de la Mancha, pag.* 74.

Cap. XXXIII. *Donde se cuenta la Novela del Curioso impertinente, pag.* 84.

Cap. XXXIV. *Donde se prosigue la Novela del Curioso impertinente, pag.* 114.

Cap. XXXV. *Donde se dà fin à la Novela del Curioso impertinente,* 144.

Cap. XXXVI. *Del encuentro de Cardenio, y Dorotèa con Don Fernando, y Luscinda en la Venta, y de los razonamientos que en ella passaron, pag.* 158.

Cap. XXXVII. *Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras, pag.* 173.

Cap. XXXVIII. *Del curioso discurso, que hizo D. Quixote de las Armas, y las Letras, pag.* 190.

Cap. XXXIX. *Donde el Cautivo cuenta su vida, y sucessos, pag.* 197.

Cap. XL. *Donde se prosigue la Historia del Cautivo, pag.* 210.

Cap. XLI. *Donde todavia prosigue el Cautivo su sucesso, pag.* 229.

Cap. XLII. *De lo que mas sucediò en la Venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse, pag.* 260.

Cap.

Cap. XLIII. *De la agradable Historia del Mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la Venta sucedidos, pag. 271.*

Cap. XLIV. *Donde se prosiguen los inaudìtos sucessos de la Venta, pag. 287.*

Cap. XLV. *Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad, pag. 300.*

Cap. XLVI. *De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cavallero Don Quixote, pag. 312.*

Cap. XLVII. *Del estraño modo con que fue encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucessos, pag. 325.*

Cap. XLVIII. *Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerias, con otras cosas dignas de su ingenio, pag. 341.*

Cap. XLIX. *Donde se trata del discreto coloquio, que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote, pag. 353*

Cap. L. *De las discretas altercaciones, que Don Quixote, y el Canonigo tuvieron, con otros sucessos, pag. 365.*

Cap. LI. *Que trata de lo que contò el Cabrero à todos los que llevaban à Don Quixote, pag. 375.*

Cap. LII. *De la pendencia que Don Quixote tuvo con el Cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, à quien diò felice fin à costa de su sudor, pag. 384.*

MD 6
1737.91

FIN.

cargo, para satisfacer por ellos.

El oyente al mismo tiempo dirà la Confession, y luego harà un Acto de Contricion, y dirà esta

ORACION.

SEñor mio Jesu Christo, por aquella agonia de muerte, que en el monte Olivete sentiste, y por la fervorosa oracion, que alli hiciste, por el copioso sudor de sangre, que alli derramaste, te suplico humildemente la ofrezcas

to à la pena temporal del Purgatorio, en que en Misericordia infinita commuta la pena eterna, que ella merecia. Y porque quando mi alma salga del cuerpo, no le embarace, ni dilate tanto tu bienaventurada vista, la paga de ella en el Purgatorio, es mi intencion lo siguiente. Pido, acepto, y ofrezco en penitencia Sacramental de mis pecados, todo el bien, que hiciere, y mal, que padeciere en toda mi vida, para que siendo par-

te del Sacramento de la Penitencia, tenga mas ſatisfaccion, y valor. Perdono las ofenſas hechas contra mi; porque tu, Señor, me perdones las que he hecho contra ti.

Pide eſte à ſu Confeſſor en la confeſsion, que le aplique en la penitencia Sacramental, todo el bien, que hiziere, y mal que padeciere toda ſu vida.

Con eſte Acto crece mucho el valor de las obras ſatisfactorias, porque al valor que tienen de ſuyo, ſe les añade lo que tienen

por

non menor. La tercera, deſde la Conſagracion, haſta la Comunion, que es el Canon mayor. La quarta, deſde la Comunion, haſta el fin.

Primera parte de la Miſſa.

PUes quanto *à* lo primero, el Sacerdote inclinado profundamente en la infima grada del Altar, confeſſando ſus pecados, repreſenta à Chriſto, haciendo en el Huerto oracion à Dios Padre por los pecados de todo el Linage humano, que tomò à ſi

e

Modo de asistir à la Missa con fruto del que la oye.

LA Missa (que se llama assi desde el tiempo de los Apostoles mandando el nombre Hebreo *Missach*, que significa ofrenda, ò Sacrificio voluntario) suelen dividir en quatro partes. La primera, desde el principio hasta el Ofertorio, que se llamaba antiguamente Missa de los Catecumenos. La segunda, desde el Ofertorio, hasta la Consagracion, que se llama el Ca-

non

por ser parte de Sacramento, que es mucho.

Y mi intencion es, ganadas las Indulgencias, que da, y para este fin, desde oy ofrezco todas mis oraciones, y obras pias de mi vida, por la intencion que los Summos Pontifices, y Vicarios de Jesu-Christo tu Hijo, obligan para ganar las tales Indu

Esta intencion virtual para ganar todas las Indulgencias, que puedas por Quentas benditas, Medallas, Avito